

JOAN LLONGUERAS  
MERCÈ MASNOU

# KADINGIR



La  
Reina  
de Kigal

de

En ***La Reina de Kigal*** la acción se remonta unos 400 años atrás en la historia de Ki. La joven Nirgal se enfrenta a las pruebas que van a llevarla, en caso de superarlas, a ser la nueva reina de Kigal, substituyendo a su padre, el rey Lugal, cansado ya de ejercer el poder y con ganas de vivir la vida de forma más tranquila.

***La Reina de Kigal*** puede ser considerada una precuela de la saga Kadingir, escrita por los autores, Joan Llongueras y Mercè Masnou, para ampliar algunos

conceptos e ideas referentes a Ki y a su fantástico universo.

Un interludio a la espera de los dos libros que van a completar la historia iniciada en *El cetro de Zink* y *El señor de Zapp: El caso Shapla* y *El cuarto poder*. Esta tetralogía, puerta de entrada de la saga Kadingir, cierra el mes de verano en que Ishtar descubre Ki y da sus primeros pasos, cada vez con más seguridad, como reina de Kigal, sucediendo a su querida y admirada abuela Nirgal y con la ayuda de sus amigos y consejeros a la hora de enfrentarse a múltiples peligros y

aventuras.

***La Reina de Kigal***, ¡un nuevo libro de Kadingir que esperamos pueda estar pronto en vuestras manos, seguidores de la saga!



Joan Llongueras & Mercè  
Masnou

# **La Reina de Kigal**

**Kadingir - 0.1**

**ePub r1.0**

**fauri13** 20.03.15

Título original: *La reina de Kigal*  
Joan Llongueras & Mercè Masnou, 2014

Editor digital: fauri13  
ePub base r1.2









# Introducción



os encontramos en el planeta Ki.

Situado en una dimensión paralela a la Tierra, siete veces mayor que ésta, se desplaza por su galaxia de dos soles (Utu, el mayor y Kili, el menor) en una trayectoria en forma de ocho. El planeta dispone de una cúpula de fuerza que una antigua civilización, muy evolucionada a nivel tecnológico, diseñó y desarrolló para evitar el desgaste que comportaba su órbita y la previsible destrucción que esto hubiera representado.

El tiempo en Ki transcurre siete veces más deprisa que en la Tierra.

El planeta está poblado por seis razas derivadas de distintos animales pero con características homínidas las seis: los zitis del mono y similares en todo a los humanos de la Tierra, los anzuds de los pájaros los tidnums de los grandes felinos, los musdagurs de los lagartos, los kuzubis de los delfines y los sutums de las salamandras.

Cada raza habita de forma mayoritaria en ciertas partes del planeta. El hemisferio norte del planeta, Ishtar, acoge a los zitis en la región de Kigal (Zink es su capital), a los anzuds en los refugios de las montañas Hursag que

circunvalan el planeta (con Kuroe como capital administrativa), a los tidnums en Urgal (Glik es la capital del reino) y a los kuzubis en Zag, la región que rodea el único mar de Ki, el Ksir (capital, Shapla) y en el hemisferio sur, Ereshkigal, encontramos a los musdagurs en Ganzer (Zapp es su capital) y a los sutums en Kibala... o a lo que de ellos queda en estos momentos.

En las regiones kiitas conviven diversas formas de gobierno y los líderes de cada raza no suelen ser elegidos de forma democrática, precisamente. El satélite de Ki, Mul, se ilumina cuando nace algún heredero o

heredera a los diversos tronos, pues se trata de distintas formas de monarquía. Éstos deberán pasar en su momento tres pruebas para demostrar que son capaces de asumir el mando y dirigir a su pueblo. Cada monarca o jefe de gobierno dispone de consejeros y de algún otro órgano para ayudarlo en su gestión.

Las diversas razas kiitas se caracterizan por tener desarrollados, a varios niveles, tres planos de habilidad: el conceptual, el sensorial y el mental. La telepatía es una forma común de comunicación entre los kiitas, aunque unas razas la utilicen con más soltura que otras.

La convivencia entre razas tan distintas no siempre ha sido fácil y en la historia de Ki se han ido sucediendo guerras y conflictos armados.

Los zitis, en un pasado remoto, desarrollaron Kadingir, una tecnología que les permite pasar a la Tierra y han estado interaccionando desde ese momento con los humanos, aunque éstos no son conscientes, en general, de este hecho.

Al empezar La reina de Kigal nos encontramos en el año 38 303 de Ki, el 1972 en la Tierra.

# 1

## Mal rollo



—Majestad, ¿verdad Nakki? —  
comenta con aire  
despreocupado la reina Nirgal a su  
consejero.

—Efectivamente. Recurriendo a un  
lenguaje llano y simple, podríamos  
expresarlo de esta forma, majestad —  
responde él, tranquilo e impertérrito.

—Te he dicho mil veces que no me  
digas majestad, Nakki... Eres un  
pelmazo.

—Reina Nirgal... debo recordaros que, una vez superadas las tres pruebas del Oráculo, ya sois oficialmente la reina de Kigal, y que el protocolo requiere que el trato con vos sea de acuerdo con...

—Ohh, Nakki... Ya está bien... Eres un plasta, lo sabes, ¿verdad? —se queja Nirgal— Además, todavía no se ha celebrado la ceremonia oficial de proclamación y, por tanto, ¡no soy reina todavía!

Esta deliciosa y entrañable charla en forma de discusión entre Nirgal y Nakki, no tendría especial trascendencia, ni tan siquiera formaría parte de la historia de Ki, si no fuera por el contexto de la



misma. Y es que tanto la reina como su consejero se encuentran atados de pies y manos en el punto más alto de la Estaca del Juicio, rodeados por una multitud de musdagurs furiosos.

Esta infame construcción, situada en el centro de la Plaza de Kanasul es dónde se llevan a cabo todas y cada una de las ejecuciones oficiales de Zapp. La estaca, gruesa como un árbol mediano, está colocada encima de una firme torre, también de madera, de unos diez metros de altura. La construcción está totalmente impregnada de nitrato de glimp, un combustible inflamable y más bien inestable, que gotea por sus lados y que ha creado un gran charco en su base.

La multitud que llena la plaza está exaltada. Es la primera vez que se ejecuta una sentencia con personajes de tan altos vuelos en Zapp, la capital de Ganzer.

Los dos sentenciados a muerte sin embargo no parecen nerviosos en absoluto. Atados uno a cada lado de la estaca, dándose la espalda, siguen conversando con una cierta tensión interna.

—A ver, vuélvemelo a explicar, Nakki... ¿Por qué carajo no me funcionan los poderes?

—Reina Nirgal... lo que tenéis no son poderes. Son habilidades... y es la tercera vez que os lo repito. Es debido a

las esposas de abzuzas que nos han puesto. La abzuzas, como bien sabéis, anula los factores de habilidad kiita en los tres ejes. No se puede hacer nada para evitarlo.

—¿O sea que ahora van a prender la torre esta de las narices con nosotros dentro? —dice Nirgal, mirando distraída a tres musdagurs encapuchados los cuales, sosteniendo unas grandes antorchas encendidas, esperan con atención la señal para lanzarlas al gran charco de combustible que se sigue formando en la base de la torre.

—Bien, esta es la idea básica... y considerando que es la tipología de ejecución formal que se ha estado

practicando desde tiempos inmemoriales en Zapp, no creo que quieran cambiar ahora el formato.

—Y ¿qué demonios estamos esperando ahora?

—¡Ohh, reina Nirgal! —dice Nakki contrariado— ¡Pero si esto forma parte del Protocolo Básico Musdagur! ¡Ya lo deberíais saber! Nadie puede ser ejecutado sin la presencia del Consejo Supremo de Musdagurs y del Jefe de Estado, el señor de Zapp, que es quién dará acto de fe y ratificará las penas en última instancia. Artículo 815 del Código Penal de la Ley Musdagur. ¿No recordáis este apartado en concreto?

—O sea... que ahora va a aparecer

el malo de la película, ¿no? —simplifica Nirgal.

—Bien. Recurriendo a un lenguaje llano y simple, podríamos expresarlo de esta forma, majestad.

El rostro de Nirgal cambia de expresión, pasando de la indiferencia a la emoción y una sonrisa traviesa empieza a dibujarse en sus labios.

—O sea que ahora vendrá Kanasul, ¿eh? — murmura la reina— Después de tanto tiempo, voy a verlo en persona... Quien nos lo hubiera dicho... será interesante.

—Oh, sí... sin duda, una experiencia inolvidable. Estoy seguro de que nos recibirá calurosamente, si me permitís

decirlo así.

—¡Ja, ja, ja! ¡Nakki! ¡Esta sí que es buena! ¿Me equivoco al detectar un leve rastro de ironía en las palabras de mi rancio consejero?

—Reina Nirgal, yo nunca...

De pronto, una metálica explosión de corcheas y de semicorcheas de trompetas, seguida por un redoble de tambores, hace enmudecer la plaza entera. Los exaltados musdagurs dirigen su mirada hacia la Puerta del Sur, dónde la multitud se abre, dejando paso libre al kushu Real, la gran tortuga gigante que sostiene en su caparazón al Consejo Supremo de los Musdagurs y a Kanasul, el señor de Zapp.

A su derecha, se sienta su heredero, el nombre del cual todavía nadie conoce. Detrás de los dos, diez musdagurs, encapuchados y vistiendo túnicas, colocados en cuatro filas. En la primera sólo uno, siguiendo la estela del señor de Zapp. En la segunda fila, dos, en la tercera, tres, y en la última, cuatro. Lentamente, el gran kushu se dirige a la Estaca del Juicio, mientras todas las miradas se centran en Kanasul que, inmóvil como una estatua, sin ni siquiera parpadear, fija la suya hacia adelante.

La tensión del ambiente es tal que se podría cortar con un cuchillo. El silencio es total y absoluto. Ni un sonido. Ni una voz. Ni un ruido...

¿O no?

Dos voces rompen aquel momento álgido, pareciendo ser totalmente ajenas a todos los acontecimientos que se están desarrollando en la plaza, adoptando un cierto tono impertinente y de condescendencia con los asistentes al acto.

—¡¡No puedo creer que digas eso!!  
—grita Nirgal— ¿Como quieres que haya memorizado todos los archivos akásicos? ¿Estás de broma o qué?

—Reina Nirgal, yo nunca bromeo —  
responde su consejero.

—Pero a ver, si siempre se pueden consultar, ¿por qué rayos debo memorizarlos? ¡No hace falta! Esta es la



gracia que tienen, ¿no?

Poco a poco, los ciudadanos de Zapp desvían la mirada hacia el punto en que se está produciendo esta discusión, curiosos hasta el punto de olvidarse de la solemne entrada de su señor.

—Pero reina Nirgal, la búsqueda en los archivos akásicos puede llegar a ser lenta y difícil. Si los estudiáis y memorizáis, siempre tendréis la información a vuestra disposición enseguida, para poder actuar de forma inmediata si así lo requieren las circunstancias.

—¿Estás de cachondeo, verdad, Nakki?

—Reina Nirgal, ya os he dicho que yo nunca estoy de cachondeo.

—¿Estás fatal, eh? Estoy convencida de que cada noche, cuando te vas a dormir, ¡en lugar de contar lus, memorizas archivos akásicos! ¡Ja, ja, ja!

—¡Efectivamente! —replica el consejero con un cierto orgullo.

—¡Ja, ja, ja! ¡No me digas! ¡Ja, ja, ja! ¡Lo sabía! Nakki, ¡eres la pera! ¡Ja, ja, ja!

Llegados a este punto, todas las miradas están fijas ya en los dos condenados a muerte que, ignorando a todo el mundo, siguen con su animada discusión.

—Reina Nirgal, no encuentro nada

gracioso en el hecho de que yo estudie los archivos akásicos por la noche. Más bien os aconsejo que hagáis lo mismo, para poder...

—A ver, Nakki, guapo... Tú que eres tan estudioso y aplicado, que te sabes todos los akásicos...

Dime... ¿Como vamos a salir de esta? Vamos, venga, sorpréndeme con tus conocimientos, ¡no te cortes!

—Los archivos no integran ninguna solución al contexto circunstancial que estamos viviendo en estos instantes, majestad.

—¡¡Ajá!! ¡¡O sea que no tienes ni idea!! ¡¡Ajá, ajá!! ¿Lo ves? ¡Seguimos igual de jodidos!

Viendo que la discusión puede llegar a eternizarse, el primer consejero musdagur se inclina ligeramente hacia Kanasul, y le susurra una cosa al oído. El señor de Zapp asiente, se levanta, y empieza a andar lentamente, casi arrastrando los pies, recorriendo el caparazón del kushu en dirección a su cabeza.

Su rostro inspira miedo y, a la vez, transmite experiencia. Su piel verde y escamosa se ha ido arrugando con el paso del tiempo, está dominada por unos ojos fríos, de mirada fija y oscura, y es de facciones duras y crueles. Viste una túnica oscura, adornada con pieles y plumas de sus víctimas, y en la mano

derecha lleva un cetro de madera oscura, coronado por una piedra de un tono intensamente dorado.

Ligeramente encorvado, sigue andando hasta la apertura delantera del kushu, y da tres golpes con la parte inferior de su cetro en su caparazón. De forma inmediata, pero al ralenti, la gigantesca cabeza de la tortuga aparece de la oscuridad de su agujero, abre sus alargados ojos sin el menor asomo de prisa, y parpadea varias veces, para acostumbrarse a la luz exterior.

Kanasul da otro paso y se sitúa encima de la cabeza del kushu que, al notar su peso, alarga el cuello y lo levanta en alto, como si de una

plataforma elevadora se tratara. Las gigantescas proporciones del animal, hacen que el señor de Zapp quede a la altura del punto más alto de la estaca, dónde están los dos condenados, aunque a una distancia prudencial, para poder disfrutar en primera línea del espectáculo del fuego, sin correr peligro alguno.

Su mirada de reptil, fría y sin piedad, se mantiene fija en la pareja y el silencio llega a ser tan ruidoso, que incluso la reina de Kigal y su consejero dejan de discutir, y miran a su alrededor para ver qué está pasando. Nirgal gira su cabeza lentamente, repasando las caras estupefactas de todos los

espectadores y, siguiendo sus miradas, recorre la plaza hasta encontrarse ante el kushu real, coronado por Kanasul, que le dirige una mirada asesina, la más terrible a la que se haya debido enfrentar nunca.

Por primera vez, frente a frente, dos de los seis grandes líderes de Ki. El señor de Zapp y la novísima y todavía sin proclamar reina de Kigal. Sus miradas han conectado con tanta fuerza que ni el uno ni la otra parpadean. La fuerza y la energía que transmiten es de tanta intensidad, que todo el mundo queda en segundo plano, como si solo fueran elementos del decorado de este momento clave en la historia del planeta

Ki.

Finalmente, es Nirgal quien habla.

—¡Un Big Mac, una hamburguesa de queso, una Coca Cola gigante y unas patatas, por favor! — exclama— Y rápido, ¿eh? ¡Que no tengo todo el día!

Probablemente, sería imposible decidir cuál de entre todas las caras de los presentes es la que más sorpresa e incomprensión demuestra, pero sí que se hace evidente cuál denota más vergüenza y contrariedad. La de Nakki, el consejero de la reina.

—Pero ¿se puede saber qué estáis diciendo, majestad? —grita él, girando la cabeza para tratar de ver a su reina desde el otro lado de la estaca.



—¡Ja, ja, ja! —responde Nirgal—  
¡Ja, ja, ja! ¡Es que está tan mono, el  
kushu este, con el malo en su cabeza!  
¡Ja, ja, ja! ¿No te has fijado? Me ha  
recordado un Mac Auto esos de la  
Tierra, los que tienen figuritas a las que  
se les piden las cosas, ¿sabes?

Un ligero murmullo va subiendo  
lentamente de tono entre la multitud que  
ocupa la plaza, que no termina de captar  
del todo la situación.

—¿¡Creéis que este es el protocolo  
correcto de introducción formal entre  
dos de los grandes líderes de Ki, reina  
Nirgal!?

—¡Oye, tú! Que ha sido él, quien nos  
ha atado aquí en una estaca, para

prendernos fuego, ¿eh? Que tampoco creo que eso esté escrito en ningún tipo de protocolo kiita, ¿eh?

—¡Nirgal Sata! —grita de forma inesperada Kanasul, con su voz potente, profunda y rota.

—¡Presente! —replica la reina.

—¡Nirgal Sata, reina de Kigal! —sigue hablando el Señor de Zapp, mientras saca un pergamino de la túnica y lo despliega ante sí— Se te acusa de la captura y del asesinato de toda la población de Zukum, la tribu nómada de musdagurs que habitaba la región de Kur, y de haber cometido fraude durante las tres pruebas del Oráculo, para poder superarlas.

—¡Pero qué dices, tú ahora, chaval!  
—grita Nirgal, indignada— Que yo no  
he hecho trampas, ¿eh? ¡Que las he  
superado por méritos propios! Y esto de  
Zukum... No sé ni de qué me hablas...  
¡pero es completamente falso! ¡Ni yo ni  
mi gente hemos atacado jamás ningún  
campamento itinerante de musdagurs!  
¡Tendrá morro, el tío este!

—Has atacado un campamento de  
musdagurs indefensos —sigue Kanasul  
— ¡Hermanos nuestros! ¡Hijos nuestros!  
¡Los has asesinado uno a uno, con  
crueldad y sin darles el menor asomo de  
posibilidad de defenderse!

—Ya me lo temía —murmura Nakki  
—. Nos está acusando de una masacre

Zukum para poder juzgarnos según la ley bélica, y evitar así el posible conflicto internacional entre las regiones del planeta a raíz de nuestra ejecución. Es un plan dirigido a crear una excusa plausible para poder asesinarlos.

—Pero Nakki... ¡Se lo está inventado todo este cara lagartija! ¡No tiene ni pies ni cabeza lo que está diciendo! ¿Por qué deberíamos haber matado a todos esos musdagurs? ¡No tiene pruebas de nada! Y ¿qué trampas dice que he hecho? ¡Las pruebas del Oráculo las he superado yo solita, sin ayuda alguna! Faltaría más...

—¡Nirgal Sata! —vuelve a gritar el señor de Zapp, con la vista fija en el

pergamino— Tras analizar las pruebas que demuestran tu presencia y la de tu consejero Nakki en el campamento de Zukum la noche de autos, cuando fue destruido, es nuestro deber y obligación ejecutar la sentencia que indica la Ley bélica, y acabar con vuestra infame existencia en la Estaca del Juicio.

Dicho esto, con un movimiento señorial de su mano, indica a los musdagurs provistos de antorchas que las acerquen al charco de combustible.

—¡Oye, tú, lagartija caduca! Pero ¿qué clase de juicio es este? —grita Nirgal— ¿Donde está nuestro abogado? ¿Y el juez? ¿Y mi hamburguesa de queso? ¡Esto es injusto! ¡Quiero hacer

una reclamación ahora mismo! ¡Voy a ir a la Unión de consumidores a denunciaros, malditas lagartijas gigantes!

—Nirgal, déjalo... —insiste Nakki — ¿No ves que no nos va a servir de nada que grites así?

Un nuevo movimiento de la mano de Kanasul hace que los tres portadores de antorchas las lancen al charco de nitrato de glimp. La explosión es tan rápida como espectacular. En unos instantes el fuego se apodera de la Estaca del Juicio, convertida en una gigantesca llama, que se puede ver hasta más allá de las fronteras del territorio de Ganzer. Y en su interior, la reina Nirgal y su

consejero intercambian sus últimas palabras, mientras el calor y las llamas se les acercan hasta el punto de devorarlos.

—¿Alguna idea de última hora, Nakki?

—Claro que sí, reina Nirgal.

—Eso está bien... —suspira Nirgal

— ¿Cual es?

—Fácil, majestad. Análisis, diagnóstico, estrategia y plan de acción.

—¡Oh, no, no! ¡Maldito seas, Nakki! ¡No me hagas desarrollar los cuatro puntos en un momento como este!

—No tenemos tiempo de discutir. Empecemos...

Primer punto... ¡Análisis! ¿Qué ha

pasado? ¿Por qué estamos aquí?

—Nakki, ¿de verdad quieres hacer esto, ahora? Estás en broma, ¿no?

—Majestad... yo nunca...

—Ohh, ya lo sé, ya lo sé... De acuerdo, de acuerdo... Tú nunca haces bromas... Bien, pues...

Análisis... Veamos... ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?



## Tres semanas antes



n tres semanas, deberás superar las pruebas del Oráculo y pasarás a ser la nueva reina de Kigal, sustituyéndome como regente —dice Lugal, degustando un exquisito entrecot a las finas hierbas—. ¿Me pasas la sal, por favor?

Nirgal, pese a su increíble capacidad de adaptación mental a sus recién estrenados quince años, no puede hacer otra cosa que atragantarse y toser, al mismo tiempo que escupe la mitad de

la salsa de guanecs, que tenía ya garganta abajo, salpicando sin piedad a quien está comiendo justo frente a ella en la mesa. Su tutor Nakki.

—¿Qué dices que qué? —gritan los dos tras recuperarse en cierto modo de la impresión inicial que les ha causado la repentina noticia.

—¡Lo que oís! ¡Ja, ja, ja! ¡Que me retiro! Y eso quiere decir que mi hija y heredera al trono, Nirgal Sata, debe espabilarse en superar las pruebas del Oráculo. Cuando las haya superado pasarás a ser su consejero, Nakki. Ya he hablado de ello con Sannar y me ha confesado que está tan deseosa como yo de dejar el cargo. Y ahora... ¿me podéis

pasar la sal, por favor?

La surrealista escena se produce en el comedor real del Castillo de Sata, en Zink, capital de Kigal. El aposento es una gran sala, con una mesa central larguísima, con capacidad para más de cincuenta personas. Columnas y arcos de piedra dan relieve a la estancia, y grandes ventanales con arcos de herradura dejan entrar la luz de Mul, la luna de Ki.

Al otro lado del muro, en la plaza del castillo, se están desmontando las paradas del mercado semanal y los tenderos se preparan para volver a casa. El rey Lugal, a pesar de hablar de su jubilación transmite vida y energía. Su

cara, redonda y recubierta por una cuidada barba blanca, es la de una persona vital, a la que le gusta disfrutar de un buen ágape, como su generosa y rechoncha barriga demuestra. Pero a pesar de gozar de un poco de sobrepeso, conserva una gran agilidad, fuerza y destreza.

—Pero... ¡esto no puede ser! —se queja Nakki, todavía procesando la información recibida— ¿Qué quiere decir que os retiráis, majestad? ¡Pero si os esperan aún unos doscientos o trescientos años excelentes, para seguir gobernando! ¡Todavía estáis en la flor de la vida!

—¡Exacto, Nakki! ¡Tú mismo acabas

de decirlo! ¡Estoy en la flor de la vida!  
Y no quiero pasarla toda enterita,  
reinando, aquí. He decidido que me  
acojo a la jubilación anticipada, como  
han estado haciendo un montón de reyes  
y de reinas de Kigal antes que yo mismo.  
¡Quiero ser un jubilado joven, viajar y  
ver mundos!

—¡Oh, Dioses míos! —se enfada  
Nakki, bajando algo el tono de voz—  
¡De todas las familias reales que hay en  
Ki, me ha tocado la más alocada de  
todas!

—¿Sabes, papá? —reflexiona Nirgal  
en voz alta— ¡Tienes toda la razón!  
¡Retírate ahora que puedes y que tienes  
salud! Yo ya dispongo de todos los

factores de habilidad que se requieren para pasar las tres pruebas y conozco bastante Kigal. ¡Es perfecto, papá! ¡Vete de vacaciones, que yo ya reinaré!

—Pero... pero... pero —triplica Nakki—, ¿sois conscientes de lo que estáis diciendo? Y ¿por qué ahora?

—Nakki, ¡ahora estamos en paz! —dice Lugal, cortando con parsimonia y cierto arte un buen trozo de entrecot— Después de la Guerra de los Tres Días el planeta está disfrutando de un período de paz, como nunca había tenido. No quiero esperar la llegada de momentos críticos ni bélicos para darle el relevo a Nirgal. ¡Prefiero hacerlo ahora que no hay ningún jaleo y que la industria y la

economía están en un momento dulce!

Mientras Nakki reflexiona sobre las palabras del rey, este degusta un nuevo trozo de entrecot, disfrutando a tope.

—¡Vamos, Nakki! ¡No pasa nada! — dice Nirgal, tratando de sacarle hierro al tema— ¡Seguro que lo haremos bien! ¡Tú sabes muchas cosas y ya me irás poniendo al día en todo lo que haga falta, hombre! ¡Ja, ja, ja!

—¡Esta es mi Nirgal! ¡Ja, ja, ja! — exclama Lugal, contento.

—Y ahora papá, dime... ¿A dónde piensas ir? ¿Qué quieres visitar? ¿Las Hursag? ¿Las Kuroe, quizás? O quizás Glik, y así aprovechas para ver a Mashua...

—¡No, hija mía, no! Me tomaré una temporada de descanso en la Tierra. Me compraré una autocaravana, y viajaré con una anzud, amiga mía de toda la vida. Quizás compre algún que otro terreno también...

—¡Hala, venga! —dice Nakki, con desánimo, mirando al techo— ¡Vamos allá! ¡A ver quien la dice más gorda!

—¡Ohhh, papá! ¿A la Tierra, vas a ir? ¡Qué emoción! De vez en cuando podré ir a verte, ¿eh!?

—Nirgal, hija mía... claro que podrás hacerlo, pero ya sabes que en Ki el tiempo pasa mucho más deprisa... No es conveniente que estés demasiado tiempo allá, puesto que cada día que



pases en la Tierra, aquí habrá pasado una semana... y en una semana pueden suceder muchas cosas... ¡Deberás estar atenta a todo! ¡Serás la reina!

—Tienes razón, papá... ¡Vaya! Bien, ¡pues ya vendrás tú a verme! Yo estaré muy ocupada, ordenando un poco este caótico planeta... luchando contra bandoleros, piratas y corsarios... ¡defendiendo nuestra patria de los invasores!

Mientras habla, coge por la cola el kuabba, un pez espada muy sabroso, que reposaba tranquilo en su bandeja, lo mueve como si se tratara de una espada de verdad y salta encima de la mesa.

—¡Ajá! ¡Atrás, bellacos! —grita

mientras se enfrenta a un rival imaginario, salpicando a todo el mundo con la salsa del pescado— ¡Yo, Nirgal Sata, reina de Zink, protegeré las cosechas de arroz que queréis robarnos! ¡Con la vida, si hace falta!

—¿Cosechas de arroz? —exclama Nakki— ¿Qué cosechas de arroz ni que niño muerto, Nirgal? Cosechas de arroz... ¡Si no cultivamos arroz, en Kigal! ¡Eso es cosa de los kuzubis!

—Ah, ¡eso es irrelevante, Nakki! —dice el Rey, mientras se levanta de la silla, se arma con un kual, una especie de embutido de grandes dimensiones, se coloca una gran hoja de lechuga a modo de máscara y salta encima la mesa con

una agilidad imprevista— ¿Tú?  
¿Proteger las cosechas? ¡Ja! ¡Tú y quién  
más, reina de pacotilla! ¡Arrodíllate ante  
la furia de Kanasul!

Con una rápida maniobra, Lugal  
bloquea el arma pez de Nirgal y le da  
con el embutido en el culo.

—¡Ohh! ¡Esta ha sido una sucia  
maniobra, rey de los reptiles! ¡Pero no  
creas ni por un instante que te va a ser  
fácil derrotar a una Sata! ¡Ja, ja, ja!

Diciendo esto, Nirgal clava un  
puntapié a la sopera que contiene crema  
de calabaza, haciéndola volar por los  
aires, con la idea de ponerla por  
sombbrero al falso rey de los reptiles.  
Pero, pese a la buena puntería con qué

ha sido lanzada, no cae encima de éste, sino que lo atraviesa como si su cuerpo estuviera formado por aire y aterriza en el otro extremo de la mesa, provocando un caos considerable.

Cuando Nirgal ve que la proyección astral de su padre desaparece ante ella y siente su presencia justo a su espalda, ya no tiene tiempo de reaccionar y sufre un nuevo latigazo en la otra nalga.

—¡Esto es juego sucio! —se queja ella otra vez, girándose, airada— ¡Yo todavía no sé proyectarme astralmente, papá!

—¿Papá? ¿Como que papá? ¡Soy Kanasul, rey de los musdagurs y pienso robarte el trono y todas tus cosechas de

arroz! ¡Ja, ja, ja! —dice Lugal, e imitando una risa perversa, desarma a Nirgal con una rápida maniobra, haciéndole saltar el kuabba de las manos, el cual, tras hacer una parábola perfecta por los aires, se clava en la mesa de forma contundente ante las mismísimas narices de Nakki.

—¡No hay arroz en Kigal! —repite éste levantándose desesperado de la silla y dirigiéndose a la puerta— ¡Oh, Dioses míos...! ¡Los Sata me han debido tocar a mí! No había ninguna otra familia real que estuviera más tarumba en el mercado de trabajo...

Mientras sale del comedor, todavía ve como Nirgal ha vuelto a armarse con

un pollo a l'ast, que utiliza tanto por atacar como de escudo, contra el falso Kanasul, que ha renovado su armamento con un potencialmente peligroso trozo de kisim, un pestilente queso curado por los tidnums en sus cuevas de Glik.

—¡Ohh, nooo! ¡Las armas químicas no valen! — oye Nakki, mientras se aleja corredor abajo, dejando atrás ruidos de rotura de platos y vasos.

—¡Ahora deberé cambiar todo el plan de entrenamiento que tenía establecido! —masculla, tomando notas con furia en una pequeña libreta— Si Lugal quiere irse a la Tierra, no habrá nadie que consiga hacerle cambiar de idea, o sea que más valdrá que empiece

a pensar en el nuevo plan de acción para rematar la preparación de Nirgal... Tengo tres semanas... O sea que deberé hacer un nuevo análisis para ver de dónde...

Pero los pensamientos de Nakki quedan en suspenso al chocar frontalmente con un joven kiita que aparece de la nada, cargado con toda clase de trastos, que, con el impacto, salen disparados de sus brazos y manos y acaban aterrizando y desperdigándose aparatosamente por todo el pasillo. Él tarda en reaccionar. Como si su mente estuviera todavía ocupada pensando otra cosa, hasta el punto que parece que no se haya dado ni cuenta del encontronazo.

Viste una túnica oficial, tiene el cabello negro como el carbón, va absolutamente despeinado y lleva unas gafas de culo de vaso que ocultan parte de su rostro despistado.

—Galam, pero ¿se puede saber dónde vas, así? — se queja Nakki, reincorporándose y sacándose el polvo de su túnica— ¡Siempre igual! ¿No ves que algún día te harás daño de verdad? O peor todavía, se lo harás a alguien...

—¡Nakki, Nakki! ¡Ya lo tengo! ¡Lo he conseguido! —lo corta él, sin el menor asomo de delicadeza.

—Galam, no me estás escuchando, ¿verdad?

—Al complementar la tecnología



interdimensional de la Sala de Paso, con los radares de detección de flujo y de fricción, y gracias a la propia dimensión de paso, ¡he podido miniaturizar y portabilizar los controladores de agujeros interdimensionales!

—Efectivamente... no me estás escuchando —se resigna Nakki, mientras el joven científico sigue recogiendo con escasa fortuna todos los enseres desparramados por el suelo.

—... por lo tanto, ¡hemos entrado en una nueva era con respecto a los viajes interdimensionales! ¡Joley, joley! ¿Eres consciente del alcance de este magnífico invento? —sigue hablando Galam, ilusionado con sus ideas, apresurándose

a sacar un lápiz de su túnica y poniéndose a escribir esquemas en la pared del corredor para reforzar su argumentación— ¡Mira, mira! ¡Te lo explico en un santiamén! Si aquí tenemos la variable X, entendida como la aleatoriedad de los puntos de fricción en el flujo interdimensional, y tomamos dos dimensiones cualquiera dentro del multiverso, tal y como lo conocemos ahora, y la variable Y como...

—¡Galam! —intenta detenerlo Nakki.

—... no sería ninguna tontería, pensar que los cálculos previos a la fricción...

—¡Galaam! —dice otra vez su

amigo, en un tono algo más alto.

—... por lo tanto, y con un espacio de cinco a ocho minutos, podríamos prever la formación...

—¡¡Galaaaam!! —insiste su compañero, acercándosele.

—... y la creación de un mapa con una base de datos de todos los puntos...

—¡¡¡GALAAAAM!!! —grita finalmente, cogiéndolo por los hombros, haciéndole dar la vuelta y mirándolo a los ojos, fijamente.

Un silencio denso ocupa el corredor. Galam parece volver en sí, sobreponiéndose a su posesión científica.

—Uhm... ¿sí? —pregunta el

científico, ya más calmado.

—Galam, ¿este no es el momento ni la forma de contarme qué estás inventando! Ni entiendo lo que dices, ni creo que dibujar esquemas en las paredes del castillo sea un comportamiento digno del ingeniero oficial de Zink, ¿lo captas? Por lo tanto, si lo que quieres es darnos a conocer alguna novedad científica relevante, te aconsejo que pidas hora al rey Lugal o a la consejera Sannar, y...

Pero, antes de que acabe el discurso de Nakki, un sonido grave e intermitente, procedente de uno de los trastos que ha recuperado Galam lo interrumpe. Una preciosa pero inquietante luz roja

acompaña al sonido y la máquina inicia un zum-zum que va aumentando de volumen en pocos segundos, haciendo que empiece a vibrar.

—Oh, vaya... —murmura Galam, leyendo la información que aparece en la pequeña pantalla verde de cristal líquido del invento.

—¿Oh, vaya? —repite Nakki, alternando su mirada del invento a la cara de Galam, sin saber qué debe preocuparlo más— ¿Qué quieres decir, con esto de «Oh, vaya»?

Pero el inventor no responde a la pregunta, sino que se limita a coger rápidamente a su compañero por la muñeca y lo mira a los ojos con una

expresión en la que se mezclan el miedo y cierta inseguridad por lo que está a punto de pasar. Nakki le devuelve la mirada, cargada la suya de una mezcla de amenaza ancestral y profunda y de resignación por el hecho de encontrarse una vez más implicado en los inventos de aquel joven genio despistado.

Del elemento que tiene Galam en sus manos sale un rayo de luz eléctrica que crece y los envuelve en una especie de cúpula. En aquel preciso instando el aire parece desgarrarse, el sonido desaparece y el tiempo da la impresión de haberse estancado. De pronto, sin el menor asomo de resistencia, explosión, ni el más mínimo rumor de hecho, la

burbuja... desaparece. Pero no se va sola. Todo lo que contenía ha desaparecido también.

Todo, todo y todo. Un círculo de dos metros de diámetro del suelo, la mitad de una cómoda llena de mantas y sábanas, medio candelabro con su vela incorporada, un metro y medio de pared del corredor, medio tapiz, un trozo de puerta de madera maciza, seis enseres más de los que llevaba Galam consigo y, por supuesto, el ingeniero oficial de Kigal y el tutor de la futura reina Nirgal.

Dos cabezas se asoman con cuidado por el marco de la puerta del comedor, tímidas y curiosas, observando el pasillo. El rostro de una de ellas está

cubierto por una hoja de lechuga con dos agujeros, que dejan ver unos ojos que observan su entorno inmediato, inquietos. El otro lleva incorporada una crema de verduras, que baja por su cabello, goteando.

Son el rey Lugal y la princesa Nirgal que, extrañados por el repentino silencio después de aquella extraña vibración y temblor que han sentido y a la que ha seguido como una eclosión de luz, han dejado su batalla alimentaria encima la mesa y han decidido salir a investigar.

—Uhm... —murmura ella— ¿Qué te parece que ha pasado, papá?

—No lo sé... —responde él— tiene toda la pinta de ser un nuevo invento de



Galam, ¿no te parece?

—Sí... Lo dices porque ha desaparecido un trozo de corredor, de pared y medio mueble, ¿verdad?

—Ajá... y un trozo del candelabro aquel... y otro del tapiz conmemorativo de mi coronación.

—Bien... Pues si son cosas de Galam, mejor que lo dejemos tranquilo, ¿verdad papá?

—Sí, sí... En estas cosas de los científicos, mejor no interferir, hija mía... Más vale dejarlos solos y no estorbarlos, ¿sabes?

—Tienes toda la razón —asiente ella.

—Además, nosotros todavía

tenemos un asunto por resolver —dice Lugal, cambiando la voz de tenor a otra más gutural, rota y tenebrosa— ¡El asunto de la cosecha de arroz!

Un nuevo latigazo a la nalga derecha de Nirgal provoca un salto de ella hacia atrás, indignada, y que se vuelva a poner en guardia con el pollo al ast.

—¡Esto no vale! —se queja— ¡Estábamos en tiempo de prórroga para ver qué había pasado!


—¿Prórroga? ¡No sé de qué me hablas, renacuajo ziti! —grita Lugal, volviendo al comedor y saltando otra vez encima la mesa— ¡Soy Kanasul, rey de los lagartos y malo como la mierda de gato! ¡Y pienso robarte la cosecha y

el trono de Kigal!

—¡Ja! ¡Si crees que voy a permitírtelo es que no me conoces en absoluto, reptil caduco! ¡¡Cuando termine contigo, lagartija jorobada, te dolerán escamas que ni si quiera sabías que tenías!! —grita ella, cargando contra el falso señor de los musdagurs.

### 3

# Próxima estación, la Tierra



uz, luz y más luz. De toda clase, de todas las formas, intensidades e incluso tactos posibles. Centenares de miles de luces atravesando la nada, en un espacio sin gravedad, sin sonido, de inmensa soledad. El vacío más vacío de todos. Parecería que se está flotando en el aire, si hubiera aire. El tiempo, por contra, parece haberse detenido. La nada absoluta. Sin tiempo. La extraña

sensación de no estar en ninguna parte ni en ningún momento los acompaña. Se encuentran fuera del tiempo y del espacio.

—*Próxima estación, la Tierra* — anuncia una voz femenina metálica, desde un pequeño altavoz incorporado al objeto que sujeta Galam y que parece ser el culpable de todo aquella sinrazón.

—Galam, ¿estamos cruzando? — pregunta Nakki, que no parece demasiado sorprendido por las extrañas circunstancias que los rodean.

Pero antes de que el joven sabio pueda responder a la cuestión, las luces y el vacío desaparecen y todo reaparece. Pero un «todo» diferente del de dónde

han partido. Los dos viajeros del tiempo y del espacio perciben ruido de ramas rotas, y de la caída de varios objetos que parece que vayan topando con una superficie sólida, entre los cuales está su propio cuerpo, a punto de aterrizar de mala manera en un espacio indeterminado.

El bosque es frondoso y salvaje, prácticamente una selva. Por su aspecto, seguramente nunca ningún hombre ha puesto los pies en él. Grandes árboles milenarios repletos de lianas, espesos matorrales, plantas y flores ocupan todo el suelo visible y tan sólo algunos insectos que, por el momento, ignoran su presencia dan fe de vida en aquel lugar.

Y, completamente fuera de contexto en medio de este salvaje paraje, se observa una pila compuesta de viejas piedras, de varios aparatos metálicos, un trozo de candelabro, un trozo de tapiz, y dos kiitas silenciosos que, debido al inesperado aterrizaje, han aparecido de forma estrambótica entre los arbustos que han ido amortiguando el golpe.

—Galam... ¿estás vivo? —pregunta Nakki, que parece estar practicando una complicadísima posición de yoga avanzado, situado cabeza abajo, entre dos ramas, con los brazos en forma de cuatro y las piernas en forma de cinco.

—Sí... Creo que sí... —osa

responder el ingeniero, que reposa en una posición mucho más cómodo que la de su compañero, colgado por un pie de la rama de un árbol bajo, con la túnica del revés, y un cierto aspecto de piñata.

—Muy bien... ¡Esto me da opción a matarte personalmente! —dice Nakki, mientras intenta reincorporarse, deshaciendo los nudos de su propio cuerpo— ¿Estás loco, inventor del diablo? ¿No ves que podríamos haber muerto?

—¡Oh, oh! ¡Yo no tengo nada que ver con esto!

—¡No, claro está! ¡La culpa de todo es de la Madre Superiora del Convento de las Monjas Cojas! ¡Cómo que no es



culpa tuya! —se queja mientras intenta conservar el equilibrio, dirigiéndose hacia el sabio piñata— ¿Se puede saber a qué juegas, Galam?

—Bien... ¡lo que quiero decir es que no me esperaba que se abriera un portal justo allá en medio del pasillo! ¡Quien se lo hubiera imaginado! ¡Todavía no he podido establecer los parámetros geográficos para la localización de portales! ¡Ni siquiera tenía el alterador graduado para la potencia de esta fricción!

—Sí, no hace falta que lo jures. ¡Ya me he dado cuenta de que, aparte de nosotros, te has traído medio castillo! Va, dame la mano y haz fuerza hacia

arriba, a ver sí...

—Ahh... ¡Eres un exagerado, Nakki! No me he traído medio castillo... para conseguirlo debería haber graduado unas dimensiones geográficas, que...

Mientras discuten, Nakki le ayuda a descolgarse del arbusto, consiguiendo con sus maniobras que su compañero le caiga encima y le arrastre hacia el suelo.

—A ver, Galam... —mira de centrarse Nakki, mientras comprueba que todavía tiene todos los huesos enteros— ¿Se puede saber qué ha pasado? ¿Cómo es que hemos cruzado a la Tierra sin ir a la Sala de Paso? Y ¿qué carajo es esto del alterador?

—¡Es lo que intentaba decirte! ¡He

conseguido minimizar la Sala de Paso en esta máquina tan pequeña! —dice señalando un precioso montón de chatarra artísticamente desperdigado por el bosque— Huy... parece que... que se ha roto un poquito.

—¿Un poquito? —ironiza Nakki—  
¿Un poquito? ¿Pero se puede saber de qué hablas? ¡Seguro que ahora tiene más piezas que antes de montarlo, el trasto ese!

—Vaya... esto va a suponer un problema para volver...

—¡Oh, va! ¡No me digas que ahora debemos quedarnos aquí! ¿No puedes volver a montarlo?

—Uhm... Uhmm... Déjame ver...

supongo que si conseguimos encontrar todas las piezas... y si tenemos la suerte de que las más vitales no estén rotas... bien... sería posible... siempre y cuando tuviera mis herramientas... que, de hecho... uhm... están en el laboratorio...

—¿En tu laboratorio?

—¡Ajá!

—¿En el laboratorio que está en el Castillo de Sata?

—¡Ajá!

—¿En Ki, planeta sito en una dimensión paralela a la cual sólo se puede acceder a través de un portal interdimensional?

—¡Ajá!

—Muy bien... recoge toda esta parafernalia, y nos ponemos en marcha enseguida —dice Nakki, mientras empieza a subirse a un árbol.

—Pero... pero... ¿Qué haces, ahora?

—¿Qué quieres que haga? ¡Situarme, botarate! En este planeta mis habilidades kiitas están muy debilitadas, y, sin ninguno de mis anillos de melam, poco puedo hacer —dice mientras trepa con una agilidad sorprendente por el árbol—. ¡Parece mentira que no te enteres, Galam! ¡Análisis, diagnóstico, estrategia y plan de acción! ¡Para empezar debemos situarnos! ¡Debemos saber dónde estamos, para poder

dirigirnos a la Sala de Paso más próxima y poder volver a Ki!

—Ajá, claro... Sí, sí... —dice el joven Galam, recogiendo chatarra— Oye... y ¿que hago con las piedras? ¿Nos las llevamos?

—¿Las piedras del castillo, dices? —pregunta Nakki, desde la copa del árbol, con la mirada fija en el horizonte.

—Sí, las piedras, exacto...

—¿Me preguntas si debemos llevar con nosotros un círculo de dos metros de perímetro de piedras hasta la próxima Sala de Paso, que puede estar en un continente diferente?

—Ajá...

—No, no hace falta. Las dejamos

aquí —asegura Nakki, bajando ya por el tronco—. Bien, he visto un casco urbano al nordeste, a unos treinta kilómetros de aquí. Parece una pequeña ciudad. Manos a la obra, no podemos perder tiempo. Cada hora que pasamos aquí, son siete en Ki y, hoy por hoy, hay asuntos muy urgentes que atender, especialmente considerando el hecho de que Lugal está a punto de renunciar al trono.

—¿Qué dices? ¿Lugal? ¿Quiere dejar el trono? — pregunta Galam, siguiendo a su compañero que anda a grandes zancadas siguiendo un pequeño sendero— ¿De verdad? ¿Y quien reinará?

—¿Como que quien reinará? ¿Quien

quieres que reine? ¿Un kushu con faldas? ¡Nirgal, claro está! Por algo es la heredera, ¿no? ¡El rey dice que quiere jubilarse y viajar por la Tierra y la princesa debe pasar las pruebas del Oráculo dentro de tres semanas!

—Ah, sí, sí... claro está, claro está... —responde el ingeniero— Ahora entiendo porque Lugal me pidió que investigara sobre esto de los alteradores...

—Entonces... ¿fue el rey quien te lo pidió?

—Sí, sí... Hace tiempo que preguntaba por un sistema portátil para poder cruzar... el problema es que esta versión es tan sólo un prototipo, y que



no está hecho a prueba de golpes —dice mirando con cara de pena los restos del alterador—. Los próximos los haré más ligeros, compactos y resistentes... creo que les pondré un MP3 y una pantalla de plasma, para poder ver televisión...

—Hasta ahora sólo podíamos cruzar desde las salas preparadas específicamente para esta misión y construidas en el lugar exacto dónde están los portales. O sea que, por lo que dices, ¿ahora se podrá cruzar sólo con una maquina de este tipo?

—Exacto... y la parte positiva es que, aparte de los portales fijos, ¿ahora también podremos aprovechar los temporales! Sólo debemos ser lo

suficiente rápidos, como para llegar en el punto exacto de fricción, que detectaremos de cinco a ocho minutos antes de la creación del portal.

—Uhm... las posibilidades son interesantes y muy variadas... pero en malas manos puede llegar a ser muy peligroso... Si actualmente ya nos está costando controlar y vigilar la red de Salas de Paso que hay en cualquier parte de Ki, imagínate si según quien consiguiera este aparato... Podría cruzar cuando quisiera, a cualquier parte del planeta.

—Como lo hemos estado haciendo nosotros siempre... Vaya... claro que visto así puede ser algo problemático...

—Déjalo... ya hablaré de ello con el rey más tarde. Ahora lo que debemos hacer es volver a casa, y yo debo ir preparando el entrenamiento de Nirgal — dice Nakki abriéndose paso entre arbustos y lianas.

—¡Ahh, espera, espera! —dice Galam, buscando en los bolsillos de la túnica, mientras hace equilibrios y trata de evitar que se le caigan los trozos de alterador— ¡Aquí traigo una cosa que nos facilitará el camino! Ya verás, ¡je, je!

—Galam, ¡no quiero más inventos tuyos! —dice Nakki, sin aflojar la marcha— Tan sólo dedícate a no retardar nuestro paso, y ya me daré por

satisfecho.

Pero el joven inventor, animado con su nueva idea, saca una pequeña caja metálica, que abre con gran cuidado. Contiene un montón de pequeñas cápsulas cada una con símbolos escritos. Las mira con atención y escoge una.

—¡Muy bien, Nakki! —grita, orgulloso de sí mismo— ¡Observa el poder de la ciencia de Kigal! ¡Ajá! ¡Limítate a observar y después agradecerás mi ayuda!

—No, Galam, te digo de verdad que no hace falta... —insiste Nakki, deteniéndose y girándose hacia él.

Pero ya es demasiado tarde. Galam

ya ha lanzado la pequeña cápsula con todas sus fuerzas hacia el bosque. Un ligero chispazo, como de electricidad estática, surge entre las plantas, en la zona dónde ha impactado, y acto seguido... aparece.

Un huracán siempre es un fenómeno majestuoso y digno de admiración. Su fuerza y energía desmesuradas, sus proporciones gigantescas, la gran velocidad de aire girando a más de doscientos kilómetros por hora y todos los elementos que es capaz de arrastrar, son atributos que hacen de él un fenómeno meteorológico único en el mundo. Pero si, en lugar de formarse despacio, como marcan las leyes de la

naturaleza, aparece de pronto, de la nada, y no sólo eso, sino que te encuentras de repente situado en medio del ojo del huracán, es todo mucho más espectacular.

Los dos kiitas, gracias a la sencilla acción de lanzar una glimp, se encuentran rodeados de una especie de jaula de aire que gira a doscientos treinta kilómetros por hora, desplazándose a alta velocidad y llevándose por delante un buen tajo del bosque.

—Ajá... muy guapo —dice Nakki, mirando el cielo que les rodea— ¿Y esto es el que nos ayudará a ir más deprisa? ¡Eres una verdadera

calamidad, Galam!

—¡Ups! —exclama el ingeniero—. Me parece que me he equivocado de glimp... es que no veo tres en un burro... ¡Je, je, je!... Quizás será mejor que las haga de colores en lugar de escribir, en letra minúscula en la misma cápsula, lo que provocan. Así podría evitar confusiones tan tontas como esta.

—Efectivamente. Sería una buena idea... sobre todo cuando las confusiones tontas como esta son un huracán gigante que aparece de la nada en un planeta que no es el nuestro y que puede llegar a causar daños irreparables en el mismo.

—Vaya... ¿y ahora que hacemos?

¿Quieres que trate de detenerlo con una glimp de fuego? Quizás si consigo eliminar el aire que...

—¡No! —grita Nakki— ¡Ni hablar!  
¡Ni se te pase por la cabeza encender algo! No hay mal que por bien no venga. Nos estamos desplazando en dirección nordeste, hacia la población. Si seguimos a esta velocidad, adelantaremos mucho y, además, el bosque no estorbará nuestro avance. Más tarde ya lanzaremos aquí una glimp de naturaleza, para arreglar el destrozo causado. Y, por si las moscas, pediré a la Corporación que compre este terreno.

—¿Ah, sí? —se sorprende el sabio  
— ¿O sea que, todo va bien? ¿Mi idea



ha funcionado?

—Más o menos —confiesa Nakki, pensativo.

—¿Más o menos? —repite Galam.

—Hay una pequeña cuestión a resolver todavía.

—¡Ah! ¿Y cual es?


—Que si no detenemos el huracán antes de que llegue a la ciudad, la arrasará del todo.

—Ah, bien... Y sabemos como detenerlo, claro está.

—Todavía no.

# 4

## Animur



levamos catorce días de guerra continua y sin pausa contra los urgugs, y esto no hay quien lo pare... ¡Esto va a durar meses! —dice Mashua, señalando el mapa que tiene sobre la mesa.

—¿Meses? ¡No puede ser! Qué desgracia... ¡no podemos permitirlo! —dice Animur, consternado, mirando las pequeñas figuritas de tidnums y de urgugs que están colocadas encima del mapa, simulando su situación real en el

campo de batalla.

—Nuestro pueblo no se merece esto... ¡Debemos encontrar alguna solución! ¡Somos sus líderes, Animur! ¡Y no debes olvidar nunca que confían en nosotros! —grita, apasionado, el consejero y hermano del rey.

Los dos estrategas con cara de tigre se encuentran en una de las cuevas subterráneas del norte de Grum, no mucho lejos del terreno dónde se está desarrollando la batalla. Sonidos amortiguados de espadas, de golpes de hacha y de gritos atraviesan la puerta. La sala, ocupada sólo por ellos, tiene, a un lado, una gran mesa llena de comida y bebida, y al otro un montón de armas

amontonadas sin orden ni concierto en un rincón y dos pequeñas ventanas que dan al exterior.

—Pero... ¿Cómo podremos? ¿Qué debemos hacer? ¿Estamos en un callejón sin salida! —dice preocupado Animur, con la mirada fija en la mesa— No puedo cambiar los acontecimientos, ni el ritmo de la guerra...

¡Hace más de dos semanas que luchamos sin cesar! Por cierto... Oye, Mashua... ¿no faltan soldados, aquí? En realidad hay muchos más tidnums, en el campo de batalla, ¿eh?

—Hombre, Animur, pero es que cada figura representa una unidad de cien tidnums —dice el consejero.

—¿Cada figura son cien soldados?  
¡Por los bigotes de Kalipto! Pero... ¿por  
que no hacen cien más pequeñas, en  
lugar de una tan grande?

—Pero ¿no ves que entonces  
deberían ser tan pequeñas, que no se  
verían? Se perderían... y tendrías mucho  
trabajo en colocarlas todas en el mapa.

—Como se nota que eres el  
consejero, ¿eh, Mashua? Tienes  
respuestas para todo, ¿eh?

De pronto, la puerta se abre de  
golpe, topando con la pared, y un joven  
tidnum, cargando una hacha doble y un  
escudo casi tan grande como él, entra  
entusiasmado.

—¡Papa! ¡Mashua! ¡Dos unidades

menos en la zona del afluente! ¡Este ritmo es insostenible! ¿Habéis encontrado alguna solución?

—¡Ursua, hijo mío! ¡Ja, ja, ja! — grita el rey, saltando hacia su hijo, y levantándolo por los aires como si fuera una pluma— ¡Mírate! ¡Estás espectacular, así, manchado de sangre y armado hasta los dientes!

—¡Ja, ja, ja! Gracias papá, pero ahora no tenemos tiempos para eso... Decidme... ¿podréis arreglar la situación? ¿Puedo decirle a nuestra gente que esté tranquila?

—Oh, puedes hacerlo, pequeño Ursua. ¡Tranquilo! ¡Yo, Animur, rey de los tidnums, velo por mi pueblo!! —dice

el rey, dejando a su cachorro en el suelo.

—¡De acuerdo, papá! ¡Confío en vosotros! ¡Vuelvo al campo de batalla! ¡Hasta ahora! —dice Ursua, volviendo sobre sus pasos sin casi ni girarse.

Mashua vuelve a mirar el mapa situado encima de la mesa. La preocupación lo invade... Hay una solución posible... pero ni siquiera él, que conoce de memoria todas las batallas en las que se ha visto envuelto su pueblo guerrero siglo tras siglo, se atreve a decir lo que piensa en voz alta.

—¿En qué piensas, Mashua? ¿Ves alguna solución posible? —pregunta Animur, viéndolo tan pensativo.

—Bien... Hay una posibilidad... —

murmura entre bigotes, bajando la cabeza y cogiéndose a la mesa con tanta fuerza que las uñas felinas se hunden en la madera maciza— Pero... no sé como decirlo... es algo desesperada.

—Situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas, Mashua... —dice, con voz trascendente el rey de los tidnums— Dime, consejero... ¿Qué crees que podemos hacer, para cambiar estos trágicos acontecimientos y liberar a nuestro pueblo de la angustia que está empezando a invadirlo?

—Bien... en tiempos del rey Liptum hubo una guerra civil... también contra los urgugs... la Guerra de los



Pañuelos... Se encontraron en una situación muy similar a esta... Hacía meses que duraba el conflicto... y entonces, el rey se reunió con Gursua, el líder de los urgugs... y llegaron a una solución...

Los ojos de Animur se iluminan, esperanzados.

—¡Dime, dime! ¿Qué hicieron?

—Se... ¡se prestaron soldados! — acaba diciendo el gran consejero, bajando la vista hacia el mapa.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Se prestaron soldados? ¿Qué quieres decir? — pregunta el rey, sorprendido.

—Bien... La batalla era espectacular... los dos bandos se lo

estaban pasando genial... pero entonces se dieron cuenta de que los urgugs estaban perdiendo terreno... y que en tan sólo un par de meses más podía acabar la diversión... Entonces decidieron que, para volver a igualarse y que la pelea durara como mínimo un año, algunos tidnums, convenientemente aleccionados, podrían hacer de urgugs.

—Ajá... —reflexiona Animur, mirando las figuritas— Esto volvería a igualar los dos ejércitos... pero... ¿no es algo liado? Nunca sabes contra quien debes luchar...

—Sí... ¡por esto se le dio el nombre de Guerra de los pañuelos! Para evitar confusiones, los tidnums que hacían de

urgugs y los propios urgugs se ataban un pañuelo a la cabeza de color azul y los otros, los tidnums, uno de rojo. Así siempre sabías contra quien debías luchar, ¿lo pillas?

—Ah, claro está... Así no hace falta que pierdas tiempo fijándote contra quien luchas, ni te ves obligado a pedir a nadie qué es y se puede ir a por faena... No es mala idea, no... Pero... ¿no es algo extraño, al fin y al cabo?

—Ay, Animur... No seas tiquis miquis, tú ahora... ya sabes como está todo el mundo, superemocionado con esta guerra... Si no hacemos que dure un año como mínimo, y quizás me quedo corto, ¡van a quedarse todos con las

ganas!

—Sí, claro está... ya te entiendo...  
pero... —duda el rey.

—¡Oh! ¡Pero si ya se está haciendo  
la porra oficial para ponerle nombre!

—¿Ah, sí? ¿Ya ha empezado? —dice  
Animur, alegre— Y ¿qué nombres hay en  
la lista?

Mashua rebusca entre mapas y  
papeles y encuentra finalmente una  
pequeña lista de nombres.

—A ver... una es «La veinticuatro  
guerra civil»...

—Ui, que poco original...

—Sí, yo también lo creo... —  
corroborra el consejero— Otro es «La  
batalla de Grum»... También hay uno

que es «La guerra de los X días».

—¿De los X? ¿Y esto qué quiere decir?

—X es el número de días que durará... Se trata de sustituirla por el número que toque, cuando haya acabado la guerra.

—Uf, demasiado complicado, ¿eh? ¿Algún otro?

—Veamos... Sí, mira... Este me gusta mucho... «La guerra de los tigres entre aguas». Como estamos entre dos ríos...

—¡Nada, nada! Pero ¿qué dices? ¡Demasiado largo! Y demasiado poético... Tú siempre estás igual, con esto de la poesía, ¿eh? Seguro que ya

estás escribiendo alguna canción épica y todo...

—Claro que sí... ya llevo tres versos enteros... ¿Quieres oírlos? — dice Mashua, ilusionado.

—¡No, no! Más adelante, ¡cuando lleves más de seiscientos! —se apresura a decir Animur— A ver... ¿No la podríamos bautizar con algún nombre más potente e impactante, como por ejemplo «La Guerra de la sangre hermana» o «La sangre de Grum»?

—Bien... Por si acaso hoy, cuando hagamos el parón para cenar nos ponemos a fondo con el tema, ¿eh? Podríamos repasar la porra, y añadir algunos nombres... ¡seguro que a tu

mujer se le ocurre alguno de más atinado! ¡Se le dan muy bien estas cosas!

—Muy bien. ¡Hecho! —concluye Animur— Escucha... y ¿qué hacemos? ¿Nos reunimos con los urgugs y les decimos que les pasaremos unos cuántos soldados nuestros, para volver a quedar igualados y poder seguir?

—Sí... Si quieres ya voy yo... Ahora me toca entrar otra vez a la batalla... relevo a Dusua y hago mis ocho horas, que él ya ha cumplido.

—Ah, yo también vendré, ya sabes que me encanta. Le cambiaré el turno a Sulsua, y así enlazo dos turnos... que sino siempre me toca reposar cuando me lo estoy pasando teta y ya estoy hartito.

—Eh, ¡pero esto no vale!

—¿Como que no vale? Yo soy el rey y hago lo que me pasa por las narices... Mira, privilegios reales...

Además, ahora no me digas que tú no lo has hecho jamás... Que te conozco y me sé yo unas cuantas de ti...

—Bien, sí... Ahora que lo dices... No hablemos más de ello... Vámonos ya, que nos estamos perdiendo lo mejor del día... —dice Mashua, recogiendo las armas— ¡Ah! ¡Por cierto! ¡¡Ya no me acordaba!! Esta mañana ha llegado un musen mensajero con una carta del rey Lugal, que dice que se retirará dentro de tres semanas, y que su heredera al trono, Nirgal, tomará su lugar. Nos invita a la



proclamación, y dice que habrá pica-pica.

—¡Oh, Dioses tidnums! ¡Esto no puede ser! ¡Qué desgracia! ¡Dentro de tres semanas? ¡Oh, no, oh no! ¡Maldita sea esta duda que me nubla la razón! Qué desgracia...

—Pero... ¿qué pasa, Animur?

—¿Como que qué pasa? ¿No eres consciente de lo que está pasando? ¿Y tú eres mi consejero? ¿No te das cuenta de la trascendencia de este hecho y de lo que va a suponer para todos nosotros?

—Bien, pues no... ¿Implicará quizás un cierto debilitamiento del poder de los zitis? ¿O la amenaza de un posible golpe de estado? ¿O que la inexperiencia de la

joven reina...?

—Pero, ¿que mosca te ha picado!  
¿Qué pasa dentro de tres semanas en  
Glik?

—¿Dentro de tres semanas?  
Uhm... —de pronto, el rostro de  
Mashua cambia de profundo  
pensamiento a sorpresa y, sin solución  
de continuidad, a tristeza y terror—  
¡¡Ostras, claro está!! ¡La sandiada  
popular!

—¡Claaaro! ¡El día en que todos los  
tidnums nos reunimos alrededor del lago  
Kashkal para comer sandías con queso!  
¡Y después hay baile, lucha, y juegos  
para los más pequeños! ¡Si incluso  
estuvimos planificando los turnos para

que todo el mundo pudiera ir sin dejar esta batalla!

—Sí, sí... es cierto... Yo voy a ir por la mañana, para poder asistir a la carrera de sacos y al levantamiento de la sandía gigante, y tras la comida ya vuelvo...

—Exacto. Yo dejo mi turno por la noche, para poder tomar ron quemado y participar en las luchas a la luz de la luna.

—¿Y ahora qué hacemos? Si Nirgal pasa las pruebas dentro de tres semanas, ¡no podremos ir a la fiesta de proclamación, y nos perderemos el pica-pica!

—Bien, no nos pongamos

nerviosos... —dice el rey, buscando lápiz y papel— ¿Todavía está por aquí, el musen mensajero este?

—Sí, sí... —dice rápidamente Mashua, señalando la ventana— Está esperando que le damos la respuesta.

—Bien, pues le debemos decir a Lugal que retrase la proclamación un par de días, para así poder ir. Toma, hazlo tú mismo... Explícale esto de la sandiada, y seguro que se hará cargo, es muy buena persona... ¡Ah! Y ya puestos, dile a ver si puede encargarse de aquellos de salsa de glikos, los que puso por su aniversario, que eran buenísimos...

—¡Ajá! ¡De acuerdo, de acuerdo! —

asiente Mashua, mientras escribe lo que le dice el rey— ¿Le pido de aquellas cosas crujientes verdes, también?

—¡Ah, sí, sí! ¡Claro que sí! Y dale recuerdos para Nirgal y Nakki, ¿eh? ¡Que hace un montón que no se nada de ellos! ¡Me muero de ganas de verlos y de darles un fuerte abrazo!! Me pregunto qué debe de estar haciendo ese tutor tan serio y correcto en estos instantes...

# Lugal y Nirgal



El cielo es especialmente oscuro y las estrellas brillan con especial intensidad, en Zink. El rey Lugal y un extraño personaje están sentados en la terraza de la torre más alta del Castillo de Sata, como tantas otras noches, admirando el firmamento.

—Así pues, ¿no ves que haya ningún problema, Gizzalkamma?

—Ni uno... De verdad, Lugal. Nos parecerá bien, hagas lo que hagas. Sabes

perfectamente que no debemos interferir en la historia de Ki bajo ningún concepto. Además, tanto si haces esto como cualquier otra cosa, ya lo habrás hecho... y ya sabes que el tiempo no existe —dice el peculiar personaje, que viste de forma extraña, con ropa de muchos colores, capa y turbante.

—¡Fantástico! Me lo tomaré como un sí. Y ¿que? ¿Como va todo por allá arriba?

—Bien, la verdad es que no me puedo quejar en absoluto... todo va como debe ir. ¿Y a ti, con Nirgal? ¿Como se lo ha tomado, todo esto de la sucesión?

—Ah, bastante bien... Tiene el

espíritu de los Sata... no tiene ningún reparo a la hora de aceptar retos... Es más, le encanta ponerse a prueba... ahora mismo hemos quedado en la Puerta Oeste, para ir a Oklum. Voy a ir a entrenarla personalmente hasta que Nakki vuelva —dice el rey dirigiendo la vista a la lejana puerta del Oeste, dónde la princesa espera a su padre, mientras se entretiene persiguiendo nings luminosas.

—Igualita a Ishtar... —murmura Gizzalkamma.

—¿Ishtar? ¿Quién es, Ishtar? —pregunta el rey con curiosidad.

—Nadie... todavía —responde con sinceridad el curioso personaje.



—¿Sabes, Gizzalkamma? Cada vez que hablamos, tú y yo, me doy cuenta que estás muy por encima de todos. Un día deberás contarme tu historia... pero... como el tiempo no existe, quizás ya lo has hecho.

—Seguro que sí, amigo mío... Seguro que sí.

La débil luz de los cometas ilumina ahora un simple tejado. La dos figuras se han esfumado, tan sólo queda el vacío de su ausencia.

—Vaya, vaya, Nirgal... ¿Te distraes cazando nings mientras me esperas? —pregunta el rey, acercándose a su hija.

—¡Papa! ¡Caramba, si que has tardado! —se queja ella, divertida, con

un bote de vidrio en la mano lleno de lucecitas en movimiento— ¡Estaba recogiendo unas cuantas para iluminar el camino!

—¡Ahh, bien pensado, hija mía! ¡Pero hoy no vamos a necesitarlas! — responde su padre, levantando el cetro, que desprende una intensa luz roja que lo ilumina todo a su alrededor.

—¡Ostras, papá, como mola! ¿El mío también lo hará, verdad? ¡Podré ir iluminándolo todo, por todas partes! ¡E incluso escribir mensajes en el aire, como hacemos con los collares fluorescentes las noches de fiesta mayor!

—¡Claro que sí, Nirgal! ¡Vas a tener tu propio cetro! ¡Este mismo, pero con tu

propia piedra, claro está! ¡Son ya veintidós las generaciones de reyes zitis que lo conservan! —dice él, mientras lo dirige hacia la puerta del Oeste, que se abre automáticamente.

—¡Ostras! ¿Y ha aguantado todo este tiempo? ¡Debe ser de los buenos! —afirma Nirgal, siguiendo a su padre.

—¡Evidentemente! ¡Piensa que lo tallaron a mano los gnoolies de los bosques de Oklum!

—¡No me digas! ¡Una pasada! Los gnoolies, claro... Uhm... ¿qué son los gnoolies?

—¡Ja, ja, ja! Ah, hija mía, no tardarás en saberlo... ¡precisamente ahora vamos a conocerlos! Me parece

que te van a gustar mucho...

Las dos figuras iluminadas por la tonalidad rojiza del cetro, se alejan lentamente de la ciudad de Zink en dirección a la región de los bosques de Oklum.

—O sea que esto formará parte de mi entrenamiento... —dice ella, emocionada— ¡Ostras, qué nervios! ¿Qué vamos a hacer? Pero... ¿no debía ser Nakki quien me entrenara?

—Nakki seguro que está algo ocupado, en estos momentos. Pero tranquila, que nos lo vamos a encontrar dentro de poco y va a ser él quien remate tu entrenamiento a su gusto... ¡Ah! Mira... ¡ya hemos llegado al lugar

de salida!

Lugal levanta su cetro y la piedra se ilumina todavía con más intensidad, dejando ver a un joven pero gigantesco kushu.

—¡Oh! ¡Knug! ¿Como tú por aquí?  
—grita Nirgal, emocionada, abrazando una mínima parte de su cuello, y dándole besos— ¡Guapooo! ¿Vas a llevarnos a Oklum? ¡Ohh, cuántos días sin verte!

La gigantesca tortuga sacude lentamente su cabeza, a modo de saludo, y Nirgal sube por la abertura delantera, hasta situarse encima, montando en su cuello como si se tratara de un caballo o, más bien, de un elefante de proporciones gigantescas. El rey Lugal,

por su parte, ha subido por la escalera lateral, y entra en la pequeña tienda de campaña instalada encima del caparazón de Knug.

El interior es espacioso. Un par de hamacas, tres baúles y dos asientos ocupan el curioso habitáculo. Evidentemente, todo soldado al caparazón, para poder soportar las continuas aceleraciones bruscas del kushu.

—¡Papaaaa! —grita Nirgal, desde su asiento de jinete— ¿Puedo dispararlo ya?

—¡Claro que sí! ¡Ya tardas, querida! ¡Y no te olvides que debes enfocar el rumbo, en primer lugar! ¡Venga, manos a

la obra!!

En circunstancias normales, el proceso para conseguir que un kushu inicié su camino es complicado. Deben atarse las patas, encararlo con una grúa hacia su destino y liberarlo en el momento oportuno. Pero en este caso, ni el kushu ni su jinete son normales. Knug es el kushu personal de Nirgal. Un regalo del rey Animur en el mismo día de su nacimiento. Desde entonces, los dos han viajado en muchas ocasiones a cualquier parte del planeta.

Nirgal sólo debe colocar su mano sobre la cabeza del kushu y, a través de sus habilidades kiitas en el eje mental, se comunica con él. Ni corta ni

perezosa, la tortuga gigante saca las aletas por sus aperturas, gira lentamente el cuerpo sobre su propio eje, en la dirección que le ha indicado su ama. Coloca las aletas en posición de partida y espera la señal de su jinete personal, que con una sonrisa, presiona con las piernas el cuello del kushu para no caerse por el efecto brusco de la salida, se agarra a sus escamas sólo con una mano, levantando la otra al más puro estilo *cowboy*, y le da la señal de salida.

—¡¡Yaaaaaaaaaaaaaaaaahooo!! —grita la princesa pegando un salto, que Knug reconoce como disparo de salida.

Las aletas se aferran al suelo, que absorbe el impacto, y las leyes de la



física kiita hacen que el kushu se impulse de tal forma que parecería que ha desaparecido del paisaje, si no fuera por la luz roja que traspasa la tela de la tienda y que se aleja, empequeñeciéndose en la oscuridad de la noche.

A Nirgal le encanta esta sensación. Notar cómo traspasa el aire, como este impacta con su cuerpo, y hace que su cabello vuele alrededor de su cabeza de forma salvaje y descontrolada. Una sensación de velocidad y de libertad que sólo puede igualar cuando vuela en anzud.

Esta noche está especialmente contenta. Y no es sólo porque tenga un

reto a corto plazo que le da ánimos y la excita; tiene ante sí tres semanas en las que es consciente de que aprenderá y se le revelarán muchas cosas que hasta ahora desconocía. Seguramente aumentará sus niveles en los tres ejes, y, como remate final, deberá superar las pruebas del Oráculo, que quiere pasar con nota desde la primera vez que oyó hablar de ellas, de boca de su padre, cuando tenía cuatro años.

Fue entonces cuando decidió que no sólo las superaría, sino que lo haría de tal forma que su padre, Nakki e incluso el pueblo ziti se sentirían orgullosos de tenerla a ella como reina.

Dentro de la tienda, Lugal está

sentado en uno de las butacas, escribiendo y repasando anotaciones en su diario personal, que siempre lleva consigo.

—¿Qué haces, papá? —pregunta Nirgal, entrando en la tienda, y dejando la entrada abierta, para poder ver el paisaje— ¿Preparando mi entrenamiento especial?

—¡Ja, ja, ja! ¡No, hija, no! ¡Estoy preparando mis vacaciones en la Tierra!

—¡Ostras, como mola! ¿Dónde irás?

—¡Para empezar, creo que voy a dar la vuelta al mundo! ¡Visitaré todos los continentes y todos los países, como he hecho en Ki!

—¡Ohhhhhh, papá, esto está muy

pero que muy bien! —dice Nirgal, con los ojos abierto y vidriosos de emoción.

—¡Creo que empezaré por Europa! Me he estado informando y parece ser que hay un patrimonio arquitectónico muy interesante. Y después iré recorriendo los demás continentes, sin prisa pero sin pausa... Son cinco, como ya sabes: Europa, América, Asia, África y Oceanía.

—¡Caramba! Cuando yo me jubile también quiero venir a investigar a la Tierra, como tú.

—¡Ja, ja, ja! Mujer, no hace falta que te jubiles. Cuando lleves un tiempo gobernando, te puedes tomar unas vacaciones, y vienes a verme... ¡y ya te

contaré como van mis descubrimientos!

—¿Descubrimientos? ¿A que te refieres?

—Aparte de tomarme este viaje como una jubilación anticipada, también tengo un cierto interés por investigar ciertas ruinas arqueológicas de Asia.

—¡Huy, huy, huy! ¡¡Que escondido que lo tenías, esto, papá!! —ríe Nirgal

—A ver, a ver, dime, dime...

¿Que ruinas son esas? ¿Y por qué te interesan tanto?

—Concretamente me interesa la región de la antigua Mesopotamia, dónde hubo una antigua civilización, la de los sumerios, que vivieron allí hace unos cinco mil quinientos años

terrestres, es decir, unos treinta y ocho mil años de Ki.

—¿Treinta y ocho mil años? — exclama Nirgal— Madre mía, ¡eso es un montón de tiempo! Y ¿qué tienen de especial, estos sumerios?

—Curiosamente, guardan muchos paralelismos con nuestra propia civilización. Empezando por el idioma, que es muy similar al kiita, el sistema numérico, el calendario y la división de los días...

—¡Ostras, ostras! ¡Qué me dices! ¿De verdad?

—¡Ja, ja, ja! Claro que sí, hija mía... Por ejemplo... ¿Sabes por qué los días tienen veinticuatro horas?

—Uhmhhh... Pues, no. ¿Por qué?

—Muy fácil... Fíjate... Con el dedo pulgar de cada mano, señala y cuenta todas las falanges de los otros dedos.

Nirgal, picada de curiosidad, empieza a contar con el dedo gordo cada parte de los otros cuatro dedos. Cada dedo tiene tres, por lo tanto, en la mano derecha cuenta doce y en la mano izquierda doce más. Total...

—¡¡Veinticuatro!!                      ¡¡Ostras!!  
¿Quieres decir que un día tiene veinticuatro horas por eso?

—Exacto. Los sumerios contaban usando los dedos, para no descontarse. Pero como no tenemos demasiados dedos, usaban cada una de las partes del

dedo, aprovechando el pulgar para contar. Por esto los números doce y veinticuatro son tan importantes allí.

—Que fuerte... —dice Nirgal, pensativa— Y... ¿por qué las horas tienen sesenta minutos?

—¡Ja, ja, ja! ¿Debo considerar un reto esta pregunta o sólo curiosidad por tu parte?

—¡Un poco de todo! —responde ella, divertida.

—Muy fácil... cuando llegaban a doce con la mano derecha y querían seguir contando, lo que hacían era desplegar un dedo de la mano izquierda. ¡Aquel dedo contaba por doce! Y seguían contando, hasta llegar a doce



otra vez y desplegaran otro dedo. Veinticuatro. El tercer dedo, treinta y seis, el cuarto dedo, cuarenta y ocho... y el quinto y último dedo...

—¡¡Sesenta!! —dice Nirgal, siguiendo el hilo del razonamiento.

—¡Sí, exacto! ¡Sesenta! Y como que sólo tenemos cinco dedos en cada mano, el sesenta era el número más grande que solían utilizar.

—¡Ostras, ostras, ostras! ¡Que pasada! O sea que los días tienen veinticuatro horas y las horas sesenta minutos, y los minutos sesenta segundos... ¿sólo porque los sumerios tenían cinco dedos?

—¡Ajá!

—¿Y todo esto lo inventaron ellos?

—Esto y otras muchas cosas, Nirgal... Estoy seguro de que los sumerios y los zitis son dos ramas de la misma civilización y que, por algún motivo, algunos vivían en Ki y los otros en la Tierra. O sea que, en el fondo, quizás fuimos nosotros quienes inventamos todo esto...

—¡Ohhhhhh, papá! ¡Esto es muy interesante! ¡Y muy emocionante también! ¡Ostras, ostras! ¿Sabes que te digo? —dice la princesa, animándose por momentos— ¡Ya lo he decidido! ¡Cuando haya superado las pruebas del Oráculo y sea reina, me dedicaré a estudiar arqueología! ¡Y antropología!

Empezaré por la kiita y después atacaré la terrestre Y así podré ayudarte en tus investigaciones ¡Y juntos descubriremos el misterio del origen de las dos civilizaciones! ¿Qué me dices?

—¡Ja, ja, ja! ¡Pues que me parece fantástico, hija mía! —contesta él, poniéndole las manos en los hombros— ¡Ja, ja, ja! Si me hechas una mano, seguro que juntos lo conseguiremos.

—¡Así sea! ¡Decidido! —dice ella, levantando un puño y mirando al oscuro horizonte iluminado ligeramente por las estrellas— ¡Este va a ser nuestro destino!

Lugal observa a su hija con orgullo y satisfacción. Irradia energía como todos

los Sata. Está tan preparada o quizás más que cuando él heredó el trono. Lugal está seguro de que será una buena reina, incluso cree que puede llegar a ser una de las más recordadas en toda la historia de Ki.

—Por cierto, Nirgal... ¿Tú conoces a alguna Ishtar?

—¿Ishtar? Lo dices como si fuera un nombre de chica —pregunta ella, curiosa— ¿Hay alguien que se llame como el hemisferio norte de Ki?


—Sí, exacto... también es un nombre. Sumerio, de hecho, ahora que lo pienso. El de la Diosa del amor y de la guerra.

—Oh... Diosa del amor y la

guerra... Pues, no, no conozco a ninguna  
Ishtar... Pero no es un mal nombre, no te  
creas... Me gusta... me gusta mucho...

# 6

## Como detener un huracán



Estás completamente seguro de que son las glimps correctas, Galam? No quiero más errores, ya te lo he dicho.

—Sí, hombre, sí... Fíjate en la inscripción... la 81b/h y la 516/p... son las buenas, no hay el menor asomo de duda —dice Galam, cargando como puede los componentes del alterador.

—Sigo pensando que tienes razón cuando dices que deberías hacerlas de

colores, para evitarte problemas. Esto pasará a ser una prioridad, ¿me entiendes? No podemos ir con cápsulas numeradas de esta forma, ¿no te das cuenta? En los momentos de emergencia debemos poder localizarlas con rapidez.

Mientras conversan, Nakki y Galam están paseando tranquilamente dentro del ojo del huracán, dónde disfrutan de un tiempo tranquilo y sereno, ligeramente soleado. El paisaje a su alrededor es más bien peculiar. Todo lo que está en su entorno inmediato está siendo completamente arrasado por los fuertes vientos que, a doscientos cuarenta kilómetros por hora, arrancan matorrales, árboles y hacen volar por

los aires cualquiera cosa que pese menos de cincuenta toneladas.

A este hecho cabe añadir que, si bien hasta el momento el huracán sólo ha encontrado bosque en su camino, actualmente está a unos dos minutos de topar con la civilización. Concretamente se encuentra a un suspiro de Biloxi, ciudad del estado de Mississippi, en los Estados Unidos de América, de unos 50 000 habitantes.

—Muy bien... Según mis cálculos, considerando la distancia entre el punto de salida y el recorrido que hemos seguido, estamos a punto de entrar en contacto con la ciudad que he divisado anteriormente. En unos dos minutos



habremos llegado a ella. Es hora de jugar.

—Nakki, me da miedo cuando dices estas cosas. Nakki no lo escucha, cierra los ojos y se concentra. Todo queda en silencio para él. Un montón de datos se acumulan en su mente; la velocidad del huracán, la fuerza y la dirección del viento, el peso de la cápsula, la dirección que... Y entonces, con un fuerte impulso, la echa con fuerza, contra la cortina de aire.

La pequeña cápsula se pierde en el interior de la corriente de aire y parece haber desaparecido cuando, de pronto, una pequeña chispa azul se deja ver muy ligeramente en un punto indefinido.

Y explota.

Pero explota de una forma muy peculiar. Es una explosión... de agua. Centenares de miles de litros de agua surgen silenciosamente justo en el punto de impacto de la cápsula. Y, como si hubiera reventado una gran cañería, la masa huracanada se empieza a llenar a gran velocidad, como si el aire que la conforma se hubiera convertido en agua por arte de magia. En pocos instantes, el huracán se ha convertido en un gigantesco embudo de agua.

—Muy bien... —murmura Nakki, observando como todo empieza a girar más lentamente, debido al exceso de densidad en la estructura del fenómeno

— Primera parte conseguida.

Pocas vueltas más llega a dar el huracán antes de perder completamente su estabilidad. Empieza a desmontarse, perdiendo forma y estructura, y se transforma en una tromba de agua en forma de *tsunami* que rodea a los dos kiitas, que siguen estando en lo que era el antiguo ojo del huracán, que ahora parece más bien un agujero en medio de un mar que está a punto de cerrarse a su alrededor.

—Y ahora... ¡segunda fase! —dice Nakki, echando con fuerza una segunda glimp, etiquetada con un artístico 516/p, escrito a mano por el propio Galam.

La cápsula se zambulle unos

centímetros en el agua antes de dejar ir el pequeño chispazo azul. Y entonces explota. Esta vez, sin embargo, la explosión es de hielo. Y tan rápido como el aire ha pasado a ser agua, ahora esta se congela a un ritmo trepidante, con un crujido gélido que acompaña la rápida transformación.

El resultado es espectacular.

Como si se hubiera hecho una fotografía a un mar alterado y furioso, con grandes olas y altibajos, como si se hubiera capturado un instante, toda el agua ha quedado congelada. El paisaje ha cambiado una vez más, y ahora los dos zitis se encuentran en una especie de desierto dónde las dunas son grandes

olas heladas.

—Uhhmm... —dice Nakki satisfecho, mirando a su alrededor— Ha salido bastante bien, al fin y al cabo...

—Sí... lástima que no tenemos aquí nuestros patines de hielo... —comenta Galam, que se ha acercado hasta la zona congelada y trata de avanzar aguantando cómo puede el equilibrio, mientras se le van cayendo los trozos que todavía tenía enteros su más que depauperado alterador— ¡Oh, mira, la ciudad! Estamos prácticamente en la entrada...

—Efectivamente —dice Nakki, con media sonrisa de satisfacción en su cara seria, viendo una indicación que ha quedado incrustada en una ola de hielo,

donde se puede leer «WELLCOME TO THE CITY OF BILOXI» y debajo «The Seafood Capital of the World».

—¿Qué? ¿Como lo ves? ¿Ya sabes dónde estamos, Nakki? —pregunta Galam, acercándose mientras se desliza por el hielo medio agachado, y se le van cayendo, una tras otra, las pocas piezas del alterador que todavía funcionan.

—Efectivamente. Esto es Biloxi, Mississippi, Estados Unidos. Esto quiere decir que estamos a una altitud de  $30^{\circ} 24' 43''$  al Norte, y a una latitud de  $88^{\circ} 55' 40''$  al oeste.

—Y ¿esto es bueno?

—Bien, la Sala de paso más próxima está a  $25^{\circ} 45' 5''$  Norte,

80° 14' 1" Oeste.

—Y ¿esto es bueno?

—Nos separan dos estados de ella, o sea que lo mejor será que nos apresuremos, así llegaremos con tiempo suficiente.

—¿Dos estados? ¿Hacia dónde debemos ir?

—A Miami, Florida.

—¿Miami? ¿¿Como las películas??

—pregunta Galam, ilusionado.

—Efectivamente. Debemos

conseguir un vehículo y buscar la Interestatal 10 E, cruzar Alabama, atravesar Florida, y llegar finalmente a Miami... Tiempo aproximado del recorrido, doce horas.

—Bien, doce horas no está mal. No creo que nadie nos recrimine si aprovechamos para hacer una parada y comprarnos unas camisetas de recuerdo... —propone el científico, tratando de no caer de culo al desplazarse— Podríamos comprar unas de esas de flores estampadas, ¿sabes? Y nos podríamos acercar hasta la playa, para que nos de el solecito, y...

—Galam, ¡no seas inconsciente! —dice su compañero mientras avanza con rapidez— Doce horas aquí son tres días y medio kiitas. Esto, sumado al tiempo que hemos estado perdiendo, son ya cinco días. En un momento como el que nos ocupa, a menos de tres semanas de



las pruebas de Nirgal, no puedo permitirme perder el tiempo de esta manera.

—Oh, vaya... O sea que me quedo sin camisetas, ¿verdad?

—Efectivamente.

A medida que se alejan de lo que había sido el centro del huracán y que llegan a su perímetro más externo, cada vez se encuentra menos hielo y más tierra firme y se disponen a seguir la carretera que los lleva a la entrada de la ciudad.

—Muy bien, lo primero que debemos hacer es conseguir un vehículo —establece Nakki.

—Vale, de acuerdo... Aquí en la

Tierra usan automóviles. Seguramente podríamos encontrar un negocio que se dedique a vender coches... El problema es que no sé si aceptarán kugs como moneda de pago... y aunque aceptaran, no sé si llevo tantos encima como para adquirir un vehículo... ¿Tú que crees, Nakki? ¿Podremos comprar un automóvil?

Nakki empieza a pensar en su plan de acción, cuando el ruido de un motor que se acerca rugiendo salvajemente hace que los dos kiitas vuelvan la cabeza en dirección contraria a la ciudad. Por el rostro normalmente serio de Nakki pasa la sombra de una sonrisa.

—Creo que no hace falta que piense

más... —dice con una voz peligrosamente dulce.

El conductor del vehículo está teniendo un viaje ciertamente extraño. Y es que, como si no hubiera tenido suficiente con la aparición de un huracán de la nada, ha visto como éste ha desaparecido de la misma forma, siendo sustituido, eso sí, por un *tsunami* que ha bloqueado tres kilómetros de carretera hasta que esta se ha congelado del todo, sin motivo aparente tampoco. Y, para rematar la jugada, el buen hombre va retrasado en su viaje.

Por lo tanto, el hecho de ver a dos personas vestidas de forma extraña — una de ellas, ya mayor con sombrero, y

la otra un joven con gafas de culo de vaso, cargado con toda clase de chatarra —, no le sorprende tanto como si se las hubiera encontrado otro día cualquiera. De hecho, ni siquiera habría aflojado la marcha del vehículo si no hubiera sido porque los dos hombres estaban en medio de la carretera, haciéndole señales para qué parara.

Y así es como, por primera vez en la historia de Ki y de la Tierra, un representante de la casa real de Kigal se ve obligado a requisar un vehículo terrestre para una misión oficial kiita. Y seguramente también es la primera ocasión en que alguien en la Tierra ha requisado un autobús de cincuenta y

cuatro plazas lleno a rebosar de jubiladas que iban a hacer una barbacoa.

—¿Quieres decir que este es el vehículo que nos conviene, Nakki? — pregunta Galam, observando con su mirada miope el gran autobús amarillo que se ha detenido frente a ellos.

—Es un vehículo, se mueve, y está aquí —dice Nakki, dirigiéndose a la puerta y haciendo una señal al conductor para que la abra— Servirá.

El conductor, que ya parece curado de espantos, abre la puerta y observa a ese hombre tan peculiar, que con paso seguro sube al autocar y lo saluda.

—¡Apreciados señores! —empieza a decir Nakki, en un inglés muy correcto.

Cincuenta y cuatro rostros de abuelitas lo observan con desconfianza.

—Uhm... Apreciadas... señoras — rectifica él, viendo las caras de las pasajeras— Debo informarlas de que, debido a una misión oficial de vital importancia, me veo obligado a requisar este vehículo de parte del gobierno.

Las abuelitas no dicen ni pío y sus rostros se endurecen. Algunas cogen su bolso con fuerza y el resto las agujas con las que han estado haciendo media.

Incluso algunas se ponen a buscar en sus bolsos algún objeto contundente, como una plancha de viaje o una botella de *whisky*.

—Señoras, deben comprender que

se trata de una misión oficial, y que está en juego la vida de muchos ciudadanos inocentes, que...

—¡No nos vengas con cuentos de vieja cara de palo! —le interrumpe finalmente la más valiente de todas, amenazando a Nakki con su bastón— ¡Hemos venido a hacer una barbacoa y esto es lo que vamos a hacer! ¡Y si te crees que un mamarracho como tú va a evitarlo, lo tienes claro!

Un griterío espontáneo de todas las abuelitas apoyando a su portavoz, sorprende al kiita, que no esperaba encontrarse con esta enconada resistencia.

—¡Y ahora, a la de tres, haz el favor

de salir de este autocar si no quieres que te echemos a patadas, muchacho! — sigue diciendo mientras se levanta del asiento, gesto que imitan sus coetáneas, convenientemente armadas con lo que han encontrado más a mano y preparadas para lanzarlo contra aquel hombre que las quiere dejar sin su merecida comida.

Pero, en aquel momento de tensión, Galam sube al vehículo, cargando con su tecnología desmontada, y asoma su cabeza por el pasillo.

—Señoras, nuestra misión secreta es... en Miami... —apunta, con una pícara sonrisa en su cara despistada.

De pronto, los más de cincuenta rostros cambian por completo, primero a



un estado neutral, de pensamiento profundo para asimilar y comprender la frase y sus consecuencias, y, sin solución de continuidad, a todas empieza a dibujárseles una sonrisa temblorosa, al mismo tiempo que van dejando a un lado las armas.

Un nuevo griterío, de alegría y ánimos esta vez, se deja oír en el interior del autocar, mientras todas las pasajeras saltan, contentas.

—¡Vamos a Miami! —dice una, animada.

—Tomaremos el sol y veremos famosos —asegura otra.

—Podré acercarme a ver a mis nietos, ¡y los llevaré de compras a los

grandes almacenes! —planifica una tercera.

Y de esta forma, sin saber muy bien cómo se ha desarrollado el proceso, ni en qué momento ha perdido el control de la situación, Nakki se encuentra yendo hacia Miami en un autobús con un grupo de jubiladas que pasan el rato cantando una versión especialmente desafinada del «Vamos a cien. Vamos a cien. ¡Vamos haciendo el ridículo!» acompañadas con brío por el ingeniero oficial de Zink, que parece ser el que más afina.

Nakki permanece en el asiento delantero, a la derecha del conductor, procurando aislarse mentalmente de la

canción que le tortura el oído, cuando aparece a su lado una pasajera de unos ochenta años terrestres, más bien gordita, vestida con una especie de bata que le recuerda la que llevan las cocineras del castillo de Sata.

—¡Oiga, joven! ¿Sabe cuando vamos a hacer la primera parada? Es que quiero comprarles unas camisetas de flores estampadas a mis sobrinos, ¿sabe usted? Y una caja de postales de esas con puestas de sol. ¡Voy a escribir a todos mis primos! Y somos una extensa familia...

—Señora, no creo que vayamos a parar hasta Miami. Tenemos cierta prisa... Por aquello de la misión de vida

o muerte esa que les comentaba.

—¡Ohh, pero esto es imposible! —  
grita una voz rota desde algún punto  
inconcreto del autocar— ¡Debemos  
detenernos para poder ir al lavabo!  
¡¡Hace ya veinte minutos desde la última  
parada y mi vejiga no va a resistir  
mucho más!!

—¡Ay, sí! ¡Yo también debo ir al  
baño! —añade otra voz.

—¡Y yo, y yo! —exclama otra  
pasajera.


Y otra, y otra, y otra... De repente  
las cincuenta y cuatro pasajeras deben ir  
al lavabo con toda urgencia, bajo la  
amenaza cierta de vejigas explotando, o  
de tener que hacerse pipí en los asientos

del autocar, opción que el conductor del mismo no está dispuesto a tolerar, pues después es él el encargada de limpiarlo.

—¡Vale, vale! ¡De acuerdo, de acuerdo! — concede Nakki— Cuando lleguemos a la próxima estación de servicio haremos una parada técnica y podrán ir todas al lavabo.

—¡Vivaaa! —gritan a coro, contentas y satisfechas tras la promesa del serio guía kiita que les ha tocado en suerte.

## El anzud negro



La noche es negra, pero sus plumas todavía la superan. Y, como una mancha negra, confundiéndose en la oscuridad del firmamento, cruza rápidamente el cielo de Hurkel, la zona más desconocida de Ereshkigal, el hemisferio sur de Ki. Sus movimientos son suaves pero firmes a la vez. Sólo un batido de sus majestuosas alas, de casi seis metros de envergadura, le permite volar kilómetros y kilómetros, planeando.

Su cuerpo, recubierto de plumas oscuras como el azabache, como sus ojos y el pico, le dan un aire diabólico entre los de su misma raza, los anzuds. Solamente una cosa atada a su cintura hace que pierda, delante de quien le observa, su aerodinámica perfecta. Es un cinturón, que incorpora dos vainas de espada, katanas de hecho. Una de mango negro, a la izquierda de su cintura, y la otra de mango rojo, a la derecha. El anzud las aprieta con firmeza durante su vuelo.

Su mirada, fría, negra y concentrada, se fija en el horizonte. Ziu no tiene ningún rumbo definido. Tan sólo posee la libertad de ir dónde le plazca. Lleva

ya diecisiete horas de vuelo continuo, sin reposar ni siquiera un instante. Sin moverse casi, inmóvil como una estatua, batiendo tan solo sus alas de vez en cuando, para ganar velocidad o altura. Más de una vez ha recorrido el círculo completo de las Hursag, sin paradas ni reposo. Pero esta vez, no va a ser así.

Una explosión imprevista se produce en el peligroso desierto de Hurkel. Una duna de arena parece expandirse, cambiando de forma, cómo si hubiera estallado. La arena se levanta a gran altura y cae pesadamente, en una densa lluvia, de la que emerge una gran columna blanca, que ha salido disparada del subsuelo hacia el exterior. Es un



murgal. Los murgals son unos gusanos gigantes. De unos cuarenta metros de ancho, su longitud es un misterio. Nadie jamás ha podido ver alguno entero, aunque, como si de una leyenda urbana se tratara, se habla de algunos de más de trescientos metros.

Su cuerpo está formado por una cabeza redondeada, con una gran abertura, una especie de boca sin dientes. El ataque del murgal es espectacular. Una vez localizada la víctima, lo prepara desde el subsuelo. Enfoca su parte superior en dirección a la presa y empieza a contraer el cuerpo, como si fuera un acordeón gigante, acortándolo. Cuando ha llegado a la

máxima contracción posible, la cola, acabada en gancho, se clava como un ancla al fondo y el murgal se estira como si fuera una espiral: su cuerpo sale disparado hacia arriba, a más de doscientos metros de altura en algunos casos.

Cuando aparece lo hace con su inmensa boca abierta, para atrapar a su víctima cerrándola con rapidez. Cuando ha conseguido su propósito, gracias a la fuerza de su cola-ancla, vuelve a contraerse el larguirucho cuerpo del murgal y retorna a las profundidades de forma tan rápida y silenciosa cómo ha aparecido, dejando tan sólo un agujero en medio del desierto, que poco a poco

la arena cubre sin dejar rastro de su paso.

Pero esto sólo se da en circunstancias normales. Si su víctima hubiera sido algún musen, sutum, musdagur, o incluso algún otro anzud, aquel murgal habría conseguido su cena sin problemas. Pero no va a tener esta suerte.

El ataque se inicia con normalidad. El murgal sale disparado del subsuelo, causando su gran explosión de arena entre las dunas, y su tronco emerge a gran velocidad, lanzándose contra el anzud negro, con su boca abierta. Más de cien metros de gusano gigante están dispuestos a tragarse el diminuto anzud.

Y es entonces cuando, por primera vez en las últimas diecisiete horas, Ziu se mueve. Es un movimiento rápido, borroso y difícil de detectar en la oscuridad de la noche. Casi imperceptible.

Y es a raíz de ese fugaz movimiento que el salto del murgal se detiene, cercenado por una fuerza misteriosa. Como si hubiera chocado contra un campo de fuerza, la bestia queda inmóvil durante unos segundos. A continuación el murgal se parte verticalmente en dos largas mitades. Un corte perfecto de arriba abajo aparece en todo el tronco del gusano gigante, y, como al ralentí, las dos mitades se

separan, cayendo cada una por su lado.

Cuando llegan al suelo e impactan pesadamente contra la arena del desierto, la mancha negra, que no ha detenido su vuelo en ningún momento, ya se pierde en el horizonte.

—Murgals... ¡qué asco! —piensa Ziu— Seguramente no habrá otro animal tan asqueroso en toda esta desgraciada parte de Ki...

Pero sin dejarle acabar su personal valoración sobre la belleza y variedad de la fauna de Hurkel, se ve obligado a alterar su *ranking* particular de animales asquerosos, cuando ve ante sí levantarse una nueva montaña de arena de la que emerge el primer urlu que ve en su vida.

Está tan emocionado, que decide detener su vuelo. Con un ligero e imperceptible movimiento inclinando la cintura, varía su rumbo, pierde altura, y, dando un par de vueltas sobre un eje imaginario, aterriza atléticamente en la arena del desierto.

—Bien... al fin nos encontramos...  
—murmura emocionado, sin dejar los mangos de sus katanas— Había llegado a pensar que tan sólo eras una leyenda... pero ahora eres aquí, ante mi.

El urlu es una criatura peculiar. Un cefalópodo del orden Octopoda, de unos treinta metros de altura y ochenta y ocho tentáculos que se regeneran al instante en caso de ser seccionados. No tiene

esqueleto interno, pero sí un caparazón peludo alrededor de todo el cuerpo, de un material similar a la pizarra, de unos dos metros de grosor, que lo protege del entorno.

La boca, en forma de pico, dispone de cuatro filas de cuarenta nueve colmillos cada una de ellas. Tiene tres corazones y branquias. Dos de los corazones bombean sangre a través de cada una de las branquias, mientras que el tercero ejerce esta función para el resto del cuerpo.

—¡Eres feo con ganas! —dice Ziu, admirando al monstruo que tiene enfrente— Un pulpo del desierto, peludo... con pico... y feo del cagar.

¿Se puede saber dónde te habías metido? Llevo años buscándote...

¿Sabes lo que llegan a pagar por ti?

Quien sabe si como respuesta o como señal de amistad ante un amigo inesperado, uno de los tentáculos del urlu emerge del subsuelo, por detrás de Ziu, y, con un fuerte golpe dado a su espalda, lo hunde en el suelo. La bestia no tiene nunca los ochenta y ocho tentáculos a la vista, sino que suele tener unos cuantos bajo tierra, como si fueran raíces, preparados para surgir en el momento más inesperado. Su estrategia de caza lo lleva a distraer a sus presas mientras alguno de los tentáculos invisibles a primera vista se mueve bajo



tierra hasta que lo hace aparecer detrás la víctima, para sorprenderla.

Sin darle tiempo a reaccionar, el urlu lo coge por una de las piernas y lo hace rebotar a derecha e izquierda, tratando de dejarlo sin sentido. Sin dejarle ni respirar, se aferra a él con una docena de tentáculos y lo levanta hasta el punto máximo que éstos dan de sí, para lanzarlo contra una gran roca de granito, que se parte en centenares de trocitos tras el impacto.

Esta es la técnica que suele utilizar el animalito para matar a sus presas para después zampárselas con toda tranquilidad. Pero en esta ocasión no le funciona del todo. Ziu reacciona y,

lentamente, se reincorpora. Le duelen todos los huesos.

—¡Me cago en el monstruo este! — se queja el anzud, comprobando con cuidado el estado de sus costillas— ¡Te necesito vivo! No ves que si...

El monstruo no le deja acabar la frase, vuelve a cogerlo por la pierna y a levantarlo hacia arriba. Esta vez, con un movimiento de su brazo casi imperceptible, Ziu consigue desenfundar la katana negra y corta el tentáculo, cayendo al vacío pero enderezándose con un elegante golpe de alas y aterrizando en la cumbre de una duna. Dándole un puntapié, se deshace del tentáculo cortado, que se menea con

algunos espasmos.

—Muy bien, pulpo peludo... ahora sólo tienes ochenta y siete...

Tras decir estas palabras, ve como el gelatinoso tentáculo seccionado se regenera, y, unos segundos después, el urlu vuelve a estar completo y un poco más furioso. Dos nuevos tentáculos aparecen del subsuelo y, cogiendo a Ziu otra vez por las piernas, lo arrastran hacia el interior de la arena, haciéndolo desaparecer del paisaje visible, como si las dunas se lo hubieran tragado.

Cuatro nuevos tentáculos van en busca de uno de los trozos de la roca desmenuzada, puntiagudo y afilado como una hacha, y lo levantan en alto,

dejándolo caer con fuerza y precisión en un punto concreto del suelo, dónde unos segundos antes de que se produzca el impacto, aparece de nuevo Ziu, empujado por los tentáculos que lo tenían cautivo bajo la arena, cogido de manos y pies.

Un fuerte batida de alas en el momento oportuno evita que la piedra hacha le reviente la cabeza, y el anzud recupera su estabilidad por unos momentos. Pero el urlu no parece que quiera darle más juego y anula esa sorprendente capacidad de reacción llevándose a la boca, dónde las cuatro filas de colmillos se lo tragan con voracidad y rapidez.

Durante unos segundos, el silencio vuelve a reinar en la noche de Hurkel.

El monstruo, satisfecho al fin, vuelve a su posición habitual de reposo, bajando la guardia y los tentáculos para degustar el delicioso ágape que tanto le ha costado obtener. Y es en ese preciso instante cuando el más que oscuro paisaje del desierto, se oscurece aún más para los ojos del urlu. Y es que la última imagen que ha visto, antes de morir, ha sido la de las dunas infinitas, iluminadas por unas pocas estrellas.

Compartiendo destino con el murgal, las dos mitades de la bestia caen pesadamente, cada una a un lado. Sólo una oscura mancha negra se mantiene en

alto, desplegando las alas con un golpe seco, y planea hasta una duna, todavía con su katana de mango negro en la mano.

—Y yo que te quería vivo... Ahora no me van a dar por ti ni la mitad... — dice rabioso, volviendo el arma a su funda mientras observa el cadáver.

Despacio, una luz azul empieza a surgir en el horizonte de las Hursag. Es Mul, el satélite de Ki, que aparece brillando con extraña intensidad. Su superficie luce un tono morado eléctrico y su contorno es de un verde intenso. Y por primera vez, el rostro de Ziu, el solitario cazador anzud, denota una brizna de preocupación.

—Oh, vaya... ahora sí que vamos a tener problemas... —murmura admirando el extraño color de Mul.

Llegados a este punto un viejo conocido tentáculo, vuelve a cogerlo por la cintura, y lo levanta con brusquedad, sin dejar que termine.

—¿Eh? Pero... ¿qué caramba? —grita, sorprendido, desplegando las alas y mirando abajo, en dirección al cadáver del urlu, viendo que lo de cadáver no es procedente pues lo que hay debajo son dos urlus idénticos, vivitos y coleando— ¡Mierda! ¡Se ha duplicado!

Efectivamente, las dos mitades del pulpo gigante se han regenerado

completamente y ahora son dos, los urlus que lo atacan. Cada vez hay más tentáculos alrededor de su cuerpo, cogiéndolo por todas partes, apretando más y más, con la pretensión de arrastrarlo hacia abajo, y el anzud debe esforzarse al máximo para mantenerse en el aire.

Con el brazo que le queda libre, vuelve a coger el mango, desenvaina rápidamente, corta todos los tentáculos que lo agarran, y gana altura, deshaciéndose como puede de los trozos que ha seccionado y que siguen pegados a su cuerpo.

—Me sabe mal, queridos, pero ahora no tengo tiempo —dice,



dirigiéndose a los dos cefalópodos que siguen meneándose, enfurecidos, a ras de suelo—. Ya seguiremos otro...

Pero ellos, indiferentes a los asuntos importantes, sin hacer ni caso de sus posibles argumentos, alargan sus tentáculos de nuevo, vuelven a cogerlo y van atrayéndolo hacia ellos sin dejar que mueva ninguna parte de su cuerpo. Está literalmente cubierto de tentáculos por todas partes, alas incluidas, y lo echan al suelo, sin dejar de agarrarlo en ningún momento. Los fuertes apéndices de los dos monstruos lo aprietan más y más y empiezan a cortarle la circulación de la sangre.

—¿Sois sordos o qué? —dice él,

enfadado, haciendo esfuerzos para conseguir agarrar el mango de la katana — ¡Os he dicho que ahora no tengo tiempo! ¡Ahora no!

Los tentáculos cada vez lo aprietan y lo inmovilizan con más fuerza. Pero el mango está ya a escasos centímetros de sus dedos.

—Puesto que tenéis tres corazones... —murmura apretando los dientes con fuerza, mientras las puntas de sus dedos tocan ya el mango deseado — supongo que para mataros, os los debería arrancar, uno a uno... pero, ¿donde diablos deben estar?

La duda puede llegar a ser mortal. Considera y evalúa la situación y toma

una decisión.

—Bien, en caso de duda... vamos por el camino seguro —y diciendo esto, deja el mango negro, que ya tenía entre sus dedos, y, por primera vez en cuatro años, desenvaina la espada de mango rojo— Lástima... tantos kugs que habría sacado yo de esta aventura...

Dos minutos después, una mancha negra en la propia oscuridad del firmamento, se aleja rápidamente de Hurkel, la zona más desconocida de Ereshkigal, el hemisferio sur del planeta Ki, dejando atrás una nueva duna, no de arena, como las que la rodean, sino formada por miles de pequeños dados de pulpo asado.



# 8

## Kanasul



El cuerpo del musdagur cae al suelo, muerto. Silencio. Kanasul empieza a hablar despacio, con voz queda y siniestra, siseando.

—Sois unos ineptos. Sois la gentuza de la raza. Sois peor que cualquier sutum, y me avergonzáis profundamente. No merecéis vivir. Ni siquiera merecéis que malgaste mis fuerzas en eliminaros de la faz de Ki...

Tres musdagurs de rodillas

observan, atemorizados, al señor de Zapp, sin atreverse siquiera a echar un vistazo a su compañero, que yace muerto a su lado. Kanasul los contempla con desprecio. Situado a su espalda, Muduru, el gran consejero, espera ver como termina la reunión en silencio.

—Pero, señor... —empieza a hablar uno de ellos.

Un nuevo rayo, amarillo oscuro y de gran intensidad, recorre la Sala del Trono y termina la frase a la vez que la vida del imprudente musdagur que ha osado alzar la voz.

—¿Como debo haceros entender que no debéis hablar sin mi permiso? —masculla Kanasul— ¿Como?

Un denso silencio se apodera de nuevo de la sala.

—Veamos... ¡tú! —dice, señalando a uno de los dos supervivientes—  
¿Como te llamas?

—Raknud, señor —contesta el musdagur, sin osar alzar la vista del suelo.

—De acuerdo, Raknud. Ahora eres el capitán. Escoge tú mismo a un par de soldados para tu equipo y completarás la misión que ha dejado inconclusa tu antecesor, aquí en cuerpo presente. Supongo que queda claro que, si no lo conseguís, vais a acabar como él.

—¡Señor! ¡Sí, señor! —responde el joven Raknud.

—Podéis retiraros —escupe Kanasul, haciendo una señal perezosa con la mano—. Idme informando de la forma establecida. Más os valdrá que no haya problemas, esta vez... y quitad de en medio estos cadáveres. Se ve que han muerto de un ataque de tos, los pobres.

—¡Sí, señor! —responde rápidamente el nuevo capitán, recogiendo uno de los cuerpos, mientras su compañero hace lo mismo con el otro.

Cuando los dos soldados salen de la sala, Muduru se adelanta poniéndose ante su señor.

—Muduru, ¿han averiguado algo tus propios espías? —pregunta éste sin fijar



su vista en él.

—Todavía es pronto para asegurarlo, señor, pero todo parece indicar que el pueblo sutum está volviendo a organizarse lentamente.

—Lo sabía... Lo sabía... —dice él, apretando con fuerza el cetro de poder — ¿Conocemos su localización?

—Todavía no, señor, pero sabemos que se están estableciendo en algún punto de la región de Kibala. Pero no debéis angustiarnos, señor... tan sólo...

—¡Calla, desgraciado! ¡Inútil! —lo interrumpe, enfadado, Kanasul, mientras se levanta del trono— ¿Y tú te consideras mi consejero? ¡Los sutums siempre serán un problema! ¡Hasta que

no los hayamos eliminado por completo, serán un jodido grano en el culo! ¡Mientras puedan ir procreando, siempre puede aparecer un nuevo heredero! Y entonces sólo será cuestión de tiempo que quieran vengarse de nuestros ataques.

Mientras habla, Kanasul va andando lentamente alrededor de Muduru. La luz de la piedra de su cetro aumenta ligeramente su intensidad.

—Ya hace ochenta y cinco años que su heredero, Kiply, murió durante las pruebas del Oráculo, y que nosotros los exterminamos casi por completo. Y en los años sucesivos, nos hemos dedicado a perseguir y a eliminar a todos los que

se salvaron de la masacre. ¿Como puede ser que haya supervivientes? —grita, colérico— ¿Como puede que todavía muevan sus colas esbeltas, ochenta y cinco años después?

—Los sutums son cobardes, señor, y conocen muy bien Ereshkigal, en especial Kibala y Kur... Les es muy fácil pasar desapercibidos, sobre todo si son un grupo reducido.

—¿Reducido? ¿Y tú como diablos sabes que es un grupo reducido? ¡Hay miles de cuevas cerca de los volcanes, dónde se podrían esconder ejércitos enteros, en Kibala! ¡Y si son ciertos los rumores que nos están llegando, debe haber cientos de ellos escondidos por

allí!

—Los rumores sobre la posibilidad de que se hayan organizado para escoger un nuevo líder no están contrastados, señor. Y aunque fuera así, no sería válido en absoluto, un sutum escogido por el pueblo. Todo el mundo sabe que es Mul quien decide quienes deben ser los líderes de Ki.

—¡Ja! —exclama con sorna el señor de Zapp, deteniendo su lento paseo y mirando a su consejero a los ojos— No infravalores el poder que puede llegar a tener un líder escogido por el pueblo... ¡Esto quiere decir que una mayoría de sus iguales lo ha votado! Y este simple hecho ya le da un poder tácito

extremadamente peligroso.

—Sí, señor.

—Dile a tu equipo que se espabile... que se apresure a encontrar a los posibles supervivientes; que se infiltren entre ellos y que obtengan toda la información relevante... ¿Es cierto que se ha escogido un nuevo líder? ¿Quién es? ¿De cuántos supervivientes hablamos? Lo quiero saber todo... para poder eliminar completamente, de una vez por todas, al maldito pueblo sutum.

—Muy bien, señor —contesta el consejero, sin dejarse llevar por los nervios—. Pronto recibiré una nueva comunicación desde el campamento base de Zukum. Deben informarme de

las últimas novedades. Les comunicaré que queremos resultados más tangibles.

Kanasul permanece pensativo y en un cierto estado de tránsito por unos instantes. Sin embargo, en seguida vuelve en sí. La luz de su piedra se apaga mientras se aleja de su consejero, pasa de largo el trono y baja las escaleras.

—De acuerdo —dice andando en dirección a la puerta de la sala—. Cuando hayas hablado con ellos, infórmame de todo lo que te hayan dicho. Después seguiremos hablando... ahora debo resolver unos asuntos importantes...

Muduru sabe perfectamente que su

señor acaba de recibir una transmisión telepática y que por esto ha partido tan bruscamente. En parte está contento porque no le gustaba lo más mínimo el tono que iba adquiriendo la conversación, pero en parte está intrigado por saber quien le está transmitiendo información a su señor, y en qué consiste ésta, que debe ser lo suficiente importante como para haber conseguido que quisiera irse tan rápidamente.

Pero como sus habilidades mentales no igualan ni mucho menos superan las de Kanasul, y sabiendo que es imposible para él tratar de averiguarlo, decide dar también por acabada la reunión, e ir a

pedir el informe de la expedición que ha llegado a Zukum. Siguiendo la estela de su señor, sale de la Sala del Trono, que queda silenciosa ahora que todo el mundo se ha ido... O no.

Lentamente, una parte de una de las columnas de la sala se desplaza como por arte de magia, como si fuera papel pintado que estuviera despegándose. La parte de piedra que parece que se haya separado, cambia su color pétreo por un verde gris, hasta descubrirse la silueta de Aku, un joven musdagur que tiene propiedades camaleónicas, al que le gusta mucho frecuentar la sala del trono y que empieza a recobrar su color verde natural.



Aku sube por la columna y, desplazándose por el techo de forma rápida y silenciosa, llega hasta una de las ventanas de la sala y sale por allí, para seguir escalando por una de las paredes exteriores del castillo. Su color vuelve a asimilarse al de la piedra, para hacerlo invisible, y se desplaza con la misma facilidad que cualquiera anda por la calle, pero con mucha más clase y agilidad.

Dos pisos más arriba, tuerce a la izquierda y pasa cuatro ventanas hasta llegar a la quinta por la que entra con rapidez.

—Hola Aku... ¿ya estás aquí? — dice un musdagur, cuando el

camaleónico reptil entra en el aposento y vuelve a su color original una vez más — ¿Has descubierto algo interesante espiando a tu señor?

Aku se desplaza por la pared hasta llegar al escritorio dónde el joven musdagur escribe en un cuaderno sin retirar la mirada de su trabajo.

—¡Hola, Golik! —lo saluda, y salta de la pared al suelo con agilidad.

La habitación es más bien pequeña, comparada con la mayoría de las que hay en el castillo. Especialmente considerando que Golik es hijo de Kanasul.

—¿Y bien? ¿Qué está tramando aquel viejo cascarrabias ahora? —

pregunta, sin dejar de escribir.

—Parece muy preocupado por los sutums supervivientes. Y más desde que le han llegado rumores que se podrían estar organizando.

—Sí, esto yo lo sabíamos... Pero... ¿ha descubierto algo más?

Aku nunca está quieto. Mientras conversa con Golik, no deja de moverse de un lugar a otro con rapidez, de forma peligrosamente silenciosa. Se acerca a la puerta, coloca la oreja para escuchar si alguien se acerca, va hacia la ventana, saca la cabeza para comprobar si hay alguien en el exterior, vuelve a subir al techo y escucha lo que pasa en el piso de arriba...

—El equipos de espías de Muduru ha informado sobre la posibilidad de que se encuentren por la región de Kibala... y que en estos momentos seguramente ya tienen un líder escogido por sufragio —contesta mientras comprueba también que no haya nadie bajo la cama.

—¡Ja! —ríe con cierta desgana, Golik— ¿Seis años ha tardado en descubrirlo? A este paso no encontrará Uslum ni en los próximos seiscientos... ¿Algo más?

—Vuestro amable y comprensivo padre ha matado al capitán Sulakk y al soldado Gorish —informa Aku mientras comprueba el interior del armario—. Al

primero por no conseguir los objetivos y al otro por hablar cuando no debía.

—Tan propio de él... —murmura, levantando la carta que acaba de escribir, para una última lectura rápida de repaso— Y ¿a quien ha ascendido?

—A Raknud —responde Aku, saliendo del armario para dirigirse una vez más a auscultar la puerta, como un médico lo haría a un paciente.

—¿A Raknud? —repite Golik, que dobla la carta varias veces y la coloca en un pequeño sobre negro— Pues espero que corra la misma suerte que los otros, porque este puede hacer mucho daño...

—¡Se acerca alguien! —dice Aku,

que no ha despegado la oreja de la puerta— Por el ruido de los pasos, el peso y la velocidad, diría que es...

—Sí, mi hermanito —completa Golik, sellando la carta con cera roja y el anillo con el escudo de Zapp.

—¿Me voy? —pregunta mientras se dirige a la ventana, cruzando con rápidos movimientos el techo.

—No, no hace falta... escóndete y quédate por aquí... Usumgal y Kanasul todavía son incapaces de detectarte... si no quieren encontrarte, claro está.

El cuerpo de Aku vuelve a fundirse con el techo, y desaparece con su rapidez habitual. Golik por su parte nota finalmente la sensación que estaba

esperando.

—Kasdal... Al fin... ya tardabas...

—murmura, descansado.

Y, como si fuera la cosa más normal del mundo, echa la carta que tenía en sus manos por la ventana. El sobre negro gira rápidamente sobre su propio eje, vuela por el exterior del castillo planeando durante unos instantes por el cielo de Zapp, hasta que el pico de un musen adiestrado lo atrapa. El mensajero, con un elegante giro de ciento ochenta grados, cambia su rumbo, para dirigirse a su destino. Y entonces se abre la puerta.

—¿Qué diablos quieres, tú, ahora?

—pregunta Golik, sentado de nuevo en

su escritorio— ¿No te han enseñado que debes llamar, antes de entrar en las habitaciones de la gente?

—¿Dónde eztá? —pregunta el recién llegado, nervioso, abalanzándose sobre su hermano— ¿Dónde eztá mi anillo de melam? ¡Zé que me lo haz robado tú!

—Pero, ¿qué dices? ¡No sé de qué me hablas, Galito! —miente Golik— ¡Ni sé dónde está tu anillo de melam, ni me importa un carajo, lengua de trapo!

—No me digaz Galito, ni Usumgalito... Zóy Uzumgal... ¡Y zé que me lo haz cogido tú, Golik! ¡No quieraz darme gato por liebbe! Devuélvemelo ahora mizmo, o...

—¿O qué? ¿Seguirás escupiendo



saliva mientras hables conmigo? ¡Huy, qué miedo! ¡Pero si lo llevas haciendo desde que estábamos en la cuna!

Usumgal levanta el puño con fuerza y rabia y Golik se prepara para bloquear el golpe, pero los dos hermanos, y el mismo Aku, silencioso en su rincón, quedan de pronto inmóviles, debido a una sobrecarga de recepción en el plan sensorial. Saben perfectamente qué implica esta sensación, y sin decir nada, olvidan momentáneamente su disputa, y corren rápidamente a la ventana, buscando Mul en el cielo.

El cielo tiene un color especial debido al satélite de Ki que brilla intensamente de forma extraña. Su

superficie es ahora de un morado eléctrico y su contorno de un verde intenso.

—¿Que cadamba quiere decir ezto?  
—pregunta Usumgal— ¿Ha nacido un heredero? ¿Alguien ha pazado laz pruebas? ¿Por qué tiene doz colores, Mul?

—No tengo ni idea... pero no sé por qué, no me gusta —murmura Golik—. No me gusta en absoluto.

# 9

## En ruta

*¡Vamos a cien! ¡Vamos a cien! ¡Vamos haciendo el ridículo!*



a paciencia de Nakki, que normalmente se podría cualificar como infinita, está llegando a un punto de relativa saturación en el momento en que la improvisada coral de jubiladas se encuentra a punto de iniciar la repetición número treinta y cuatro de la odiosament

infinita canción. En las cinco horas de viaje que llevan, han debido parar para ir al baño media docena de veces, dos más para fotografiar el paisaje, y tres, finalmente, para saludar familiares varios.

—Señoras, por favor, señoras... — dice finalmente Nakki, levantándose del asiento para pedir silencio.

*¡Vamos a cien! ¡Vamos a cien! ¡Vamos haciendo el ridículo!*

—Señoras, por favor... les rogaría unos minutos de silencio. Estoy tratando

de establecer un nuevo plan de acción para...

*¡Vamos a cien! ¡Vamos a cien! ¡Vamos haciendo el ridículo!*

—¡Señoras! ¡Por favor, les digo! ¿Quieren hacerme el favor de escuchar? —la voz de Nakki se pierde sin compasión, entre los cánticos de las veteranas.

—¿Quiere probar con el micrófono? —propone el conductor, hablando por primera vez.

—¿Eh? ¡Ah! Gracias, gracias... —

dice Nakki, cogiendo un micrófono que está colgado en una de las paredes del habitáculo, y acercándose a la boca—  
Veamos... Señoras, si me pueden prestar atención un momento...

—¡Ohh, que bien!! —grita una voz decrépitamente contenta— Este chico tan guapo nos hará de guía, y nos contará cosas preciosas. ¡Qué ilusión!

—¿Eh? ¿Qué?... ¿Cómo? Perdonen. No, no... Ha habido una confusión... Verán... Yo tan sólo...

—¡¡Oooohh!! ¡Sí, sí! Que nos cuente cosas de los lugares por los que pasamos. ¡Macizo!

Sin previo acuerdo, todo el grupo de pasajeras ha coincidido en que Nakki

debe amenizar el viaje con sus extensos conocimientos del entorno, y todas lo animan con pasión y vehemencia.

—Pero, si yo no... Oh, muy bien, de acuerdo, de acuerdo, ustedes ganan — acepta Nakki, que piensa que siempre es mejor dar una charla didáctica que no volver a oír aquella odiosa canción— Veamos... Si miran a su derecha, podrán ver... Uhm... un perro.

Pero la interesante visita guiada se ve repentinamente abortada en el momento en que el conductor hunde el pie sobre el pedal del freno, provocando no tan sólo el parón radical del vehículo, sino una artística escena de gimnasia desincronizada de abuelitas

saltando por todo el autocar.

—Pero ¿se puede saber qué córcholis pasa ahora? —pregunta Nakki, que ha quedado con su espalda pegada en el vidrio frontal, que se ha agrietado en miles de pedazos tras el impacto.

Galam por su parte, que había dejado la coral de jubiladas para ponerse a arreglar algunas de las piezas del alterador con las agujas de aguja de hacer punto y las pinzas de las cejas que le habían dejado algunas pasajeras, también cae hacia adelante, machacando de nuevo su creación. Pero el conductor no dice nada, sólo señala lo que tiene ante sí, con cara de circunstancias, y sin ánimo ni de sorprenderse, tras todo lo



que le ha pasado en aquel trayecto. Nakki se reincorpora, se vuelve y pega una ojeada a la carretera, distorsionada por los trocitos de cristal.

Tres tráileres inmensos, de unos dieciséis metros de largo, están cruzados en la carretera, bloqueándola por completo. Su cabina y la caja son de un negro intenso con un enorme logotipo plateado, formado por una elipse oblicua y una extraña estrella de cuatro palos que ocupa gran parte de la larga caja posterior. Frente a estos vehículos un grupo de hombres vestidos de negro, todos armados y con máscaras de gas, apuntan al autocar.

—Oh, vaya... El que faltaba... —

dice Nakki, cargándose de paciencia—  
Galam, ¿como están las señoras?

Galam, al hallarse incrustado entre dos asientos, boca abajo, y con la túnica por sombrero, todavía no ha podido hacer ninguna valoración de los daños.

—¡Todo el mundo está bien, no se preocupe por nosotras! —dice una de las abuelas, que ha sacado una cofia y un fonendoscopio de la nada, y va saltando de asiento en asiento— ¡Tranquilo, soy enfermera! ¡No ha habido daños importantes!

—Ehm... Bien, de acuerdo... Muchas gracias. Galam, ven conmigo... Han llegado Saggin y sus chicos.

—Oh, vaya... Saggin... el que

faltaba para el duro... —se esfuerza por decir Galam mientras se desencaja de su complicada ubicación.

—¡Les habla el capitán Saggin! —se oye una voz, procedente del exterior, con sonido megafónico— Por favor, salgan inmediatamente del autocar con las manos en alto, o procederemos a gasificarlo.

El grupo de hombres armados ha ido rodeando al autocar completamente, y media docena de ellos ya tiene las granadas de gas en sus manos.

—Vaya, manos a la obra... —dice Nakki, respirando profundamente— Abra la puerta.

El conductor sigue las órdenes y

Nakki sale lentamente del vehículo, con la cabeza bien alta, seguido por Galam, cargado con los restos del alterador con la túnica haciendo de cestito, y un poco más tenso, debido a los acontecimientos y, sobre todo, a que está viendo a toda una patrulla apuntándolos con sus armas.

La cara del capitán expresa una ligera sensación de sorpresa, acompañada de una media sonrisa socarrona.

—Vaya, vaya, vaya... ¿A quien diablos tenemos aquí? —murmura por sí mismo.

—Se te saluda, capitán Saggin —dice Nakki—. ¿Cuánto tiempo sin vernos, verdad? Sería un bonito detalle

que ordenaras a tus hombres que bajaran sus armas.

El capitán se acerca a Nakki, haciendo una señal a los hombres de negro, que bajan sus armas. Los tres kiitas se encuentran en el centro del círculo de soldados, no muy lejos del autocar.

—¿Se puede saber a qué juegas, Nakki? —le dice en voz queda— Hace siete horas, han saltado todas las alarmas de la Coka, cuando una presencia no identificada ha cruzado un portal aleatorio... Cuando hemos conseguido localizarlo nos hemos encontrado diez kilómetros de bosque arrasado y un mar congelado con

radiaciones de glimp en un terreno de tres hectáreas.

—Je, je... Verá, señor, es que he tenido una pequeña confusión... — empieza a excusarse Galam.

—Ya sabes que no tengo por costumbre dar explicaciones, Saggin — corta por lo sano Nakki—. A nadie, salvo al rey Lugal. Todo lo que puedo decirte es que debes acompañarnos inmediatamente a la Sala de Paso de Miami.

—¡Si, hombre! ¡Sólo faltaría eso! ¡Encima con exigencias! —grita, irritado, el capitán— Más te vale que empieces a dármelas a mí, las explicaciones, o lo que haré será

llevaros al centro de la Coka más próximo para interrogaros.

—Se te está hinchando una vena en el cuello, yo de tú me tranquilizaría —dice Nakki, sereno—. Ya te he dicho que no tengo por costumbre justificar mis actos, y mucho menos ante ti. Estoy en misión oficial kiita, bajo las órdenes directas del rey Lugal. Puedes hablar con él si quieres confirmarlo. O con Sannar.

—¡El rey Lugal! ¡Otro que piensa que esto es Jauja! ¡Debes saber que tanto tu rey como su joven hija, tu pupila por cierto, han desaparecido!

—¿Desaparecido? —repite Nakki, disimulando la preocupación que siente

al oír esta información.

—¡Ajá! ¿No lo sabías? —dice sonriente Saggin— Ya veo que haces muy bien tu trabajo de nodriza de la niña. Lo primero que hemos hecho al ver que se había cruzado el portal ha sido ponernos en contacto con Zink... y nos han informado de que los dos han desaparecido sin dejar rastro ni dar explicaciones a nadie. Ni a su propia consejera, Sannar, ha tenido el detalle de avisar tu querido rey Lugal.

—Bien. En estas circunstancias comprenderás que es todavía más urgente que nos lleves inmediatamente a la Sala de Paso.

—Oh, no... Me sabe mal pero esta



vez no vas a tenerlo tan fácil... Sin que rey, o, en su defecto, su consejera Sannar, no confirman que estés en misión oficial puedo acogerme a la Ley Militar Terrestre Kiita, para retenerte como sospechoso de estar planeando un golpe de estado contra el gobierno.

—Claro, claro... Y tú sabes perfectamente que yo, como representante del rey y por la misión que me ha sido confiada, puedo relevarte de tus funciones militares según la Ley Bélica, artículo 731, apartado 2, párrafo C, punto primero.

—Nakki, estos hombres me son fieles —lo reta el capitán—. Si les doy instrucciones de inmovilizaros a los dos,

me seguirán a mí y no a ti, un kiita creído al que sólo conocen por los caos que has llegado a crear en la Tierra y que a nosotros siempre nos ha tocado limpiar y disimular... Por otra parte te recuerdo que esto no es Ki, que no llevas ningún anillo de melam, y que, por lo tanto, no tienes ninguna habilidad que pueda serte útil para poder salirte con la tuya. Esta vez estás en inferioridad de condiciones o sea que déjate de tontería y haz lo que te digo, o...

El apresurado discurso del capitán se ve interrumpido en el momento en que el puño derecho de Nakki impacta en la parte inferior de la barbilla desde abajo,

en lo que vendría a ser una clase de *uppercut*, que consigue levantarlo del suelo, dónde vuelve a aterrizar después de una artística pero corta parábola por los aires.

—Acogiéndome a la Ley Bélica, artículo 731, apartado 2, párrafo C, punto primero, yo, Nakki, delegado en misión oficial por el rey de Kigal, relevo al capitán Saggin de sus funciones militares hasta que el Consejo de la Coka lo interrogue según está establecido.

El grupo armado, todavía sin ser del todo consciente de que su capitán yace sin sentido en el suelo, duda, no está muy seguro de que es lo que debe hacer.

El grupo de abuelitas vive la situación de otra forma distinta. Tras ver la fantástica actuación de quien a sus ojos miopes es su salvador, lo aclaman y lo vitorean por haber dejado fuera de combate al que parecía que mandaba a los malos armados. La ovación que llega desde el autocar es de noche de gala.

—Reclamo también una escolta oficial que nos acompañe a la Sala de Paso autorizada 322 que la Coka tiene en sus instalaciones de Miami y que un interlocutor del ejército secreto kiita pueda actuar de capitán en funciones.

Un cuarto de hora más tarde, y todavía con la sorpresa y la incompreensión absoluta de lo que acaba

de pasar delante de sus propias narices, el ejército secreto kiita escolta un autocar con cincuenta cuatro jubiladas y dos kiitas hacia Miami.

—Nakki, ¿eres consciente de que has dejado fuera de combate a un capitán del ejército secreto kiita? — pregunta el joven genio a su serio compañero, sentado a su lado al autocar.


—Galam, hay momentos en la vida en los que se requiere actuar con rapidez... Este era uno de ellos. Si hubiera dejado que Saggin nos hubiera retenido demasiadas horas, habríamos podido tardar semanas en llegar A Ki... Y hoy por hoy, no disponemos de este tiempo. Ya has oído que Lugal y Nirgal

han desaparecido... Conociéndolos puede ser algo perfectamente normal... pero no podemos correr el riesgo.

—¡Ja, ja, ja! Sí, tienes razón... ¡Tal como son, eos dos son capaces de haberse ido de *camping*!

# 10

## De *camping* en Oklum



resta atención Nirgal. Lo que verás ahora forma parte de tu aprendizaje — dice Lugal, pinchando una nube de azúcar en una rama y acercándolo a las llamas—. ¿Lo ves? Debes conseguir que se deshaga, pero sólo un poquito. Si te pasas quedará todo deshecho y tampoco está bien dejarlo sin hacer. Un poco deshecho es perfecto. ¡Pero sólo un poquito!

Los dos están sentados junto a la hoguera. La noche los envuelve a la entrada del bosque. Un poco apartado, Knug duerme tranquilamente.

—Claro, claro... ya lo veo, ya... — dice ella concentrada mientras ve como la nube se deshace— ¿Y esto es necesario e imprescindible como parte de mi entrenamiento para pasar las pruebas del Oráculo?

—No, no... ¡esto es necesario e imprescindible para que disfrutes de una buena nube de azúcar quemado toda tu vida!

—Uhm... esto parece importante, también... No se puede llegar a ser un buen líder, si no se sabe disfrutar de una



buena nube de azúcar quemado, ¿verdad?

—¡Tu entrenamiento empezará mañana, Nirgal! Esta noche aprovecha para relajarte y descansar. Vas a necesitar toda la energía que puedas acumular.

—¿Sí? ¿Será difícil?

—Será el entrenamiento más difícil que nunca hayas hecho, hija mía. Te lo puedo asegurar. Debes reposar ahora pues quedarás tan exhausta, ¡que te parecerá que estás a punto de morir!

—¡Halaaaa! ¡Estoy segura de que exageras! Soy una Sata... ¡Soy muy dura de pelar! ¿Por qué este entrenamiento va a ser tan difícil? —pregunta pinchando

una nube con una rama.

—Bien... Para que te hagas una idea... El objetivo primordial de este entrenamiento especial, es que consigas llegar a tener los veintiún factores de habilidad que necesitas para presentarte a las pruebas.

—¿Queeeee? —grita Nirgal, que hace saltar la nube por los aires, con un espasmo— ¡Pero qué diiices! ¡Si sólo tengo quince!! ¿Como quieres que logre seis factores de un día para otro?

—Me lo has puesto fácil, querida... Uno detrás de otro —dice el rey, comiéndose su tercera nube de azúcar.

—¡Ah, claro está! —hace ver que se tranquiliza falsamente ella, pinchando

otro nube— Bien, pues así ningún problema... Mañana obtendré el primero, pasado mañana el otro, y así iré tirando, hasta que llegue a los veintiuno, cosa que hay líderes que han tardado años en conseguir. Hey... sin despeinarme siquiera... Voy sobrada... Y ¿sabes por qué? ¡Porque sé disfrutar de las nubes de azúcar quemadas! ¡Ja! ¡Y esto no hay líder que lo supere! Je, je... ¡Lo tienen claro!

Lugal ríe ante el irónico discurso indignado de su hija.

—Ya te he dicho que este entrenamiento será muy especial, Nirgal... Y cuando Nakki regrese, pasarás a trabajar con él ya con los

veintiún niveles de habilidad que habrás conseguido. Con él los perfeccionarás. Y te presentarás y superarás las pruebas tan sobrada, que las futuras generaciones de reyes kiitas, hablarán del día en que Nirgal Sata pasó las Pruebas del Oráculo.

—Uhm... Veo que ya lo tienes todo en cuenta, papá —responde la princesa, mientras sopla una de las nubes de azúcar que tiene demasiada llama— Y ya puestos, ¿tienes alguna petición especial? ¿Quieres que haga algún salto mortal al final? ¿Que te dedique las pruebas o que lleve una camiseta con publicidad del castillo de Sata?

Antes de que el rey pueda contestar,

un ruido de ramas y hojas hace que los dos zitis vuelvan su atención hacia la entrada del bosque. Alguien está acercándose a su campamento en la oscuridad.

—¡Oh! ya lo tenemos aquí... Vaya, si que se ha apresurado este chico... — comenta el rey, disponiéndose a terminar con su cuarta nube— Bien, Nirgal, hija mía... Me parece que te vas a quedar sin descanso esta noche.

Nirgal asiente en silencio y observa los matorrales que hay a su alrededor, que se mueven al ritmo de los pasos que se oyen cada vez más cerca, pisando ramas y hojas. Finalmente, las ramas más próximas se hacen a un lado y en

medio de la oscuridad, aparece.

La criatura no mide mucho más de medio metro. De color rojo casi escarlata, podría parecer una especie de pequeño simio, con la peculiaridad que parece hecho de piedra en su totalidad, excepto los ojos, que son negros pero tienen el iris de un verde intenso. Está completamente calvo, y sus brazos y manos son grandes, de forma totalmente desproporcionada respecto al cuerpo. Poderosos e imponentes, llegan hasta el suelo aunque él esté de pie. Al ver al rey Lugal y a Nirgal, levanta uno de sus largos y robustos brazos y los saluda.

—¡Que pachaaaaaaaa! —dice con una voz profunda y rota— ¡Yeheeee!

—Vamos, Nirgal, apaga el fuego y ven... ¡vas a conocer a los gnoolies! — dice el rey levantándose y yendo hasta dónde les espera el curioso ser.

—Oh, vaya... —dice Nirgal, echando arena a la hoguera— ¿O sea que así son los famosos gnoolies?

—¡Hola, Paza! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Como va todo por Kizuru?

—¡Pcheeeeeé! —arrastra el gnoolie, con voz agrietada— ¡Parkiii, parllaaa, jaaaaaa! ¡Rompieeeendo rocaaaaa, comiendo carbóóón, ya he tenido octavo hiiiiijo! ¡Yeheheee!

—Oh, muchas felicidades, Paza... ¿Has tenido el octavo hijo? ¡Caramba, que bien! ¿De qué color ha salido?

—¡Ahhhh, palegeu! ¡Yeheheee! —  
gruñe Paza— Azul ooscuro, como  
sumadree... ¡chempre hace ilusión  
ehhhh!

—Claro que sí, Paza, claro que sí...  
Mira, precisamente... te presento a  
Nirgal, mi hija. Dentro de tres semanas  
se presenta a las Pruebas del Oráculo, o  
sea que más te vale que tengáis su  
piedra preparada.

—Ahhhh, Nirgalpiedra ya la  
teneemos... desde hace quince años, su  
nacimiento, está ya. ¡Yeheeeee!

—¡Mucho gusto, señor Paza! —dice  
Nirgal, extendiendo su mano hacia él.

El gnoolie la observa con cuidado y,  
calculando a ojo la medida de la misma,



le da su dedo pequeño a encajar.

—Uhm... —dice Nirgal, notando el tacto del gnoolie por primera vez— Así pues... usted es de...

Uhm... ¿piedra?

—Zóy piedra viiiiiiiiva... Sí eeeezo mismo. ¡Jejeje! —responde él, golpeando los nudillos de sus dedos de piedra contra el reverso de la otra mano, como si llamara a una puerta.

—¡Ostras, piedra viva!! —exclama Nirgal— Recuerdo haber leído algo en los akásicos... Es una piedra con cualidades extraordinarias, que incluso es capaz de evolucionar y a la que se da el nivel de ser vivo. ¡Pero no sabía que los gnoolies erais de piedra viva!

El pequeño grupo de excursionistas va adentrándose lentamente por el frondoso bosque de Oklum, guiado por el pequeño Paza, que avanza con manos y pies, abriéndose paso entre arbustos, plantas y lianas.

—Tienes razón, Nirgal... Los gnoolies están hechos de piedra viva, el mineral más antiguo del Ki... —explica Lugal— Al ser así, podríamos llegar a decir que son propiamente parte del planeta.

—¡Ostras, papá! ¡No me lo hubiera imaginado nunca! —dice Nirgal, sin sacar los ojos de encima del pequeño ser de piedra que se desplaza ante ellos con seguridad— ¿Y son todos como

Paza?

—Cuando nacen son más pequeños... aproximadamente de la medida de tu puño, Nirgal. Paza es un gnoolie adulto.

—¡¡Ostras, pero si parece joven!!  
¿Cuántos años tienes, Paza?

—Cuaaaatro mil ochozientos quince.  
¡Yeheheee! —grita contento el pequeño hombre de piedra.

—¿Cuatro mil ochocientos quince?  
¡Madre mía! ¡Pero si esto es muchísimo!  
¿Cómo es que se conserva tan bien?

—Supongo que el hecho de ser de piedra juega a su favor.

—Pues sí, debe ser por eso. No parece que se pueda desgastar así como

así... ¿Y dices que ahora ha tenido un hijo azul?

—Sí, los gnoolies pueden ser de diecisiete colores diferentes. A ver, que no me deje alguno...

Blanco, plateado, gris, negro, rojo, naranja, amarillo, verde, cian, azul, índigo, violeta, magenta, oliva, marrón, turquesa o rosa. Dependiendo de su color tienen unas habilidades u otras y cumplen funciones distintas en su sociedad.

—¡Madre mía! ¡Que complicado! ¡Y que colorista!

—Los gnoolies son una representación viva de la pura esencia de nuestro mundo. Algunos afirman que

son tan viejos como los propios kushus, puesto que este mineral es tan antiguo como el mismo planeta, pero esto no está del todo claro, porque no se tiene constancia del momento en qué la roca viva evolucionó para convertirse en gnoolie.

—Caramba... Así pues... Es verdad lo que encontré en los akásicos... las rocas pueden evolucionar... —resume Nirgal— ¡Que fuerte! Que los minerales evolucionen, quiero decir... ¿No sería más normal que lo hicieran las plantas o los árboles?

—¿Y quien te dice que eso no es así, pequeña tarambana ignorante? —pregunta indignado el roble con el que

se están cruzando en aquel momento, que hasta entonces había permanecido quieto y silencioso.

Nirgal se detiene y observa el tronco del árbol, extrañada. Busca entre sus nudos un rostro oculto. Pero un golpe de rama en su cabeza vuelve a desconcertarla.

—¿Qué haces, mirándome así? ¿Qué esperas? ¿Encontrar una cara oculta en el tronco? ¡Soy un árbol! No tenemos rostro, nosotros... ¡Sólo raíces, tronco y ramas!

Nirgal finalmente se da cuenta de que el árbol no habla, sino que se está comunicando con ella telepáticamente. La telepatía no es un fenómeno extraño

en el planeta Ki. Forma parte de las primeras cosas que aprenden los chiquillos, casi después de aprender a leer. Pero es la primera vez que ella mantiene una conversación telepática con un árbol.

—Eres el primer árbol con el que hablo... —dice Nirgal, adaptándose rápidamente a las circunstancias— ¿Los demás también pueden hacerlo?

—¿Todas las rocas son gnoolies? —pregunta el árbol a su vez— No. Que haya algunos árboles que sepamos comunicarnos con vosotros, no quiere decir que todos seamos iguales.

—Nirgal, Oklum es una de las regiones más antiguas de Ki y

seguramente el primer bosque que se formó en el planeta —explica Lugal—. Aquí las especies han evolucionado mucho más que en el resto.

Apenas dichas estas palabras se cruzan con un colibrí que venía volando hacia ellos.

—Buenos días, Paza. Buenos días, señores desconocidos... —dice con una vocecita delgada, sin detenerse, siguiendo su camino.

—¡Que pachaaaaaaa! —lo saluda el gnoolie, levantando la mano.

—Sí... Ya veo, ya... No hace falta que me lo jures... —dice Nirgal, viendo como se aleja el pajarito— ¿O sea que en esta región las especies han



evolucionado porque son más antiguas?

—Bien. En parte por esto y en parte porque parece ser que este bosque tiene unas propiedades extrañas... De hecho, seguramente ahora te podrías comunicar con cualquier objeto de los que ves por aquí... ya sea un árbol, una piedra, o en este caso, un colibrí.

—¿Propiedades extrañas?

—Sí, parece ser que este bosque emite una energía especial... Incluso hay quien dice que ayuda a generar la energía que mantiene la cúpula.

—¿La cúpula? —se sorprende nuevamente Nirgal— ¿Te refieres a la cúpula del planeta? ¿La que envuelve Ki? ¡Madre mía!

—Sí, bien... Es una hipótesis con la que trabaja desde hace un tiempo uno de nuestros equipos de científicos... pero desde la desaparición de Sumur, la investigación ha quedado desatendida.

—Ostras, ostras, quien me lo hubiera dicho a mí... La de cosas de las que me estoy enterando últimamente... No, si al final, resultará que las cosas más interesantes no aparecen en los akásicos...

—Al fin y al cabo no deja de ser una hipótesis, hija mía... De todas formas, como bien dices... hay cosas que es mejor que no aparezcan en los archivos akásicos, no sea que cayeran en malas manos...

De pronto, los tres excursionistas se detienen. Todos han podido notar una extraña sensación, inexplicable con palabras, que les ha sobrecargado el eje de habilidades sensoriales. Pero sólo Lugal sabe dónde debe mirar exactamente. Rápidamente va hasta un pequeño claro y busca a Mul.

Nirgal y Paza lo siguen rápidamente, y, imitándole, miran al cielo, sin saber muy bien qué encontrarán. La bóveda celeste tiene un color especial debido al satélite de Ki, que brilla intensamente, de forma extraña. Su superficie es ahora de un morado eléctrico y su contorno de un verde intenso.

—¡Yeheeeeeeeee! —grita Paza


mirando a Mul, azorado.

—¡Ostraaaas! ¿Qué quiere decir esto? —grita Nirgal, hipnotizada por el extraño fenómeno— No lo había visto nunca, antes. ¿Y tú, papá?

—Desgraciadamente... sí.

# 11

## La guerra de los pañuelos

o he entendido nada... — dice Galsua rascándose la cabeza y enarcando las cejas mientras observa el esquema que le han dibujado.

—¡Oh, por todos los dioses felinos de Glik! —se queja Animur, sacudiendo los papeles en el aire— ¡Pero sí es muy sencillo! Es la cuarta vez que te lo explico...

—A ver, Animur... Deja que pruebe,

que a mí se me da mejor... —propone Mashua.

Los tres tidnums se sientan alrededor del Tocón de la Paz como atañe en una ocasión de ese calibre. Y es que ese tronco cortado de un antiguo marfuac, ahora convertido en mesa, es dónde se hacen todas las negociaciones bélicas y los tratados de paz entre los tidnums.

La leyenda dice que el origen del Tocón de la Paz data de mediados del siglo 3750 dM (después de Múrguba), en tiempos del sabio rey Murimur, cuando el reino de los tidnums se encontraba en guerra con un grupo nómada de musdagurs salvajes. La guerra no era de la que gusta a todos los

tidnums, a plena luz del día y a campo abierto, sino al contrario. Los musdagurs en cuestión, infiltrados en Glik, permanecían ocultos en varios escondrijos durante horas o incluso días, hasta que los tidnums bajaban la guardia y entonces, los atacaban.

Solían hacerlo en grandes grupos, y sólo a un tidnum cada vez. Esta clase de ataques o emboscadas era la única forma en la que los musdagurs podían luchar, ya que una guerra en formato de batalla abierta, habría supuesto su derrota en cuestión de minutos. Los tidnums, preocupados por la situación y viendo que aquel tipo de guerra no los entretenía en absoluto, pidieron al rey

Murimur que buscara la solución al conflicto.

Así pues el rey, conocido por su sabiduría e inteligencia, hizo una propuesta a los musdagurs. O, más que una propuesta, un reto. Él, completamente desarmado, lucharía a solas contra el ejército de musdagurs entero, que podría ir equipado con toda clase de armas. Si ganaba, los musdagurs supervivientes abandonarían Glik para siempre jamás. Si perdía, les cedería el trono y la corona y se iría al exilio.

Los tidnums no mienten nunca y cuando dan su palabra se juegan su honor. Los musdagurs, sabiéndolo,



aceptaron el reto. Se encontrarían a las doce del mediodía del Día de los Almendros. En principio debía ser más tarde, pero coincidía con la fiesta de la Almendra, momento sagrado de recogida de almendras para hacer dulces y por esto lo adelantaron. El lugar, el Llano de la Sombra, en Grum, se denominaba así porque había un gran árbol milenario en el centro, bajo el cual los tidnums aprovechaban para hacer *picnic* los días en que Utu o Kili hacían notar su fuerza.

El gran día llegó. El espectáculo no dejaba de ser curioso de ver. Un tidnum, vestido sólo con pieles, yacía tranquilo apoyado en el tronco del árbol

milenario, dormitando. Al otro lado del llano, un grupo de unos quinientos musdagurs, armados hasta los dientes, se acercaba con ganas evidentes de conquistar Urgal al fin. Murimur no se movió hasta que tuvo al ejército rival a pocos metros, rodeándolo completamente. Entonces se levantó, bostezó con fuerza, estirando hacia arriba sus musculosos brazos, para despertar, y se dirigió a los musdagurs.

—¿Quién es vuestro líder? — preguntó con voz profunda y grave, que provocó más de un pipí a sus enemigos.

Uno de ellos dio un paso al frente, no muy seguro de sí mismo. Era alto y musculado para ser musdagur. Iba con

una armadura ligera, espada y escudo.

—Soy Galmer, capitán del ejercido nómada de musdagurs que ha aceptado este reto —dijo apresuradamente, apuntando al rey tidnum con su espada—. Ríndase ahora y acepte su derrota, o aténgase a las consecuencias que...

Su precioso y elaborado discurso acabó antes de tiempo, pues en el mismo momento en que se estaba identificando como líder, al rey tidnum le faltó tiempo para volverse en dirección al árbol. Lo abrazó, extendiendo los brazos al máximo, y con un espectacular rugido que recorrió las tierras de Urgal, poniendo la carne de gallina a todos quienes lo escucharon, reunió todas sus

fuerzas para partirlo.

Sin dar tiempo a nadie a reaccionar, se apresuró a coger la mitad superior y, como si se tratase de un gigantesco garrote erizado, estampó el árbol gigante, arrancado de cuajo, contra el capitán Galmer, que la última cosa que sintió fue un ruido seco, cuando su cabeza se incrustó en el interior de su caja torácica y esta quedó a la altura de sus pies.

Lejos de detenerse aquí, el rey Murimur cogió la punta del tronco del árbol y, girando sobre su propio eje, dio una vuelta de trescientos sesenta y cinco grados, llevándose por delante todos y cada uno de los musdagurs que lo

rodeaban y dejando completamente fuera de combate a la práctica totalidad del ejército que, inocente, había aceptado el reto de tratar de derrocarlo como líder de los tidnums.

Siguiendo la teoría básica tidnum, los dejó vivir para que explicaran aquella espectacular gesta a todos sus congéneres, consiguiendo que pasara de generación en generación en Ereshkigal, dónde acabaron retirándose otra vez los musdagurs.

Después de aquel episodio, la paz volvió A Glik. Y los tidnums decidieron que, como la paz llegó gracias a aquel árbol, denominarían a sus restos el Tocón de la Paz. Más adelante lo

convirtieron en mesa para poder firmar tratados de paz, tratados de guerra, amnistías y paradas bélicas técnicas.

—A ver, Galsua... —dice Mashua, cargándose de paciencia— ¿Cuántos urgugs te quedan, ahora? En condición de luchar, ¿eh?

El líder urgug se concentra y piensa antes de contestar. Él es uno de los tidnums más veteranos y ancianos de Urgal. Se conserva delgado y a su adelantada edad es pura fibra. Tiene unas cejas y unos bigotes más prominentes que el resto de urgugs y una cabellera que ha dejado crecer de tal forma que ha debido hacer trenzas con ella, para poder luchar sin que le

moleste.

—Bien, que puedan ir al campo de batalla... unos seiscientos —dice, finalmente.

—Muy bien. Nosotros en cambio, tenemos dos mil cuatrocientos tidnums... ¡Somos muchos más! ¡¡Cuatro veces más!! ¿Lo entiendes, hasta aquí?

—Sí, sí... —dice el viejo urgug, concentrándose aún más.

—Bien, seguimos... Si no hacemos nada, te quedarás sin urgugs en pocas semanas si me apuras... porque se te acabarán.

—Sí, exacto... Poco a poco me estoy quedando sin efectivos en el campo de batalla... Hasta aquí está

claro.

—Por lo tanto, lo que te proponemos es pasarte novecientos tidnums, que lucharán junto a los tuyos, como si fueran urgugs —concluye Mashua—. Así tendremos mil quinientos urgugs y mil quinientos tidnums... ¡Volveremos a estar igualados y podremos seguir luchando meses y meses!

—¿Pero de donde carajo los sacas estos mil quinientos urgugs? —se queja él— ¿No me comprendes? ¿No te digo que sólo tengo seiscientos?

—Pero te estamos diciendo que te los dejamos. ¡Son nuestros! —se queja Animur— Te dejamos unos tidnums, ¡tú les pones unos pañuelos en la cabeza y



pasan a ser urgugs!

—No... ¡No quiero ningún pañuelo, chico! —se queja Galsua, indignado— ¡Póntelo tú, el pañuelo, si quieres! ¡Ay, señor! ¡Esta juventud, siempre haciendo cosas raras!

—¡El pañuelo es para saber quién son los urgugs, especie de abuelito de caparazón enmohecido! —grita Animur.

—¡Me cago en Kalipto! ¡Los urgugs son míos, pipiolo presumido! ¡No tienes que decirme quienes son los urgugs! ¡Son mis soldados, recórcholis! ¡Puedo reconocerlos perfectamente! No necesito ningún pañuelo... No soy tan viejo...

—¡No, no, nooo! —grita, enfadado, el rey de los tidnums— ¡No me estás

escuchando! Los pañuelos os los ponéis porque, como habrá tidnums haciendo de urgugs, así no nos confundiremos.

—¿Tidnums haciendo de urgugs? — se sorprende Galsua— Pero, ¡qué disparate! ¡Cómo te atreves! ¡Estás como una chota! ¿Dónde se ha visto esto, si se puede saber? ¡Los urgugs son urgugs, y los tidnums, tidnums! ¿Dónde has visto tú un tidnum haciendo de urgug? ¡Por favor!

—¡En la guerra de los pañuelos! — se desespera Animur— ¡Llevo rato diciéndotelo!

—¡Y dale con esto de los pañuelos! Pero ¿qué os pasa, a la juventud, que sólo pensáis en la moda? ¡Valores

tradicionales, os hacen falta! ¡Más fiesta, más guerras, y más comida! ¡Esto es el que hace prosperar la tradición y la cultura de un pueblo!

—Mashua, ¡ayúdame o me veo machacándole la cabeza contra el Tocón de la paz! —dice Animur poniéndose las zarpas en la cabeza, desesperado.

—A ver, Galsua... Empecemos de nuevo... Si esto es muy fácil, hombre... El tema está en dejarte unos cuántos soldados para que la guerra nos dure un poquito más...

—No sé, no sé... Esto de estar desiguales me da un poco de grima... Uhm... Un momento, un momento... ¡Ahh! ¡Ya lo tengo! —dice finalmente el

líder urgug, como iluminado— Oíd... ¿qué os parece si, para equilibrar nuestras fuerzas, me dejáis unos cuantos soldados?

Un silencio agobiante, que parece detener el tiempo, se apodera del planeta Ki durante unos segundos.

—¿Qué ha dicho? —dice finalmente Animur, que todavía estaba con la frente sobre la mesa, cogiéndose la cabeza con los brazos— ¿Qué ha dicho?

—Que, digo yo... —insiste Galsua — Que me podríais dejar unos cuantos soldados, temporalmente... para igualar los ejercidos... Así la contienda duraría más, ¿no os parece?

Las miradas que se intercambian

Mashua y Animur transmiten una mezcla entre el histerismo de no haber conseguido hacerle entender que aquello es lo que le estaban tratando de decirle, y la felicidad que finalmente haya quedado claro que es lo que hacía falta hacer.

—¡Vale, sí! —se apresura a decir Animur— ¡Estamos de acuerdo!

—Pues mira, con novecientos soldados me conformo. Así tendremos mil quinientos cada ejército.

—Sí, exacto... Pero si esto es lo que estábamos intentando...

—Oye, oye... —sigue Galsua, que se ha animado de pronto— Y si queréis, como veo que estáis muy preocupados

por esto del pañuelo... ¡Si queréis os podéis poner un pañuelo en la cabeza! Pero sólo vosotros, ¿eh? Así podremos diferenciaros de los chicos que me dejéis.

Los dos tidnums suspiran, felizmente traumatizados.

—¡Je, je, je!! Por suerte me tenéis a mi —grita contento, Galsua— ¡Ay! ¡Lo que debéis hacer es escuchar más la voz de la experiencia! ¿Quién os ha sacado las castañas del fuego? ¡Un pobre viejo, que gracias a su ingenio, ha encontrado la solución perfecta!

—Qué cojones tienes, Galsua... — murmura Animur— ¡Hace más de dos horas que estamos tratando de decirte lo

que tú acabas de decir ahora!

—¡Ni hablar! ¡Excusas! No sabéis ni siquiera aceptar vuestra inexperiencia en el campo de batalla...

Aix... cuando yo era sólo un cachorro me regalaron mi primera hacha doble... ¡Je, je! Os haríais cruces, de la de cabezas que...

—Esto... Galsua... No hay tiempo para esto, ahora, ¿eh? —dice Animur, levantándose— Si nos lo permites, iremos a nuestro campamento y se lo contaremos a los tidnums esto de los pañuelos, ¿eh? Mashua, venga, vamos...

—Oh, ¿¡ya os marcháis!?! ¡Ni a vuestros mayores sabéis respetar! ¡Debéis escuchar para aprender! —se

queja Galsua, decepcionado por haber perdido un público tan atento— ¡¡Dónde iremos a parar, sin valores ni tradiciones!! Dónde iremos a parar...

El viejo urgug interrumpe su discurso. Los tres tidnums perciben una sobrecarga en el plano sensorial y la luz que los rodea se enrarece ligeramente. Los tres alzan su mirada al cielo, que tiene un color especial debido a Mul, que brilla intensamente, de forma extraña. Su superficie es ahora de un morado eléctrico y su contorno de un verde intenso.

—¡Mieeeeerda! —dicen los tres, paralizados, mirando con preocupación el firmamento.



—Mashua, ¡me voy! —dice Animur, mirando fijamente a su consejero— Remata tú el tema este de los pañuelos. Y si tienes alguna duda, ¡improvisa!

—¡Cuenta conmigo, Animur! — responde serio Mashua— Y tranquilo, ¡que cuando vuelvas todavía tendremos guerra para rato!

—Oye... —dice en tono trágico Animur— Seguro que lo conseguiremos... Pero, si no vuelvo... dile a mi mujer que...

—Animur... —lo interrumpe Mashua— Si no vuelves, es que la has palmado, y yo no tengo cojones de decírselo, a Susua. ¡Me mataría!

—Ah, claro... Tienes razón... —

razona Animur— Bien, ¡pues hasta luego!


—¡Eh, eh! ¡Muchachito! —grita Galsua, cuando Animur ha empezado ya a acelerar el paso— ¿No te olvidas de algo?

Animur queda pensativo por unos instantes, hasta que un arqueado de cejas revela que ya sabe de qué está hablando el líder de los urgugs. El rey de los tidnums suspira, se relaja, se acerca a él y le da dos besos en la mejilla.

—Adiós, abuelo, hasta pronto... y recuerdos a la yaya.

# 12

## Protocolo 108/3

 Todos los kuzubis lo han notado, incluso antes de la aparición del vistoso efecto visual. Por eso, cuando el color del cielo de Shapla se enrarece, volviéndose de un verde fosforescente, los habitantes de la capital de Zag ya están mirando el firmamento, esperando algún cambio.

El cambio se produce en Mul, el satélite de Ki, que empieza a brillar intensamente, de forma extraña. Su

superficie cambia de color, pasando a morado eléctrico, y su contorno gana intensidad, a la vez que cambia a un tono verdoso.

—*Murku, deja lo que estés haciendo, y vente para acá inmediatamente, debemos iniciar el Protocolo 108/3. Prioridad de nivel doce* —transmite por telepatía el rey a su consejera.

La gran sala circular con las paredes de vidrio que corona la Torre del origen está vacía salvo un cojín, junto a la pared central, dónde el joven Kuzu reposa en posición de flor de loto.

—*De acuerdo, majestad. Inicio el protocolo ahora mismo y me dirijo*

*enseguida a la Torre del Origen — responde Murku, que se encuentra en la Torre de los Conceptos dando una clase magistral— Señores... Por causa de fuerza mayor, debido a unos asuntos oficiales prioritarios, me veo obligada a anular y posponer esta sesión. Cuando se haya acordado una nueva fecha para su celebración, podrán consultarla en el apartado correspondiente de los archivos akásicos. Paz y prosperidad.*

A pesar de ser una kuzubi preparada perfectamente para ejercer su cargo, debido a su larga experiencia y veteranía, y a tener, como toda su raza, una capacidad extraordinaria para

controlar todos sus sentimientos, Murku no puede evitar una ligera preocupación. Nunca ha debido ejecutar una orden con prioridad de nivel doce. La neutralidad crónica del gobierno kuzubi para todo lo que sean asuntos bélicos, ha hecho que nunca los kuzubis hayan pasado por ninguna gran crisis.

El único episodio en el que se vio envuelta ella misma, fue la Batalla de los siete piratas, en el mar Ksir, en la que estuvo como capitana en un barco de guerra de la flota de Shapla. Aunque al fin salieron victoriosos, gracias a la misteriosa ayuda de una desconocida, hubo trescientas veinticinco bajas y tres de los líderes piratas pudieron escapar.

Mudaabba, Kulul y Elakua. Todavía ahora recuerda la crueldad y frialdad de sus enemigos, y varias heridas, mentales y físicas, todavía le escuecen cuando piensa en ello. Y aquella misión tan sólo era de prioridad ocho.

—*Zuk, ¿me recibes?* —transmite Murku.

—*¡Sí, mama! Adelante, dime* — responde su hijo, desde la Clase de Nivel Kuzubi Iniciado, situada en el quinto piso de la Torre de los Conceptos, de dónde precisamente ella se está alejando.

—*Cuando salgas de la escuela, vete a casa de Adunna. Yo no podré estar contigo hoy por asuntos oficiales,*

*¿de acuerdo?*

*—De acuerdo, mama. ¿Estarás localizable?*

*—Sólo unas horas, después ya no. Ya te avisaré.*

*—¡Muy bien, mama! ¡Hasta luego!*

*—Hasta luego, hijo... Te quiero mucho.*

Aquel «te quiero mucho» sorprende extraordinariamente a Zuk. Son palabras que en muy pocas ocasiones le ha dicho su madre. Si alguna vez se ha permitido hacer alguno de estos comentarios, es porque está a punto de pasar alguna cosa grave.

*—Zuk, ¡contesta tú, por favor! —* dice la profesora que, mientras Zuk



estaba en comunicación con su madre, seguía explicando teoría kuzubi a toda la clase.

—*Según la Ley Intergubernamental kuzubi, artículo 137, apartado 3, párrafo D, segundo punto, se debe informar a los otros cinco líderes, o en su defecto a sus consejeros, para que inicien Buscas masivas conjuntas,* profesora Uma.

—*Muy bien, Zuk* —responde la joven profesora, que ha captado que el pequeño alumno estaba transmitiendo con el exterior, y ha querido ponerlo a prueba expresamente, para ver hasta qué punto es capaz de mantener la transmisión y su atención en clase—

*Veamos... quién es capaz de contestar esto...*

Mientras la profesora Uma prosigue su clase transmitiendo conceptos a los pequeños kuzubis, no mucho lejos de allí, el rey Kuzu también transmite, pero en este caso más lejos, al otro hemisferio del planeta.

*—Sí, claro que lo he visto... Como podía dejar de verlo... ¡justo en el momento en que estaba a punto de capturar un par de urlus que me habrían ido de perlas para tener solucionada la vida durante un año por lo menos!* —responde Ziu, enfadado.

*—Si no llevamos a cabo el protocolo correctamente, quizás ya no*

*queden años en los que puedas vivir tranquilamente, Ziu —*responde Kuzu.

*—Sí, sí... ya lo sé, ya lo sé... —* responde él, quejándose— *¿Porque crees que estoy viniendo hacia aquí? ¿Has contactado con los demás? ¿Están viniendo?*

*—Ziu, según el Protocolo 108/3, tú debes ser el primero al ser avisado, para saber tu localización, y establecer si puedes traer a alguien de los demás, para optimizar la logística, y obtener...*

*—¡Vale, vale, que sí, que sí! Pues ya me dirás si debo recoger a alguien. De lo contrario, nos encontraremos en la Torre del Origen dentro de tres días.*

*—De acuerdo, que así sea —*

concluye Kuzu, antes de cortar la conexión.

Ziu bate de nuevo sus alas para acelerar el vuelo. Su cuerpo aerodinámico vuela cortando el aire. El anzud se concentra en todos y cada uno de sus músculos y cierra los ojos. Y es que, a la velocidad que va, de poco le sirve la vista. Es mucho más útil confiar en su extraordinaria habilidad sensorial, gracias a la que puede localizar cualquier obstáculo que se cruce en su ruta, como si de un sensible y adelantado radar se tratara.

Y, de pronto, percibe una esencia que no percibía desde hace tiempo. Se detiene tan de repente que el aire que lo

rodea parece haberse agrupado, chocando contra él. El anzud está ahora flotando en el aire, batiendo las alas desplegadas con suavidad, para mantenerse estable. Gira la cabeza y se concentra una vez más.

—Uhm... Me sabe mal por el Protocolo 108/3, pero debo hacer una parada técnica —dice Ziu, muy serio.

Sin saber nada de esto, el rey de los kuzubis sigue en estado de tránsito, para concentrarse y localizar una nueva esencia. Normalmente esto tan sólo le toma unos segundos de tiempo, pero en esta ocasión es diferente, ya que no puede localizar al destinatario. Vuelve a concentrarse y prueba una vez más, sin

éxito. Finalmente, se da por vencido, procede como dicta el protocolo y cambia la esencia que quiere localizar.

—*Animur, ¿me recibes?* —pregunta Kuzu.

—Te recibo perfectamente — transmite a la vez que habla, Animur, casi sin aliento.

—*Animur, esto es una transmisión telepática. No es necesario que hables. Sólo debes pensar. El hecho que de que hables al mismo tiempo entorpece la transmisión. Es un problema de acoplamiento.*

—*¡Que lata!* —piensa el rey tidnum, resoplando— *Ya lo sé que no hace falta, pero no me acostumbraré nunca a*

*esto de hablar sin mover la boca. Y ahora dime... ¿Qué quieres? ¿Es por esto de Mul?*

*—Efectivamente, el protocolo se ha puesto en marcha y os estoy localizando a todos. Por lo que percibo, todavía estás en Grum, ¿verdad?*

*—Sí, sí... ¡Estaba en plena negociación bélica cuando Mul se ha encendido! ¡Voy corriendo a buscar a Zidusa! ¿Qué hago? ¿Me viene a buscar alguien? ¿Debo recoger a alguien?*

*—No, no. Los otras no están en tu radio de acción en estos momentos. Límitate a venir. Por tu situación, te*

*aconsejo que vayas hasta Musgal y traces desde allí un rumbo directo a Shapla.*

*—¿Un rumbo directo a Shapla? ¿Desde Musgal? ¿Qué pretendes? ¿Que el pobre Zidusa quede como un kushu hervido listo para tomar en sopa? ¡Ni hablar! Pienso hacer escala en Akidug y desde allí dirigirme a Shapla.*

*—Si haces esto perderás dos días. Hazme caso y ven directo desde Musgal.*

*—¡Oye, ve y que te den, Kuzu! ¡No pienso cruzar el Ksir por Musgal ni loco! ¡Ya he visto cómo hierve el agua por allí! ¡Olvídalo!*

*—Reconsidera tu decisión mientras*



*te diriges a Musgal. Cuando llegues ponte en contacto conmigo. No deberá serte difícil, dejaré un rastro esencial para que me localices con facilidad* — concluye el rey Kuzu antes de cortar la conexión.

—¡Ja! —sigue hablando Animur, para sí mismo— ¡Lo tiene claro, ese pescado con patas, si piensa que llevaré a mi pobre Zidusa por el centro del Ksir! ¡No pasa nada si tardamos dos días más! ¡No pienso reconsiderar nada de nada! Pasaremos por Akidug y no se hable más del tema.

Por su parte, Kuzu, siguiendo el protocolo y en estado de tránsito, busca de nuevo la esencia que todavía no ha

podido localizar. Sólo precisa unos segundos para ver que está completamente ilocalizable. Analiza la situación, repasa mentalmente las zonas oscuras del planeta y evalúa la posibilidad de que se encuentre en alguna.

Las zonas oscuras son aquellas partes de Ki en las que la telepatía no funciona de forma natural, como el interior de la gran montaña helada Kurgal, el interior del Risk, ciertos puntos del Ksir, algunas regiones de Ereshkigal y los bosques de Tirsir y de Oklum. En caso de que se encuentre en alguno de estos lugares, será imposible localizarlo, incluso para alguien tan

dotado como él.

—¿Dónde debes estar, Nakki? —se pregunta el rey kuzubi.

# 13

## Persecución en Miami

**O**ooohh!! —exclaman las jubiladas al unísono.

—¿Seguro que no puede seguir acompañándonos, joven? ¡Podríamos ir a hacer una barbacoa de despedida, todos juntos! —propone una voz desde la última fila del autocar.

—¡Eh! ¡Esto estaría muy bien! —apunta Galam, mirando a Nakki, ilusionado.

—Me sabe mal señoras, ¡pero el

deber nos reclama! —anuncia Nakki.

—¡¡Oooohh!! —repiten las jubiladas como un coro desafinado.

—Espero y deseo que disfruten plenamente de su estancia en Miami, y que tengan un buen viaje de vuelta a casa —continúa, formal, el ziti—. No se olviden de llamar a su familia para confirmar que están sanas y salvas. Y ahora, si nos disculpan...

—¡Nakki Woodruff! —corta su discurso una voz emitida desde un megáfono en el exterior del autobús.

—Oh, vaya... el que faltaba... —murmura Nakki, que inmediatamente reconoce la voz del capitán Saggin, una de las pocas personas del planeta Ki

capaz de nombrarlo por su apellido.

El capitán, con una venda que le rodea media cabeza, desde la barbilla hasta el caparazón, grita furioso por el megáfono, detrás de su unidad de hombres armados, que vuelven a tener el autocar en su punto de mira. A su espalda los tres grandes tráileres impiden el paso. Por si esto fuera poco, el haber desplegado una unidad de estas características en pleno barrio de Midtown de Miami da como resultado una gran afluencia de público.

Se encuentran en el subdistrito de Wynwood, también denominado «distrito de las artes», por la gran cantidad de estudios artísticos que

confluyen en la zona. Esta circunstancia, y encontrarse relativamente cerca del *Adrienne Arsht Center for the Performing Arts*, ayuda a que todos las personas que paseaban tranquilamente por la calle se transformen en un público improvisado, contento y satisfecho de asistir al rodaje de una película de acción.

—¡No voy a repetirlo otra vez! — sigue gritando el capitán— Nakki y Galam, salid inmediatamente del autocar con las manos en alto y entregadnos las glimps que os queden.

La puerta del autocar se abre y los dos zitis salen con las manos en alto, resultado que satisface enormemente a

Saggin que se desplaza al frente de su unidad.

—No dejéis de apuntadlos en todo momento. No les perdáis de vista, ¿entendido? —comenta a sus hombres— Tú, y tú, venid conmigo y esposadlos.

—Saggin, tu comportamiento está absolutamente fuera de lugar —comenta Nakki, mientras el capitán se acerca con sus ayudantes.

—¿Fuera de lugar? ¿Fuera de lugar? —grita el militar— ¡Tu comportamiento es el que está fuera de lugar, ziti presuntuoso! Crees que porque eres el tutor de la heredera al trono puedes hacer lo que te de la gana, ¿verdad? ¡Durante toda tu vida has hecho lo



mismo! ¡Pues hoy esto va a cambiar!  
¡Pienso enchironarte tanto tiempo como  
me lo permita la ley kiita y te puedo  
asegurar que cuando vuelvas a Ki,  
habrán pasado tantos años, que Nirgal  
ya se habrá jubilado!

Mientras discuten, los dos soldados  
se preparan por esposarlos y requisan la  
caja de glimps.

—Saggin, sabes perfectamente que  
estás actuando así por motivos  
personales —dice Nakki mirándolo  
fijamente—. Me cogiste ojeriza el día en  
que la...

Antes de que el ziti termine la frase,  
un objeto volador no identificado  
sobrevuela la calle y golpea la cara del

capitán, con un doloroso y crujiente impacto que indica claramente la posibilidad de rotura de algún hueso de la nariz. Saggin lleva sus manos a la cara y por entre los dedos se escapa un delgado hilillo de sangre. Dolorido, mira el contundente objeto que ahora permanece inerte en el suelo. Una plancha.

—Pero, ¿qué? —se pregunta, atónito, mirando a su alrededor— Pero, ¿cómo?

No llega a formular su tercer pero, Saggin. Un segundo objeto, este vez un zapato de tacón, en su espalda derecha. Y un tercer proyectil en forma de botella de *whisky*, pasa a escasos centímetros

de su cabeza, reventando en el suelo y haciéndose pedazos. Y, como si de una plaga bíblica se tratara, una inverosímil colección de objetos, variados y eclécticos, empiezan a llover sobre la unidad militar del ejército secreto kiita.

Nakki y Galam, que están escapando milagrosamente de la maldita lluvia, se vuelven para ver cual es el punto de partida de este extraño fenómeno, y descubren que no es otro que las ventanas del autocar que los escupen sin cesar, arrojados por su particular ejército de abuelitas.

—¡No se preocupe, señor Nakki! — dice una de ellas, haciendo rodar una plancha alrededor de su cabeza,

cogiéndola por el enchufe del extremo del cordón, como si de una honda se tratara— ¡Nosotros los entretendremos! ¡No se atreverán a disparar a unas pobres abuelitas indefensas, ante todos estos testigos! ¡Largaos de aquí, chicos! ¡Largaros! ¡¡Poneros a salvo!!

—Pero... pero... —murmura Galam, mientras un ladrillo lo sobrevuela a gran velocidad— ¿Se puede saber qué llevan las abuelitas terrícolas en los bolsos? Y, más importante aún... ¿dónde podría yo comprar una bolsa, para poner en ella los restos de mi pobre alterador? —dice agachándose y recogiendo como puede los trocitos, con las manos esposadas en

la espalda.

—Ignoro la respuesta, Galam —  
acepta Nakki mientras unas tijeras pasan  
a escasos centímetros de él para  
clavarse finalmente en la pierna de uno  
de los soldados que lo estaba esposando  
—. Pero te aseguro que no pienso  
quedarme aquí para averiguarlo. Ahora  
preocupémonos de conseguir un  
vehículo y...

Y, como un nuevo milagro, el rugido  
de un potente motor y de una brusca  
frenada interrumpe el discurso de Nakki.  
Un extraño y futurista Mercedes negro  
aparece ante ellos y, mientras todavía  
flota en el aire el olor de goma quemada  
de las ruedas, se abre la puerta del

copiloto.

—¡Entrad cagando leches! —grita el conductor, haciéndoles señales con un brazo mientras mantiene el otro al volante.

Los dos kiitas, todavía esposados, no dudan ni un instante en seguir las órdenes del conductor, y saltan al interior del vehículo de dos plazas con lo que Galam se ve obligado a sentarse en el regazo de Nakki.

—¡Cerrad la puerta, cerrad la puerta! —grita el conductor, mientras efectúa un giro de ciento ochenta grados y da gas a fondo.

—¡Que no tenemos manos! —se queja Nakki, con las manos a la espalda

como el joven ingeniero sentado en su regazo.

El conductor los observa, dándose cuenta por primera vez de que van esposados. Da una ojeada a su entorno y, sonriente, pega un golpe de volante, cambia su rumbo y se acerca al capitán Saggin, que está reincorporándose lentamente, dolorido todavía por los múltiples golpes que ha recibido. En el interior del vehículo se oye un fuerte golpe y la puerta del copiloto se cierra misteriosamente sola.

—Gracias, capitán... —dice el hábil chófer, mientras por el retrovisor ve como Saggin salta por los aires y aterriza no muy artísticamente— Bien,

chicos... os habéis salvado por los pelos, esta vez, ¿verdad?

El joven conductor aparenta unos veinte años. Viste un uniforme negro, a juego con el vehículo, y lleva con extrema elegancia una gorra de chófer mientras maneja el volante del deportivo con tanta facilidad que parece que él mismo forme parte de la máquina.

—Muchas gracias, Zidari —dice Nakki, intentando encontrar una posición cómoda—. ¿No tendrás llaves de esposas, por casualidad?

—Sí... sobre todo porque yo acabo de sentarme encima de mi alterador, el pobre...

—Aquí, no, Nakki. Deberéis esperar



hasta llegar a los despachos de la Coka. No está demasiado lejos de aquí, en los subterráneos del Bacardi Building — dice el chófer, mientras atraviesa el Midtown a gran velocidad, esquivando docenas de coches e infringiendo docenas de leyes de circulación terrícolas.

—Ostras, ostras... qué vehículo más peculiar... —comenta Galam, mirando el panel de control del habitáculo.

—¡Ah, sí! ¡Claro que sí! Es un Mercedes-Benz C111, ¡un modelo experimental que la Coka ha encargado a la fábrica! ¡Ha, ha! —ríe él, mimando el volante— ¡Forma parte ya de la segunda generación! Carrocería de fibra

de vidrio y un motor Wankel de cuatro rotores, con inyección directa, que llega a los doscientos noventa kilómetros por hora. ¡Eres el rey de la carretera! ¡Y, además, ligas un montón! ¡Ja, ja, ja!

—Caramba, ¡un motor Wankel! — comenta Galam, emocionado— Supongo que debe tener una disposición central posterior, ¿me equivoco?

—Tiene razón, señor... —dice Zidari, alargándole una mano, mientras conduce con la otra.

—Eh, ah, sí... ¡Galam! —contesta el ingeniero, sin poder estrecharle la mano y ofreciéndole el codo, extrañado por el hecho de que alguien le llame señor.

—¡Mucho gusto, Galam! Pero,

¿sabes qué es lo que más me gusta de esta máquina? —dice sonriente, mientras pulsa un botón del panel de control— ¡Como suena!

De pronto, «Blue Suede Shoes», con la voz del Rey del *rock&roll* llena no tan sólo el interior del vehículo, sino también todo Biscayne Boulevard, donde los peatones se vuelven a su paso, sorprendidos por el estallido musical que cruza la calle a gran velocidad.

—¡Es Elvis! —grita Galam, contento.

—¡Ajá! ¡Este sí que es el Rey! —grita Zidari, moviendo la cabeza al ritmo de la música— ¡Él sí que se lo ha montado bien! ¡Llegó a la Tierra hace

apenas veinte o treinta años y ya está montado en el dólar! ¡Pero ahora está chungo, el pobre! ¡¡Hoy precisamente decían que se ha divorciado de Priscilla!! ¡No me extrañaría que, dentro de unos años debamos simular su muerte y hacerlo volver hacia Ki!

—Zidari, ¿quieres hacer el favor de bajar el volumen, por favor? —grita Nakki, agobiado— ¿No crees que ya has llamado lo suficiente la atención ignorando todas las señales de tráfico, saltándote las líneas continuas y conduciendo contra dirección?

—¡Vale, vale! —acepta el chófer, apagando el equipo de sonido— De todos modos, ¡ya hemos llegado!

Una maniobra repentina envía a los dos copilotos contra la puerta, deja la mitad de las ruedas a la calzada, hace girar el coche noventa grados y, mientras invade la acera y esquiva como puede a los peatones, les lleva a la puerta exterior del aparcamiento del Bacardi Building, al cual se accede por una rampa.

—Zidari, ¿es absolutamente necesario que seas siempre tan brusco al conducir? —se queja Nakki, cuando el coche está reventando la barrera de acceso al aparcamiento.

—No, pero entonces no llegaríamos a la Sala de Paso en ciento cuarenta y cinco segundos —dice el conductor,

mirando su reloj mientras sigue esquivando coches y columnas por el interior del edificio.

—¿Ciento cuarenta y cinco segundos? —repite Nakki— ¿El próximo portal se abre en ciento cuarenta y cinco segundos?

—Bien, de hecho ahora ya son ciento treinta y siete, compañeros, ¡y bajando! —especifica Zidari, mientras sigue adentrándose en sucesivos niveles subterráneos, haciendo saltar todas las barreras que encuentra en cada piso— Y el próximo portal nos se abre hasta dentro de diez horas... y esto creo que os podría suponer más de un dolor de cabeza... no tan sólo porque sean

setenta horas kiitas, sino porque Saggin no tardará más de quince minutos en presentarse aquí... y no debe estar muy contento... sobre todo después de que hayamos utilizado su viejo culo para cerrar la puerta del coche...

Todos los coches aparcados en el nivel -5 son Mercedes negros. Hay turismos, furgonetas e incluso camiones. Es el último nivel. Al fondo, donde en los otros pisos hay una rampa, se encuentra una gran puerta doble.

—¡Agarraros! —dice el conductor, acelerando el coche a máxima velocidad por el corredor que conduce a la salida cerrada, a la vez que pulsa repetidamente el claxon del vehículo.

Al otro lado de la puerta se encuentra un recibidor enorme, en plena actividad frenética. Voces, teléfonos sonando, ruido de tecleo, impresoras...

Cientos de personas trabajan en el edificio para coordinar todos los asuntos de la Corporación Kadingir. La sala es muy grande y el techo es altísimo; en realidad se trata de dos pisos unificados.

El segundo nivel de este recibidor sólo es un corredor lateral que permite acceder a otros pasillos o puertas. De pronto, un ruido, imperceptible al principio pero que aumenta de volumen peligrosamente, que proviene del otro lado de la puerta, parece acercarse a



gran velocidad, amenazador. Cuando ya todo el mundo lo percibe, las voces, los ruidos y los tecleos van desapareciendo, hasta que finalmente un silencio completo invade el local, únicamente violado al parecer por un claxon que todo el mundo parece haber deducido de dónde procede.

Sólo es necesario que uno de los trabajadores empiece a correr lejos de la puerta, para que un segundo después todo el mundo lo imite, alejándose del lugar, como si se hubiera vuelto inestable y a punto de explotar en cualquier momento. Y, efectivamente, explota. No tan sólo revienta en centenares de trozos, sino que, además,

un Mercedes experimental C111, bastante abollado por cierto, sobrevuela parte del recibidor, aterriza encima de las mesas del departamento contable, destrozándolas y, con una hábil maniobra de último momento, se encara a un pasillo y vuelve a acelerar, atravesando el despacho como una exhalación.

La zona de paso, suficiente para una o dos personas, no lo es para un coche, y este va lanzando al aire todas las paredes de vidrio de separación de los despachos laterales, que vuelan grácilmente y caen al suelo, haciéndose añicos. Al fondo, una gran sala de paredes también de vidrio, ocupada por

diez filas de sillas, una de ellas ocupada por un ziti, les espera. El ziti, al ver que el coche se dirige hacia él y que el conductor le hace un tranquilo pero insistente señal con la mano, indicándole que se aparte, decide saltar por encima de las sillas, alejándose de la zona de aterrizaje del coche.

Y es cuando una luz roja, situada encima de la puerta de vidrio de la sala, se enciende, que el coche revienta la pared haciéndola caer como una lluvia torrencial de miles de gotas sólidas y aterriza encima de las sillas, llevándose por delante la mitad de ellas.

—Diez segundos para la apertura del portal. Por favor, absténganse de

entrar o salir de la Sala de Paso en estos momentos —dice una voz grabada por un altavoz, en el interior de la sala— Nueve... ocho...

—¿Nos han sobrado diez segundos? —dice Nakki, sorprendido— ¡Yo creía que en estas situaciones siempre se apuraba hasta el último instante!

—Siete... seis... cinco...

—¡Ah! ¡Pero es que te ha traído Zidari Sartak! ¡El mejor conductor de ambos mundos! ¡Ja!


—Cuatro, tres, dos...

—Bien, señores... el caso es que... ¡hemos llegado!

—Uno.

# 14

## Sunaguls



ace más de diez horas que vuela en dirección a Idiri, alejándose del rumbo que debería haber cogido para llegar a Shapla, según el plan marcado por Kuzu. Pero no se arrepiente. Sobre todo ahora que, a pocos kilómetros del pequeño pueblo, puede afirmar completamente que la esencia que ha percibido, es de aquel que imaginaba.

Idiri se encuentra en las Hursag, cerca de las vistosas bifurcaciones del

Narugal. Es un pueblo agrícola y todos sus habitantes viven de la ganadería y de los cultivos. Las tierras en esta región son muy fértiles, por su proximidad al río. Con poco más de mil quinientos habitantes, en Idiri se pueden encontrar zitis, anzuds, kuzubis y algún sutum. Algunos de ellos ha nacido allí, pero la mayoría son kiitas que, cansados de su sistema de vida estresante, han optado por una nueva filosofía, basada en la economía de subsistencia.

Cultivan lo que necesitan para comer y venden los excedentes, para poder ahorrar en caso de épocas de malas cosechas. Puede notar el olor del humo y del fuego desde kilómetros atrás. Ahora

vuela a escasos metros del suelo, para que nadie pueda ver como se acerca al pueblo, que ya puede ver. Idiri se caracteriza por tener casas de madera de planta baja, todas alineadas entre sí, formando un gran cuadrado, en el centro del cual está la Plaza de Múrguba, y es que la gigantesca tortuga milenaria forma parte del paisaje que se puede ver desde cualquier punto del pueblo.

Ella ya estaba allí desde mucho antes que hubiera paisaje o pueblo. Ziu entra por el sur de Idiri, en vuelo raso, se adentra en una de sus calles y aterriza suavemente, enlazando el vuelo con un andar silencioso, sin solución de continuidad. Si en general el pueblo

suele ser tranquilo, en aquella ocasión lo es en un extremo preocupante. Es un silencio cargado de peligro y la dimensión sensorial de la zona, sumada a la peste de quemado que puede oler, hacen que todavía extreme más las precauciones.

Mientras se mueve sigiloso entre las casas de madera, en dirección a la Plaza de Múrguba, se concentra para percibir las esencias de su alrededor. Tal y como suponía, los habitantes del pueblo están todos en sus respectivas casas y permanecen inmóviles, pero despiertos. Están escondidos. Los recuerdos se agolpan en la mente del anzud, que vuelve a ver como la historia se repite



una y otra vez.

\* \* \*

*Él nació al norte de las Hursag, en un pequeño pueblo denominado Sakuri. Su nacimiento creó expectación ya que, tal y como deseaban sus padres, fue un anzud negro. Las circunstancias que deben darse para que esto suceda son muy complejas, y pocos kiitas saben qué se debe hacer. Ni siquiera los archivos akásicos tienen información detallada al respecto.*

*La alineación de los astros en el momento de la concepción, el linaje del que proviene la criatura, el número de*

*hermanos que han nacido antes de él... Sólo los habitantes de Sakuri conocen el secreto para poder concebir uno. Y es un secreto que guardarán con sus propias vidas, si hace falta. Sus padres, contentos por haber conseguido su propósito, siguieron la tradición y lo entregaron a los monjes del templo. Era el mejor destino posible. Allí sería entrenado y recibiría la mejor educación. Aquel templo era conocido en Ki como la mejor escuela del planeta.*

*Anzuds de todas partes deseaban poder inscribir en ella a sus hijos. Pero las condiciones de acceso eran muy restrictivas. Sólo se matriculaba a*

*anzuds negros. La formación en Sakuri se basaba tanto en la preparación del cuerpo como en la de la mente. Se enseñaban las veintiún artes marciales básicas, para mantener el cuerpo en forma, y se impartían, además, clases de los siete conocimientos considerados esenciales: lengua, historia, filosofía, lógica, física, biología y química.*

*Ziu fue un buen alumno desde el primer momento. Más hábil con las artes marciales que no aprendiendo los conocimientos esenciales, pero siempre de los mejores de la clase. Tampoco tenía ningún problema con la disciplina. Cumplía las normas, y no*

*mostraba ningún interés por discutir las ni romperlas. Respetaba a todo el mundo y él era respetado.*

*Pero tenía un pequeño problema. El templo de Sakuri era sólo para anzuds negros... machos. Y este pequeño detalle técnico era la única cuestión que no gustaba al pequeño Ziu. Nunca había entendido el por qué. Cuando preguntaba a los profesores, estos siempre basaban su respuesta en extraños argumentos. Venían a decir que la presencia femenina en el templo causaría la distracción excesiva de sus alumnos.*

*Según le contaban, las anzuds hembra tenían un extraño poder para*

*absorber la energía física y psíquica de los machos, y por esto estaba completamente prohibida su entrada en el templo. Pero a Ziu, que había desarrollado un criterio propio, todos estos argumentos le parecían estúpidos y sin fundamento. Y por esto, cada día, cuando todos los alumnos se retiraban a sus habitaciones para reponerse de la larga jornada de estudio, Ziu prefería escaparse del templo.*

*Noche tras noche llegaba hasta Zugeru, un pueblo a medio camino entre Sakuri y Kurgal, para ir a visitar a la gente que iba a la Escuela Básica del Cielo... una escuela mixta a la que acudían la mayoría de anzuds del norte*

*de las Hursag. La encontró por casualidad, en un ejercicio de orientación y de supervivencia que debía realizar como parte de su formación en el templo. Se trataba de vivir en las Hursag durante una semana, sin poder volar y utilizando sólo los recursos naturales que pudiera encontrar.*

*Ziu, en lugar de quedarse cerca del Templo, aprovechó para ir a investigar terrenos desconocidos, pues en contadas ocasiones podía alejarse demasiado de Sakuri. Y al descubrir el precioso pueblo de Zugerí y, sobre todo, su interesante escuela mixta, decidió que aquello también era un*

*recurso natural de la montaña que podía aprovechar. Y allí es dónde pasó toda la semana de orientación y supervivencia.*

*A las anzuds de Zugerí les cayó en gracia desde el primer momento. Era el primer anzud que conocían completamente negro. Y él estaba encantado de tener amigas, arriesgándose de buen grado a que, según lo que decían sus profesores, éstas le absorbieran la energía física y psíquica. Desde aquella semana, superada ya la prueba de supervivencia, Ziu no dejó de visitar el pequeño pueblo. Inicialmente tan sólo una vez a la semana, ya que debía*

*atravesar buena parte de las Hursag volando a baja altura, para evitar que alguien lo descubriera, y eran muchas horas volando sin cesar.*

*Gracias a estas excursiones, sin embargo, había ido mejorando su velocidad y su técnica de vuelo y cada vez tardaba menos en recorrer la distancia. Sus visitas se van ir haciendo más frecuentes, hasta llegar a ser diarias. Y así pasó un año. Hasta que sucedió aquello. Una noche, volviendo de Zugerí. Una extraña sensación había estado acompañándolo durante el viaje y, a medida que se iba acercando a Sakuri, crecía su congoja.*

*Al llegar, vio la columna de humo*



*en el horizonte, y aceleró el vuelo tanto como pudo, mientras ganaba altura, para conseguir captar la imagen que estado atormentándolo desde entonces. El templo de Sakuri, antes esplendido y magnífico, no era más que ruinas y ceniza. Columnas de humo negro y denso surgían de múltiples puntos de lo que había sido el edificio.*

*Voló hacia él tan rápidamente como sus fuerzas se lo permitieron, mientras el hedor a carne quemada invadía sus fosas nasales. Recorrió todo el templo, lleno de cadáveres, destrucción y saqueo, buscando con desesperación algún superviviente. Y lo encontró. Sunnun, su maestro de historia, inmóvil*

*junto a lo que quedaba de una de las columnas del templo, todavía desprendía una ligera esencia de vida. Ziu llegó a su lado y trató de reanimarlo. Estaba muy mal, su vida se apagaba.*

*—¡Sunnun! —dijo Ziu, conteniendo su rabia y las ansias de saber, mientras le daba agua de su cantimplora— ¡Sunnun! ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?*

*—¿Ziu? ¿Eres tú? —respondió él con voz débil, sin siquiera abrir los ojos— ¡Estás vivo! ¡Oh! Estás vivo...*

*Gracias, dioses míos... Ha sido una masacre... Han sido los sunaguls, Ziu... Nos han atacado por sorpresa...*

*Querían el Pergamino del anzud blanco.*

*Los sunaguls son una banda de anzuds negros, liderados por Igigul, antiguos estudiantes del templo de Sakuri del que fueron expulsados por sus ideas racistas y xenófobas. Consideraban que los anzuds negros eran una evolución superior de la raza y que por esto debían dominar al resto.*

*—¿Pergamino? —preguntó Ziu, desesperado— ¿De qué me hablas? ¿Quién es el anzud blanco? ¿Qué dices?*

*—Ziu... —dijo Sunnun, reuniendo fuerzas— Ahora tú eres el guardián del Pergamino... No dejes que caiga en*

*malas manos, o será el fin de nuestra raza...*

*—Pero... ¿de qué me hablas? —  
gritó Ziu, llorando, lleno de rabia e  
incomprensión.*

*—El pergamino está escondido en  
la Sala de Kurgal... Sé que tú... lo  
encontrarás —fueron las últimas  
palabras de Sunnun.*

\* \* \*

Una explosión hace volver en sí a Ziu, que sigue cruzando rápidamente las calles de Idiri. El ruido procede del centro del pueblo, dónde parece que está el origen del fuego, que se extiende

rápídamente. Tras un pequeño salto, despliega sus alas, que llegan a las fachadas de las casas a ambos lados, y atraviesa las calles que lo separan de la Plaza de Múrguba a gran velocidad.

—¡Te lo preguntaré una vez más! — grita Igigul, con una esfera negra en la zarpa— Sabemos que guardáis el dinero de la venta de excedentes en algún lugar de este maldito pueblo. Tenéis dos opciones... la primera, es que me digas dónde está. Nosotros nos los llevamos, nos vamos y vosotros seguís vivos. La segunda es que sigas sin abrir tu sucia boca... entonces quemamos el pueblo con vosotros dentro, por supuesto, y nos largamos.

Tras estas palabras arroja con fuerza la esfera negra, que entra por la ventana de una casa. Al ruido de cristales rotos lo sigue una fuerte explosión que revienta la fachada y parte del tejado de la frágil casa de madera, que se consume con rapidez. En el centro de la plaza se encuentran tres anzuds atados de manos, pies y alas, arrodillados ante Igigul.

Se trata del alcalde del pueblo y de dos de sus ayudantes. A su espalda se agolpan casi un centenar de anzuds negros. Equipados con toda clase de armas, observan la situación sonriendo con crueldad extrema.

—¡Se lo digo de verdad! —dice el alcalde de Idiri, desesperado— ¡Este

año hemos dedicado nuestros ahorros a comprar el nuevo molino! No queda nada en las arcas del pueblo. ¡Hemos modernizado los sistemas de regadío, y nos hemos gastado todo lo que teníamos! ¡Debe creerme!

El líder de la banda negra extiende el brazo y uno de sus secuaces le lanza una nueva esfera que atrapa al vuelo. La levanta, la pone delante de sus ojos, y se observa en la superficie metalizada. Tiene las plumas, el pico y las zarpas negras como el carbón. Viste una armadura ligera, con dos cintas que la cruzan en diagonal y que, igual que su cinturón, están rellenas de armas y de explosivos.

—Ahora sí que tenemos un problema... —dice Igigul— Y es que si lo que dices es cierto, te quedas sin pueblo... y si es mentira... también.

El grupo de anzuds situado detrás de los rehenes ríe ruidosamente.

—¿Sabes cuántas malditas bolas de estas tenemos? —pregunta Igigul, sin apartar la mirada de la esfera explosiva — Trescientas. Y ¿sabes cuántas tendremos, cuando nos vayamos de este pueblucho? Ninguna. Adiós, alcalde.

Sin que su rostro refleje ninguna emoción, el anzud lanza la esfera en el aire, no con fuerza, sino en una lenta parábola que tiene como destino el centro de la plaza, donde se encuentran



los tres anzuds atados y arrodillados. La bola metálica se eleva hasta el punto más alto y empieza su descenso. Y, a escasos centímetros de la cabeza del alcalde, se detiene.

—Uhm, curioso artefacto... — murmura Ziu, que ha atrapado la esfera negra en el último instante y que ahora la observa con curiosidad— Me pregunto cómo debe funcionar...

Levantando la mirada del explosivo, mira fijamente a los ojos a Igitul quien, sorprendido, todavía está tratando de comprender de dónde diablos ha salido aquel anzud. Los ojos encendidos de Ziu, igual que su aura, transmiten una mezcla de sensaciones... ninguna de

ellas buena.

—Hora de vengarse.

# 15

## Kizuru



alta mucho? —pregunta Nirgal, que ya empieza a tener las rodillas doloridas.

—¡Yeheheeeee! Yaestaaamos, casiiii —dice Paza, sin dejar de gatear por el conducto.

—¡Oh!, claro... qué novedad... ¡me estás diciendo lo mismo desde hace una hora! —se queja ella— Y ya llevamos dos gateando por este conducto tan pequeño. A ti no te preocupa, eres de piedra y menudito, no tienes problemas

para ir avanzando... pero nosotros somos de carne y hueso, ¿sabes?

—¡Ah, Nirgal! ¡Pero si esto no es nada! —relativiza Lugal, que va detrás — ¡Poco problema deberías tener tú, que eres joven! Y siempre va bien, hacer algo de ejercicio, ¿verdad? ¡Así te mantienes en forma!

—Sí, pero, papá... Si me hubieras dicho que íbamos a hacer una excursión de dos horas gateando por una gruta subterránea, ¡habría traído mis rodilleras!

—¡Jajajaa! —se ríe el rey de Kigal — ¡Si te lo digo, no vienes!

—Hombre, ahora que lo dices, quizás sí. Tienes razón... —acepta

Nirgal, pensándolo bien— Pero, en todo caso, las podrías haber traído tú, las rodilleras...

—¡Joleeeeeeeey! —grita con alegría Paza, cuando llega al final del túnel y sale al exterior, dejando ver lo que hay al otro lado— ¡Bienvenidos a Kizuruuuuuu!

Nirgal queda completamente muda, al ver la obra de arte que es Kizuru. Un arco iris en movimiento constante. La ciudad en sí está construida en el interior de Kurdu, una montaña que por fuera es como cualquier otra de las que la rodean, pero que por dentro está completamente vacía. Es la cima de la misma Kurdu la que, como si se tratara

de una cúpula, cubre y esconde la ciudad secreta de Kizuru.

Nirgal no puede evitar mirar hacia arriba, al punto más alto de la montaña, el lugar dónde la gran cúpula deja pasar la luz de los dos soles de Ki. Está hecho con un tipo de piedra especial: por un lado es transparente y deja pasar la luz y por el otro es totalmente oscuro y opaco, como una roca. De esta forma, los habitantes de Kizuru pueden ver el exterior, pero desde el exterior, nadie puede ver nada del interior. Así evitan que algún excursionista despistado, o algún anzud que sobrevuele la zona, descubra el secreto de los gnoolies.

Nirgal va bajando los ojos y se fija

en los diversos niveles existentes en la montaña, estructurados de forma más bien caótica. Cientos de escaleras conectan grutas entre sí, algunas de ellas cortísimas, formadas sólo por cuatro escalones que llevan de una entrada a otra, y otras tan largas, que van de una vertiente a la otra de la montaña. El vasto espacio está lleno de estalactitas de varias medidas, algunas gigantescas, que alojan habitaciones enteras en su interior.

Y en una de las vertientes, sobresaliendo por encima de todo, la gran catarata de Ambor, una descomunal cascada de agua limpia, pura y transparente que baja hasta el nivel

dónde se encuentra Nirgal y forma un gran lago, que se va vaciando mediante unos canales subterráneos, llevando su agua a los bosques de Oklum a través de varios riachuelos.

Pero lo que hace más mágica aún la ciudad de Kizuru y su extraordinario paisaje, son sus habitantes, los gnoolies. Miles de gnoolies, de los diecisiete colores posibles, se mueven por todas partes en el que, para ellos, es un día más de trabajo. Algunos suben y bajan escaleras, otros abren nuevas grutas, perforando la montaña con sus propias manos, y otros se limitan a pasear tranquilamente por los corredores laterales y por los puentes que los



comunican entre sí. Un caos absoluto de colores en movimiento.

—¡Madre mía! —exclama Nirgal, mirando hacia arriba— ¡Esto es espectacular! ¡Es precioso! Es tan... tan... Uhm... ¡tan!

—¿Tan? —pregunta Lugal, mientras observa sonriente a su hija, viendo que no deja de mirar arriba— Pues no te pierdas lo de abajo.

Nirgal, todavía admirada por la parte superior de Kizuru, dirige la mirada al nivel en el que están dónde, aparte del gran lago y de varias construcciones, ve que hay una gran barandilla de forma circular, que ocupa más de la mitad de la superficie. Parece

que enmarque un agujero y está situada precisamente en el centro.

Va hacia allá deprisa, para mirar con curiosidad creciente al interior. Y su asombro y admiración crecen todavía más. Y es que si la parte superior de Kizuru le ha parecido enorme, no sabría que adjetivo adjudicar a la parte inferior, ya que el agujero al que se asoma es nada más y nada menos que la prolongación, en vertical, hacia abajo, de la ciudad. Escaleras, puentes, cuerdas y plataformas de piedra se pierden en la distancia de tal forma que es incapaz de ver el fondo.

—Pero... pero, ¿qué es esto? — exclama.

—Bien, hija mía... esto es la parte inferior de Kizuru —la ilustra Lugal— Todas las ciudades gnoolies pasan por el mismo proceso de construcción. Cuando escogen una montaña, lo primero que hacen es llenarla de grutas, agujereándola por todas partes. Grutas como la que hemos utilizado para venir aquí, claro está. Cuando el agujero es suficientemente grande, buscan el centro de la montaña y la vacían desde abajo hacia arriba dejando siempre un muro de centenares de metros que la aíslen del exterior.

A medida que el pueblo crece, los gnoolies van vaciando el techo y suben a niveles superiores. Y así van haciendo

hasta que llegan a la cumbre de la montaña.

—¡Ostras! ¡Llegar a la cumbre de una montaña desde su interior! — exclama Nirgal— ¡Nunca se me hubiera ocurrido que se podía hacer una cosa así! Y entonces, si han llegado a la cumbre y el pueblo sigue creciente, ¿ellos siguen ampliando la ciudad hacia abajo? —pregunta, señalando los niveles inferiores.

—Exacto, hija mía. ¡Veo que lo has entendido perfectamente! Piensa que la parte superior de las ciudades gnoolie, es decir, lo que está a nuestro nivel en estos momentos, suele ser tan sólo un diez por ciento del total construido.

—¿Como? ¿Sólo un diez por ciento?  
¿Me estás diciendo que este agujero es  
nueve veces tan profundo como alta es  
la montaña?

—¡Exacto, hija mía! Pero, claro...  
debes pensar que Kizuru es, por decirlo  
de alguna forma, la capital. Los gnoolies  
tienen otras ciudades, pero no todas son  
tan grandes como esta.

—Y todas estas cuevas, estos  
agujeros... —dice Nirgal, señalando las  
paredes de la ciudad— ¿A dónde van a  
parar?

—A todas partes... algunos sirven  
para ir a diferentes lugares de la ciudad,  
otros, como el que nos ha llevado aquí,  
llegan hasta el bosque; incluso hay

algunos que llegan hasta las afueras de Oklum... ¡Se dice que hay algunos tan largos que te llevan hasta Kigal, o hasta Arua!

—¡Yeheheee! —ríe Paza— ¡Todas nuestras ciudaaaades, tooodas conectadas! ¡Agujeros que van a bosque, agujeros que van a mar, agujeros que van a desierto, agujeros que atraviesan Ki!

—¿Queeee? —gritan Nirgal— ¿Hay agujeros que van al Ksir? ¿Y agujeros que atraviesan el planeta entero? ¡No puede ser!

—No hagas demasiado caso de lo que diga Paza, hija mía... Los gnoolies tienen fama de ser muy mentirosos... lo

exageran todo, tanto que nunca sabes cuando te dicen la verdad y cuando se inventan las cosas.

—¡Cieeerto! ¡Agujeros que van al Risk! ¡Yeheheee! —ríe Paza, levantando sus enormes manos, contento.

—Oye... y ¿qué hacen con toda la piedra que debería haber por aquí? Habría la suficiente como para hacer una nueva montaña...

—¡Piedra buenaaaaa! —grita Paza, arrancando un trozo del suelo, como si fuera una galleta, y llevándoselo a la boca— ¡Uhm!! ¡Nyam, nyam!

—Ajá... no hace falta que digas nada papá, más claro, agua... —murmura Nirgal, mientras ve a Paza

degustar con fruición ese trozo de calle — ¡Vaya, pues ya hemos llegado! Y ¿ahora qué, papá? ¿Qué hemos venido a hacer, aquí? Porque según Paza, mi piedra está hecha desde el día que nací, y no me la darán hasta que pase las pruebas, ¿no es así?

—Sí... ¡exacto, exacto! —asiente Lugal— Tu piedra la recibirás en la Cueva del Oráculo... ¡Aquí hemos venido a buscar la piedra del cetro de tu futuro Gran Consejero!

—¡Uooooooooo, claro está! ¡La piedra de Nakki! ¡Claro está! No había caído en que él también va a tener cetro, como Sannar, o como tú. Por cierto...

Uhm... papá, ¿dónde tienes tu cetro?



—Ay, no lo sé, hija mía... Creo que en la tienda, con Knug. ¿Por qué lo dices?

—¡Pero papá! ¿No sabes que debes llevarlo siempre contigo? ¿No oyes lo que me dice siempre Nakki?

—Ay, sí, ya lo sé, hija mía, pero es que soy muy despistado, ya lo sabes... y siempre me estorba y lo dejo por todas partes...

—Madre mía, vaya rey que estás hecho... Bien, en fin... pues será cuestión de pillar la piedra e irnos, ¿no? Que ya tengo ganas de empezar mi entrenamiento.

—¿Y qué es lo que piensas que hemos venido a hacer aquí? ¿Turismo

rural? ¡Este va a ser tu lugar de entrenamiento, hija mía!

—¿Aquí voy a entrenar? —dice Nirgal, que no entiende nada— ¿Pero no acabas de decirme que hemos venido a buscar la piedra de Nakki?

—¡Claro está! Y en esto va a consistir precisamente tu entrenamiento. ¡En conseguir la piedra de tu futuro Gran Consejero!

—¿Que queeee? ¡Si, hombre! ¿Y porque no se la viene a buscar él? ¡Vaya morro! —se queja.

—¡Ja, ja, ja! —ríe su padre— Te puedo asegurar que Nakki sería perfectamente capaz de venir a buscarla... pero en estos momentos le

queda algo lejos, acercarse hasta aquí. Además, a tú te conviene entrenar a marchas forzadas, para obtener los veintiún niveles, o sea que así matamos dos pájaros de un tiro. Entrenas y así adelantamos trabajo.

—Oh, ¡tú lo ves muy simple esto! — replica la princesa.

—¡Claro que sí!

—¿Pues sabes qué te digo? —le dice ella con tono amenazador, apuntándolo con el dedo— Pues que... que... que de acuerdo, ¡que me parece bien!

—¡Yeheeeeeeeeeee! —grita Paza.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ya me imaginaba que dirías eso, hija mía!

—Bien, pues ya me dirás tú por dónde empiezo —sigue ella, impaciente.

—¡Ah! Tranquila, tranquila... antes ya te he dicho que tu entrenamiento empezaría mañana... Hoy es muy tarde y hemos hecho una larga excursión... ¡más vale que comas algo, que duermas y que recuperes fuerzas! ¡Mañana va a ser un día duro para ti!

—¡Pero si no tengo sueño! —miente ella— ¡Ni hambre!

Pero un rugido intestinal de su barriga, digno de un *tidnum*, que pueden oír los tres con toda claridad, la pone en evidencia.

—Uhm... De acuerdo, de acuerdo... —confiesa ella— Quizás sí que podré

tomar algún bocado...

Paza arranca un nuevo trozo de la tierra, que parte en dos. Con un se llena la boca y lo mastica, crujiente, y el otro se lo alarga a Nirgal.

—¡Yeheeeeeeee! —exclama,  
ofreciéndole el succulento ágape.

# 16

## Los herederos de Zapp



—Pan y circo! —dice Kurgo, mirando por la ventana— Esto es lo que debéis darle al pueblo.

—¿Pan y circo? —pregunta Usumgal, extrañado, desde su pupitre.

—Exacto... —prosigue Kurgo, alejándose ahora de la ventana— Así mantendréis tranquila la población y podréis desviar su atención de lo que no hace falta que sepan. Pan y circo.

¡Alimento y entretenimiento!

Kurgo se detiene, de pie ante sus dos únicos alumnos. Los tres se encuentran en una sala de la Torre Norte del castillo de Zapp. Usumgal y Golik, sentados en sus respectivos pupitres, escuchan la lección de su tutor.

—¡Las masas son estúpidas! La gran mayoría de súbditos carecen totalmente de ambición. Debéis procurar que tengan la barriga llena y darles espectáculo para distraerlos, ¡que no tengan motivo de descontento!

—Así puez... —pregunta Usumgal —... ¿zolo debemoz cubrir eztaz necezidadez básicas, pada que el pueblo no ze revoluzione?

—Siempre que no se vulnere la propiedad o el honor de los súbditos, estos vivirán contentos, esa es la verdad... —revela Kurgo— de tal forma que sólo deberéis combatir contra la ambición de poder de unos cuantos, que suelen ser pocos, y a los que se puede frenar fácilmente, y de muchas formas... Ya sabéis a que me refiero...

Clava su mirada en la ventana y Usumgal pasa a resumir lo dicho.

—Zi ze evita que el pueblo paze hambre, ze elimina la posibilidad de sublevaciones... y los pocoz que levanten cabeza pidiendo más pada elloz o para loz demáz... ¿qué hazemos con elloz, Kurgo? ¿Loz eliminamos? —dice



Usumgal— ¡Ajá! Azí el govednante  
ziempre zerá dezpetado, aun cuando  
dezpuéz haga lo que quieda con loz  
impueztoz... ¿Y el ejército?

—Lo que hace que el pueblo odie a  
un gobernante, es que este usurpe los  
bienes y desestructure las familias...  
¡Esto debemos evitarlo!

—El govednante debe parecerle  
bueno al pueblo, y procurar parecer  
justo, pedo dezpuéz hacer lo que  
quiere... —murmura Usumgal.

—¡Pero debemos estar muy atentos!  
—avisa Kurgo— ¡Un gobernante a quien  
el pueblo perciba como ligero,  
pusilánime o afeminado, caerá en el  
desprecio! ¡El buen gobernante debe

evitarlo, e ingeniárselas para que en todas sus acciones se aprecie grandeza, valor y fortaleza! Su sentencia debe ser irrevocable, y su opinión firme, de forma que nadie tenga el valor de engañarlo, ni de llevarle la contraria.

—Hipocresía —dice finalmente Golik, hablando por primera vez.

Kurgo detiene su monólogo, y se acerca lentamente al heredero.

—Hipocresía —repite el tutor— ¿Quizás esto supone algún problema para vos, Golik? ¿Quizás consideráis que la hipocresía es poco ética? ¿Diríais que es una cualidad despreciable, quizás?

—Lo que yo piense no tiene

importancia... —se defiende Golik, con cara de póquer— Al fin y al cabo el resumen es que ser un buen gobernante consiste en ser un gran hipócrita. Ponerle buena cara al pueblo, y después hacer lo que te da la gana. Sonrisas por delante y matar por detrás. Toda esta gran teoría que siempre nos cuentas... toda esta parrafada de ese tal...

—Maquiavelo —completa Kurgo—  
Un ziti muy inteligente, por cierto.

—Pues toda la teoría de ese tal Maquiavelo, se puede resumir en una palabra. Hipocresía. Para eso no hace falta darle tanto al pico. Podríamos estar aprovechando el tiempo haciendo otras cosas en lugar de aguantar este discurso

repetitivo.

—Golik... —dice el tutor, contrariado— Cuando vos estéis sentado en el trono... si es que alguna vez esto llega a suceder... podréis decidir en qué preferís gastar vuestro tiempo... pero mientras yo sea vuestro tutor, y Kanasul sea el señor de Zapp y amo de Ganzer, escucharéis la teoría, y os formaréis debidamente. Por tanto, os aconsejo que guardéis vuestra opinión y que tratéis de extraer algo bueno de todo lo que estoy explicando.

—De acuerdo. Tenéis razón, tutor Kurgo... me sabe mal haber hablado así... —acepta el joven Golik, bajando la cabeza, con un repentino cambio de

opinión— Quizás todavía soy demasiado joven para entender la importancia de estas lecciones... y seguramente en un futuro, si debo gobernar a los musdagurs, deberé saber como actuar en cada momento... debo asimilar todos estos conceptos hasta que formen parte de mi forma natural de actuar...

—Correcto, señor Golik... —dice sonriente Kurgo, contento de haber conseguido domar a la fiera— Ahora veo que, en el fondo, hay una parte de vos que merecería gobernar a nuestro pueblo... acepto vuestras disculpas.

—¡Ja, ja, ja! —ríe Golik de pronto, levantándose de su asiento— ¡Ni de

cachondeo! ¡Sólo estaba siendo hipócrita! ¡Ja, ja, ja! Os lo habéis tragado, ¿verdad?

Y, dándole la espalda al tutor y mofándose de él, se dirige a la salida de la sala. Kurgo, enfadado, cierra los puños y aprieta los dientes.

—¡Por cierto, Kurgo! —dice el rebelde alumno, volviéndose antes de salir de la estancia— Que lo sepas... ¡Me importa un huevo, ser el señor de Zapp!

Mientras se aleja de la sala oye como su tutor reniega de él, insultándole, cosa que sólo consigue provocarle una sonrisa de satisfacción. Le encanta poner nervioso a Kurgo.

—No sé qué gracia encuentras a hacerlo enfadar cada vez... —dice una voz que sale de la nada— Un día esto va a acabar como el rosario de la aurora.

—¡Ah! ¡Es un pobre títere, este Kurgo! —contesta Golik— Dime... ¿Traes alguna noticia, Aku?

Una parte del techo con silueta de musdagur se desplaza hasta la pared, mientras cambia de color. Rápidamente Aku logra el tono verde oscuro, propio de su raza.

—Hablo seriamente, Golik... ¡No haces nada más que ganarte a pulso la enemistad de tu futuro Consejero!

—Para que Kurgo sea mi consejero deben pasar dos cosas... —dice Golik,

sin dejar de andar— Primero, que mi padre no se lo cargue un día de estos, como hace con la mayoría de sus súbditos y, segundo, que yo supere las pruebas del Oráculo y acabe siendo el Señor de Zapp... y te puedo asegurar que esto no sucederá nunca.

—Ambos tenéis las mismas posibilidades de superar las pruebas del Oráculo, Golik. Mul brilló para los dos el día en que nacisteis.

—¡Pero yo no pienso presentarme a las pruebas del Oráculo, Aku! ¡Lo sabes perfectamente! ¡A mí me importa un bledo todo esto, y si me apuras, el hemisferio entero! Se lo puede quedar Usumgal, enterito. ¡Yo tengo mis propios



planes!

—¡Ah! Pero tú no puedes renunciar a tu destino, Golik... —insiste Aku— Los musdagurs no se lo merecen... ¡Tú vas a ser un Señor muy bueno y mucho más justo que no Usumgal!

—Aku... ¡yo no pienso gobernar! —contesta él, seguro de si mismo mientras baja las escaleras que lo conducen al recibidor del castillo— ¡Te lo he dicho mil veces! ¡El día que vayamos a la cueva del Oráculo para pasar las pruebas, desapareceré, y me escaparé con Emesid! Iremos a Ishtar, a Zink seguramente, y pondremos un negocio... un bar musical o algo similar.

—¿Todavía sigues con eso? Por

todos los Dioses, Golik... ¿no ves que Kanasul no va a dejar que te salgas con la tuya?

—¡Ah! Kanasul no debe saber nada, de todo esto. ¡Ni él ni nadie! Fingiré mi muerte, y dejaré que Usumgal gobierne. ¡Después de todo, nunca le han contado a nadie que hay dos herederos de Zapp! El día en que brilló Mul, sólo anunciaron que, efectivamente, había habido un heredero. Y siempre que hemos aparecido en público en actos oficiales, sólo ha ido uno de los dos.

—Pero sabes perfectamente que esto ha sido cosa de tu padre... Cuando nacisteis los dos a la vez, no supieron a quienes dar el título de heredero... por

esto decidieron ocultar el hecho...  
¡hasta que el mismo Oráculo decidiera!

—Sí, y precisamente gracias a que nadie sabe que somos dos, ¡yo podré desaparecer del mapa sin que nadie sospeche nada!

Los dos musdagurs atraviesan el recibidor y salen del castillo por la puerta principal.

—Golik, ¡tienes la cabeza llena de pájaros!

—Aku... no hace falta que te ralles con todo esto... Dime... ¿tienes alguna noticia nueva, o sólo has venido a recordarme que mi triste destino es ser el Señor de Zapp?

—Sí, sí... claro que hay noticias —

dice Aku, dándose por vencido—. Ha llegado Musnin.

—¿Musnin? —pregunta Golik—  
¿Quién es Musnin?

—¡Golik, por favor! Entiendo que no quieras heredar el trono, pero al menos podrías estar algo más al día de la vida en palacio, ¿no te parece? —se queja Aku— Musnin es la futura Señora de Zapp. La que se casará con el heredero.

—¡Ah! Pues perfecto, oye. ¡Que se la quede Usumgal, que yo no la quiero para nada!

—Oh, Golik, eres incorregible. Sólo ha venido a ver a Kanasul. No podrá conocer a su marido hasta el día de la boda... ya sabes como funcionan, estos

matrimonios...

—Oh, sí... sé perfectamente como funcionan, claro que sí —dice Golik, acelerando el paso—. Como una mierda, funcionan. ¡Al fin y al cabo, una hipocresía más! ¡Ah, qué mundo tan hipócrita este en el que vivimos! Bien... si me perdonas, he quedado con Emesid... a solas, ¿sabes qué quiero decir? O sea que no hace falta que me sigas... y que ni se te pase por la cabeza espiarnos con tus habilidades camaleónicas, que sabes que te detecto perfectamente.

—Sí, claro... ¡como si yo no tuviera nada más que hacer, que espiaros mientras os dais el lote! —dice

indignado Aku, empezando a desaparecer— Bien, voy a ver qué tal le va a la futura Señora de Zapp con su futuro suegro... ¡Ya te mantendré informado!

—¡Muy bien, muy bien! —responde Golik, que ha visto a Emesid al final de la calle— ¡Hala, hasta luego!

Los dos musdagurs se separan, y mientras uno se dirige al pueblo, el otro desaparece de la vista, confundiéndose con el suelo, mientras vuelve al castillo.

—Oh, parece mentira... ¡este Golik no entenderá nunca que Usumgal no puede hacerse con el trono! —se queja una voz que surge de la nada— ¿Cuándo va a crecer? ¿Irse con su querida a abrir

un bar en Zink? ¡Por el amor de todos los dioses! ¿Pero en qué piensa? ¿Y qué más? ¿Un año sabático en las islas del Ksir? ¿Unas vacaciones en el hemisferio Norte, dónde hay sol durante el día y cometas durante las noches calurosas? ¿Y qué más?

De pronto, un gran kushu cruza rápidamente la calle, casi atropellándolo. Y así hubiera sido de no haberse apartado en el último momento.

—¡Asesino! —grita una voz salida de la nada— ¡Dominguero! ¿No ves que podrías haberme matado, trozo de animal?

El conductor del kushu, extrañado al oír esos gritos, vuelve la cabeza y mira

hacia atrás, pero no ve nada más que la calle vacía. Suponiendo que todo ha sido fruto de su imaginación, vuelve a concentrarse en la conducción y se dispone a entrar el kushu al Castillo de Zapp con el máxima cuidado.

—Mierda, nunca me acuerdo de lo peligroso que es circular oculto por la calle... —murmura Aku— Un día de estos me atropellarán y voy a quedar servido...

Al ver que el kushu se detiene delante del Castillo de Zapp, Aku se fija en él con más detenimiento, y se da cuenta que lleva el símbolo distintivo de la nobleza en uno de los laterales del caparazón.



—¡Un kushu oficial! ¡Ajá! Debe transportar a Musnin... ¡la futura señora de Zapp! —piensa, mientras acelera su paso, desplazándose ahora por la pared, para evitar otro posible accidente.

Escalando la muralla del castillo, Aku accede al patio interior dónde el kushu se ha detenido y fija su aguda mirada en el símbolo, que reconoce como identificativo de los señores de Kiuden, una región de Ganzer entre el Risk y Agaam.

—Ajá, o sea que es de la noble familia de los Kiuden... Ya veo que Kanasul ha sabido arreglar muy bien el asunto...


La tienda que está instalada en el

caparazón del kushu se abre y de su interior surge una alfombra roja, que va rodando hasta la cabeza del kushu, que inclina el cuello hacia abajo, a modo de escalera o rampa, para que los pasajeros puedan bajar cómodamente. El chófer se levanta del asiento, y extiende su zarpa hacia el interior de la tienda. Zarpa que coge la única pasajera del kushu.

Lleva una túnica oficial de la familia Kiuden, verde y marrón, que viste con estilo. Con elegancia, sale del interior de la tienda, y baja del kushu, mientras observa con respeto el inmenso Castillo de Zapp. La está esperando una chica en una puerta lateral y hacia allí se dirige con unos andares suaves y sinuosos.

Tan sorprendido como ella, o quizás más aún, Aku la observa, con sus ojos salidos y el corazón latiéndole a velocidad nunca vista. Jamás había notado aquella sensación, aquellas mariposas en el estómago, aquel sudor frío y aquel calorcillo en las orejas. Jamás, hasta entonces. Y es que Aku, hasta entonces... jamás había estado enamorado.

## Próxima estación, Ki



uz, luz y más luz. De todo tipo, de todas las formas, intensidades e incluso tactos posibles. Centenares de miles de luces atravesando la nada, en un espacio sin gravedad, sin sonido, de inmensa soledad. El vacío más vacío. Parecería que se está flotando en el aire, si hubiera aire por allí. El tiempo, por el contrario, parece haberse detenido. No hay nada de nada. Ni tiempo. La extraña sensación de estar en ninguna parte y en

ningún momento les acompaña. Se encuentran fuera del tiempo y del espacio.

—Próxima parada, Ki —anuncia una voz femenina enlatada, desde el altavoz que hay en el techo de la Sala de Paso.

—Por cierto... —pregunta Nakki, boca abajo, sacando un pie por una ventana— ¿Dónde se supone que nos va a dejar, este portal?

Antes de que alguien pueda responder su pregunta las luces y el vacío desaparecen y todo reaparece. Pero un «todo» diferente de aquel de dónde han partido.

—¿Se puede saber qué carajo es esto? —grita un hombre calvo, con

camisa y corbata, poniendo el grito en el cielo— ¡Qué diablos hace un coche de la Corporación en la Sala de Paso, por el amor de los Dioses!

En un primer momento, parece que todavía estén en la Sala de Paso de Miami, pero una mirada más atenta revela que no es así. Es muy similar, con el mismo número de sillas colocadas en la misma posición en una sala de vidrio, pero no se trata de la misma, sino que tiene algunas diferencias significativas. Entre estas, el número de personas. En la Sala de Paso de la Tierra había sólo un kiita, aparte de los tres tripulantes del coche, y ahora son quince los kiitas sentados en las sillas, algunos de ellos

atropellados directamente por el Mercedes que acaba de llegar.

También hay equipaje por en medio. Maletas, baúles y alguna caja llena de lo que parece una especie de porexpan, caja que, por cierto, ha reventado con el impacto y ha creado un verdadero alud de pequeñas bolitas blancas por toda la sala.

—¡Rápido, rápido! ¡Ayudad a los que han quedado bajo el coche! ¡Controlad que nadie haya quedado herido! —grita el calvo— ¡Y recoged las bolitas antes de que sea demasiado tarde!

En cuestión de segundos, la Sala de Paso se ve invadida por un grupo de

kiitas que ayudan a incorporarse todo el mundo y que comprueban los daños.

—Yo diría que la hemos liado bien, chicos — considera Zidari, mientras se desabrocha el cinturón y abre la puerta — Perdonad el ajetreo, pero era vital que cruzáramos.

—¿Zidari? Pero ¿se puede saber qué carajo has hecho ahora? ¿No te das cuenta de que podías haber matado a alguien?

—¡Suldur! —se sorprende el chófer al verle— ¡Ostras! Si el responsable de esta Sala de Paso eres tú, quiere decir que estamos en...

—¡Limmua, en Zag! —completa Nakki, saliendo, esposado, por una



ventana de la que no queda prácticamente ni rastro— ¡Oh! ¡Como echaba de menos mis habilidades kiitas! Es tan práctico, saber dónde eres en todo momento...

—¿¡Nakki!?! —pregunta una voz a su espalda— ¿Qué redipablos jaces, tú, aquí?

—¿¡Sannar!?! —responde él, reconociendo al instante esta forma de hablar que tan bien conoce, y volviéndose con rapidez— Sannar, ¿qué haces aquí?

Sannar es una chica de apariencia joven y guapa, pese a que, en realidad, tiene más de trescientos años. Su cuerpo es atlético, fibrado y bien formado, y sus

voluptuosas curvas son la envidia de muchas zitis mucho más jóvenes y el deseo de una buena pandilla de los chicos que se la encuentran.

Rubia, con el cabello largo y liso y ojos verdes, grandes y expresivos, que desarman a cualquier ziti sólo con la mirada. Viste una sugerente túnica en versión corta y una diadema en vez del sombrero oficial de Consejero, que siempre se ha negado a llevar. Aun cuando la primera impresión que produce es de infarto, el encanto sueles disolverse como azúcar en agua cuando abre la boca.

—¿Yo? —dice la Gran Consejera—  
¡Oskia! ¡Pues mira, vengo de la Tierra,

collondres! Estaba haciendo los jósitos preparativos por el viaje de jubilación del Rey Lugal. ¿No te han informado? ¡Pandilla de fulleros redomados! ¡¡Tontilonos cabezahueca!! ¡Oskia tupa! Pero tú... ¿de dónde vienes? ¿Qué hacías en la Tierra? ¿No deberías estar entrenando a Nirgal?

—Ups... Sospecho que al fin y al cabo es todo culpa mía, consejera... — dice Galam, tratando de salir del coche por la ventana sin demasiado éxito, aunque ha conseguido sacar los restos del alterador desmontado, que caen al suelo, volviendo a desmenuzarse.

—¿Galam? —exclaman Sannar y Suldur, a la vez.

—Que alguien ayude a salir a este chico, por favor... —añade él.

—Sannar, hemos tenido un pequeño problema con un portal, y nos hemos visto transportados a la Tierra sin tenerlo programado... —dice Nakki, mientras clava una mirada asesina en Galam— Durante nuestra estancia a la Tierra, nos han dicho que Lugal y Nirgal han desaparecido, ¿sabes algo de esto?

—Pero si yo acabo de llegar ahorita, ¡a mí qué me cuentas, cuate! —masculla ella, mientras sale de la Sala de Paso— ¿No ves que estoy absolutamente desinformada? ¡Carajo! ¡Y qué collondres quieres decir, con esto que ha desaparecido! ¡Rey juadado! ¡Mil rayos!

¡Me gode siempre la vida imposible!  
¡Ay, ostras! A ver si me puedo  
comunicar...

Tanto ella como Nakki se concentran  
buscando la esencia del rey y de la  
heredera, sin éxito.

—¡Ay, recollondres! —sigue  
maldiciendo Sannar— ¿Donde caramba  
se han ido a meter, ese par de chorlitos?  
¡Capsigranys cuquiiformes!

—Debemos ir a Zink rápidamente —  
dice Nakki mientras le sacan las esposas  
—. Si Lugal y Nirgal no están, y tú estás  
aquí, en el Castillo de Sata se produce  
un vacío de pode, en caso de que pase  
algo. Vamos allá, y por el camino  
estableceremos un plan de acción.

—*¡Nakki!* —grita una transmisión telepática que casi lo deja sordo.

—*Kuzu, te recibo, ¡adelante!* — contesta él.

—*Nakki, ¿dónde estás? ¡Llevo algunos días tratando de localizarte!*

—*Bueno... dijéramos que he tenido un pequeño problema técnico. Estaba en la Tierra. Dime, ¿qué pasa?* — pregunta Nakki, extrañado al oír al rey de los kuzubis con un ligero tono de alteración en su voz telepática.

—*¿Cómo que qué pasa? ¿No lo sabes? ¡Hace casi tres días que se ha puesto en marcha el protocolo 108/3!*

—*¿El protocolo 108/3!? Pero si Mul no...* —pero a media frase se da

cuenta de que ha estado fuera de Ki casi una semana, y que desde la Tierra no ha podido ver como el satélite del planeta se iluminaba— ¡Mierda! ¿Tres días? ¡Esto nos sólo deja treinta y seis horas para actuar!

—*Treinta, en realidad. ¡Ven inmediatamente a Shapla!*

—*¿Tienes a Ziu y Animur?*

—*Afirmativo. Se están dirigiendo hacia aquí directamente y sin ninguna demora. Ninguno de ellos tiene un rumbo que pase por Limmua* —dice el engañado rey de los kuzubis.

—*De acuerdo, me dirijo inmediatamente a Shapla. Hasta ahora*  
—concluye Nakki, cortando la

transmisión, ya libre de las dichas esposas—. ¡Recórcholis! ¿Va a suceder todo la misma semana? ¿No podía haber escogido otro momento para jubilarse, este rey nuestro?

—Y ahora que diantre pasa, ¿por todos los diablos del Risk? —pregunta Sannar.

—¡Debo ir hacia Shapla inmediatamente, Sannar! —anuncia Nakki— Hace ya tres días que se ha activado el protocolo 108/3.

—¿El protocolo 108/3? ¿Estás de broma? Pero si Mul no... ¡Oh! ¡Merta! ¡Collondres! ¡Rellamps! ¡Glutuls podridos! Muy bien, muy bien... Vete a Shapla. Yo, acompañaré a Galam a Zink



y trataré de localizar al rey Lugal y a la princesa Nirgal. Hay una estación de kushus al Norte de la ciudad, desde allí te podrás dirigir a Shapla por mar, y nosotros a Zink por tierra. Seguramente será la forma más jodidamente rápida de que llegues, Nakki.

—Correcto, confirmo tu plan de acción. ¡Manos a la obra, Galam! —dice cogiendo por la túnica y arrastrando al despistado sabio al que todavía estaban sacando las esposas.

—¡Espera, que recojo los trozos de alterador, que todavía lo puedo arreglar! —dice él recogiendo las pocas piezas que quedan.

Y tan bruscamente cómo han

aparecido, se largan de los despachos de Limmua de la Corporación Kadingir, dejando a todos los trabajadores con cara de no haber entendido nada de lo que ha pasado en los últimos minutos.

—Bien, Zidari... —dice Suldur, cruzado de brazos— Creo que nos debes una explicación... y que deberás rellenar bastante papeleo.

—¡Ah, amigo Suldur! —dice Zidari, sentado en el techo del coche, bebiendo de una petaca que ha sacado del interior del uniforme— Tengo todo el tiempo que quieras... creo que va a llover un montón hasta que vuelva a dejar reposar mi culo en la Tierra... sobretodo después de como he dejado su culo al

capitán Saggin...

Fuera del edificio de la Corporación, Nakki, Sannar y Galam se dirigen hacia la estación de kushus a marchas forzadas.

—¡Malditos kimpals de Kolik!  
¡Argh! ¡Así no se puede trabajar! ¡Todas las urgencias vienen a un tiempo!  
¡Okulos rekastrofilos!

—Por cierto, Sannar... —dice Galam— Ahora que Nakki pasará a ser Gran Consejero... ¿qué harás, tú?

—¡Mecano en los rekolikos de los fullastricos! ¡Vacaciones, Galam!  
¡Vacaciones! ¡Estoy hasta las mismísimas narices de los pims! ¡Todo es estrés y nervios! ¡Pienso irme a

Akum, a disfrutar de las terapias  
termales una buena temporada!

—¡Ah! ¿Terapias termales? ¡Suena  
muy bien! ¿Dónde?

—¡Rediablos, Galam! —dice  
Sannar, sin dejar de correr— ¿No has  
oído nunca hablar de Akum? Es una  
parte del Ksir central, dónde hay unos  
baños termales magníficos. Además,  
tienen unas zonas de agua con *spas*,  
hidromasaje y todo tipo de tratamientos.  
¡Incluso hacen vinoterapia y  
chocolataterapia! ¡Por todos los pukats  
redomados!

—¡Ostras, ostras! —dice Galam,  
sorprendido— Esto está muy, pero que  
muy bien, ¿no? Nakki, ¿porque no nos

vamos a la isla de Akum, algún día? Podríamos ir por celebrar la proclamación de Nirgal... ¿Qué te parece la idea?

—¡Magnífico! Venga, Nakki, ¿no te animarías? — propone, animada, Sannar.

—Por el momento preocupémonos de encontrarla, a Nirgal... ¡y de entrenarla para que supere las pruebas! Y de salvar a todos los kiitas del desastre que se está cocinando.

—¡Oh, siempre poniendo pegas! — se queja Galam— ¡Pues iré durante mis vacaciones! ¡Sí, sí! `¡Lo dicho! Cuando me toquen vacaciones... Uhm... Un momento, ahora que pienso en ello...

exactamente ¿cuando tengo vacaciones?  
Y ahora que lo digo... no recuerdo haber tenido nunca, ¿no es cierto?

—Hace casi quince años que trabajas en palacio, ¿y ahora te das cuenta de que no has hecho nunca vacaciones? —pregunta Nakki, ya curado de espantos— ¡Nunca las has pedido! ¡Siempre has estado liado en algún que otro invento!

—¡Oh! Pues... pues... ¡pues las reclamo ahora! ¡Sí, sí! ¡Exacto! ¡Todas ellas! A ver... son quince años, por lo tanto me tocan quince meses, que serían... ¡un año y tres meses!

De pronto, una sombra negra cruza el cielo de Limmua a gran velocidad. A

ojos de la mayoría de los zitis tan sólo parecería una especie de mancha borrosa. Pero este no es el caso de los presentes.

—¡Ziu! —grita Nakki, que la ha percibido y la ha reconocido con sus ojos expertos.

—¡Oskia, recot! ¡Ziu! —reniega Sannar, que la ha percibido con la misma facilidad que Nakki.

—¡Eh? —exclama Galam que, como de costumbre, no está por la labor.

—¡Ziu! ¡Soy Nakki! —transmite éste mentalmente— ¡*Detente, estoy en Limmua!*

—¡Nakki? —transmite el anzud que, con una ligera inclinación de sus

hombros inicia una maniobra para cambiar de sentido— *¿Qué haces en Limmua?*

—*¿Yo? ¿Y tú? ¡Kuzu me ha dicho que te dirigías a Shapla y que no pasabas por aquí!*

—*Sí, bien... —transmite el anzud, volviendo hacia Limmua— He debido hacer una parada... Uhm... técnica... de fuerza mayor.*

Los tres vuelven a ver como una mancha negra en el cielo de Limmua se va acercando. Se agranda con rapidez, hasta que pueden percibir con claridad la inconfundible silueta alada del anzud.

—*¡Ostras, un anzud! —dice Galam contento, señalando a Ziu, como si en*



ese preciso instante hubiera descubierto su presencia— ¡Mirad, mirad!

Los demás optan por no hacer ningún comentario. Ziu, en lugar de reducir la velocidad a la que se desplaza, pliega sus alas y se deja caer en picado hasta el lugar dónde las tres figuras lo aguardan.

—¡Ahhh! ¡Que se caeeee! —grita Galam, lanzando el alterador, que se desmenuza otro poquito, cubriéndose la cabeza con los brazos y agachándose, como si esta sutil maniobra sirviera de algo.


A pocos metros de su llegada, el anzud despliega sus alas, que actúan de paracaídas y, con una doble voltereta en el aire, aterriza olímpicamente,

hundiendo sus zarpas en el suelo.

—¡Ei, Nakki! —dice Ziu, como quien no quiere la cosa— ¡Cuanto tiempo sin vernos! ¿Te llevo a alguna parte?

# 18

## Protocolo 108/3, segunda fase

 hora sí! —dice Animur, cargado al máximo con bolsos del Kaprawo, una famosa cadena de supermercados kiita — ¡Ya tengo suficiente comida para la segunda parte del viaje!

De un salto se planta encima de Zidusa, que estaba durmiendo junto al muelle en el puerto de kushus de Egal. Éste abre los ojos sin prisa, para irlos acostumbrando a la luz de los dos soles

y saca la cabeza para echar una ojeada al exterior. Las calles están atestadas de turistas.

Esta ciudad, pionera en el turismo kiita durante las últimas décadas, se ha convertido en uno de los destinos turísticos más importantes. Aún así, mantiene su identidad cultural y sus tradiciones, que se mantienen inmutables al paso del tiempo. Ofrece unas excelentes playas rocosas, de arena granulada, en las que se pueden encontrar las zonas más paradisíacas y únicas de toda la costa del Noroeste de Zag.

Con una gran oferta hotelera, cultural y de ocio, Egal ofrece a sus habitantes y

a los visitantes en general un paraíso de sensaciones, emociones y entretenimiento. Actividades como el *trekking*, la bicicleta de montaña, el submarinismo o el piragüismo de mar forman parte de la oferta lúdica. Aparte de las playas, destaca también su rico patrimonio cultural y natural: restos de poblados prehistóricos, castillos de épocas remotas y pequeños templos, son testigo de los orígenes de la villa y del paso del tiempo.

Aun cuando la actividad económica se ha basado históricamente en la pesca, la agricultura y, en menor grado, la industria de la lana de Glimp, en la actualidad el principal motor es el

turismo.

—¡Muy bien, Zidusa! —dice Animur, entrando en la tienda instalada en el caparazón— Vamos hacia Shapla, ¿de acuerdo? Llegamos ya con suficiente retraso y sospecho que dentro de poco Kuzu nos localizará para abuchearnos...

Sólo con estas palabras, Animur, con una habilidad sensorial de nivel 10, consigue que su kushu saque las aletas lentamente, como si fueran remos, y que gire despacio sobre su propio eje, para enfocar el rumbo adecuado. Cuando está correctamente encarado, sin prisa pero sin pausa y suavemente, empieza a impulsarse, pasando entre otros kushus que duermen tranquilamente, para

dirigirse a la salida del puerto de kushus.

El interior de la tienda de Zidusa es diferente, mucho más simple que la de Knug. Un sofá grande y cómodo atornillado en medio del aposento, recubierto de pieles y mantas, con un montón de cojines, domina el espacio. Detrás del respaldo, un baúl de grandes dimensiones, tan largo como el sofá, también atornillado al caparazón. Animur lo abre y observa distraídamente su interior.

Lo que ve podría dar un nuevo sentido a la palabra «caótico». El desorden es tan exagerado que es casi imposible saber qué contiene, aunque la

gran mayoría de cosas que se pueden encontrar allí tienen algo que ver con armas y alimentos. Animur echa dentro las bolsas con todo el que acaba de comprar, tan delicadamente que éstas se vuelcan y todo su contenido se desperdiga por la gran caja, aumentando aún más el desorden. Para rematar su obra, el tidnum coge las bolsas por la parte de abajo, y termina de vaciarlas una a una, sin ningún cuidado, dentro del baúl, mientras repasa su contenido.

Cuando está haciéndolo con la tercera, la expresión de concentrado de su cara cambia, al ver que de su interior sale un gran paquete blanco, envuelto en papel grueso.



—¡Ajá! ¡Aquí está! —dice, atrapando su presa y desenvolviendo un gran muslo de migir.

El migir es un animal de altura mediana, con una cabeza gorda y alargada y unos ojos muy pequeños. Tiene un cuello grueso y las patas son muy cortas, las de delante más largas que las de detrás. Su piel es gruesa, con pelos largos y duros, y tiene una contundente capa de grasa subcutánea. Se adapta a todos los climas, desde los subárticos a los tropicales y por esto es fácil encontrarlo como animal de granja en lugares tan diversos como Kurgal o Glik.

Tirando el papel que lo envolvía

dentro del baúl, Animur completa su menú cogiendo una garrafa de licor de Kilmet. Pegando un gran mordisco al muslo indefenso, da la vuelta al sofá, y se deja caer en él pesadamente.

—¡¡Ohhhhhh, esto es vida!! — exclama, mirando el mar por la puerta abierta de la tienda.

Tranquilo y relajado, levanta la garrafa y pega un trago largo y profundo.

—¡ANIMUR! —transmite casi gritando Kuzu— *¿Se puede saber dónde te has metido?*

Una lluvia de licor de Kilmet y saliva se esparce por el interior de la tienda, mientras Animur tose con violencia, tratando de no morir

atragantado por el susto.

—*¡Eh! ¡Ah! ¡Cof, cof! Bien, sí... ¡estoy llegando, estoy llegando! ¡No creo que tarde ya demasiado!*

—*¿No debías contactar conmigo cuando llegaras al puerto de kushus de Musgal? ¡Estoy percibiendo que te encuentras a pocos kilómetros de Egal!*

—Sí, bueno... al final he debido hacer una parada técnica, ¿sabes? Para adquirir suministros, hacer pipí y esas cosas... —responde el rey de los tidnums hablando en voz alta.

—*No hace falta que hables, para mantener una conversación telepática, Animur... Te lo he dicho un montón de veces. Bien, en todo caso, ya he*

*localizado Nakki. En estos momentos se dirige hacia Shapla. ¡Más vale que ya estés aquí cuando llegue!*

*—¡Ahh! Ningún problema, Kuzu... Voy a bordo de Zidusa, ¡el kushu más rápido de Ki! ¡Estaremos aquí en un santiamén!*

*—Así lo espero. ¡Y no vuelvas a darme esquinazo! —concluye Kuzu, cortando la transmisión.*

Una vez más, se concentra y busca una nueva esencia. Aunque no tarda demasiado en encontrarla, en un principio duda, ya que no la localiza dónde pensaba que debería estar.

*—Ziu, ¿me recibes? —transmite.*

*—¡Alto y claro! —dice el anzud,*

batiendo sus alas con fuerza para acelerar su vuelo.

—*Me equivoco... ¿o realmente estoy percibiendo tu esencia a diez kilómetros de Limmua?*

—*Sí. Bien... Al final he debido hacer una parada técnica, ¿sabes? Para adquirir suministros, hacer pipí y recoger a Nakki.*

—*Saludos de nuevo, Kuzu — transmite Nakki, desde su duggan.*

El duggan es una especie de saco de dormir con correas repartidas por toda su superficie, que se atan al cuerpo de un anzud, para que pueda transportar un pasajero, dejándole los brazos libres.

—*¿Nakki? ¿Qué haces con Ziu?*

*¿No estabas viniendo en kushu?*

*—Sí. Pero considerando que nos hemos cruzado con Ziu, y que él es una forma muy rápida, aunque menos cómoda, de llegar a Shapla, hemos reconsiderado la posibilidad de cambiar el plan establecido.*

*—Oh, de acuerdo... no importa... Lo que vale es que los tres estáis viniendo y que, si no hay ningún imprevisto, llegaréis a tiempo. No volváis a despistaros, olvidad las paradas técnicas, los pipís y no aterricéis en ninguna parte que no sea Shapla, ¿entendido?*

*—Afirmativo, Kuzu. Por cierto, he tratado en más de una ocasión de*

*comunicarme con el rey Lugal y la princesa Nirgal sin éxito. Agradecería tu colaboración en su búsqueda, pues con tu nivel de habilidad de eje mental puedes cubrir más área que yo mismo.*

*—De acuerdo, Nakki. Trataré yo también de localizarlos y te mantendré informado.*

*—Agradezco el gesto. Nos vemos en la Torre del Origen —dice Nakki, cortando la transmisión.*

Kuzu vuelve en sí, saliendo de su estado de tránsito.

*—Saludos, Kuzu —transmite Murku, desde la terraza de la Torre del Origen.*

*—Saludos, Murku... —responde Kuzu— Ya he contactado con los*

*demás. Se dirigen hacia aquí sin demora. ¿Van bien los preparativos?*

*—Afirmativo. Aquí todo está preparado para la ceremonia.*

*—Perfecto. No te muevas de aquí y haz guardia hasta que lleguen nuestros invitados.*

*—De acuerdo, Kuzu. Hasta pronto*  
*—asiente Murku, cortando la conexión.*

Una vez más, Kuzu se concentra en captar una nueva esencia. La del rey Lugal. Pero pocos segundos le bastan para darse cuenta de que no puede encontrarlo. Cambiando los parámetros busca ahora a la princesa Nirgal. El resultado también es negativo.

*—Nakki, ¿me recibes? —transmite*



de nuevo el rey Kuzu.

—*Adelante.*

—*No puedo localizar ni al Rey Lugal ni a la princesa. Deduzco que se encuentran bajo tierra o en alguna de las zonas oscuras.*

—*De acuerdo, Kuzu. Gracias por la información* —dice Nakki, contrariado—. *Propongo que, una vez demos por acabado el Protocolo 108/3, si todavía no han dado señales de vida, efectuemos una Búsqueda Masiva de urgencia.*

Durante unos segundos, no hay respuesta.

—*De acuerdo, acepto la petición* —dice finalmente Kuzu.

—*Kuzu... si tras el protocolo 108/3 yo no siguiera vivo, encárgate de la Busca Masiva y cuando los hayáis localizado, informad a Sannar, por favor.*

—*Que así sea* —dice el rey kuzubi, cortando la conexión.

Agotado por todas las transmisiones a larga distancia que ha debido realizar en poco tiempo, Kuzu sale del estado de tránsito y abre los ojos. La vista de la ciudad que tiene desde donde está sentado es espectacular.

Las estructuras de las casas y de las edificaciones que forman las torres las hacen altas y esbeltas, con varios niveles formados por plataformas, que

vuelven a dar pie a nuevas construcciones. Estas plataformas, de forma circular o elíptica, en varias posiciones, algunas concéntricas, y otras desfasadas hacia uno de los laterales, y los mismos túneles que las conectan y actúan de puente por dónde circulan de una a otra sus habitantes, conforman la espectacular ciudad de Shapla.


El suelo es un gran vergel con canales de agua que desembocan en el Ksir; las casas, las tiendas, los diversos equipamientos y servicios están siempre en alguno de los niveles de las altas torres, las únicas con base en el suelo. Kuzu mira nostálgico su ciudad. La que lo vio nacer, crecer y ser coronado.

Cuánta historia está escrita en las torres de Shapla... Momentos de esplendor, momentos malos, épocas doradas, años oscuros y negros... Pero siempre han podido salir adelante.

De todos los recuerdos y de todas las crisis por las que ha pasado, la que más pesadillas le provoca, la que jamás olvidará, la que todavía le produce escalofríos al oír su nombre... es, sin el menor asomo de duda, la Pandemia.

# 19

## La pandemia

odo empezó una fatídica noche de invierno, veinticinco años atrás. El cielo era claro y sereno, podían verse con claridad miles de estrellas en el firmamento y en la terraza de la Torre de los Conceptos se había montado un taller de observación de cometas para kuzubis de nivel básico.

—¿Veis todos estos cometas? — preguntó Kunun, pregunta a la que los pequeños contestaron afirmativamente—

Hay millares, ¿verdad? Bien... Pues cada uno de estos pequeños puntos brillantes es un sol. Un sol como Utu o Kili.

Los alumnos escuchaban atentamente mientras miraban el cielo, embobados.

—De hecho, nuestros dos soles son estrellas, como cualquiera de las que podéis ver desde aquí. Nuestro sistema solar forma parte de Ukkinun, nuestra galaxia. Nosotros estamos a treinta mil años luz de su centro.

—¿Qué quiere decir años luz profesor Kunun? — preguntó uno de los pequeños kuzubis.

—Buena pregunta, Kuzu... Veréis... si construyéramos un cohete tan rápido

que fuera a la velocidad de la luz y lo mandáramos al centro de la galaxia, ¿tardaría treinta mil años en llegar!

—¡Ooooh! Entonces nuestra galaxia debe ser muy, pero que muy grande, ¿no? ¡Y debe de haber muchos soles y muchas estrellas!

—Claro que sí... tened presente que aunque aquí y ahora sólo vemos unos pocos millares, en nuestra galaxia hay más de cien billones de estrellas.

Los pequeños no pudieron esconder un gesto de sorpresa al oírlo.

—¡Ah, pero esto no es todo! —dijo Kunun, esperando sorprender todavía más a los pequeños— ¡Nuestra galaxia es tan sólo una entre los millones de

billones que hay en nuestro fantástico y siempre creciente universo!

—¿Siempre creciente? —preguntó de nuevo Kuzu, el heredero del trono— ¿A que se refiere, profesor?

—Pues a que el universo no deja de crecer, de expandirse, en todas direcciones —dijo Kunun, levantando las manos—. ¡Y a la velocidad de la luz, nada más y nada menos! ¡A trescientos mil kilómetros por segundo!

Los pequeños alumnos estaban apabullados con cifras tan inmensas.

—¿Ki tan sólo es uno de los siete planetas de nuestro sistema solar, que es uno de los cien billones de sistemas solares, que forman parte de una de las



millones de billones de galaxias que hay en un universo que crece a trescientos mil kilómetros por segundo?

—Efectivamente, Kuzu... —afirmó el profesor Kunun— Efectivamente.

—Bien... Esto me hace sentir bastante... —confesó el pequeño kuzubi.

—Claro, claro... es perfectamente normal sentir esta sensación, la primera vez que oyes hablar de ello. Pero créeme... ¡se te pasará! Seguro... Pero si te interesa la astronomía, estás de suerte... porque es una de las ciencias más interesantes que existen... Puedes estar estudiándola toda la vida y nunca puedes decir que ya lo sabes todo... siempre habrá algún fenómeno nuevo y

extraño, que te cogerá por sorpre...

Antes de terminar la frase, el profesor quedó en silencio, como sus alumnos, los habitantes de Shapla y seguramente el resto de los habitantes del planeta Ki, debido a una sobrecarga terrible en el plano sensorial.

El cielo tomó un tono verdoso subido gracias a Mul, que ahora brillaba intensamente, de forma extraña. Su superficie era de un morado eléctrico y su contorno de un verde intenso.

—Profesor Kunun, ¿qué le pasa a Mul? —preguntó uno de los pequeños kuzubis.

—Tal y como os acabo de contar... siempre puede haber algún fenómeno

nuevo y extraño, que nos puede coger por sorpresa. No tengo ni idea.

Durante unos días, toda la comunidad de científicos, de diversos puntos de Ki, estuvieron estudiando el fenómeno. Hasta entonces, tan sólo habían visto brillar Mul por el nacimiento de herederos o herederas y en el momento en que estos superaban las pruebas. Y, en todo caso, nunca tenía dos colores, como en esta ocasión.

En un principio, espías de todas las regiones de Ki estuvieron investigando en los otros reinos, por si había nacido algún heredero y no había sido anunciado. Quizás los dos colores sólo significaban que su piedra de poder

sería también bicolor. Pero un comunicado de los gnoolies hizo saber que ellos no habían preparando ninguna piedra y que todos los herederos estaban identificados.

Pasaron los días, y al no haber sacado nada en claro, el asunto fue perdiendo importancia. Los líderes de Ki perdieron interés en el tema, y poco a poco fueron dando más importancia a otros asuntos del día a día. Y entonces empezó la pandemia.

Inicialmente, los síntomas parecían los de un gig común; una enfermedad infecciosa de origen vírico, contagiosa y epidémica. Fiebre, dolor de cabeza, tos seca, irritación de ojos... Parecía una

epidemia típica, de las que hay puntualmente. El gíg se transmite y se contagia fácilmente, por las gotas de saliva de los estornudos, incluso por el propio aliento. Y, debido a lo simple de su tratamiento farmacológico, no se le dio importancia.

Pero a medida que pasaban los días, la situación empeoraba. La enfermedad, que solía durar una semana en circunstancias normales, no tan sólo no desaparecía pasado este período, sino que sus síntomas no remitían: cansancio, dolor de garganta, congestión, sensación de frío e incluso dolor por todo el cuerpo.

Al ver que el tratamiento

correspondiente no producía ningún efecto, el Ministerio de Sanidad kuzubi se puso a investigar el virus, para comprobar si se trataba de una nueva mutación a la que debieran aplicar una vacuna alterada. Pero cuál fue su sorpresa al ver que aquel era un virus completamente diferente, que no tenía nada que ver con el del gig común.

Se trataba de una entidad biológica organizada con material genético. El nuevo virus, infectaba al organismo kuzubi, utilizando para replicarse las propias células de éste. Dedujeron que era un parásito intracelular, que sólo podía reproducirse invadiendo las células de otros organismos, ya que no

disponía de órganos propios para su reproducción. A medida que pasaban los días, la extraña enfermedad se había desperdigado no tan sólo por Shapla, sino por toda la región de Zag, a la que se puso en cuarentena.

Pero no tardaron demasiado en ver que estaban equivocados. El extraño virus se había desperdigado, en realidad, por todos los rincones del planeta. En un principio se había pensado que afectaba sólo a la región de los kuzubis, porque éstos eran solamente los enfermos.

Se dedujo al fin que el extraño virus sólo afectaba a esta raza, ya que los que se encontraban en otras partes del

planeta, aunque no hubieran tenido ningún contacto con la región de Zag, también enfermaban. Pero lo peor estaba por llegar. Los síntomas se iban agravando por momentos: vómitos y fiebres altísimas, seguidos de procesos de deshidratación.

Y, al fin, llegó la primera muerte.

Un hospital de la isla de Illuru fue el primero en informar que un anciano kuzubi había muerto, tras estar veinte días sufriendo los síntomas del virus que bautizaron como Murgig. Y aquel muerto fue el primero de una larga lista, que crecía semana tras semana, día tras día, hora tras hora.

En tan sólo dos semanas, había



muerto el diez por ciento de la población kuzubi de Ki y, en un mes, la cifra había subido hasta el veinticinco por ciento. Prácticamente no quedaba ya ningún kuzubi que no estuviera en alguna de las etapas de la enfermedad. Para tratar de avanzar con más rapidez sus investigaciones, los científicos de cualquier parte del planeta que estaban investigando el virus se instalaron en un laboratorio que se facilitó en la Torre Médica de Shapla.

Allí podían contar con el material de investigación médica más sofisticado, así como con tecnología de última generación, lo cual, junto con el trabajo en equipo con los demás científicos,

parecía pronosticar mejores resultados.

—*Acaban de llegar las últimas listas, majestad...* —transmite Baraka— *Se han detectado ochocientos nuevos casos en las últimas veinticuatro horas, y se han producido...*

—*Trescientas tres muertes...* — acaba la frase la reina Sabar— *Lo sabía... las he percibido. Todas y cada una de ellas. Tal y como vengo haciendo las últimas semanas con todas las que se producen.*

La reina de los kuzubis estaba sentada en posición de flor de loto en la Sala Circular de la Torre del Origen mientras recibía la información de Baraka, su consejera, desde la Torre

Médica. No se había movido de allí desde el momento en que se produjo la primera muerte.

Desde aquel punto estaba en contacto con todo el mundo, centralizaba toda la información, tomaba decisiones y ayudaba a los científicos en lo que hiciera falta. Pero la última semana sus fuerzas habían decaído, porque ella también se había visto afectada por el virus.

—*Baraka, ¿hay alguna novedad con respecto al posible antídoto?* — pregunta la reina.

—*No, majestad. Los científicos están trabajando tan rápidamente cómo pueden, pero los resultados no*

*son suficientemente claros* —contesta la consejera.

—*De acuerdo. Infórmame de cualquier novedad que se produzca* —dice antes de cortar la conexión.

Baraka salió del estado de tránsito, para volver a la febril actividad del gran laboratorio de la Torre Médica. Científicos de todas las razas trabajaban allí concentrados; algunos analizando muestras, otros interpretando resultados, haciendo reuniones de grupo, comparando datos y contrastando hipótesis. No recordaba nunca haber visto tanta colaboración internacional.

—¡Oye, Baraka! ¿Como te encuentras? —pregunta el coordinador

del equipo de científicos.

—No muy bien, la verdad, Sumur...

—confiesa la kuzubi— Aunque los síntomas no parecen haber progresado, todavía tengo dolor de cabeza, sudor frío y malestar general. Y apenas estoy en mi sexto día... y, ¿como van vuestras investigaciones? ¿Alguna novedad?

—Sí... Sabemos más cosas del virus. Hemos podido aislarlo y analizarlo y creemos que viene del exterior.

—¿Del exterior? ¿De la Tierra, quizás?

—Negativo —dice el ziti— Este maldito virus no sabemos de dónde ha salido, pero, sea lo que sea, no responde

a ninguna de las vacunas ni antídotos que acostumbramos a utilizar, ni en Ki ni en la Tierra. Es completamente nuevo... Una clase de evolución en su clase.

—Así pues, ¿creéis que viene del exterior? ¿Quieres decir que hemos tenido contacto con vida extraterrestre y que nos puede haber dejado este regalo? Pero, ¿como? ¿quien?

—Para que un virus llegue a nuestro planeta, no hace falta que venga alguien a transmitirlo. Puede venir por si solo, Baraka. Hay varias posibilidades. Puede haber viajado en la estela de un meteorito que haya pasado cerca o formando parte de una nube de partículas que coincida con nuestra

órbita.

—O sea que, por lo que me estás diciendo, un virus mortal que viajaba por el espacio ha tropezado con nuestro planeta, ¿y ni tan siquiera nos hemos dado cuenta?

—Sí que nos dimos cuenta... o tuvimos un aviso, pero no sabíamos qué se trataba de eso. Observa esto... — responde él mientras teclea unos datos en el ordenador— ¿Recuerdas que hace dos semanas Mul se iluminó?

—Claro que sí. Brilló de forma muy extraña. Su centro era azul y su contorno verde. Lo recuerdo perfectamente.

—Hemos introducido los datos en el ordenador, para que pudiera hacer una

simulación —dice volviendo la pantalla hacia la kuzubi—. ¿Qué pasaría si una nube formada por millones de estos parásitos intracelulares atravesara Mul?

Poco a poco, el rostro de Baraka cambia por completo, a medida que ve la simulación virtual, en la que una nube de partículas microscópicas atraviesa Mul y el satélite cambia de color, tal y como lo hizo aquella noche, varias semanas atrás.

—Debido a la temperatura y a los gases que tiene la termosfera de Mul, esta se tiñe de verde mientras la nube la está atravesando —explica Sumur—. Y en el momento en que llega a la estratosfera, que tiene unas condiciones



climatológicas y gaseosas distintas, la luz que rebota en la nube hace que esta parezca teñirse de morado.

—¿O sea que no fue Mul quien cambió de color, sino que cuando esta nube de micropartículas lo atravesó, la luz de Utu, que lo iluminaba, combinada con sus propias capas de atmósfera, rebotó en la propia nube?

—Efectivamente... Podríamos decir que Mul actuó como una gran alarma, que podría habernos avisado de la llegada del virus. Ciento ocho horas después de que se iluminara, se dieron los primeros casos de lo que entonces pensamos que era un gig común. En realidad, lo que pasó fue que la nube

atravesó Ki por completo, sin que nadie se diera cuenta, pasó de largo y siguió su órbita. Eso sí, dejando varios millones de billones de virus desperdigados por el planeta.

—Mul nos había advertido... — murmura Baraka, pensativa— Y no supimos interpretarlo así.

—Desgraciadamente tienes razón — responde Sumur, bajando la cabeza y deteniendo la simulación—. Pero, a pesar de haber descubierto su origen, todavía no tenemos ni idea de como detener sus efectos, ni de como neutralizarlo.

—A día de hoy las muertes afectan al treinta por ciento de la población

kuzubi, Sumur... —dice, impotente, Baraka— He estado haciendo cálculos... Si no encontramos como detener a este Murgig letal, en tres meses no quedará ningún kuzubi en todo el planeta...

—Soy consciente de ello... —admite el científico— Y no dejaremos que esto suceda, ¿de acuerdo? Debemos encontrar la solución sea cómo sea... Seguramente nos estamos olvidando de algo...

Pero sé que, tarde o temprano saldremos de ésta.

—Sí... supongo que sí... Pero mejor que sea pronto, ¿de acuerdo? —sonríe tristemente la kuzubi.

—Tranquila, Baraka. Lo encontraremos. Te prometo que va a ser así. No pienso descansar hasta que descubramos como acabar con este virus. Y cuando lo hagamos, curaremos a todos los kuzubis enfermos, y podremos pasar página a esta oscura parte de la historia de Ki —le responde, poniéndole una mano en los hombros.

—Gracias, Sumur... por tu optimismo... —dice Baraka, con voz cansada— Ahora, si me perdonas, me voy a descansar un rato... lo necesito. Si se produce cualquier novedad, infórmame inmediatamente.

—Claro que sí, tranquila, serás la primera en saberlo todo. Ahora reposa,

que nosotros seguiremos trabajando — dice Sumur, volviendo al trabajo.

La rabia crecía dentro del científico. Nunca se había sentido así. Impotente, dolido, ignorante, decepcionado, perdido... pero sobre todo rabioso. Sentía rabia por no poder hacer nada, por no poder ayudar los kuzubis, por ver como se le escapaban de las manos centenares de vidas inocentes. Sentía rabia por sentirse inútil. Dos semanas después, había muerto el cincuenta por ciento de la población kuzubi.

# 20

## Serendipia



n general, las soluciones a los problemas surgen como fruto del esfuerzo y del trabajo bien hecho, con constancia y a conciencia. Y a veces son fruto de una serendipia.

Una serendipia es un descubrimiento realizado de forma inesperada y fortuita. Algunos incluso aseguran que es el arte de descubrir, por suerte, algo mientras se buscaba algo completamente diferente. Y esto es exactamente lo que

pasó el día que hacía dos meses del primer caso detectado del virus Murgig.

—*¿A qué se debe tu visita, Baraka?*

—transmite la reina a su consejera, que acaba de entrar en la Sala del Origen—

*¿Como es que vienes a verme personalmente y que no me transmites tus noticias como siempre?*

—Ya no me quedan fuerzas para transmitir, majestad... —responde ella hablando con dificultad— Ya no puedo comunicarme telepáticamente.

—Te entiendo, Baraka... —dice la reina, en tono triste, sin siquiera volverse hacia ella— Adelante, dime... ¿hay alguna novedad?

—No, majestad... y,

desgraciadamente, me temo que mi tiempo se acaba. No me quedaba ya mucho... mi cuerpo es viejo... Pero ahora... Según mis cálculos, no creo que viva más de cuarenta y ocho horas.

—Me duele oír esto, Baraka. Eres una consejera excepcional, y una gran amiga. Has estado ayudando a todo el mundo hasta el final. Si quieres, te relevo de tus funciones, para que puedas estar con tu familia, y...

—He venido para realizar la Transferencia Vital. Un largo silencio se hizo a la sala.

—¿La Transferencia Vital? — pregunta finalmente la reina— ¿Ahora? ¿Por qué quieres hacer tal cosa, ahora?



—Sólo me quedan dos días de vida... No quiero que todo lo que he aprendido desaparezca, majestad. Quizás mi sacrificio sirva para alargar vuestra vida unos días, y mis conocimientos podrán seguir siendo útiles, aunque yo ya no lo sea.

—Entiendo tu posición, Baraka... pero ¿estás segura de querer renunciar al poco tiempo que te queda?

—Con todos mis respetos, majestad... la mitad de la población kuzubi ha muerto ya, y no creo que nunca lleguemos a encontrar ningún remedio. Prefiero acabar aquí y ahora, aportando mi contribución, que no alargar esta agonía dos días más y perder del todo

mi energía y mis conocimientos.

La Transferencia Vital es una antigua y compleja técnica que tan sólo los grandes líderes, y algunos kiitas sabios y expertos saben realizar. Su objetivo final es transmitir la esencia de un ser al interior de otro. Esto incluye tanto la energía como los conocimientos del donante.

El que recibe la transferencia, aumenta su vitalidad, esperanza de vida y conocimientos. El que ha transmitido su esencia, queda sin energía vital, sin esencia y muere inmediatamente.

—Veo que tu decisión ha sido meditada profundamente y la respeto. Si es esto lo que quieres, que así sea.

Utilizaré tus fuerzas y tu inteligencia para seguir tratando de salvar a nuestro pueblo.

Sin decir más, Baraka se acercó lentamente a la reina Sabar, que seguía en posición de flor de loto, observando la ciudad, y le colocó la mano derecha en los hombros.

—Hasta siempre, Sabar. Ha sido un placer y un honor.

—Hasta siempre, Baraka. Para mí también ha sido un placer y un honor tenerte como consejera.

Las dos cerraron los ojos y, concentradas al máximo, iniciaron el complejo proceso. Para hacer la Transferencia Vital es necesaria e

imprescindible la cooperación de las dos partes implicadas.

Quien emite debe empezar concentrándose para buscar su propia esencia, trabajo mucho más difícil y costoso que buscar la de los demás ya que, al convivir con ella, es mucho más compleja de discernir, como sucede con los olores. Es muy fácil detectar el de los demás, pero mucho más difícil detectar el propio, por el simple hecho de que estamos acostumbrados a él.

A continuación, como si de un viaje astral se tratara, debe proyectarse esta esencia a través de la mano o de las manos que tocan a la persona que va a recibirla. Esta parte es la más difícil ya

que, mientras la vitalidad va drenando de un cuerpo al otro, el que la transmite se debilita, pero aún así debe seguir concentrado para seguir con el proceso.

El que recibe esta transfusión, por su parte, debe abrirse completamente a la energía que le llega y este es un proceso difícil y doloroso. El cuerpo está preparado, en general, para emitir y gastar energía, pero no para recibirla. Es mucho más doloroso recibir una transfusión de sangre que no hacer una donación. Lo mismo sucede en el caso de la Transferencia Vital.

Es necesario saber abrir la propia esencia y poder mezclarla con la que llega. Además de que los conocimientos

que llegan lo hacen concentrados, forma que el cerebro no está acostumbrado a recibir. La forma habitual de aprender nuevas cosas suele ser lineal en el tiempo. No es lo mismo estudiar un libro capítulo a capítulo, que recibir toda la información de golpe, en pocos segundos. Hay que saber procesarla y digerirla.

Por todas estas razones la técnica de Transferencia Vital es tan compleja. Sólo los grandes sabios, y gente con una gran habilidad mental y sensorial pueden realizarla. Un error en el proceso, sería letal para las dos personas implicadas.

Tanto la reina Sabar como la consejera Baraka estaban lo suficiente

capacitadas, en principio, para hacerlo satisfactoriamente. Pero no fue así.

Tras estar las dos en el estado de tránsito adecuado, haber detectado la consejera Baraka su esencia y la reina Sabar haber abierto la suya para recibirla, algo falló. De pronto, poco antes de que la consejera empezara a mandar su vitalidad, empezó a notar una espectacular mejora en todos sus síntomas.

El dolor de cabeza desapareció, bajó la fiebre, empezó a respirar profundamente, y sintió como de nuevo la energía fluía por su cuerpo.

—*¡Majestad!* —transmite de pronto, con energía renovada, deteniendo con

ello el proceso— *¡Estoy curada, majestad!*

Pero cuál fue su sorpresa cuando vio a la reina Sabar en el suelo, temblando de frío y fiebre.

—*¡Majestad! ¿Qué ha pasado? —*gritó, recogiénola— *Majestad, ¿me oís?*

Rápidamente, con la reina Sabar en brazos, Baraka se dirigió al ascensor de vidrio.

—*¡Sumur!* —transmite la consejera al coordinador del equipo de científicos — *Sumur, ¿me recibes?*

—*Sí, Baraka, te recibo nítidamente...* — transmite el ziti, sin dejar de analizar unas muestras a través



del microscopio— Adelante, dime.

—¡Estoy completamente curada! —  
transmite ella— ¿Me oyes?  
¡Completamente curada!

Un escalofrío recorrió el cuerpo entero del científico, desde la punta de los dedos del pie hasta los pelos de la nuca, que se le pusieron tiesos. Un montón de preguntas, cuestiones, dudas, información, hipótesis y sentimientos se agolparon en su cansada mente.

—¿QUÉ? —fue la única sílaba que pudo transmitir.

—Me encontraba muy mal, mis síntomas estaban ya muy avanzados y, viendo que no me quedaba demasiado tiempo, he ido a ver la reina, para hacer

con ella una Transferencia Vital...

—¿Una Transferencia Vital? — pregunta el científico, mientras corre a una pizarra, borra todo el contenido con la mano, ante la estupefacción frenética de otro científico que había estado haciendo allí anotaciones y cálculos y ahora ve como desaparecen, acumulándose en forma de tiza en la mano de Sumur.

—Sí, exacto. Quería traspasarle todos mis conocimientos y también lo poco que me quedaba de energía —dice Baraka mientras atraviesa con rapidez el puente que conecta la Torre del Origen con la Torre Médica.

Sumur iba apuntando palabras clave

como «curación instantánea», «Transferencia Vital», «Energía» mientras Baraka seguía transmitiendo.

—Sigue, sigue... ¿Qué ha pasado?

—Bien. Cuando apenas habíamos finalizado la primera etapa, yo había detectado mi esencia, y ella había abierto la suya...

—¿Habías empezado a transmitir?

—preguntó Sumur, mientras apuntaba «esencia», «detección», «apertura», «transmisión» en letras mayúsculas en la pizarra, ante la que se habían empezado a reunir todos los científicos de la sala, curiosos por el acontecimiento.

—No, ¡no había empezado a transmitir, todavía! —dice Baraka,

haciendo que Sumur borre la palabra «transmisión»— Apenas estábamos a punto de empezar la segunda parte del proceso cuando, de pronto, ¡todos mis síntomas han desaparecido completamente! En cuestión de segundos, no tenía fiebre, ni dolor de cabeza, ni temblores... ¡nada! ¡Estaba completamente curada!

—¡Pero esto es fantástico! —grita Sumur— ¡Esta información cambia completamente el escenario que teníamos planteado! ¿La reina Sabar también está curada?

—¡No, no! ¡En absoluto! —transmite Baraka al entrar ya por la puerta del laboratorio dónde se encuentran los

científicos, haciendo que todos se vuelvan hacia ella— ¡La reina Sabar se está muriendo!

Durante las horas siguientes, la comunidad de científicos reunida en la Torre Médica estuvo trabajando con los nuevos datos, que Sumur transmitió con ayuda de Baraka. El tiempo era clave, ya que cada minuto que pasaba era una vida que podían salvar, incluida la de la propia reina.

Gracias al esfuerzo de todos los científicos y de un grupo de kuzubis voluntarios, expertos por sus niveles de habilidad, pudieron hacer varias pruebas empíricas, análisis, y experimentos. En tan sólo veinticuatro

horas los resultados habían progresado muchísimo y doce horas más tarde habían conseguido entender completamente como funcionaba el virus Murgig.

Éste resultó ser nada menos que el primer virus conocido en la historia de Ki, que atacaba la esencia de los kuzubis, de la que se alimentaba, provocando varios efectos colaterales. Es decir, los síntomas. Así pues, considerando que la existencia y el desarrollo del virus estaba basados en la energía, el antídoto también debía estar basado en ella.

—¿O sea que el virus Murgig percibe la energía vital y se alimenta de

ella? —pregunta la reina Sabar, ya casi sin fuerzas.

—Exacto —contesta Sumur—. Y seguramente por esto sólo afecta los kuzubis. Porque su esencia y energía vital, es superior a la del resto de habitantes del planeta. Cuanto más alto es tu nivel de habilidad, más posibilidades tienes de contraer el virus.

La reina, Sumur y Baraka se encontraban en la Unidad de Cuidados intensivos de la Torre Médica. La reina, que apenas acababa de recuperar el conocimiento tras su desmayo en la Torre del Origen, se encontraba en cama, con todas las constantes vitales controladas, muy débil pero viva

todavía. A su lado, Sumur y la consejera le daban cuenta de las novedades de las últimas treinta y seis horas.

—Pero entonces... Baraka... ¿qué pasó, exactamente? —pregunta, refiriéndose a la Transferencia Vital.

—¡Esto nos traía de cabeza! — responde Sumur, emocionado— ¿Por que Baraka se recuperó instantáneamente, y en cambio usted empeoró en el mismo instante cuando parecería que deberíais haber mejorado o empeorado las dos por igual? Pero pensemos en lo qué estaba haciendo cada una. Baraka se concentraba en su esencia, un ejercicio que aunque nos llevó a trabajar en muchas posibles



hipótesis, parecía no tener ninguna utilidad, en las prácticas que hicimos... pero ¿qué hacíais vos, majestad?

Los ojos de la reina se abrieron por completo.

—¡Absorbí sus virus! —dice, Sabar, iluminada— En el momento en el que abrí mi esencia, para recibir su energía vital, su esencia, fue cómo si llamara a todos sus virus, que acudieron a mí como las moscas a la miel. Fui un blanco perfecto para el virus... mi esencia se abrió y se expuso completamente, ¡y el virus se fue de su lado para venir a mí!

—¡Exacto, majestad! —afirma Baraka— Los virus pasaron

directamente al interior de vuestra esencia y por esto empeorasteis tan rápidamente, mientras que yo me curé.

—Un momento... ¿esto quiere decir que somos capaces de absorber los virus... pero no expulsarlos?

—Esto me temo, majestad —admite Sumur—. El virus busca la esencia y lo podemos captar en un organismo, pero no hacerlo fuera. Cualquier técnica de las que hemos probado para conseguir expulsarlo no hace más que alimentarlo de forma que aumentan los síntomas de la enfermedad.

—O sea, que para curar a un kuzubi, se debe sacrificar otro —deduce la reina.

—Bien... la relación no tiene por qué ser de uno a uno —dijo Sumur—. En el momento en que se captan los virus, se absorben todos los que hay alrededor. En vuestro caso, vos absorbisteis los de Baraka porque estaba a vuestro lado, pero si hubiera habido alguien más cerca, también los habríais absorbido... y seguramente los síntomas habrían aumentado exponencialmente... Quizás no habríais podido superarlo.

—Pero hemos adelantado muchísimo en las investigaciones... —añade Baraka, animada— A este ritmo, dentro de unos días seguramente habremos descubierto alguna técnica que...

—Baraka... —la interrumpe la reina

— Aunque esté debilitada, todavía percibo muertes a cada instante que pasa... Mi pueblo está sufriendo... no tenemos tiempo para investigar más.

—Pero ¡es lo único que podemos hacer, hoy por hoy, majestad! —dice Sumur.

—Uhm... Tengo una pequeña idea... —dice la reina, con una sonrisa— Pero debo comunicarme con un viejo amigo... Necesitaré vuestra ayuda... Llevadme a la Torre del Origen... ¡Oh! Y voy a necesitar mi cetro...

—¡Sí, majestad! —dice Baraka, contenta, ayudando a la reina a reincorporarse— Sumur, ayúdame, por

favor. Trae una silla de ruedas, y...

—Oh, tranquila, Baraka... ¡no voy a necesitarla! Todavía no estoy tan mal... ¡Je, je! Parece que las noticias que me habéis dado, me han hecho efecto.

Los tres se dirigieron a la Torre del Origen a través de los mismos corredores por los que un par de días atrás, Baraka había traído a su reina en brazos, a punto de morir. Ahora, medio recuperada, ayudada por su cetro que usaba como bastón, y con Sumur y la consejera, uno a cada lado, accedieron a la Sala Circular.

—Muy bien... —dice la reina—  
Ahora necesitaré los anillos de melam que están en el interior de mi cojín...

Baraka, ¿me los puedes traer, por favor?

—Sí, majestad... ¡ahora mismo! — responde ella, yendo hacia el cojín donde la reina siempre medita.

—Y... Sumur... ¿Podrías traerme una butaca cómoda? No estoy demasiado en forma, como para transmitir sentada en un cojín...

—¿Una butaca? Por supuesto, majestad. ¡Ahora mismo voy a buscar una y os la traigo! —dice el ziti, saliendo de la sala.

—Así pues, reina Sabar, ¿con quien vais a conectar? —pregunta Baraka mientras revisa el interior del cojín— ¿Con alguno de los demás líderes? ¿Con algún kuzubi experto en habilidades

kiitas? O quizás con un...

Su discurso quedó abortado, tras comprobar que no había ningún anillo de melam en el interior del cojín.

—Majestad, estáis segura de que los anillos de melam están dentro de este...

Su nueva intervención volvió a interrumpirse cuando, al volverse, vio que la reina había desaparecido.

—¿Majestad? —preguntó a la sala vacía— ¿Majestad? Oh, vaya... ¿Majestad?

Baraka empezó a correr por toda la sala, buscando a su reina, pero esta se había esfumado.

—¡Sumur! ¡Sumur! —grita mientras corre por el puente por el que han

llegado hasta allí— ¡Sumur! ¡La reina ha desaparecido!

—¿Qué? ¿Cómo? ¡Pero qué dices, mujer! Como quieres que...

Pero antes de que pudiera seguir, los dos lo notaron. Una sensación única, inconfundible y sólida como la propia esencia. Percibían a la reina, como si la hubieran tratado de localizar telepáticamente... Podían notar su esencia... no muy lejos. En la azotea de la Torre del Origen.

—¡Majestad! ¿Qué hacéis? —grita Sumur, corriendo de nuevo hacia el interior de la sala— ¡Habéis subido a la terraza por el ascensor de vidrio!

Baraka, sin embargo, no corrió ni



gritó, sino que se limitó a observar la terraza de la torre, a través del techo transparente del corredor. En la sala, Sumur, desesperado, golpeaba la puerta del ascensor.

—¡Estúpido trasto! ¿Como diablos se puede abrir? —grita.

—No insistas... sólo puede abrirlo ella... con su cetro —dice Baraka, quieta, mirando hacia arriba—. Por esto lo quería, claro está...

—Pero, ¿qué hace? ¿Qué hace? —dice Sumur, volviendo atrás, para ver la terraza desde el pasillo.

—Está salvando a su pueblo.

La reina Sabar, con los brazos en cruz, estaba de pie, quieta e inmóvil, en

el punto más alto de su ciudad. Llevaba en la cabeza la legendaria corona de melam, la joya más poderosa y preciada de la historia de los kuzubis. Segundo a segundo, más poderosa era su esencia y más lejos llegaba. Era cómo si estuviera iniciando una transmisión telepática con todos los kuzubis del planeta a la vez. Estaba estableciendo una conexión, un lazo con todos.

El poder y la habilidad necesarios para conseguirlo la iban desgastando y, por un instante, un temblor de piernas hizo que perdiera el equilibrio, quedando medio arrodillada, pero con la voluntad firme de llevar a buen fin su plan. En unos minutos, todos los kuzubis

del planeta podían percibir su esencia y todos se preguntaban, sorprendidos, que estaba pasando. Algunos decían que quería comunicarse con ellos, otros que era una Busca Masiva, incluso algunos pensaban que era un efecto más del virus.

—Kuzubis... —transmite con sus últimas fuerzas a todo su pueblo—... ¡vivid!

Y entonces... se abrió. La sensación que sintieron millones de kuzubis en aquel momento, fue una especie de drenaje extraño, como si alguien les aspirara o les chupara una parte de su esencia. Al principio, algunos estaban asustados. Pero al ver que junto con esta

parte de la esencia, desaparecía el dolor, se fueron tranquilizando.

Millones de billones de virus, atraídos por aquella fuerte esencia, por aquella fuerza vital, se desplazaron a la velocidad del pensamiento a través de los canales que la reina había dejado abiertos, desde todos los organismos en los cuales se encontraban, hasta el de la propia reina, que los absorbía como una esponja, junto con el malestar, el dolor y la agonía de todos.

Y entonces la corona de melam empezó a iluminarse, de forma más y más intensa cada vez. En pocos segundos, no se podía distinguir, más tarde ni siquiera se podía ver la cabeza

de la reina y, finalmente, todo su cuerpo quedó cubierto por la luz de la joya, que brillaba más que el propio Utu.

Y entonces, la luz se expandió a trescientos mil kilómetros por segundo, en una explosión luminosa. Y al entrar en contacto con Mul, éste se volvió a iluminar como lo había hecho dos meses antes. Con su superficie de un morado eléctrico y su contorno de un verde intenso. Así fue cómo, en pocos segundos, la enfermedad que parecía haber condenado a muerte al pueblo kuzubi en su totalidad, había desaparecido.

Los kuzubis de todo el planeta estaban completamente sanos, sin

síntomas de ninguna clase y llenos de vida y energía. Y en la azotea de la Torre del Origen, sólo quedaba un montón de polvo, coronado por una corona de melam fundida.

# Reunión en Shapla



Escucha, Nakki... —murmura Ziu, mientras empieza a ver la silueta de Shapla en el horizonte— ¿Tú crees que va a funcionar, la mandanga esta?

—Uhm... Con lo de mandanga, supongo que te refieres al Protocolo 108/3, ¿verdad? —dice Nakki, desde dentro de su duggan.

—Sí, exacto... La verdad es que no tengo muy claro que funcione. Todo lo que estamos a punto de hacer no dejan

de ser teorías e hipótesis, jamás se ha llevado a cabo anteriormente. Cuando la reina Sabar salvó a su pueblo, sacrificando su vida, alejó el virus por completo. Fue imposible hacer ninguna prueba...

Las investigaciones posteriores se basaron en la información que se había recogido durante aquellos dos meses...

—Sí, ya lo sé... —dice el anzud negro— Y entonces Sumur y Baraka establecieron este protocolo, con toda la información que habían podido recoger. Pero es el hecho de que nunca se haya llevado a cabo, lo que me preocupa...

—¿Será que quizás tienes miedo a morir, Ziu? El anzud sonríe.



—Amigo Nakki, hasta hace poco me quedaba alguna razón para vivir, pero ahora ya puedo decir que estoy en paz conmigo mismo... —dice él, recordando lo que ha pasado recientemente, en Idiri — Yo ya he hecho todo lo que debía hacer y si esto nos elimina a todos, la verdad es que me importa un bledo.

De pronto, los dos perciben una esencia inconfundible, al Noroeste, no mucho lejos.

—¡Animur! —dicen al unísono.

El rey de los tidnums, instalado cómodamente en su gran sofá, arranca de un mordisco otro trozo de carne del muslo de migir y toma un nuevo sorbo de la garrafa.

—¡Ahhh, Zidusa! —dice Animur, con la boca llena— ¡Ya se ve Shapla!

Levantándose sin prisa, el tidnum sale de la tienda y avanza por el caparazón del animal, hasta llegar a la punta de proa. Siente como el viento le silba en las orejas y mueve su melena y, cerrando los ojos, disfruta de esta sensación.

—*¡Animur!* —recibe telepáticamente por duplicado, pegándose un susto que le hace caer comida y bebida al mar Ksir.

—¡Oh! ¡Mi muslo de migir! —llora el rey— ¡Mi licor de Kilmet! ¡¡Oh, no, no!!

—*Animur, ¿me recibes?* —transmite

Nakki.

—*¡Oh, Nakki! ¡Claro que te recibo!*  
—dice él, contrariado— *Pero ¿hace falta que me peguéis estos sustos? Podríais establecer conexión de una forma más sutil, ¿no? ¡Por el amor de los Dioses! ¡Me he quedado sin comida, ahora!*

Entrante al interior de la tienda, Animur abre de nuevo el baúl, busca más alimento, removiendo entre armas, bebida y objetos extraños e indefinidos.

—*Ei, Animur...* —transmite Ziu sin poder esconder una sonrisa— *Estamos tan lejos de Shapla el uno como el otro... ¿hacemos una carrera?*

Toda la expresión facial de Animur

cambia de pronto. Y es que los tidnums tienden a simplificar toda la información que reciben. En este caso, para el rey de los tidnums, una carrera significa competición. Y competición significa que debe haber un ganador y un perdedor. Y para cualquier tidnum del planeta, la posibilidad de ser considerado perdedor, no entra en su cabeza.

Con el corazón acelerado, el rey cierra de un golpe el baúl y, saltando por encima de éste y del sofá y cruzando rápidamente la cubierta, llega a la proa del kushu y, cogiéndose con las zarpas a la abertura delantera, se prepara para el impulso.

—¡Adelante, Zidusa! —grita contento— ¡A toda velocidad! ¡Enseñémosle a este anzud quien es el más rápido!

Y automáticamente, como si hubiera pulsado un acelerador invisible, las aletas del kushu incrementan su fuerza y su movimiento, aumentando de forma salvaje su velocidad de crucero, haciendo tambalear la tienda instalada en su caparazón, que salten todos los cojines del sofá, y contribuyendo a enredar más aún el contenido del gran baúl.

El anzud por su parte, no pierde comba y, con una rápida maniobra, girando en espiral sobre su eje, pierde

altura, que intercambia por velocidad, y despliega las alas al llegar a una corriente de aire caliente que vuelven a elevarlo, ganando todavía más velocidad.

—¡Ziu! —grita Nakki, a quien todo le da vueltas— ¡Por las plumas de la gran Ninna! ¿Se puede saber a qué viene, esto? ¿Quieres que vomite dentro de tu duggan?

—¡Ah, Nakki! ¡Es una maniobra para ganar velocidad! He retado a Animur a una carrera, a ver quien llega antes a Shapla.

—Pues la próxima vez avisa antes...  
—dice tranquilamente una voz a su lado.  
Ziu mira rápidamente a su derecha,

para ver la proyección astral de Nakki, que se desplaza por el aire a la misma velocidad que el anzud, mientras que su cuerpo está en estado de tránsito.

—Supongo que necesitaréis un árbitro en la línea de meta, ¿verdad? —dice Nakki, desapareciendo del aire, para volver a proyectarse en el puerto de kushus de la capital kuzubi.

—*Muy bien, señores...* —transmito el ziti, a los dos participantes— *¡Puestos a competir, hagámoslo oficialmente! El primero en llegar al muelle 3/A, situado dónde se encuentra en estos momentos mi proyección astral, será declarado vencedor.*

—¡Zidusa, nos jugamos el prestigio!

—ruge Animur, clavado al caparazón con las uñas de las cuatro patas—  
¡Acelera, compañero!

La gran tortuga del tidnum llega a lograr tal velocidad, que cómo haría una piedra plana que se lanza con fuerza en la superficie de un río, salta sobre las olas, rebotando y volviendo a saltar, a una velocidad tan increíble que casi parece que vuela. Ziu por su parte, calcula la ruta, establece el rumbo necesario para llegar al holograma de Nakki en una línea recta y cierra sus alas.

—*¡Vas listo si crees que te dejaré ganar esta cursa, Animur!* —le transmite al tidnum— *¡Estoy planeando*



*directamente hacia la meta, dejándome caer en caída libre! ¡Soy totalmente aerodinámico y tengo la ruta trazada! ¡Tú en cambio, deberás bajar de tu kushu por correr los últimos metros! Por muy rápido que seas, esta vez perderás, amigo mío*

*—¡Ja, ja, ja! ¿Bajarme yo de Zidusa? ¿Por que crees que voy a hacerlo? ¡Venga, va! ¡Acelera un poco más, compañero!*

La llegada de los tres kiitas al puerto de kushus de Shapla, no se puede decir que sea precisamente discreta, sino más bien todo lo contrario. El día ha estado transcurriendo allí con toda normalidad, sin que se haya producido ningún

altercado ni acontecimiento digno de mención. Los kushus descansan amarrados en los largos embarcaderos repartidos por la zona.

Algunos kuzubis pescadores aprovechan el soleado día para lavar sus kushus, otros andan por el paseo marítimo y algunos han salido a navegar un rato. Hasta que todo cambia.

Algo que parece una oleada digna de recibir el nombre de *tsunami*, se acerca a toda velocidad al puerto, sin señal alguna de detenerse a medida que se acerca, bien al contrario, pareciendo que acelera más y más. Tanta es su fuerza que las aguas del puerto, hasta entonces plácidas y tranquilas, empiezan

a temblar y a sacudirse.

Por otro lado, lo que primero era un zumbido y después suena como un silbato, pasa a convertirse en un ruido continuo, similar al que puede hacer un avión en la Tierra cuando sobrevuela una región a baja altura. Y la minúscula mancha negra que casi no se distinguía en el cielo, se va definiendo, a medida que va creciendo, dibujándose finalmente la silueta de un anzud negro, con cara de pocos amigos.

El primero en empezar a destrozar parte de los bienes públicos de Shapla, es el kushu de Animur que, se está dirigiendo directamente hacia el holograma de Nakki, importándole poco

lo que se ponga por delante. En este caso, uno de los muelles de madera que, mientras el kushu lo está atravesando, destroza y lanza a derecha e izquierda los troncos y maderas que lo conforman, en una artística a la vez que apocalíptica escena.

Los dos participantes van igualados y, en el momento en que el anzud empieza a verse ya sobre el muelle, el kushu, viendo que está llegando al final, salta fuera del agua, aprovechando la rampa natural que había para convertirse en uno de los primeros kushus voladores de la historia. Aun cuando el vuelo sea sólo de segundos.

El momento más álgido llega cuando

el anzud, cargado con un duggan relleno de pasajero, y el kushu, cabalgado por un tidnum que ruge salvajemente, chocan contra un ziti que les está esperando tranquilamente, de pie, a la entrada del muelle, al que atraviesan como si estuviera hecho de aire.

Pero, debido a la inercia, no es el ziti lo único que atraviesan, sino también el suelo del muelle y tres macizas columnas submarinas que lo soportaban en parte. El resultado de todo ello, aparte del destrozo de uno de los muelles anexos, completamente reventado, y del gran agujero de treinta metros de diámetro en medio del puerto, es que dos terceras partes del muelle

3/A, se derrumban completamente, cayendo al agua y yendo a la deriva.

—*Oh, vaya...* —dice la proyección astral de Nakki, ahora flotando a tres metros del puerto derrumbado— *Parece que nos hemos pasado tres pueblos...*

El anzud es el primero en salir o más bien en sacar la cabeza del agua, y respira profundamente, llenando sus pulmones de aire.

—*Te agradecería que también hicieras salir mi cuerpo del agua, si no quieres que muera ahogado...* — apunta tranquilamente Nakki, haciendo referencia a su cuerpo físico, que se encuentra dentro del duggan, bajo el agua.

—¡Oh, Nakki! ¡Perdona! —dice Ziu  
— Ahora mismo...

Pero antes de que pueda hacer ningún movimiento, una montaña que aparece de las profundidades marinas, y que parece levantarse a sus pies, lo saca del agua completamente, haciéndole perder el equilibrio y caer sobre una superficie inclinada. Así es como el gran kushu aparece de bajo el agua, con Animur todavía cogido con fuerza a la parte delantera de proa.

—¡Ja, ja, ja! —ríe este, desclavando sus zarpas del caparazón del animal y sacándose el agua de encima, con rápidos movimientos, sacudiendo el cuerpo de arriba a abajo— ¡Ya te he

dicho que ganaría!

—¡Eh, oye, tú! ¿Y quien dice que hayas ganado? —pregunta el anzud, estirado encima del techo de tela de la tienda de campaña— ¡He ganado yo!


—¡Vamos, hombre! ¿Y qué más? ¡Está clarísimo que he ganado yo, pajarraco negro!

—¡Ah, sí? Y dónde está la foto de fin de carrera que lo demuestra, ¿eh? ¡He sido yo quien ha tocado primero la proyección astral de Nakki, gatazo peludo!

—*Rey Kuzu... acabamos de llegar*  
—transmite Nakki.



# Entrenando en Oklum



o que parece un *tsunami* de agua helada despierta a Nirgal y casi la mata de un infarto. Se levanta de un salto y se pega tal golpe en la cabeza, que vuelve a desplomarse hacia atrás, poniéndose las manos a la cara. No entiende nada, sólo que está empapada por todas partes y que le hace mucho daño la cabeza.

—¡Vamos, venga, princesa mía! — grita el Rey Lugal, con un cubo vacío en

las manos— ¡Hoy toca entrenar tu eje sensorial! ¡Ja, ja, ja!

—¡Papa! —grita Nirgal, dolorida y enfadada— ¡Pero que haces! ¿Tú crees que estas son formas de despertarme? ¡Argh! ¡Qué dolor de cabeza!

El aposento en que se encuentran es una de las miles de habitaciones subterráneas existentes en Kizuru. Hecha en su totalidad de piedra, como todo lo que contiene. Una mesa, unos estantes, y un par de camas. Desde las dos ventanas redondas, se puede ver que se encuentran en alguno de los niveles superiores de la ciudad.

La curiosa particularidad de estas habitaciones reside en que todos los

elementos que hay en ellas no son independientes, sino que forman parte de la propia roca. Esto significa que la mesa no es una mesa de roca que se haya fabricado aparte, sino que en el momento en que se vació la roca de la montaña para hacer el aposento, se hizo también la mesa.

Todo forma parte de un todo. Y lo mismo sucede con los estantes de la pared y con los dos camas que son dos grandes agujeros en la pared, uno encima del otro, como unas literas.

—Pero hija mía, ¿a quien se le ocurre pegar este salto, estando dentro de una cama gnoolie? ¿No has pensado que te podías golpear contra el techo?

—Pero, papá... ¡¡Acabas de echarme un cubo de agua helada encima!! ¿Qué pretendías? ¿Que me pusiera a meditar? ¡Me has despertado de golpe!

—¡Ah! —dice él— ¡Debes estar siempre alerta! Si hubiera sido un enemigo...

—¿Pero se puede saber qué narices de enemigo se dedica a echar cubos de agua fría a la gente que duerme? —dice Nirgal, saliendo del agujero que le ha hecho de cama.

—¡Vamos, venga, venga! —dice el rey, sin hacerle demasiado caso— ¡Apresúrate a cambiarte, que debes empezar tu entrenamiento!

—¡Papa! ¡Pero si sólo tengo esta ropa! ¡¡Y ahora está toda empapa!!  
¿Como quieres que vaya a entrenar así?  
¡Los gnoolies van a pensar que me he meado! ¡No puedo ser una princesa meada! ¡Nirgal I, la Meada! ¡Dónde se ha visto!

—¡Ah, hija mía, no te quejes tanto!  
—dice el rey, entusiasmado, saliendo de la habitación— ¡Vamos, que esto se te va a secar en un santiamén! ¡Ni se ve siquiera! ¡Venga, manos a la obra!

—Ay, señor... Muy bien, muy bien... —acepta ella, resignada, siguiendo su padre.

—¡Nirgaaaaaal! ¡Que patxaaaaaaaaaaa! —grita Paza,

levantando un brazo, mientras con el otro señala sus pantalones— ¿Te has hecho pipíííí eh??

Nirgal dirige una mirada fulminante a su padre.

—¿Lo ves? ¿Qué te he dicho? — grita ella, señalando al gnoolie— ¿Ves, ves? ¡Y esto es sólo el principio! ¡Vas a ver! ¡¡En un plis plas toda la ciudad hablará de ello!!

—Minucias, Nirgal... —dice su padre, ignorando su tono dolido— Como te estaba diciendo, hoy toca entrenar tu nivel sensorial. Actualmente dispones de cinco niveles... y debes conseguir un par más.

—Ah, claro está... y ya puesta,

podría hacerme la manicura francesa en los dedos de los pies, la permanente y ponerme una máscara facial de pepino.

Los tres van avanzando por un corredor, rozando la pared de la montaña, minada por miles de agujeros, como si fuera un queso Emmental.

—No, no... ¡No vas a necesitar nada de eso, hija mía! Lo único que deberás hacer es encontrar la salida. Sólo podrás volver usando tu nivel sensorial.

—¿La salida? ¿Volver? —pregunta Nirgal, sin entender nada— Pero, ¿de qué me estás hablando?

Pero la respuesta del rey no le viene en forma de palabras, sino que este se inclina hacia adelante, y con una sonrisa

de oreja a oreja, le pone un dedo en la frente y le da un pequeño empujón, haciéndola caer de espaldas en el agujero que tiene a su espalda.

La gruta a la que conduce es tan inclinada que Nirgal baja como si se tratara de un gran tobogán.

—¡¡Ueaaaaaaaahhhhhhhh!! —es la única expresión que sale de su boca mientras desaparece.

—¡Recuerda, Nirgaaaaal! —grita su padre, desde la boca del agujero, mientras su hija baja a toda velocidad—  
¡La única forma de volver es utilizando tus habilidades sensoriales!

—¡Que patxaaaaaa! —grita Paza—  
¡No te hagaspipiiiiiii!



Y oyendo estos dos últimos y valiosos consejos, como si los hubieran gritado desde un altavoz, Nirgal trata de dejar de dar vueltas sin control. Un gran reto considerando que la inclinación de la gruta se está acentuando cada vez más. Lo consigue al fin colocando el cuerpo recto, en posición totalmente horizontal, dándose cuenta enseguida que esto supone, por contra, un considerable aumento de velocidad.

Mientras baja, intenta fijarse en el recorrido que hace, aunque le es completamente imposible memorizarlo; un completo y complejo laberinto de curvas, grutas, agujeros y bifurcaciones pasa por sus ojos tan deprisa que todo le

parece una mancha borrosa. Y al fin, cuando la princesa ya no tiene ninguna esperanza de poder detenerse hasta llegar al mismísimo centro del planeta, nota como la gruta empieza a perder inclinación.

Este factor conlleva la disminución paulatina de su velocidad, hasta quedar prácticamente frenada.

—Bien... —dice ella, analizando la situación— Parece que he llegado a...

Ni tiempo tiene de pensar en ello ni de verbalizar su pensamiento... Cuando parecía ya que se había detenido, se la vuelve a tragar un nuevo agujero que la hace caer ahora en caída libre. Por unos instantes, Nirgal se siente como si

volará. Pero lo que hace es caer. Boca abajo. Y como remate el gran ¡CHOF!

Sin tiempo siquiera de haber digerido el último tramo de esa carrera salvaje, Nirgal se ve zambullida en lo que resulta ser agua dulce. Rápidamente, se sitúa y localiza la superficie, a la que llega con un par de brazadas. Por suerte es una buena nadadora... Ahora que puede respirar normalmente, se concentra y observa su alrededor al tiempo que sus ojos se adaptan a la oscuridad.

Se encuentra en la parte central de un lago subterráneo de grandes dimensiones. No llega a distinguir siquiera las riberas del mismo. Está

situado en una gran cueva, el techo de la cual no ve, debido a la relativa oscuridad. A orillas del lago le parece ver estalagmitas de varios grosores que sospecha que deben llegar hasta el techo.

Y es entonces cuando empieza el verdadero problema; cuando sus ojos se terminan acostumbrando a la penumbra, ve que una cantidad astronómica de agujeros, separados por una distancia no más grande de cinco o seis centímetros, están por todas partes, cubriendo paredes y techo, dando a la cueva un extraño aspecto de colador gigante.

—Oh... ¡mierda! —dice la princesa Nirgal, analizando el panorama que la

rodea, pensando en los miles de millones de posibles rutas y caminos que debe haber para tratar de salir de aquella sala, casi todos inútiles para hacerla volver donde estaba hace unos instantes.

Lentamente, braceando y observando a la vez el entorno, la princesa nada hasta el borde del lago, de dónde sale, empapada de pies a cabeza.

—Se ve que hoy tocaba baño... —se resigna, sacudiendo manos y pies para secarse, sin demasiado éxito— Va a ver, ese padre tan alegre que me ha tocado en suerte, cuando lo pille...

Empieza a andar mientras observa atentamente la pared. Le parece

completamente imposible saber cual es el agujero que va a permitirle volver... es una posibilidad entre millares de ellos. Además, le parece evidente que cada uno de esos agujeros lleva a grutas con bifurcaciones y nuevos caminos a escoger. Con curiosidad se acerca a la pared y pone su mano en una de las entradas.

—Que raro... —piensa— Este agujero es demasiado pequeño incluso para que pase un gnoolie por él.

Nirgal ha estado observando que hay agujeros de todos los tamaños posibles. Esto no la sorprende, porque ha visto la forma de trabajar que tienen los gnoolies, haciendo túneles con las

manos. Dependiendo de su edad y, por tanto, de su tamaño, cambia el volumen del túnel, ya que suelen hacerlo de su misma medida.

Pero en esta gruta hay algunos agujeros extremadamente pequeños, por los que es imposible que haya pasado ningún gnoolie.

—Bien... Si esto no lo ha hecho ningún gnoolie, debe ser que por aquí viven más especies —murmura Nirgal, avanzando mientras toca los agujeros.

Una mirada más atenta confirma sus sospechas, al ver que algunos de los agujeros son muy toscos, mientras que otros tienen un acabado más fino y apurado.

—Veamos... —empieza a deducir ella, contenta— Está claro que los agujeros más pequeños no los han hecho los gnoolies. Y todos están hechos de forma tosca. Por tanto, los más grandes hechos de la misma forma, tampoco serán suyos... Así pues, ¡puedo descartar todos los agujeros que no sean grandes y pulcros! ¡¡Je, je, je!! O sea que me quedan...

La princesa hace un recorrido visual por toda la cueva.

—Una porrada... —dice, desilusionada otra vez. Viendo que así no va a llegar a ninguna parte, Nirgal se sienta y empieza a pensar en lo que debe hacer para poder salir de aquella



especie de laberinto infinito.

—Papá ha dicho que la única forma de volver es utilizando mis habilidades sensoriales... —murmura— Pues será cuestión de concentrarse, a ver si detecto algo.

En posición de flor de loto, Nirgal cierra los ojos y se concentra en su entorno. No sabe exactamente qué debe buscar y esto hace más difícil todavía la tarea que le espera. Decide relajarse y dejar que las sensaciones le lleguen, dejando de pensar activamente.

De momento no nota nada. Energías tan sólo, seguramente de los diversos seres que han estado por allí. Sin prisa se ve capaz incluso de separar esencias

de dos razas diferentes y, tal como había sospechado observando los agujeros, confirma que cada una de ellas utiliza uno de los dos tipos de grutas. Se siente satisfecha por haber confirmado este hecho, pero de momento esto no le sirve de mucho. Decide concentrarse en uno de los agujeros y en el rastro de esencia que contiene. Normalmente es muy difícil seguir el rastro de esencia de una sola persona. Se podría comparar con tratar de rastrearla por su olor.

Para empezar, éste suele ser muy débil y suave en la mayoría de casos, y nuestra nariz no puede llegar a captar nada, si no es que quien buscamos está muy cercano a nosotros. Y aún así

quizás no notemos nada. Si en lugar de tratarse de una persona nos referimos a un grupo que, además, está encerrado en una habitación, es mucho más fácil apreciar su olor.

Lo mismo sucede con la esencia. Como las grutas son espacios tan delimitados, todos los gnoolies que han pasado por ellas han hecho exactamente el mismo recorrido, dejando así una especie de rastro vital que marca el camino. Y ese rastro en forma de largo gusano es exactamente lo que Nirgal está captando en estos instantes, y que trata de visualizar en su mente.

Al principio detecta como el rastro se eleva. Esto significa que la gruta tiene

una subida. Después, se desvía a la derecha y vuelve a bajar. Por tanto la gruta debe hacer obligatoriamente el mismo. Gracias a este hecho, puede visualizar mentalmente un camino por el interior de la montaña, y ver a dónde lleva, sin hacerlo ella cada vez. Esto habría sido completamente imposible de hacer si en lugar de grutas estrechas se hubiera tratado de una gran ciudad, ya que las personas siempre van por lugares distintos, cruzan las calles por dónde quieren y las superficies son mucho más anchas.

La cuerda roja que Nirgal se imagina mentalmente debe ser de unos cuatrocientos ochenta y un metros de

largo. Da un montón de vueltas extrañas, sube y baja varias veces, y cada vez se aleja más y más del punto de salida. Y esto hace que le sea más difícil mantener la concentración y que, de vez en cuando, esta imagen en tres dimensiones que tiene en mente, se haga intermitente y esté a punto de perderla.

Pero cuando lleva ya quinientos dieciséis metros de camino, la gruta vuelve a acercarse a ella, sin dejar de hacer extraños giros, tumbos, elevaciones y descensos. Animada, se concentra todavía más. La cuerda que antes se hacía intermitente ahora es de un rojo intenso, fruto del interés y de la concentración de la princesa, que ve

como está a punto de llegar a algún lugar.

Y finalmente el milagro se produce. Llega al exterior. Un exterior que resulta ser uno de los agujeros del techo de la misma cueva en la que se encuentra, al otro lado del lago. Desesperada, pierde la concentración, el más de medio kilómetro de cuerda roja imaginaria de su mente desaparece en un instante y ella abre los ojos.

—¡Argh! —berrea exhausta, resoplando— ¿Toda esta currada me he pegado para que el puñetero camino sea falso? ¡Salgo de la pared, y vuelvo otra vez aquí, entrando por el techo! ¡Estos gnoolies están como cabras! ¡¡Estoy

agotada!! ¡Y sólo ha sido una gruta!

¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Los debo hacer todos? —dice, nerviosa, mirando a su alrededor— Puedo tardar meses... ¡años! ¡¡Y tengo las pruebas del Oráculo a las puertas!!

Agotada, se deja caer hacia atrás y cierra los ojos. La concentración que ha necesitado para seguir tan sólo uno de los caminos la ha dejado exhausta. Respira profundamente mientras piensa en las pruebas. Cuando las supere, deberá ser la nueva reina de los zitis. Y entonces deberá ser la mejor. No habrá ni entrenamientos, ni pruebas. Será la vida real. Y, si no está preparada para ello, como lo están los demás líderes,


será incapaz de reinar en Kigal.

Enfadada con ella misma, se reincorpora de nuevo, se coloca en flor de loto y, cerrando los ojos, se concentra con todas sus fuerzas. Una gota de sudor y una ligera sensación de mareo aparecen en el momento en que en su mente se encienden cien puntos rojos, cada uno de ellos ante un agujero, y lentamente, cien largas cuerdas imaginarias, empiezan a recorrer cien grutas zigzagueantes.

—Manos a la obra, que es para hoy... —murmura ella, ante el reto.



## El ritual del sacrificio

 *é que todos tres venís para tratar de salvar al pueblo kuzubi de la terrible pandemia, arriesgando vuestras vidas... —transmite Kuzu, a los tres kiitas— Y es un gesto que os honra y que aprecio profundamente... Pero, por favor, os agradecería que intentarais no destruir más bienes de Shapla.*

Los cuatro se encuentran en la Sala Circular de la torre del Origen. El rey Kuzu está sentado en su cojín, mirando a

la ciudad. A su espalda Nakki, Ziu y Animur permanecen de pie, como niños que han hecho alguna fechoría y esperan el correspondiente castigo

—*Ha sido un pequeño error de cálculo, rey Kuzu* —dice Ziu, serio—. *¡Todo ha sido culpa de Animur!*

—¿¿Que qué?? —grita el tidnum, sorprendido saltándole encima— ¡Ha sido este pajarraco, el que ha aterrizado en el muelle, destrozándolo por completo!

Ziu, con una rápida maniobra, se aparta y vuela hacia atrás, huyendo del felino.

—¡Pero que dices, gato del demonio! ¡Ha sido tu kushu el que se ha

cargado todo el muelle y ha hundido parte del puerto! ¡Y encima has perdido!

—¿Como que he perdido? —dice el rey tidnum, cogiendo su hacha doble—  
¡Retira esto inmediatamente!

—¡Por encima de mi cadáver! —grita Ziu, desenfundando la katana de mango negro.

Sonidos metálicos acompañados por chispazos, insultos y gritos se suceden en la Sala Circular, como nunca ha pasado en su historia, que se podría resumir y simplificar en un cojín con un kuzubi sentado encima, meditando.

—*Rey Kuzu* —dice Nakki, rey del protocolo, con el ruido de la batalla de fondo—, *os pido que aceptáis nuestras*

*más humildes disculpas por el accidente del puerto. Nos sabe muy mal lo que ha pasado y procuraremos controlar nuestras acciones a partir de ahora para que no se repitan en el futuro accidentes como este.*

*—Disculpas aceptadas, Nakki... — dice el kuzubi, levantándose del cojín— Bien... Si acabáis con esto que estáis haciendo y os parece bien, podemos ir a la azotea... allí nos espera Murku. Todo está preparado ya.*

El rey de los kuzubis y el tutor de Nirgal entran en el ascensor de vidrio. Ziu y Animur siguen, animados, su lucha particular.

*—Hey, chicos... Ehem... ¿Subís o*

qué? —pregunta Nakki.

—¡Ahora mismo, Nakki! —grita Animur, bloqueando un golpe de katana — ¡Es un momento! ¡Tan pronto este pico-negro acepte su derrota, venimos!

—¿Aceptar mi derrota? ¡Ja! ¡Lo tienes claro, tigre de pacotilla! — replica el anzud, saltando hacia atrás y volviendo a atacar.

Los dos ocupantes del ascensor cierran la puerta transparente y, con un ligero movimiento del cetro, éste se ilumina y los sube hasta el exterior. Es una azotea plana, redonda, sin barandillas y el suelo es un inmenso espejo circular, que refleja el azul del cielo de Shapla, dando así la

maravillosa impresión de que andas entre las nubes.

—¿Como van a subir esos dos, si no tienen tu cetro? —pregunta Nakki.

Antes de recibir la respuesta, se oye un estallido de cristales y Ziu aparece por uno de los laterales de la azotea, volando con dificultad, con Animur colgando de una de sus patas. Evidentemente, ninguno de los dos ha dejado de luchar ni de gritar. Un vuelo más o menos afortunado hace que aterricen encima de la azotea, agrietando parte del inmenso espejo, dónde siguen luchando de forma amistosamente mortal.

Al otro lado está Murku, con todo lo

que se requiere para poder celebrar la ceremonia. Cuatro cojines colocados en el suelo, debajo de un pequeño cenador en forma de cúpula.

—Exactamente como se había diseñado... —dice Nakki, recordando los bocetos que había visto años atrás.

—Sí... Como la diseñó vuestro ingeniero Sumur, con la consejera Baraka, hace más de veinte años. La Cúpula de melam.

Similar a una tienda de campaña sin paredes, sólo con la parte del techo, de un color blanco translúcido y de tacto rugoso. Con cuatro estilizadas columnas de base fina, que se van ensanchando a medida que ganan altura y culminan

uniéndose en un techo ovalado.

—¡Esperemos que funcione! —dice una voz felina a su espalda.

—Animur... —murmura Nakki—  
¿Has conseguido matar a Ziu acabando así vuestra trascendental discusión?

—¡Ni en broma! —dice el anzud, sonriente— Hemos decidido retomarla tras el Protocolo. No podemos perder las prioridades de vista...

Los cuatro se acercan a la pequeña cúpula, y la rodean, observándola con curiosidad, como cuando se mira un kushu en el concesionario, pensando si vale la pena comprarlo o no.

—*Saludos, Animur, Rey de los tidnums; Nakki, tutor de Nirgal; Ziu,*



*gran explorador* —transmite Murku, inclinando la cabeza.

—*Saludos, Murku, consejera de Kuzu* —transmite Nakki, devolviendo el saludo.

—¡Eiiiiii! —gritan los demás, levantando la mano.

—¿O sea que esta es la famosa Cúpula de melam? ¡Madre mía! Debe de haber costado un montón de kugs —dice Animur, mirando el techo desde dentro.

—Ya puedes decirlo, ya... —apunta Ziu— Esta pequeña cúpula seguro que ha costado más que una de las torres de esta ciudad.

—¡Madre mía! ¡Con todo este dinero se podría vivir toda la vida de forma

bien lujosa! —dice Animur.

—Pero sin esta cúpula no tendríamos ninguna vida para vivir —apunta Kuzu, serio.

Por unos momentos, en la azotea de la torre se palpa un silencio cargado de recuerdos.

—Si debo decirlos la verdad... —dice Nakki, mirando al cielo— no creía que nunca tuviéramos que activar el Protocolo 108/3. Cuando me han dicho que Mul se había encendido como lo hizo hace veinticinco años, he pensado que debía tratarse de algún error. Hasta que he hablado contigo...

—Para ser sincero, yo tampoco esperaba que el virus volviera —dice el

rey de los kuzubis—. Sumur y Baraka estaban bastante convencidos de que la nube no seguía ninguna trayectoria concreta, sino que erraba por el espacio.

—Sí, pero ahora sabemos que no es así... —dice Nakki— Finalmente, y por desgracia, hemos descubierto que parece ser que sigue una órbita y que tiene previsto cruzarse con nuestro planeta cada veinticinco años... o al menos esto es el que ha tardado esta vez.

—¿Sabemos seguro que se trata de la misma nube? —pregunta Animur— ¿Y del mismo virus? Quizás se ha cruzado con cualquier otra masa gaseosa, o algo de eso que va por el espacio...

—Lo hemos comprobado —dice Kuzu, sentándose en uno de los cuatro cojines e invitando a los demás a que hagan lo mismo—. Desde el instante en que Mul se iluminó, el ordenador centinela hizo saltar todas las alarmas y el sistema informático se puso a analizar los datos. Ahora sabemos muchas más cosas que antes. Adelante, Murku —dice a su consejera, dándole la palabra con una señal.

—Efectivamente, tal y como ha dicho su majestad, gracias al aviso de Mul, hemos podido empezar a procesar información sobre la nube desde el principio. Para empezar, sus dimensiones.

—Ah, caramba... es interesante...

—dice Animur— ¿Es muy grande?

—Diez veces mayor que Ki —  
sentencia Murku.

—¡Diez veces mayor! —repite el  
anzud, admirado, tratando de imaginarse  
las enormes proporciones del fenómeno  
— O sea que es imposible evitarlo de  
ninguna forma... ¡no es que se limite a  
atravesar Ki, sino que puede llegar a  
tragárselo por completo!

—Exacto. Ki va a atravesarlo  
completamente, por su tercer cuadrante,  
es decir, el noroeste de la nube, para  
situarnos. Mul se ilumina cuando entra  
dentro de la nube y, desde aquel  
momento tarda unas ciento ocho horas en

entrar a la estratosfera, en función de la localización de Mul respecto a Ki.

—Sí. Esto ya se sabía por lo que tardaron en darse los primeros síntomas desde que Mul se iluminó la otra vez... Ciento ocho horas. Pero entonces no éramos conscientes de que las dos cosas estaban relacionadas —apunta Nakki.

—La nube en cuestión es una masa de varios gases, inocuos para los kiitas. Seguramente la misma nube debe haber atravesado Ki, así como otros planetas, millones a veces desde la creación del universo...

—Pero entonces, ¿como es que no había aparecido antes la enfermedad? —pregunta Animur— Si ha pasado tantas

veces por aquí, lo más normal sería que esta pandemia se hubiera dado ya en la prehistoria kiita y no habría ni un sol kuzubi.

—El virus no es propio de la nube, sino que se ha instalado en ella — replica Murku—. Seguramente entraron en contacto al atravesar algún planeta, y descubrió que no sólo puede sobrevivir en ella, sino que también se puede reproducir fácilmente en ese ambiente. Y, a partir de entonces, lo va arrastrando por dónde pasa.

—A ver, que lo entienda yo... — dice Animur— ¿O sea que hay una nube de gases que va por el universo, recogiendo toda la mierda por doquier y

dejándola por todos los planetas con los que tropieza?

—Recurriendo a un lenguaje llano y simple, podríamos expresarlo de esta forma... —dice Nakki.

—Pues vaya broma, ¿no? —dice el tidnum.

—No veas... —añade el anzud.

—La nube en sí, tarda un mes en atravesar completamente el planeta... o el planeta en atravesar la nube, como queráis expresarlo... El tema está en que, durante un mes entero, Ki y la nube están en contacto.

—Así pues, cuando la reina Sabar hizo desaparecer el virus, la nube ya había salido de Ki, ¿verdad?



—Sí... El sacrificio de la reina Sabar se produjo al cabo de dos meses del inicio de la pandemia y, por tanto, ya hacía un mes que la nube se estaba alejando de Ki.

—Oh, vaya... —dice Nakki, al mismo tiempo que cambia la expresión de su cara— Eso es peor de lo que creía.

—¿Por qué? —pregunta Animur, que se ha perdido ya— ¿Qué pasa?

—¿No lo entiendes? Esto supone un problema con el que no habíamos contado... La reina Sabar pudo exterminar el virus porque la nube se había ido y sólo quedaban los virus de los infectados... pero mientras la nube

esté atravesando Ki, es absurdo tratar de curar a nadie, porque el virus está en todas partes y podría volver a infectar a todo el mundo...

—Bien, así sólo debemos esperar a que pase la nube y dentro de un mes curar a todo el mundo. ¡No tenemos ninguna prisa!

—Olvidas algo, Animur... —dice Ziu, serio— Veinticinco años atrás, pasado un mes de pandemia... el virus Murgig había acabado ya con el veinticinco por ciento de la población kuzubi.

—¡Oh... mierda! —comprende finalmente el rey de los tidnums—. Estás diciendo que si nos esperamos un mes a

que la nube se vaya... ¿puede volver a morir una cuarta parte de la población kuzubi?

—Esto es exactamente lo que quería decir, compañero —dice Ziu.

—Pero debe haber algo más que podamos hacer... —murmura Nakki— Quizás podríamos aislar los kuzubis que se curen, para evitar que vuelvan a contraer el virus, o...

—Todo es inútil, Nakki —dice Murku—. Hemos estado pensando en todas las posibles opciones. Este virus se transmite por la esencia y es imposible deshacerse de la propia esencia. Sólo hay una solución... ¡Limpiar la nube!

—¿Como dices? —dice Nakki—  
¿Limpiar la nube? ¿Exterminar los virus  
de una nube de gases que es diez veces  
más grande que el planeta? ¡Esto es  
imposible!

—No fue imposible para mi madre  
—dice Kuzu.

—Con todos los respetos, aquello  
fue completamente diferente, Kuzu. No  
quiero hacer comparaciones, pero la  
reina Sabar estaba muy por encima de  
tus niveles —dice Nakki al rey de los  
kuzubis—. Era y ha sido la mejor de  
toda la historia de Ki. Y aún así, su  
técnica la fulminó completamente, ¡a  
ella y a su corona! ¡Y fueron sólo los  
virus que se habían quedado en Ki! Lo

que pretendéis que hagamos es exterminar dos o tres mil veces más de virus. ¡Y ni siquiera tenemos la Corona de melam!

—¡Pero tenemos la Cúpula! —dice Murku— ¡Por esto la mandamos construir! Y os tenemos a vosotros, que habéis sido entrenados para llevar a cabo el protocolo.

—Esta cúpula fue diseñada teniendo en cuenta la cantidad de virus que absorbió la reina Sabar, y no la nube, de la que no conocíamos el volumen. Y nuestra participación en este protocolo no sabemos si va a servir para algo... ¡está planteado sobre una base teórica!

—Pero Nakki... —pregunta Animur

— ¿No podemos probar para ver qué pasa? Si no nos salimos con la nuestra, a malas, nos esperamos un mes y lo volvemos a probar cuando la nube ya se haya ido...

—Imposible, Animur —dice Ziu—. Lo que dice Nakki es cierto. Ni esta cúpula, ni nosotros estamos preparados para exterminar tal cantidad de virus... Si lo probamos y no sale bien, no podremos volver a intentarlo, porque lo más seguro es que, tanto la cúpula como nosotros, acabemos completamente destruidos... Y entonces, nadie podrá hacer nada... ni ahora, ni dentro de un mes. Y el virus se cargará a todos los kuzubis.

—¡Collindres de nube de los pimientos! —grita Animur, desesperado — Si esperamos un mes, se cargará a la cuarta parte de los kuzubis, y si lo intentamos ahora y no sale bien, se los cargará a todos... ¡No me gustan nada los enemigos a los que no se les puede partir la cabeza con una hacha!

—La única posibilidad de éxito es que lo intente yo solo —dice Kuzu.

—¿Queeee? —dice todo el mundo.

—¡No hablarás en serio, Kuzu? Esto sería un suicidio inútil. ¡Morirías y no conseguirías nada en absoluto!

—Quizás sí, pero no puedo dejar morir a una cuarta parte de mi pueblo y mantenerme con los brazos cruzados.

Además, ¿quien me asegura a mí que no voy a ser uno de los millones de kuzubis que muera durante este mes? ¿O Murku? ¿O los dos? Y entonces ¿quien va a poder hacer algo, dentro de un mes? Debo tratar de exterminar el virus por completo, y si yo no lo consigo, vosotros lo probáis dentro de un mes, con Murku.

—Sigo pensando que esto no es nada más que una muerte en vano, Kuzu —dice Nakki—. Es más útil esperar y, si vemos que tienes los síntomas del virus, entonces puedes arriesgarte. Pero no por el momento...

—¡Ya basta, Nakki! ¡He decidido que voy a hacerlo así, y así se hará! —



grita el rey, por primera vez— Yo viví la primera pandemia, Nakki... sólo era un crío, entonces. Vi como iban cayendo todos mis amigos, uno a uno... mis compañeros de clase... mis profesores... mis familiares... incluso mi padre. ¡¡Y mi madre dio la vida para salvar a los que quedábamos!! Si de verdad creéis que voy a pasarme un mes entero viendo como vuelven a empezar a morir todos los kuzubis del planeta, de uno en uno... os equivocáis. ¡Antes moriré yo, tratando de salvarlos! — sentencia el rey.

Los cuatro quedan en silencio, mirando al rey Kuzu, al que nunca antes habían visto mostrar tantas emociones.

—Muy bien, muy bien... —dice finalmente Ziu— Me has convencido, pececito de mar. Pero yo también me apunto al carro. Si lo haces a solas, seguro que la cagas. ¡Mi nivel 9 sensorial te va a ir de perlas!

—¡Ya está el pajarraco este haciéndose el valiente! —grita Animur — ¿Crees que voy a dejar que te hagas el mártir? ¡Yo también me apunto! ¡Nivel 10 sensorial, pringado! ¡Supéralo, si puedes!

—¡Ajá!... pero sólo tienes nivel 5 mental, ¡cabeza hueca! —responde Ziu — ¿Qué quieres hacer con eso? ¡Sólo vas a molestar!

—¿Molestar yo? ¡Ja! Tú sí que

molestas, ¡que tienes la cabeza llena de pájaros! ¡Eres un calavera! ¡Un anzud sin oficio ni beneficio! ¡Eso es el que eres!

—Oh, muy bien, muy bien... —dice Nakki, cerrando los ojos y tapándose la cara con la mano— Nada va a salir bien si nos peleamos... De acuerdo. Voy a colaborar... de lo contrario, estaría condenando a muerte a toda la raza de los kuzubis, si os dejo solos tratando de llevar a cabo el protocolo... En fin... si sale mal, seguramente moriremos todos y no deberemos dar explicaciones a nadie...

—Muy bien... —dice Kuzu— Así pues, cuento con todos vosotros, para

ejecutar el Protocolo 108/3. Limpiaremos esa maldita nube, y nunca jamás nadie deberá sacrificarse por...

Antes de que pueda terminar la frase, una transmisión telepática llega directa a la mente del rey de los kuzubis. Las facciones de su rostro cambian y se entristecen.

—¿Qué pasa, rey Kuzu? —dice Murku, preocupada.

—Acaban de ponerse en contacto conmigo desde el Hospital de Musgal — responde Kuzu—. Una kuzubi que estaba de vacaciones, acaba de ser ingresada en urgencias, con todos los síntomas del virus Murgig.

## Esencias



esenta y cuatro kilómetros de cuerdas rojas, repartidas en cien rocambolescos y laberínticos tramos, de más de quinientos metros cada uno, llega a visualizar mentalmente Nirgal, que ha llegado a un punto tal de concentración que es como si siguiera realmente el recorrido con sus propios ojos.

Cada vez que uno de estos largos gusanos rojos de rastro de esencia llega a su destino, normalmente un callejón

sin salida o una salida a la misma cueva donde ella se encuentra, se apaga automáticamente, un nuevo punto rojo aparece en otra entrada y empieza a alargarse con rapidez, adelantando por la gruta llena de la esencia de todos aquellos que han pasado por allí. Nirgal, sentada en posición de flor de loto, se concentra en no perder la pista de ninguno de los recorridos.

Cada vez le resulta más sencillo asimilar la técnica y aunque tenga cien controlados a la vez, tarda poco tiempo en repasarlos; en una hora puede llegar a comprobar unos mil doscientos. Teniendo en cuenta que lleva ya más de un día sentada aquí, el total de túneles

comprobados sobrepasa los treinta mil.

Y, de pronto, abre los ojos y todas las cuerdas desaparecen. Todas menos una. La gruta número treinta y tres mil doscientos cuarenta y tres que ha comprobado.

—¡Ya te tengo! —grita con una extraña mezcla de desesperación, rabia y alegría en la voz.

Mientras se levanta, entumecida por no haberse movido en tantas horas, mira fijamente el agujero ganador, para asegurarse de no perder el rastro de seiscientos dieciocho metros que le permitirá volver a Kizuru.

—Ahhhh... ya te tengo... ya te tengo... —repite una y otra vez mientras

se acerca al agujero, con las piernas medio dormidas.

El agujero es poco más alto que la medida de un ziti adulto y se encuentra en el oeste de la cueva. No posee ninguna señal especial, ni nada que lo destaque por encima de los demás. Al estar tan arriba, Nirgal se ve obligada a utilizar los agujeros que hay repartidos por la pared de la cueva como si fueran escalones de una escalera, cogiéndose con las manos e impulsándose con las piernas, escalando de forma algo rudimentaria hasta llegar a él.

Mientras se va acercando, percibe cada vez más claramente que es la gruta correcta y en los últimos metros ya está



totalmente segura de ello, puesto que llega a captar algunas de las esencias que hay al otro lado sin ninguna dificultad.

—Bien, bien, bien... ¡ya estoy aquí!  
—dice Nirgal, entrando finalmente en la gruta— Ahora sólo me faltan por hacer seiscientos dieciocho metros de nada... arrodillada... a cuatro patas... por una gruta estrecha, húmeda y tenebrosa... ¡Que bien!

La gruta está completamente a oscuras, pero gracias a su capacidad para seguir la esencia de los que han pasado por allí, no le hace falta ni siquiera abrir los ojos. Se limita a seguir la cuerda mental. Aún así, debe

vigilar para no darse ningún golpe en la cabeza con alguna estalagmita traidora. A quinientos sesenta tres zigzagueantes metros de dónde se encuentra en aquel momento, la espera su padre, charlando tranquilamente con Paza.

—¿Notánadamal, ehhehh? ¡Yeheee!  
—dice Paza, contento— ¡Tutardaste tres días!

—¡Tienes toda la razón, Paza! — dice el rey, orgulloso— Y mi hija lo habrá hecho en algo más de un día... ¡casi tres veces más deprisa que yo! ¡Será una reina magnífica, ya lo verás! ¡Me superará en todo! ¡Más te vale que tenga una buena piedra para el cetro!

—¡Ziiii, ningún problemaaaa!

¡Muuuuybonita vaaser! ¡Yeheee! — responde él, levantando las manos, contento.

A tan sólo trescientos sesenta y seis metros de ellos, Nirgal ya puede oír sus voces y los ruidos del día a día de Kizuru.

—Si todo va bien, la chica habrá logrado los veintiún niveles en un santiamén. Espero que entonces Nakki habrá vuelto ya de donde quiera que esté... y si ha podido llevar a cabo el Protocolo 108/3, podrá acabar el entrenamiento... Por cierto, ahora que lo pienso... ¡espero que habréis hecho una buena piedra también para Nakki!

—¡Zíiii! ¡Guapa! —dice contento

Paza, con una sonrisa de oreja a oreja—  
¡¡Roja!! ¡Muyguapaa! ¡Yeheeee!

—¡No esperaba menos de vosotros!  
¿Y la has escondido ya en la gruta  
Gasam?

—¡Ups! —dice Paza con la boca  
pequeña, mirando hacia una esquina—  
Paza ahora vaaaesconderla. Yehe.

Y diciendo esto, el pequeño Paza se  
aleja, andando con manos y pies, para  
hacer la pequeña gestión que se le ha  
olvidado.

—¡Ja, ja, ja! —ríe Lugal—  
Tranquilo, ves, ves... que a esta chica  
todavía le queda un buen rato.

El rey introduce la cabeza en el  
agujero y coge aire llenando los

pulmones.

—¡Nenaaaaa! Venga, date prisa, ¡que no tenemos todo el díaaa! —grita dentro de la gruta.

—¡La madre que lo parió! —reniega Nirgal— Que por cierto... es mi abuela Iagal... La yaya... Me pregunto qué debe de estar haciendo, ahora... ¡Es tan dulce y tranquila!

\* \* \*

A doce mil quinientos kilómetros de aquel punto, la cuatro veces centenaria y legendaria Iagal Kala, oye un ligero pitido en la oreja derecha, en el mismo instante en que esquiva la mortal vara de

Gizzalkamma, enzarzada en plena lucha amistosa. Sonriendo, piensa en su nieta Nirgal, mientras lanza una onda expansiva a su contrincante.

\* \* \*

—¡Vaaaa! ¡Vengaaaa! ¡Tú puedes! — grita el rey— Date prisa, que debemos seguir el entrenamiento.

—¡Ya te vale! ¡Como quieres que siga entrenando, si hace un día que no duermo ni como ni nada! —grita la princesa, cada vez más cerca de su padre.

—¡Ah, esto te pasa por tardar tanto! —replica el rey— ¡Yo pasé esta prueba

en sólo ocho horas! ¡Tres veces menos que tú! ¡Si te hubieras apresurado, habrías llegado ayer!

—¿¡En ocho horas!?! —grita desesperada Nirgal, que ya ve luz al final de la gruta— ¿Y como lo conseguiste?

—¡Ah, esto no te lo pienso contar! ¡Si lo hiciera, sabrías tanto como yo!! —ríe Lugal.

Los últimos metros de la gruta le parecen muy extraños a Nirgal. No por estar manteniendo una conversación a gritos con su padre, pues esto podría formar parte de su día a día, ni siquiera por irse quedando medio ciega por la claridad del exterior, tras pasar más de

veinticuatro horas en penumbra, sino por la extraña sensación de percepción que la invade en estos momentos.

Cuanto más se acerca a la salida, más esencias nota, de forma nítida y clara.

—¿Qué? ¿Se nota el cambio, verdad? —pregunta su padre—  
Tranquila, terminarás acostumbrándote.

—Oye, papá... ¿Como estás? ¿Cómo tú, por aquí? —bromea ella, mientras sale del agujero, tapándose los ojos con una mano, para protegerlos de la luz—  
¿Qué dices de acostumbrarme? ¿A qué quieres que me acostumbre ahora?

—¡Je, je! ¡Échale una ojeada a esto!  
—dice su padre, señalando la ciudad.



Nirgal, tratando de acostumbrarse a la luz, mira hacia Kizuru. En un primer momento no asimila del todo lo que ve, pero pronto se da cuenta de lo que es y abre unos ojos como naranjas.

—¡Uaaaaaaaaaala! ¡Uala, uala, ualaaaaa! ¡Uala, uala! —repite una y otra vez, incapaz de pronunciar otras palabras por el momento— ¡Ostras, ostras, ostraas! ¡Qué flipe!

Y es que la visión de los gnoolies paseando por la ciudad que tenía Nirgal, ha cambiado por completo desde la última vez. No tan sólo es capaz de percibir una especie de aura alrededor de cada uno de ellos, sino que también ve una estela semitransparente, del

mismo color, que va siguiendo su camino.

—¿Qué? ¿Chulo, eh? —dice su padre, completamente consciente de lo que está viendo su hija— Cada aura es de un color diferente, en función del estado de ánimo, de la energía, de la edad, de los sentimientos... Hay centenares de variables que hacen que cada una sea de un color, de una medida, incluso de una forma distinta.

—Y tú ¿ves esto así todo el rato? —pregunta la princesa, mirando y revisando todas las auras de los gnoolies.

—Sí, claro. Has llegado al séptimo nivel de habilidades sensoriales, gracias

al entrenamiento...

Ahora ya no puedes ir más allá, si no es con la ayuda del cetro, o de las joyas de melam... ¡pero la visión de la energía, de las esencias y de las auras, ya no té la puede quitar nadie! ¡Ja, ja, ja!

—Ostras, ostras... Muy curioso — dice Nirgal, pasando los ojos de gnoolie a gnoolie, la mar de entretenida— Esto debe ser muy práctico. Puedes ver cómo está la gente y puedes... ¡UALAAA!

Nirgal se queda sin habla y no puede evitar esta expresión de sorpresa al ver el aura de su padre. A diferencia de la de los gnoolies a los que envuelve también pero que no tiene un grosor de más de veinte centímetros, el aura de

Lugal triplica su medida, llegando a tener una forma esférica perfecta. Su color, que en los habitantes de Kizuru es de varias tonalidades, en función de como es cada uno, es, en el caso del rey de Kigal, de un blanco claro, suave, casi transparente.

—¡Papa! ¡Tienes una aura brutal! — dice ella, señalándolo.

—¡Ja, ja, ja! ¡Muchas gracias, hija mía! — agradece él— Pero créeme si te digo que he visto algunas mucho mejores. ¡Ya verás, ya, cuando empieces a conocer gente importante! Es más... ¡ya verás como será la tuya, cuando lleves veinte años en el trono!

De pronto, Nirgal cae en ello.

Todavía no ha visto su propia aura. Rápidamente, mira a su alrededor, pero no ve nada. Observa sus manos. Tampoco.

—¡Papá! ¡Yo no tengo! —dice, tensa.

—¡Ja, ja, ja! ¡Claro que tienes, hija mía! Pero no la ves, porque estás dentro de ella... Debes verte en algún espejo... ¡o en el agua!

Tiempo le falta a la princesa para correr al lago del nivel cero y observar su imagen reflejada. Como la de su padre, es blanca, pero no tan clara ni transparente y mucho más pequeña. Ni siquiera duplica su medida, pero la cubre completamente, con una forma

ovalada.

—¡Uoooooooo! ¡Mi aura tiene forma de huevo! — grita, señalando el agua.

—Bien... Pero esto puede cambiar —le cuenta el rey— Dependiendo de como te encuentras, tiene una forma u otra...

—¿Ah, sí? ¿Y qué quiere decir la forma de huevo? ¿Estoy contenta, triste, o qué?

—¡Ja, ja, ja! Nirgal, esto es más complicado de lo que puedas imaginarte... Cada cual lo vive de forma distinta... pero, podríamos decir que, cuanto más redonda, mejor estás... Pero hay excepciones...

—¡Ahhh! ¿Y los colores? ¿Qué

quiere decir el blanco? ¿Y el amarillo?

—Ay, Nirgal... Ahora no tenemos tiempo para esto... debemos seguir con el entrenamiento. Ya lo irás descubriendo tú misma... Cuando vayas tratando a las personas y veas su estado de ánimo, irás aprendiendo cómo funciona.

—¿Entrenarme? ¿Pero lo dices de veras? —dice la princesa, volviéndose hacia él— ¿No has oído que te decía que llevo veinticuatro horas sin comer ni dormir? ¡Me va a dar un yuyu si no descanso un poco!

—¡Ahhh, te quejas por no nada! —dice el rey, mientras busca en su bolsillo — A ver... Ten... ¡tómame esto!

El rey le lanza una pequeña cápsula que Nirgal agarra y la observa con curiosidad.

—¡Uo! ¿Qué es esto? ¿Una glimp? —dice poniéndose la pastilla ante la nariz.

—Sí, tómatela y ven. ¡Vamos! ¡Que tenemos faena! —dice el rey, alejándose — ¡Debemos entrenar el eje mental!

—¿Qué? ¿Que me coma una glimp? ¡¡Pero si esto es una cosa absolutamente prohibida!! —dice ella, siguiendo a su padre— ¡Pero si desde que era una cría siempre me habéis dicho que no me las ponga en la boca, que podría morir de una forma horrible y asquerosa!

—Vamos, Nirgal, ¡que hay faena! —



repite el rey.

—Mug bien, mug bien... —dice Nirgal, con la cápsula en la boca—  
Pegó ji me paja alguna coja...

Mientras traga la cápsula, va sintiendo como su hambre desaparece, sus músculos se relajan de forma exagerada, su cabeza se vacía de todo lo que tiene en mente, y cae en el más profundo y relajante de los sueños. Cuando abre los ojos le parece que ha pasado semanas descansando. Y se encuentra de fábula.

Ya no tiene hambre, ni sed, ni siquiera está cansada. Se siente como si hubiera comido y dormido hasta que el corazón le hubiera dicho basta. Está

completamente recuperada de la primera parte de su entrenamiento. Tan sólo hay un pequeño problema. No puede ver absolutamente nada.

Todo a su alrededor es negro y oscuro como el carbón, como si hubiera cerrado los ojos, o alguien le hubiera puesto una venda negra. Se levanta despacio y, al poner las manos en el suelo, nota que parece de metal. Medio inclinada, mueve las manos hacia adelante, para tratar de localizar algún punto de referencia. Lo encuentra rápidamente. Delante de ella se levanta una pared tan metálica como el suelo.

A tientas, la recorre en sentido lateral y enseguida llega a un rincón, no

muy lejos del lugar de salida. Formando un ángulo recto, enlaza con otra pared. Ésta vuelve a encontrarse con otro rincón y éste con otro. Nirgal, extrañada, se pone de puntillas, levantando las manos al máximo y comprueba que lo que estaba empezando a sospechar es real. Un techo metálico.

No hay duda. Está encerrada en una caja. Golpeando con los nudillos de la mano, como si llamara a una puerta, comprueba su solidez. Parece densa y dura. Le pega un puntapié con todas sus fuerzas. Constata que sí que lo es. Y ahora le duele el pie.

—Bien... y ¿qué se supone que debo hacer aquí? —se pregunta en voz alta.

De pronto, como si quisiera responder a su pregunta, una divertida pero a la vez terrorífica música de circo, hace que pegue un bote del susto.

—¡Nirgal Sata! —dice felizmente la divertida y terrorífica voz que acompaña a la música— ¡Bienvenida a la gruta Gasam! ¡Esperamos que disfrutes de un buen rato y que no mueras todavía!

—Ah, vaya por Dios, que ilusión... —se resigna la princesa— Bien, y qué se supone que debo...

—La primera prueba es... —anuncia la voz, con un redoble de fondo— ¡Salir de la caja!

El estridente sonido de unos platillos anuncia el fin de la transmisión

y de la escalofriante música, lo que la princesa agradece en extremo.

—Y claro está, hombre... ¡lo que me faltaba! — se queja ella, mirando arriba sin ver nada— Esto ya se intuía ¿Qué debería hacer, sino? ¿Encaje de bolillos?

Mascullando, la princesa se sienta en el suelo en la posición flor de loto y empieza a revolver los archivos akásicos, buscando información del tal Gasam. Pero lo poco que consigue saber de él es que es el responsable de las Pruebas del Oráculo. Ni siquiera especifica su raza, edad, ni ningún detalle más concreto.

—Bien... Dejémoslo estar...

Veamos, veamos qué hay por aquí... — dice mientras se concentra mentalmente — A ver si detecto alguna esencia que me dé alguna pista...

En poco tiempo se da cuenta de que no hay ninguna esencia que pueda detectar. Está allí más sola que la una.

—Vaya cacao... —se queja— Esto de las esencias no me va a servir aquí... Uhm... A ver... déjame pensar... Papá ha comentado que íbamos a entrenar el plano mental... Para lograr superar el nivel que tengo, debería ser capaz de hacer un viaje astral... esto no me ha salido nunca todavía... Bueno... Por probar no pierdo nada... tengo todo el tiempo del mundo.

De pronto, dejándola patidifusa, vuelve a sonar la música y las paredes de la caja se encogen un palmo por todas partes.

—¡Nirgal Sata! —grita la voz chungu con retintín— Para hacer más emocionante este reto, te informo de que, a medida que pase el tiempo, las paredes de la caja se irán encogiéndose. Muchas gracias... ¡y mucha suerte!

La música vuelve a desvanecerse en la nada.

—Oh, vaya... Me parece que no tengo todo el tiempo del mundo...

# Los sutums, al descubierto



sí pues, los rumores eran ciertos —afirma Kanasul.

—Sí, señor —contesta Raknud, contento de poder traer buenas noticias a su amo y señor.

—Muy bien, muy bien... —dice el Señor de Zapp, repicando con sus uñas en el brazo del trono— O sea que, después de todo, estos sutums han sabido organizarse. A pesar de la muerte de su heredero Kiply, y de nuestro



ataque posterior...

—¡Eso parece, señor! Según nuestros espías, están en la región de Girintak, una zona de Kibala muy próxima a los pantanos de Amudur.

—Y, ¿qué hay de cierto en lo que hace referencia a ese supuesto líder que han escogido?

—Todavía es pronto para confirmarlo, señor... todo parece indicar que tienen cierta estructura jerárquica y que están completamente organizados, pero tienen un nivel de respuesta bélico muy bajo y los podríamos eliminar fácilmente.

—Raknud, eres demasiada estúpido para ser capitán de mi ejército, lo sabes,

¿verdad? —dice Kanasul, pensativo—  
Un ataque así sería una mala jugada.  
¡Antes de actuar necesitamos más  
información! Debemos saber si es la  
única colonia de sutums que hay, si  
realmente tienen un líder, y quien es,  
cuántos son en total... ¡Todo eso es  
información vital!

—Sí, señor... claro que sí, señor.

—Bien, en todo caso... ahora  
tenemos allí unos soldados infiltrados,  
¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Muy bien... Pues que sigan  
investigando... lo quiero saber  
absolutamente todo... empezando por el  
nombre de este líder que han escogido.

¿Me oyes? Es importante que sepamos quien es y tenerlo vigilado. Cuando ataquemos, será el primero al que se deberá eliminar... y colgaremos su cabeza en una estaca, ¡para que todos lo vean!

—Sí, señor, así lo haremos. Ahora mismo me pondré en contacto con ellos y les comunicaré que necesitamos tanta información como les sea posible recoger.

—Bien... Ahora ya puedes retirarte... —murmura Kanasul sin siquiera mirarlo.

Raknud saluda y se va con rapidez, dando gracias a Bizalad, el dios de los musdagurs desesperados, por haber

superado su primera visita a Kanasul como responsable y seguir vivo. En Zapp todo el mundo sabe que la mayoría de personas que van a hablar con el Señor de Zapp mueren en la primera entrevista. Parece ser que en ocasiones sucesivas la probabilidad de morir disminuye, pues significa que le eres de alguna utilidad al dictador.

En el momento de salir se cruza con Muduru, al que saluda antes de irse. El consejero, extrañado, se acerca hasta el trono.

—Uhm... ¿todavía sigue vivo, este tal Raknud, señor? —pregunta curioso—  
¿Ha traído buenas noticias, quizás?

—¿No sabes que la curiosidad mató

el consejero, Muduru? —amenaza el rey.

—Uhm... ¿No era la curiosidad mató el gato, señor? —puntualiza el consejero.

—¿Quieres comprobarlo tú mismo? —responde el Señor de Zapp levantando el cetro.

—Uhm, no hace falta, no hace falta... En fin...

Vengo a traer más noticias, en todo caso. Esta vez nuestros espías en Shapla han descubierto cosas bastante interesantes.

—Adelante, explícate.

—Parece ser que después de que Mul brillara, se ha celebrado una reunión secreta entre el rey Kuzu, el rey

Animur, el gran explorador Ziu y el tutor de la heredera de Kigal, Nakki.

—Muy bien, muy bien... Veo que no íbamos tan desencaminados... Tal y como pensábamos, aquella extraña señal de Mul está relacionada con la pandemia de Shapla. Son los mismos que se reunieron después de que la reina Sabar eliminara el virus. Y ahora vuelven a reunirse cuando Mul ha vuelto a iluminarse... Uhm...

¿No había alguien más en la primera reunión?

—Sí... lo tenemos todo escrito en el historial de informes de nuestros espías —dice Muduru—. Sumur, el ingeniero oficial de Sata, y Baraka, consejera de

los kuzubis. Ahora no están ni el uno ni la otra. Sumur parece ser que ha desaparecido y la consejera se retiró del cargo cuando Kuzu subió al trono.

—Muy bien... Deberíamos saber cuales son sus intenciones... y saber si podemos evitar que las lleven a cabo, claro está. Seguramente pretenden volver a eliminar el virus... pero a nosotros nos iría mucho mejor que no fuera así... Si una nueva pandemia elimina a todos los kuzubis en unos pocos meses, será muy bienvenida... Aunque sea un pueblo que siempre se mantiene neutral, no hace más que estorbar, en el fondo... y son peligrosos.

—De acuerdo, señor. Según la

información que tenemos ahora, parece ser que piensan repetir lo que hizo la reina Sabar... Lo más seguro es que se trate de alguna ceremonia o de alguna técnica que debe requerir grandes habilidades mentales. Vamos a investigar a fondo sobre ello.

—Muy bien... Puedes retirarte.

—Una cosa más, señor... —dice el consejero, un poco acojonado.

—¿Qué pasa ahora?

—Uhm... El rey Lugal... se ve que... se ve que se retira.

—¿Qué? ¿Que el rey Lugal se retira?

—repite el Señor de Zapp, sorprendido

— ¿Cuándo?

—Dentro de poco, señor...



—Esto quiere decir que su hija ya debe de haber superado... ¡No! ¡Un momento! No puede haber superado las pruebas, porque Mul no se ha encendido...

Por lo tanto... ¡Debe de estar a punto de presentarse a ellas! —sonríe maliciosamente— ¿¡Como lo habéis sabido!?! ¡Esta información es confidencial! El día que los monarcas se retiran suele ser un secreto muy bien guardado. Casi tanto como el día que el heredero pasa las pruebas. Así pueden evitar que sus enemigos les ataquen en el Valle del Oráculo, antes de presentarse a ellas. ¿Tenemos un espía en el castillo? ¿Un musdagur infiltrado?

¿O quizás hemos captado una transmisión telepática?

—Bien... No exactamente... —dice Muduru, sacando un sobre de color azul de la túnica— Nos ha mandado una invitación...

—¿QUE QUÉ? —grita el jefe supremo de los musdagurs.

—Una invitación... —dice el consejero, abriendo el sobre y ofreciéndole la postal que iba dentro— ¿La ve, señor? Una postal con forma de perrito, con música para cuando se abre...

Exactamente así. Al abrir la postal, se oye una música grabada digitalmente, el himno nacional de Kigal en versión

disco. Kanasul se la arrebató de las manos y lee lo que está escrito en su interior:

Querido Kanasul,

El próximo día 27 de julio los zitis celebraremos en Zink la proclamación de la nueva reina de Kigal, mi hija Nirgal. Queremos invitarte a la fiesta que vamos a celebrar en el castillo de Sata, junto a tu consejero. Tras la proclamación habrá varios actos en la plaza del castillo y una comida popular. Se ruega confirmación de vuestra asistencia.

Besos.

Lugal, rey de Kigal.

—También nos ha mandado una caja con pósteres anunciando la fiesta, por si queremos pegarlos en Zapp. Llevan una foto del rey y de la princesa, con el castillo de Sata al fondo. Dicen que el acto de proclamación es gratuito y que la comida popular tiene un precio simbólico, un kug amarillo por persona.

—¿Todavía se atreve a provocarme, este ziti del demonio? —grita Kanasul arrugando la postal, hasta convertirla en una bolita, que echa con rabia contra la pared— Muy bien... si quiere jugar,

jugaremos... ¡como no! Quiero que no le saquéis los ojos del encima, a ese Lugal... ¡ni a él ni a Nirgal! ¡Quiero saber dónde están en todo momento! Pienso seguir todos sus movimientos, y cuando vayan a la Cueva del Oráculo, los eliminaré a los dos... ¡para siempre jamás! ¿Me has oído, Muduru? ¡Quiero que alguien siga sus pasos veinticuatro horas al día! ¿Dónde están, ahora?

—Uhm... no lo sabemos. Los hemos perdido.

—¿¿Que qué?? —grita, enfadado, el señor de Zapp— ¿Qué quieres decir que los habéis perdido?

—Sí. Bien... nuestros informadores nos han dicho que el rey y la princesa de

repente ya no estaban por allí... parece ser que se escaparon durante la noche, sin dar explicaciones... La gente de Zink dice que no es ninguna novedad... Que el rey es algo despistado.

—Despistado... o demasiado listo —dice Kanasul—. Debe saber de sobras que hay espías por todas partes y habrá decidido desaparecer sin decir nada a nadie para que no se filtre la información... Lo más seguro es que haya ido a entrenar Nirgal por su cuenta.

—Uhm... muy astuto... —murmura el consejero— Bien, así pues... ¿cuales son vuestras órdenes?

—Manda un nuevo grupo de espías al Castillo de Sata y que confirmen que

es cierto, que no hay nadie, ahora, por allí... Si realmente es así, podríamos aprovechar ese momento de debilidad para atacar... o al menos, para prenderle fuego al castillo, que tampoco estaría mal.

—Sí, señor, así lo haré —dice Muduru, haciendo una reverencia y saliendo de la sala del trono.

Con él, aunque sin saberlo, también sale de allí un segundo musdagur, que en lugar de ir por el suelo se desplaza por el techo. Aku lo sigue un buen trozo pero, al llegar a las escaleras, el consejero pasa de largo y el pequeño musdagur camaleónico se va hacia el piso inferior. Con pasos pequeños,

rápido y silencioso, Aku llega a la puerta de Golik, que abro y cierra con rapidez, con una maniobra que le da tiempo de sobra para entrar.

—¿No sabes que se debe llamar a las puertas y pedir permiso para entrar? —dice Golik, sentado en la mesa, escribiendo.

—¡Traigo noticias! ¡Muy importantes!

—Más te vale... Veamos, dime... ¿han descubierto algo sobre la ubicación de los sutums? ¿ya saben de qué va aquello de Mul?

—Me he enamorado.

—Oh, vaya... —dice Golik, volviéndose y mirándolo por primera



vez— Felicidades... y... ¿quién es la agraciada?

—Musnin —confiesa él.

—¿Musnin? —se sorprende el heredero de Zapp.

—Musnin —afirma él, suspirando.

—A ver... que yo me entere... ¿Me estás diciendo que te has enamorado de la futura mujer del futuro Señor de Zapp? ¿La de la nobleza de tal y pascual?

—Exacto.

—Chico, pues siento mucho ser yo quien debe decírtelo, pero tú tienes un problema.

—¿Por qué?

—¡Como que por que! ¡Por favor!

¡¡Con todas las musdagurs que hay en este planeta nuestro, y a ti no se te ocurre nada más que enamorarte de la que debe casarse con el nuevo Señor de Zapp!!

—Ohhh, pero es tan guapa... He podido hablar con la doncella que han puesto a su servicio, Musama, aquella chiquilla que tiene un genio que no veas, y...

—Oye, mira... Dejemos esta interesantísima charla para más tarde, ¿de acuerdo? Y ahora dime...

¿Qué pasa con el campamento sutum? ¿Y con Mul?

—¿Eh? Ah, sí... —dice el pequeño espía, dejando de lado por un instante

sus amorosos pensamientos— Prepárate,  
prepárate... que ahora bien lo mejor...

# 26

## La gruta Gasam



a mayoría de técnicas de nivel mental adelantado enseñan que, para hacer un viaje astral, el primer requisito es buscar la propia esencia, cuestión muy más difícil que buscar la de los demás, por el simple hecho de que estamos acostumbrados a la nuestra.

Tras detectarla se debe proyectar fuera del cuerpo. Para hacerlo el ejercicio más práctico es imaginarse mentalmente como la propia esencia

sale físicamente del cuerpo y se aleja de éste. Con el tiempo uno puede saltarse esta primera etapa, pudiendo hacer aparecer directamente el cuerpo astral allí dónde se quiera. A mayor habilidad mental, más lejos puede aparecer y desplazarse éste y durante más tiempo.

Tras ocho horas de esfuerzo, Nirgal ha conseguido llegar varias veces hasta este punto, pero siempre acaba perdiendo el control en el momento en que consigue empezar a desdoblarse. Uno de los momentos más complejas de todo el proceso, por cierto.

El cerebro, en general, está preparado para recibir información de los cinco sentidos, pero no de diez. Y

esto es exactamente lo que pasa al hacer una proyección astral. De pronto, tanto el cuerpo físico como el astral le mandan información, duplicándolo todo, y se hace un lío. Es como si dos personas, una en cada oreja, contaran una historia diferente a la vez. Es muy difícil prestar atención a las dos y se suele tender a escuchar sólo una.

Pues se trata exactamente de lo mismo, pero no sólo con el oído, sino también con la vista, el olfato, el gusto y el tacto.

Quien empieza a aprender a hacer viajes astrales, sólo puede conseguirlo si su cuerpo físico está en estado de tránsito, como si estuviera totalmente

desconectado. Así se puede concentrar sólo en el cuerpo astral y es todo más fácil. A medida que aumenta su habilidad, es capaz de controlar también el físico. Entrenar este segundo nivel es ya muy complejo, pero da muy buen resultado, ya que, si se controla, contribuye a una mejora extraordinaria en el dominio del primer nivel. El cuerpo astral puede aparecer mucho más lejos, de forma muy rápida y durante más tiempo.

Una vez más, Nirgal consigue iniciar el viaje, y una segunda Nirgal sale poco a poco de su interior. Al principio más transparente que la original, pero haciéndose más opaca, como si

realmente fuera de carne y huesos. Con un gran esfuerzo de concentración, consigue extraer su imagen de cintura hacia arriba. Un pequeño esfuerzo más y...

Pero la música de circo vuelve a explotar en su cerebro, haciendo que se desconcentre de tal forma que su imagen astral desaparece por completo.

—¡Atención, atención! —grita la voz, diabólicamente feliz— Nirgal Sata, ¡te comunicamos que la caja se va a encoger un poquito más! ¡¡Muchas gracias por tu tiempo y hasta la próxima reducción!!

Una última fanfarria y retorna el silencio.



—¡Cagüen el puñetero Gasam, en su gruta y en su voz, que me está dando el día! —grita la princesa, divertidamente enfadada— Si te pillo, payaso risueño, pienso encerrarte en esta misma caja...

Sin dejar que siga maldiciendo, la caja se reduce hasta tocar su cabeza, que queda torcida hacia un lado.

—¡Ah! Muy bien... Una posición muy cómoda, si señor, para tratar de hacer viajes astrales... Así me gusta... —ironiza ella— A ver si me espabilo que si no la próxima reina de Kigal se va a parecerá a...

Colocando la cabeza hacia delante, para procurar sentirse un poco más cómoda, Nirgal vuelve a concentrarse.

Relaja el cuerpo y deja la mente en blanco. Una vez más, busca en su esencia y lentamente, su cuerpo astral sale de su cuerpo físico. Al encontrarse con la cabeza agachada adelante, su cuerpo astral sólo debe levantarse, para poder atravesar la caja y ver finalmente el exterior de la misma.

La caja, más reducida ahora, se encuentra en medio de una cueva bastante alta, con una única salida frente a ella. Por el tipo de roca de las paredes, deduce que se encuentra en alguna de las cuevas de Kizuru. Se levanta despacio y, sin perder la concentración, atraviesa la caja, avanzando unos pasos hacia delante.

Aunque ha conseguido salir astralmente del recipiente en el que está atrapada, no ve muy claro de qué le va a servir eso, ya que la caja es completamente lisa y hermética, sin que se pueda apreciar el menor asomo de tapa o posible mecanismo de obertura.

—Ah, muy bien... y ahora ¿qué se supone que debo hacer? —dice dando vueltas al pequeño recipiente que contiene su cuerpo— ¡Si no encuentro una forma de abrirla me voy a quedar como si me hubiera aplastado un elefante!

Y es entonces cuando ve la pequeña mancha amarilla en una de las paredes de la caja. Es un pequeño papel medio

pegado, con algo escrito a mano en él.

¡Felicidades, Nirgal!

¡Si puedes leer este *Post-it*, es que has conseguido proyectar astralmente tu cuerpo y estás a punto de superar la primera prueba!

Puedes estar contenta y satisfecha de ti misma. Para terminar y poder pasar a la siguiente deberás cruzar la gruta y salir por la puerta.

Atentamente, Gasam

P. S.: Para salir, di «Buenos días»

—Oh, qué detalle esta última información tan relevante, precisa y fundamental que seguramente va a contribuir a salvar mi vida... — murmura Nirgal— ¡Buenos días!

Una vez dichas esas palabras... no pasa nada.

—¡Buenos días! —repite Nirgal, con un punto de nerviosismo en la voz.

Nada.

—¡¡He dicho, alto y claro, que hace un buen díaaaa!! —grita, desesperada, por tercera vez.

La música de circo aparece nuevamente, su imagen astral desaparece y se encuentra, frustrada, en su cuerpo físico, dentro de la caja.

—¡Atención, atención! —grita la voz, exultando de placer diabólico— ¡Nirgal Sata, te hacemos saber que la caja vuelve a encogerse algo más! ¡¡Muchas gracias por tu tiempo y hasta la próxima reducción!!

Una última fanfarria y el silencio retorna.

—Hey, hey, hey... —grita ella, apretada como nunca dentro de la caja— Pero si ya he dicho ¡«Buenos días»!

La caja, entonces, empieza a crecer y a perder opacidad haciéndose transparente. En pocos instantes recupera su tamaño inicial para terminar desapareciendo. Nirgal mira a su alrededor, sin acabar de creérselo y

pone sus manos por delante, para asegurarse de que la pared de la caja no está allí, por si sólo se hubiera vuelto transparente.

Aliviada, constata que la caja ya no existe y que, por lo tanto, es libre.

—Uhm... Bien... parece que sí, que he pasado la prueba... Je, je... ¡estaba chupada! —dice mientras se acerca a la entrada de la gruta— Ningún problema... ¡vamos a por la segunda!

La cosa parece haber mejorado, la gruta es suficientemente ancha y alta como para que Nirgal vaya paseándose por ella sin tener que agacharse. El suelo, lleno de estalagmitas, y el techo, repleto de estalactitas, la decoran con

aquel aire pétreo al que se ha estado acostumbrando en Kizuru. Durante un buen rato, anda sin encontrarse con ninguna dificultad.

O esto es lo que piensa hasta en que su cabeza empieza a sospechar de la relativa tranquilidad de la nueva situación.

—Uhm... —dice pues empieza a tener una ligera idea de lo que está pasando— No sé por qué, pero diría que la segunda prueba ya ha empezado...

La princesa se detiene un momento y observa con interés las estalagmitas que nacen del suelo. Escoge una, le pega una fuerte patada en la parte alta y rompe la parte superior, que recoge. Sin decir ni



pío, sigue adelante. Durante un buen rato, se limita a andar tranquilamente mientras silba, entretenida, pasándose el trozo de estalagmita de mano en mano, lanzándolo en alto para volverlo a coger.

Debe de ser esa especie de música de circo escalofriante que todavía resuena en su cabeza que la lleva a pensar en las exhibiciones de majorettes de la Tierra... En poco rato sus sospechas se confirman. Frente a ella encuentra una estalagmita rota exactamente por el mismo lugar que la suya.

Acercándose con cuidado, coloca la pieza que se ha llevado encima de la

misma y comprueba que encaja a la perfección.

—Oh, vaya... O sea que de eso se trata, ¿verdad? ¿Estoy atrapada en un corredor infinito... que se repite una y otra vez? La maldita música de circo vuelve a hacer su aparición, como si fuera un estrafalario hilo musical puesto a todo volumen.

—¡Atención, atención! —dice la voz — ¡Nirgal Sata, te comunicamos que te encuentras realizando la segunda prueba de la Gruta Gasam! Esta consiste en... ¡poder salir de la misma!

La música termina, como siempre, de forma repentina, cuando la voz acaba su discurso, corto, claro y conciso.

—Salir de la caja, salir de la gruta... ¡Que poco originales sois, oye! ¡Ya podría ser salir de fiesta, o salir de copas! Madre mía... En fin... —dice sentándose en el suelo en posición de flor de loto— Bien, esto parece una especie de bosque de Tirsir, aquel del cuento que papá me contó, en versión gruta... Vamos a echar una ojeada, a ver que es lo que se puede encontrar por aquí...

Nirgal deja la mente en blanco y se concentra en su entorno. Enseguida empieza a detectar todo tipo de esencias. Ni una, ni dos, ni tres... hasta setenta y cuatro puede llegar a detectar en un instante. Y todas ellas muy cerca.


Siente que están acercándose a gran velocidad.

La irritante música vuelve, haciéndole perder el nivel de concentración.

—¡Atención, atención! —dice la voz de las narices— ¡Nirgal Sata te comunicamos que, para hacer más emocionante la prueba, un grupo de suams salvajes te estará persiguiendo mientras dure! Te recomendamos que no te dejes atrapar por ellos y así podrás ahorrarte una muerte escalofriante. ¡Muchas gracias y buena suerte!

—Oh... vaya.

## Protocolo 108/3, última fase



Los cuatro se encuentran en sus respectivas posiciones, bajo la Cúpula de melam. Cada uno en un cojín, en posición de flor de loto, en estado de tránsito. Murku, fuera de la cúpula, revisa que todo vaya según marca el protocolo. Mientras tanto, Sarku, un musdagur con capacidad de confundirse con el entorno, armado con una ballesta que carga en su espalda, empieza a escalar la Torre del Origen.

La energía que desprende el pequeño grupo es extraordinaria. Todas las técnicas que se realizan en conjunto, por parte de dos o más personas a la vez, suelen ser mucho más complicadas. Para empezar deben sumarse todas las esencias individuales en una sola. La dificultad de este primer punto, depende de la diferencia de nivel de los que participan.

En este caso nos encontramos delante de cuatro kiitas muy diferentes.

El rey Kuzu, tiene un nivel 9 mental, el más alto en este apartado. Por contra, sólo llega a un nivel 7 sensorial y a un nivel 5 conceptual.

Animur, el rey de los tidnums, es el

que más destaca en el grupo teniendo en cuenta sus habilidades sensoriales, dónde obtiene un 10. Como contrapartida, sólo tiene un nivel 6 conceptual y un nivel 5 mental.

Ziu, gran explorador, aporta un nivel 9 sensorial y un nivel 6, tanto conceptual como mental, gracias a su katana de melam.

Finalmente, Nakki aporta un nivel 7 en todos los ejes, gracias a su anillo de melam.

La suma de todos hace que formen un equipo de nivel 84, repartido en 24 puntos en nivel conceptual, 33 en nivel sensorial, y 27 en nivel mental. Un equipo muy completo y equilibrado.

En las técnicas conjuntas, cada uno de los participantes tiene una función diferente.

Si en la Transferencia Vital uno de los dos debe concentrarse en transmitir la energía y el otro en recibirla, en este caso hay muchas más tareas por delante.

Lo primero que se necesita es repartir la energía de forma y manera que todos los participantes estén igualados. Y este es el trabajo de Nakki. Debe repartir su energía para igualar la de los demás. Esta técnica es muy compleja, requiere un trabajo muy constante por conseguirla y el tutor de Nirgal es un experto en ello.

Para igualarlos a todos en el nivel



conceptual, traspasará 3 puntos a Kuzu, 2 a Ziu y 2 a Animur. En el eje sensorial, 4 a Kuzu, 2 a Ziu y 1 a Animur, y en el nivel mental, 3 a Ziu, y 4 a Animur.

Así todos presentan ahora un nivel 8 conceptual, 11 sensorial y 9 mental.

—De acuerdo chicos, todo correcto —dice Nakki—. He igualado las energías y las he equilibrado. Ahora todos estamos al mismo nivel.

Sarku ya ha llegado a la cumbre de la torre y, siempre oculto, saca la cabeza desde un extremo de la terraza y se encuentra al pequeño grupo en plena ceremonia.

—*Muy bien, Nakki. A partir de este momento todo está en mis manos...* —

piensa el rey Kuzu— *Ziu y Animur, me dispongo a iniciar la multiplicación de niveles a través de la cúpula. Cuando os avise, empezad la búsqueda.*

—Ningún problema —dicen los dos a la vez.

El melam es un mineral kiita que tiene la propiedad de multiplicar las habilidades en todos los ejes. Sólo tienen acceso a su extracción los gnoolies y es con el que fabrican las piedras para los cetros y algunas otras joyas, en ocasiones especiales. Estas suelen ser anillos o coronas, aunque también se han fabricado otros objetos a demanda, en ciertos momentos de la historia kiita.

Este es el caso de la cúpula bajo la que se encuentra el grupo ahora. Mientras que un anillo de melam puede llegar a aumentar un punto de cada eje y una corona puede llegar a duplicarlos, la cúpula los multiplica por diez. En el caso que nos ocupa, podrían llegar a tener un nivel 840.

Pero para que la cúpula funcione correctamente se le debe traspasar toda la energía disponible. Y este es el trabajo del rey Kuzu. Canalizar la energía de todos a través de la cúpula. Pero para poder hacer eso se requiere un nivel mental extraordinario.

Si para hacerlo con un anillo se requiere un nivel 4 y haciéndolo con la

corona se requiere un nivel 8, para poder utilizar la cúpula es necesario un nivel 25, imposible de lograr por un solo kiita. Pero el trabajo en equipo consigue que el nivel global sea de 27.

Así pues, con un gran esfuerzo, Kuzu conecta la energía que emana del equipo con la Cúpula de melam, hecho que requiere su total y absoluta concentración.

—¡Conseguido!

En tan sólo un instante, los 84 puntos de habilidad del equipo se multiplican por 10, convirtiéndose en 840 y creando una onda de energía que se expande por Ki con gran rapidez.

Un montón de kiitas en cualquier

parte del planeta, sobre todo los que tienen niveles sensoriales más elevados, pueden notar aquella sobrecarga de energía con epicentro en Shapla.

Sarku carga la ballesta y se coloca en buena posición para apuntar a su objetivo, tumbado en el suelo.

—*Adelante la fase tres* —transmite Kuzu al equipo.

En esta fase, el relevo lo cogen Animur y Ziu. Su trabajo, gracias al total de 240 puntos sensoriales de que disponen, es localizar la nube de virus Murgig. Esta tarea se les ha otorgado a ellos por una doble razón.

La primera es que tanto los anzuds como los tidnums son las dos razas

kiitas con los niveles sensoriales más elevados, y además porque los dos son expertos en localizar y cazar, y esto es precisamente lo que deben hacer en estos momentos, aunque esta vez sus enemigos son muchísimo más pequeños que los habituales. Microscópicos, de hecho.

La segunda razón, es que ninguno de los dos es kuzubi, la única raza que contrae la enfermedad. Si esta tarea la hicieran uno o dos kuzubis, el virus los detectaría y se infiltraría en su organismo inmediatamente. Y con un nivel tan elevado de esencia sensorial, podría destruirlos al instante. De este modo, la única energía que por el

momento surgirá de la cúpula es tidnum y anzud.

Los dos a la vez, inician la búsqueda.

—¡Madre mía! ¡Por los afilados bigotes de la gran Nanna! —exclama Animur.

—Esto es impresionante... —dice Ziu— Nunca había visto nada similar...

Tanto el uno como el otro quedan completamente desconcertados, no sólo por haber multiplicado de forma tan desproporcionada su poder, sino porque, desgraciadamente, detectar el virus no les ha sido demasiado difícil... Nada difícil.

—¡Está en todas partes! —dice

Animur— ¡Podemos percibirlo perfectamente! ¡La nube cubre el planeta entero!

—Sería más correcto decir que Ki al completo está dentro de la nube... Pero esta es inmensa... ¡diez veces mayor que nuestro planeta! ¡O más! —añade Ziu.

—*Muy bien, de acuerdo... —los tranquiliza Kuzu— Ahora centraos en la nube... en todas y cada una de sus partículas... ¡Debéis captar la esencia completa!*

—Ningún problema, Kuzu... —dice Animur— ¡En unos segundos la tendremos completamente localizada y medida!

Sarku tensa la ballesta y apunta al



pequeño grupo. Concretamente al rey Kuzu. Al cerebro, entre los dos ojos. El blanco no es fácil, pero él es el mejor tirador entre los espías musdagurs y está seguro de acertar. Asegurando su posición, se concentra y aguanta la respiración.

—¡Lo hemos conseguido! —dicen a la vez, el tidnum y el anzud.

—*¿Estáis seguros?* —pregunta el rey— *¿Tenéis toda la nube controlada? ¿Toda? ¿Completamente? ¿Sin que se os escape ningún espacio?*

—¡Sí, sí! —dice el anzud— La tenemos localizada por completo. Pero es inmensa... no sé si podremos conseguirlo a pesar de disponer de la

Cúpula.

—*Ahora ya es demasiado tarde para pensar en retroceder* —transmite Kuzu—. *Me dispongo a iniciar la cuarta y última fase. Abriré mi esencia... y esto hará que todos los virus vengán hacia aquí... si todo sale bien, gracias a que tres cuartas partes de esta es de origen no kuzubi, quizás pueda eliminarlos mentalmente, sin morir... y salvarme. Si no puedo, los absorberé... y... bien... ya sabéis qué pasará. ¿Estáis preparados?*

—*¡Preparados!* —dicen los demás, convencidos de ello.

—*¡Manos a la obra!* —transmite el rey kuzubi.

En el mismo momento en el que el rey Kuzu abre su esencia y la transmite mentalmente a través de la cúpula, los millones de billones de virus que están desperdigados por Ki, así como los que todavía están en la nube, parecen moverse con una pequeña sacudida.

—Parece que funciona —murmura Animur—. Los virus se han movido.

—Sí... y ahora empiezan a desplazarse... —añade Ziu— ¡Muy lentamente, pero se desplazan!

Efectivamente, la fuerte energía que transmite Kuzu, atrae los virus como lo había hecho veinticinco años atrás la reina Sabar. Primero más poco a poco, y enseguida de forma más rápida, en una

aceleración continua, los virus se ven atraídos como pequeñas virutas de hierro por un gran imán.

—*Sí... los noto... están entrando en mi esencia.*

—¿Podrás controlarlos? —pregunta Nakki— ¿Podrás eliminarlos sin absorberlos?

—*Me parece que sí, pero todavía es pronto para saberlo... ¿Cuántos faltan?* —pregunta el rey.

—Apenas han empezado a acumularse aquí, rey Kuzu... —dice Ziu— Ahora debe haber llegado un diez por ciento del total... Pero siguen viniendo rápido... muy rápido.

—*Mejor así* —transmite Kuzu—.

*Cuánto más tiempo tarden en llegar, más energía me quedará.*

—Cada vez van más deprisa... el treinta por ciento ya ha entrado en la esencia —dice Animur.

—¿Como lo llevas, Kuzu? —pregunta Nakki.

—*Estoy cansado, muy cansado... Creo que puedo controlarlo, pero cada vez me cuesta más...*

—Un cincuenta por ciento ya está dentro.

—*Es muy difícil... No creo que pueda seguir conteniéndolos demasiado rato.*

—Rey Kuzu —dice Ziu—, cada vez es más rápido, no vamos a tardar

demasiado...

—*Y cada vez es más difícil... ¡No puedo aguantarlos! Debo absorberlos o me quedaré sin energía...*

—¡Si los absorbes morirás! —grita Animur— ¡Sólo queda un jodido veinte por ciento, rey de los pimientos! Aguanta como un buen líder.

—¡¡No puedo con ellos, no puedo!! —grita el rey, que ha entrado en convulsiones y empieza a manar sangre de su nariz.

—¡Piensa en Sabar! ¡Piensa en tu madre, que se sacrificó por su pueblo! ¡Ella querría que te salvaras tú, esta vez! —grita Nakki.

—¡Aaaargh!! —grita el rey, dolorido

en todos y cada uno de sus músculos por la tensión, y en todos y cada uno de los rincones de su esencia— ¡No puuuuedo!

—¡Ya está! —grita Ziu— ¡El cien por cien! ¡Ya los tenemos! ¡Elimínalos! ¡Acaba con el virus!

Los esfuerzos del rey Kuzu son extraordinarios. Debe eliminar todos los virus que todavía no lo han atacado gracias a las esencias de los otros tres miembros del equipo.

—Muy bien... —dice el rey, sacando energías de dónde no hay, animado por el hecho de que están tan cerca del éxito— De acuerdo... creo que puedo hacerlo... Sí... creo que...

En aquel mismo instante una flecha,

disparada por un musdagur que se encuentra en la esquina de la azotea, se clava en el cuello del rey Kuzu, a escasos centímetros de sus branquias. Con un acto reflejo, el kuzubi se cubre con la mano, lanzando un grito apagado.

De forma instintiva, dos pares de ojos, de los que posiblemente sean los mejores cazadores del planeta, giran a la velocidad de la luz, calculando todavía más rápidamente el ángulo y la fuerza que deben aplicar.

—*¡Mierda! ¡He fallado!* —piensa el musdagur, cargando una nueva flecha en la ballesta— *Rápido, debo volverlo a intentar antes de que...*

Pero una katana negra y un hacha de



doble filo se cruzan con el pensamiento del musdagur y con el musdagur en sí que, sin siquiera haberlo notado, ha quedado cortado en tres trozos. La fina hoja de la espada lo ha atravesado por debajo el pecho, y el arma doble por la cadera, con una ligera inclinación. Los tres trozos ruedan por el suelo.

Bajo la cúpula, Ziu y Animur todavía tienen una mano levantada y abierta, apuntando hacia dónde han arrojado su arma respectiva, mientras siguen concentrados para no abortar la técnica del protocolo.

El rey Kuzu, herido, procura respirar y mantener el virus a raya al mismo tiempo.

—¿¡Qué hacemos, Nakki!?! —grita, desesperado, Animur.

—Rey Kuzu, ¿puedes eliminarlos?  
—pregunta el tutor de la heredera de Kigal.

El rey, con un reguero de sangre que sobrepasa la mano con que trata de taponar la herida, niega con la cabeza. Ya no le queda energía.

—Rey Kuzu, ¿puedes absorberlos?  
—vuelve a preguntar Nakki.

El rey queda inmóvil por unos instantes, calculando y al fin mueve la cabeza afirmativamente.

Los demás saben qué va a suceder acto seguido.

—*Kuzubis*... —transmite Kuzu con

sus últimas fuerzas— *¡Vivid!*

Y tras estas palabras, que todavía tenía grabadas desde el día en que las recibió de la mente de su madre, veinticinco años atrás, el rey abre su esencia y absorbe el virus. Pero, cogiendo a todo el mundo por sorpresa, como ha hecho el musdagur instantes atrás, una mano se coloca encima de la cabeza del rey kuzubi.

—No, majestad... Vos debéis vivir mucho todavía —dice Murku— Por favor... cuidado de Zuk.

Y en un instante, todos los virus que habían entrado en la esencia del rey, concentrados como veneno puro, son absorbidos por su consejera, mediante

la aplicación de la ancestral técnica de la Absorción Vital.

Murku no tiene el mismo nivel mental que su rey. Tampoco cuenta con la energía del equipo que lo rodea. Ni siquiera está bajo la cúpula. Pero aún así su cuerpo absorbe los virus, a través de Kuzu, que hace de transmisor. La explosión es rápida. En unas décimas de segundo, una luz deslumbrante rodea la silueta de la consejera y va creciendo, creciendo, hasta cubrirla completamente. Y explota.

Más que explotar, se expande. Concretamente a trescientos mil kilómetros por segundo. Y cuando entra en contacto con Mul, el satélite se

vuelve a iluminar como lo hizo veinticinco años antes. Con su superficie de un morado eléctrico y su contorno de un verde intenso.

# Suams

**M**ientras Nirgal corre tan rápido como puede, esquivando estalagmitas, piedras y agujeros, repasa los archivos akásicos mentalmente, buscando información acerca de los peculiares animales que la persiguen.

Los suams son miembros de la familia de mamíferos, del orden de los soricomorfos y viven bajo tierra, cavando agujeros y grutas dónde instalan sus nidos. Pueden desplazarse por tierra

y por agua. Su cuerpo es más bien cilíndrico y sin cuello, están recubiertos por una piel muy gruesa y tienen ojos pequeños; sus orejas son internas y no visibles.

Tienen pelos en el hocico y en la cola, que usan para equilibrarse o para palpar pues tienen el sentido del tacto muy desarrollado. Sus patas frontales están provistas de zarpas grandes y fuertes, que utilizan para cavar galerías que pueden llegar a los mil quinientos metros de longitud. Sus patas posteriores son cortas y están reforzadas para hacer tracción, pudiendo llegar a los cincuenta kilómetros por hora, corriendo, o a los veinticinco metros por

hora, cavando.

Su cuerpo puede llegar a los dos metros de cabeza a cola y las hembras suelen ser más grandes que los machos. Su cola es de unos cuarenta centímetros, y su peso oscila entre los 10 y los 50 kg. Sus nidos, rellenos por hojarasca, se encuentran a unos 50m de profundidad, y suelen acumular allí también los cadáveres de sus presas.

El procedimiento que siguen con ellas es degollarlas primero, beber su sangre, dejarlas secar y deshidratarlas posteriormente, para que puedan conservarse durante meses en buen estado y así poder usarlas como alimento durante las épocas más frías,



en las que es más difícil hacer túneles, debido a que el suelo está congelado o casi.

Pueden encontrarse generalmente en tierras de cultivo, prados o jardines, pero sobre todo en los bosques, en estado salvaje. Estos son los más peligrosos, pues no cuentan con tantos recursos alimentarios y cuando localizan algún ser vivo, se apresuran a tratar de capturarlo y degollarlo rápidamente, para llevarlo a su despensa particular.

—Oh, que bien... —dice Nirgal, a punto de batir el récord kiita de los 100 metros vallas— Unos topos gigantes asesinos quieren matarme, beberse mi sangre, secarme y guardarme en su

nido... Qué bonito viaje de padre e hija... Cuando atrape a Lugal...

Poco a poco, los suams acortan distancias con la princesa, poco acostumbrada a correr por esas grutas, al contrario que estos animales que lo han estado haciendo desde que nacieron.

El principal problema que tiene Nirgal, sin embargo, es que se encuentra en un corredor infinito, sin pies ni cabeza, ni lugar donde poder refugiarse y sólo es cuestión de tiempo que la atrapen.

—*Vamos a ver...* —piensa Nirgal—  
*Teóricamente todavía estoy entrenando el eje mental... por lo tanto, debería tratar de pasar al siguiente y último*

*nivel... el bloqueo y la ocupación corporal... ¡Oh, vaya... qué mierda!*

El bloqueo y la ocupación corporal son las técnicas mentales más difíciles de conseguir para un ziti, las últimas del nivel 7.

La primera consiste en bloquear el cuerpo de otro ser vivo. Esto requiere buscar su esencia, como si se tratara de establecer una conexión telepática, y bloquearla. Para poder hacer esto, es necesario, como mínimo, doblar el nivel mental del ser al que se intenta bloquear.

Respecto al control corporal, es una técnica muy compleja ya que, aparte de detectar y bloquear la esencia del otro, se debe detectar la propia, como si se

quisiera hacer un viaje astral, y conseguir proyectarla al interior del otro ser. Para poder conseguirlo hace falta triplicar el nivel mental del oponente.

*—A ver... si los bloqueo, podré detenerlos a todos... —piensa Nirgal— Pero claro, no podré mantenerlos así infinitamente... al final deberé dejarlos ir y estaré como ahora pero más cansada...*

Los topos gigantes ya están a unos cincuenta metros de la princesa.

*—Debo controlarlos, cosa que no he probado en mi vida, y a saber si consigo hacerlo, pero no creo que pueda hacerlo con los setenta y cuatro a la vez... y, considerando que mi*

*cuerpo quedará en estado de tránsito y completamente indefenso... puede que los que queden se pongan las botas con él.*

Los topos la tienen ya a veinticinco metros.

*—¿Qué pensaría Nakki ahora? Según él, se trataría de hacer el análisis, el diagnóstico, la estrategia y el plan de acción... A ver, pensemos en ello...*

Quince metros separan a Nirgal de las zarpas afiladas de los primeros topos.

*—¡Ya lo tengo! —grita de pronto— ¡Ostras, esto va a ser muy difícil!*

Los topos siguen persiguiendo a

Nirgal, ya pueden sentirla y verla y esto todavía los espolea más. Ganando distancia a cada instante, se preparan para saltarle encima, aunque ella parece que ha recuperado fuerzas de quien sabe dónde, ya que corre más rápido y esquivo los obstáculos mucho más deprisa de como lo estaba haciendo.

Pero los suams dominan mucho más estas grutas y, acabando de recortar distancias, el primero de ellos salta encima de la princesa, y con un rápido movimiento, estira la pata y sus largas y afiladas zarpas, cortan a lonchas a su víctima indefensa.

Curiosamente, a diferencia de las víctimas usuales, esta no cae troceada,

sangrando por todas partes, sino que se desvanece en la nada, como si hubiera reventado un globo lleno de aire.

Los suams, algo desconcertados, se ponen a buscar los restos del cadáver que, según la experiencia adquirida, deberían estar por allí desperdigados. Todos se acumulan para conseguir un trozo. Todos menos uno.

Es el último del grupo... el que, en el mismo instante en que el primero cortaba el cuerpo astral de Nirgal a cachitos, quedaba bloqueado corporalmente por la princesa que, abrazada a una estalactita que cuelga del techo, se concentra para mantenerlo inmóvil y le está costando mucho

hacerlo... Con mucho cuidado, para no perder el control y no hacer ruido, evitando así llamar la atención de los demás, Nirgal baja lentamente de la estalactita, moviéndose con agilidad.

Para poder asirse bien, se ha sacado el cinturón y, atándoselo a las muñecas, ha fabricado una especie de asidero como los que se usan para subir a los árboles. Mientras se acerca al suam petrificado, ve como el resto se pelea en lo que parece una bola peluda de uñas y patas, buscando los restos de lo que debería ser su presa.

Pensando en cómo habría quedado en caso de haber estado allí, el corazón se le acelera. Pero no puede dejar de



concentrarse pues todavía le queda la parte más difícil. Cuidadosamente, se echa encima del suam por la parte posterior, y se arrastra por su lomo, hasta quedar a la altura del breve cuello, lugar en el que pasa el cinturón, para quedar allí bien fijada y no caerse en el momento en que su cuerpo entre en trance.

—Bien... —murmura, nerviosa— Si esto no sale bien, papá tendrá trabajo pidiéndole a Mul que le busque una nueva heredera.

Y, por primera vez en su vida, inicia la técnica de ocupación corporal, combinando su corta experiencia en viajes astrales con la todavía más corta

experiencia en bloqueo corporal.

Entrante en el estado de tránsito requerido, empieza a transmitir su esencia a la del suam, que ya tiene localizada y bloqueada. La sensación es extraordinariamente extraña, ya que no sólo se siente en un lugar distinto al que se encuentra su cuerpo físico, como en el viaje astral, sino que, además, empieza a sentir como si fuera un suam. Siento, ve y se mueve como uno de ellos.

La sensación tras haber cambiado de cuerpo es muy extraña. Trata de hacerlo mover y la verdad es que, al principio, se siente muy torpe en sus movimientos. Está tentada de probar algo más este

nuevo cuerpo adquirido pero, por prudencia, prefiere dar media vuelta y alejarse con él de la zona de suams, para pasar a la segunda fase de su plan.

Para empezar, debe dejarlos atrás porque no la sientan, pero vigilando no ir demasiado lejos, ya que al encontrarse en el corredor infinito de la gruta Gasam, volvería a encontrarse con ellos por delante. Como la ruta es un bucle infinito, no puedes ir adelante o atrás, la única solución aparente es ir hacia abajo.

Y qué mejor para hacer un agujero, que convertirse en un suam y utilizar sus zarpas, entrenadas para hacer esto y sólo esto durante toda su vida.

—*Bien, parece que esto funciona...*

—piensa Nirgal, instalada cómodamente dentro del suam, sorprendida de la facilidad con la que está cavando—  
*¡Estas zarpas parecen incluso mejores que las manos de los propios gnoolies!*

Cada vez de forma más eficiente, Nirgal se adentra en las profundidades de la gruta, sin saber muy bien dónde irá a parar. A su alrededor, encuentra un montón de pequeños agujeros en los laterales, por lo que deduce que está atravesando grutas trazadas por otros animales. Si consiguiera encontrar una suficientemente grande para ir ella, pero no los suams, podría tratar de escapar por allí.

No mucho lejos de ella, el grupo de suams da por perdida a su presunta víctima y optan por tratar de localizarla de una forma alternativa. Levantan su morro puntiagudo y no tardan ni un instante en percibir el olor de Nirgal que, aunque esté en estado de tránsito y atada al lomo de uno de ellos, sigue desprendiendo un fuerte olor a ziti.

Y les falta tiempo por saltar a la carrera, chillando, excitados.

—*Oh, vaya...* —piensa la princesa, al oír los gritos— *Creo que se han dado cuenta de mi artimaña...*

Acelerando tanto como puede, Nirgal cava, cava y cava, ya sin preocuparse de no hacer ruido, echando

la tierra atrás, mientras baja en picado. Los suams ya han llegado a la entrada del túnel recién inaugurado y se lanzan por allí sin pensárselo ni un instante.

La princesa topo, se apresura a seguir perforando a toda velocidad. El grupo de suams sigue, hambriento, la nueva gruta, avanzando mucho más rápido que ella, ya que se encuentran el agujero hecho y tan sólo deben desplazarse por él.

—*Si me pillan, lo primero que harán será atacar mi cuerpo...* — piensa Nirgal, sin dejar de cavar con todas las energías del suam que ha cogido en préstamo— *O sea que mi única posibilidad de defensa es*

*volverme hacia ellos, para protegerlo, y hacerles frente como suam... Quizás si ven que son atacados por uno de su misma raza, pensarán que...*

Sus pensamientos quedan interrumpidos ya que, repentinamente, el suelo se abre a sus pies y se la traga, a ella y al suam. Por un instante, Nirgal-suam se siente como si volara. Pero lo que hace es caer. Durante unos pocos segundos. Boca abajo. Y, para rematar el asunto, un gran ¡CHOF!

Todavía sin tiempo de haber asimilado qué ha pasado, Nirgal se ve otra vez en su cuerpo, sumergida y zambullida en lo que le parece que es agua dulce, con un cierto regusto de *dejà*

*vu.* Rápidamente, intenta situarse y localizar la superficie, a la que llega con un par de brazadas. El suam, no muy lejos de dónde está ella, la olvida completamente y también se apresura a nadar hasta la superficie.

Ahora que puede respirar normalmente, Nirgal se concentra y mira a su alrededor, mientras se saca el cinturón que todavía llevaba atado a las muñecas. Se encuentra justo en medio de un lago subterráneo de grandes dimensiones, en una gran cueva. A la orilla del lago, estalagmitas de varias medidas, y más allá montones de agujeros cubren paredes y techo, dándole un extraño aspecto de colador



gigante a toda la gruta.

—Oh, vaya... el mundo es un pañuelo —dice feliz, en medio de la desesperación en la que está viviendo.

Pero el ruido de un rebaño de suams que le llega desde el techo, la hace volver en sí, y rápidamente empieza a nadar hacia el borde del lago, dónde sabe que está el agujero que le interesa.

—*Parece mentira....* —piensa mientras nada a toda velocidad— *¡La gran diferencia entre lo que sentí la primera vez que llegué a esta cueva y lo que he sentido ahora! ¡No hay nada mejor que aprender y saber de qué va todo en este mundo!*

Cuando llegó por primera vez a

aquella cueva, estaba completamente desesperada y perdida. La cueva representaba su gran problema. Y en esta ocasión, la misma cueva es su gran solución.

Al salir del agua, un aguacero de suams cae desde el techo de la gran caverna al centro del lago, como si fueran caquitas en el agua del váter, y se amontonan unos encima de otros, totalmente fuera de juego, sin saber dónde se encuentran.

La única que lo sabe es la princesa, que rápidamente escala la pared, utilizando los agujeros a modo de escalones, y se adentra en la gruta que la llevará a Kizuru tras recorrer un total de

seiscientos dieciocho metros.

Mientras avanza, siente el regusto de la victoria y no puede evitar sonreír, al darse cuenta de que ha superado con éxito todos los retos que se le han planteado. No sólo está aumentando sus niveles y aprendiendo un montón de cosas nuevas, sino que está aprendiendo a aprender, cuestión mucho más importante, sobre todo para una reina.

—¡Nenaaaaa! ¡Venga, date prisa, que no tenemos todo el díaaa! —se oye una voz al otro extremo de la gruta.

—¡Ole tus huevos, papá! —grita ella, feliz de oír a su padre— Por poco va y te quedas sin hija, ¿me oyes? ¡Primero casi me reducen a un dado para

dar gusto al consomé y después ha ido de un pelo que no me cortan a rodajas!

—¡Ah! ¡Esto es culpa tuya y sólo tuya! —replica el rey— ¡Deberías de haber salido más aprisa de la caja y haber controlado todo el rebaño de suams! ¡Yo así lo hice y mucho más deprisa que tú!

—Y ¿se puede saber qué diablos me diste, que caí redonda?

—Es una glimp de recuperación... Te saca el hambre, la sed, y recuperas la forma física y la energía inmediatamente... la pega es que, a cambio, quedas en estado de tránsito profundo durante cinco minutos... Si no podría ser práctica para recuperar

fuerzas en pleno combate, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! ¡Me dejó como nueva!

Nirgal ya ve el final de la gruta y la silueta de su padre en el exterior.

—Papa... Debes presentarme a ese tal Gasam... tengo ganas de cambiar con él unas cuántas palabras...

—¡Ja, ja, ja! Un día u otro lo conocerás, hija mía... ¡pero no va a ser hoy!

—Escucha... y ¿esa especie de sádico inconsciente y repelente es el que hace las Pruebas del Oráculo? —dice ella, saliendo de la gruta— Es que estoy pensando muy seriamente no presentarme.

—¡Que pazaaaaaaaaaa!! —grita Paza, contento— ¿Te ha gustado lapiedraaa?

—¿La piedra? ¿Qué piedra? —pregunta Nirgal al pequeño gnoolie.

—Es cierto... ¿y la piedra? ¿Dónde la has metido? —pregunta el rey, viendo que su hija no lleva nada encima.

—¡Y dale con la piedra! —se queja ella— ¿Qué piedra?

—¡La piedra del cetro de Nakki! ¿Cual va a ser? ¡Estaba en el fondo del lago!

—¡¡Lapiedraaaa!! —grita Paza.

—¿En el fondo del lago? —grita Nirgal— ¿Y qué diablos hace allí?

—¡Mujer! ¡La hemos dejado allí nosotros para que la recogieras! —

contesta el rey.

—¡¡Lapiedraaaa!! —grita Paza.

—¿¡Que habéis echado la piedra de Nakki al lago!? —pregunta ella, tiesa y pálida— Pero, ¿¡estáis como cabras!? ¡Madre mía! Y ¿¿por qué lo habéis hecho??

—Oh... ¡Se suponía que tú la detectarías y la cogerías! Es tu misión como futura reina... ¡conseguir la piedra de tu consejero!

—¡¡Lapiedraaaa!! —grita Paza.

—¡Pero no me habíais dicho nada de nada! Me podríais haber avisado, ¿no? ¿¡Como se supone que podía estar yo pensando en la piedra de las narices, cuando me estaban persiguiendo setenta

y tres suams, que me querían hacer rodajas!?

—Pues, no es para nada, pero la necesitamos. No podemos marcharnos de aquí sin ella —avisa el rey.

—¡¡Lapiedraaaa!! —grita Paza.

—Pues el lago está lleno de suams...

—¡Pues ya puedes ir pensando en como la sacas de allí, querida!

—¡¡Lapiedraaaa!! —grita Paza.

—¿¿Yo?? —exclama ella, indignada

— ¡Id vosotros a buscarla! ¡Pero, que os habéis creído!

—Ah, no, no... ¡Es tu misión! Si no la traes no habrás superado la gruta de Gasam correctamente.



—¡¡Lapiedraaaa!! —grita Paza.

Unos segundos de silencio se hacen en el pequeño grupo. Finalmente, un profundo suspiro de Nirgal lo rompe.

—Vaaaale, de acuerdo... —dice la princesa resignada, volviendo hacia la gruta— Qué pimientos...

Si se debe hacer, se hace... Esperadme aquí, que no tardaré demasiado...

—¡Esta es mi niña! —dice el rey, orgulloso.

—¡¡Lapiedraaaa!! —grita Paza.

# Mentiras de guerra

**A**delante! —grita Kanasul desde el otro lado de la puerta.

Raknud abre y entra en la sala. El señor de Zapp, descansa sentado en el trono.

—Saludos, señor —dice el capitán, inclinándose ligeramente a modo de reverencia.

—¿Y bien? ¿Traes noticias? —pregunta Kanasul, indicando con su tono que más vale que la visita sea

provechosa.

—Efectivamente, señor —contesta Raknud, contento de poder ofrecer algo a su terrible señor—. Nuestros infiltrados nos han proporcionado mucha información.

—Adelante...

—Como ya sabíamos, los sutums han iniciado una repoblación en Girintak, una zona muy próxima a los pantanos de Amudur. Se han dividido en tres pequeños núcleos o campamentos Uslum, Kidurus y Kuus, especializados en agricultura, ganadería y pesca, respectivamente. Calculamos que habrá allí una población de unos cien mil habitantes, aproximadamente.

—¿Agricultura, ganadería y pesca?  
¿En la región de Girintak? —pregunta el  
señor de Zapp, sorprendido— ¡Pero si  
esos terrenos son putrefactos!

—Señor, parece ser que han iniciar  
unos exitosos procesos de replantación y  
reforestación, señor —explica Raknud  
—. Han utilizado plantas autóctonas  
capaces de arraigar con éxito en  
condiciones sumamente desfavorables...  
y han localizado varios pequeños ríos  
subterráneos, filtraciones del otro  
hemisferio con los que pueden regar.

—Bien, de acuerdo... Me importa  
un bledo como lo hayan hecho... —dice  
contrariado Kanasul, que durante  
muchos años tuvo un equipo dedicado a

tratar de reforestar la zona sin éxito— Y ¿qué sabemos de su organización política? ¿Es cierto, que tienen un líder?

—Sí. Su líder es un sutum denominado Messag. Lo escogieron por sufragio universal. Toda la población vota a un grupo de candidatos y el que obtiene más votos entre todos es nombrado líder.

—Muy bien, de acuerdo... Ese debe ser nuestro objetivo... ¿Dónde tiene el castillo?

—¿Castillo, señor? Oh, no, no... no tiene ningún castillo, señor. A pesar de ser el líder, vive y trabaja como los demás. De hecho, sus construcciones son todavía muy austeras. No hay más que

cabañas y cercas de madera para el ganado.

—¿Sólo eso? ¿Y su ejército, sus armas? ¿Algún factor estratégico a destacar?

—No, señor. No tienen ejército ni armas. Sólo es un pueblo de agricultores.

—Muy bien... Preparaos para el ataque. Mejor eliminarlos a todos ahora que son inofensivos, a esperar que crezcan y que acaben creando un ejército... Ahora tan sólo están cubriendo sus necesidades básicas... alimentos y hogar. Pero, poco a poco, irán creciendo y madurando, como cualquier civilización, y acabarán

siendo un peligro potencial.

—Sí, señor —acata Raknud sin discutir— ¿Cuales son vuestras órdenes?

—Diles a nuestros hombres del campamento itinerante de Zukum que desaparezcan de allí y que vayan hacia Kur. Allí nos encontraremos y planificaremos el ataque al pueblo sutum.

—¡Sí, señor! —contesta Raknud, rápidamente— ¿Cuántas unidades preparo señor?

—Tal y como lo has pintado, necesitaremos pocas. Un par y el kushu real. ¡Quiero ver con mis propios ojos como el pueblo sutum es erradicado de

Ki de una vez por todas!

—¡Señor! ¡Sí, señor! —dice Raknud, volviéndose y saliendo rápidamente de la sala.

Si una cosa ha aprendido este musdagur, a lo largo de su experiencia en el castillo de Zapp, es que al Señor sólo se le debe responder lo que quiere y que es necesario irse tan pronto cómo sea posible de la sala dónde se encuentre él. Cualquier clase de sugerencia no tiene sentido, ya que se lo puede tomar como una ofensa y pueden acabar pintando bastos.

—Parece eficiente, este Raknud... —dice finalmente el consejero, rompiendo su silencio— Quizás



demasiado. Mejor sacárselo de encima, señor.

—Antes de eliminar a los sirvientes eficientes, quizás haría falta eliminar a los que no lo son, ¿no lo crees así, Muduru? —dice Kanasul, levantándose del trono y mirándolo de reojo con sus fríos y crueles ojos mientras anda a su alrededor— Teníamos la oportunidad perfecta para eliminar a toda la población kuzubi y tu espía lo ha estropeado todo. ¡Toda la población Muduru! Todos esos malditos y creídos pescados, que no hacen más que molestar, fingiendo una falsa neutralidad. ¡Los habríamos visto morir uno a uno! ¡Y tu espía no ha sido capaz

de disparar bien una jodida ballesta!

—Señor, Sarku se enfrentaba a cuatro de los más poderosos kiitas del hemisferio Norte... La misión era extremadamente difícil. Falló. Y ahora está muerto.

—¡Oh, no lo digas como si lo hubieras hecho ejecutar! —ríe él, mientras la piedra de su cetro se ilumina — Está muerto porque se lo cargaron. Por inepto. ¡Si se debiera hacer ejecutar a alguien por este error, serías tú el elegido, porque eres quien le encomendó la misión!

Un silencio acentuado por la brillante y amarilla luz del cetro de Kanasul llena la sala del trono.

—Pero quizás todavía puedas serme ser útil, Mudurur... —dice, haciendo disminuir la luz de golpe— Hay muchos asuntos pendientes, hoy por hoy... y mucho más importantes que no ese pueblo de pescados rancios y tu vida miserable.

El señor de Zapp se sienta en su trono.

—Si debemos hacer caso de la estúpida invitación del tonto del rey Lugal, las pruebas del Oráculo se celebrarán dentro de tres días, aproximadamente. Quiero que dos unidades vayan hacia allá y que nos avisen cuando su niña consentida, Nirgal, entre a la cueva.

—¿No sería mejor atacar antes de que entre? Si lo hacemos así...

—¿No sería mejor arrancarte la cabeza y dársela como comida a los musens? —lo corta él, seco— No puedo atacar a uno de los seis líderes así como así... pondría a todas las razas del planeta en mi contra, ¿no lo ves? Y mucho menos a los zitis, que tienen tan buena relación con los tidnums e incluso con los anzuds. No, no... primero dejaremos hacer al Oráculo... Con algo de suerte, también puede morir en alguna de las pruebas, como le pasó al estúpido de Kiply. Entonces esperaremos el momento oportuno y planificaremos un ataque a gran escala...

—Pero Nirgal es la hija de Lugal... Seguro que está más que preparada y que superará las pruebas.

—Sí, ya lo sé... Y por eso es por lo que debemos esperar a que salga de la cueva del Oráculo... con su preciosa piedra de melam... Y entonces... la detendremos.

—¿La detendremos?

—Efectivamente. Ah, consejero Muduru... Veo que no has estudiado las leyes tanto como yo... ¿Qué dice el artículo 33 de la Ley Bélica Internacional Kiita?

—¿La Ley Bélica, señor? —dice Muduru, repasando rápidamente los archivos akásicos— Uhm... Dice

«Aquel de los seis líderes que efectúe u ordene un ataque o genocidio contra un colectivo de kiitas de otra raza, podrá ser detenido y juzgado por un tribunal de guerra, y...»

—De acuerdo, de acuerdo... es suficiente... Me lo sé de memoria sin necesidad de repasar los archivos.

—Pero, señor... Ni Lugal ni Nirgal han atacado jamás a nuestro pueblo ni a ninguno, si no han atacado los otros primero... ¡y mucho menos han cometido un genocidio!

—Todavía no, Muduru... Todavía no —sonríe, con la boca torcida y una punta de lengua bífida hacia fuera, el señor de Zapp.

—¿Todavía no? ¿A que os referís, señor?

—La gente del campamento de Zukum... sabe demasiadas cosas. Y es peligroso dejar un grupo de posibles testigos libres.

—¿Estáis pensando en eliminar a vuestros propios espías y en culpar de ello a los zitis? —pregunta Muduru— Pero ¿quien va a creer una cosa así? ¡El Consejo de Seguridad Internacional no se lo va a tragar así como así!

—Bien que funcionó, hace ochenta y cinco años...

—¿Os referís al ataque sutum a Kigaz? Hubo más de veinticinco mil muertes... Tres unidades del ejército

sutum nos atacaron a traición.

—Sí... Exacto... Y gracias a esta excusa pudimos declarar el estado de guerra y así atacar nosotros y eliminar a todo el pueblo sutum.

—Claro que lo recuerdo... No estaréis diciendo que...

—Oh, Muduru... —dice Kanasul, sonriendo con crueldad— ¿Realmente piensas que el pueblo sutum estaba en condiciones de atacar Kigaz?

—Creía que había sido idea del general Ugula, que había aprovechado la muerte del rey Kiply para proclamar un golpe de estado. Como él había formado parte desde siempre de la sección más radical de los sutums, en contra del



creciente poder musdagur... ¡Si incluso mandamos eliminarlo! ¡Lo troceamos y colgamos partes de su cuerpo en las plazas de las principales ciudades sutums!

—Bien... Pues si incluso tú llegaste a creértelo, señal que lo hicimos bien.

—¿O sea que fue todo mentira? ¿El ataque sutum a Kigaz no llegó a existir?

—El ataque se produjo, claro está... Pero fui yo quien dio la orden de realizarlo...

Kanasul respira profundamente, antes de seguir.

—Debes entenderlo, Muduru... Kigaz era una ciudad problemática — dice, finalmente— Al encontrarse en la

frontera, entre Kibala y Kur, se habían habituado a tratar con los sutums... convivían juntos, se relacionaban, incluso llegaron a mezclar la raza, creando esos seres inferiores, los mustums. Y, además, ¡estaban incluso orgullosos de ello! ¿Puedes imaginártelo? ¡Orgullosos! ¡De ensuciar la raza! De defender unos estúpidos ideales de convivencia entre reptiles... Qué estupidez... ¡los musdagurs somos superiores y siempre será así!

Mirando su cetro, recuerda los acontecimientos sucedidos ochenta y cinco años atrás.

—Debía detenerlos, Muduru...  
Alguien debía detener aquella

aberración de la natura. Fue entonces cuando vi mi oportunidad... Los sutums, sin un líder asignado por Mul, estaban en inferioridad de condiciones... Era cuestión de tiempo que alguien los atacara, o que sufrieran un golpe de estado. Estaba chupado. Eliminando a los habitantes de Kigaz, y culpando de ello al pueblo sutum, con el general Ugula como cabeza de turco, mataba dos pájaros de un tiro. ¡Me sacaba de encima a los sutums y velaba por la pureza de nuestra raza!

—Ya lo entiendo... —dice Muduru, pensativo— O sea que este es el nuevo plan... repetir lo que se hizo ahora hace ochenta y cinco años y culpar a los zitis

del genocidio de Zukum... para así poder juzgar a Nirgal...

—¡Y quemarla en la Estaca del Juicio!

## Encuentro en Zink

**M**e cagüen en los glopitas del Barzak! —reniega Sannar, una y otra vez— ¡Malditos fullafits podrikants! ¡Así no hay quien pueda hacer de consejera!

—Pero, mujer... No pasa nada... —dice Galam, con dos gafas sobrepuestas, aguantando con una mano unas pequeñas tenazas que sujetan una pieza y, con un destornillador en la otra mano, tratando de atornillar una segunda pieza, apuntando con la peculiar y efectiva

técnica de sacar la punta de la lengua—  
¡Je, je! ¡Me parece que todavía podré  
salvar el alterador!

Los dos se encuentran en el comedor  
del castillo de Sata. Una gran sala, con  
una mesa central larguísima, ahora llena  
de trastos de Galam. Columnas y arcos  
de piedra dan relieve al aposento y  
grandes ventanales con arcos de  
herradura dejan pasar la luz de Utu del  
mediodía.

—¿Como que no pasa nada? —se  
desespera Sannar— El rey ha  
desaparecido... La heredera, que, por  
cierto, debe pasar las pruebas dentro de  
nada, también... En Shapla ha habido un  
intento de asesinato del rey, ha muerto la

consejera, hemos infringido más de veinte regulaciones en la Sala de Paso de Limmua, ¿y no pasa nada? ¡Me cago en los frostills del perk! ¡Hoskia tupa! ¡Refolls!

—Pero, mujer... No pasa nada... —insiste él, imperturbable, montando su invento— El caso es que según nos han informado desde Shapla, el Protocolo 108/3 ha dado resultado, y ha podido salvarse la vida de millones de kuzubis, ¿no? Y el rey Lugal, sabes perfectamente como es... Siempre hace lo mismo... no es la primera vez que desaparece así, de pronto, sin avisarte a ti ni a nadie.

—Y ¿eso se supone que lo dices para tranquilizarme, redicoi? —se queja

ella, mirando al científico— ¡Ahhh, no sabes tú las ganas que tengo de jubilarme de una vez y de desaparecer en la isla de Akum! ¡Relax y descanso! ¡Sí, señor! ¿Qué más se puede pedir?

La máquina que Galam tiene desperdigada por toda la mesa empieza a hacer un sospechoso ruido en forma de zumbido que va en aumento, como si empezara a acumular energía.

—¡Ajá! —exclama el joven ingeniero— ya vuelve a funcionar... Mi pobre alterador portátil, ¡como ha quedado! Pero... no hay mal que cien años dure...

Aprovecharé para hacerle unas mejoras. Estate tranquilo, pequeño...



¡pronto vas a estar bien!

De forma totalmente inesperada, Nakki aparece ante él, agobiado y desconcertado, haciendo rápidos movimientos con los brazos desplegados.

—¡Largaros! —grita— Saliros de en medio, que llegan ese par, que han perdido la chaveta...

Una sombra, una mancha oscura en el aire, atraviesa el cuerpo astral de Nakki y el comedor, entrando por uno de los arcos, y aterriza forzosamente en la mesa maciza, partiéndola en dos como si fuera de chocolate y arroz, destruyendo de paso las diversas partes del alterador recién reparado.

—¡He ganado! —grita el anzud.

—¡He dicho que os apartéis! —

repite Nakki.

Pero sin dar tiempo a que ninguno de los presentes mueva ni siquiera un músculo, la pared revienta, como si la hubiera golpeado un kushu a toda velocidad desde el exterior, exactamente lo que ha sucedido. El animal, que ha quedado incrustado mitad dentro, mitad fuera, se vale de sus aletas delanteras para entrar del todo en el comedor.

—¡No vale! —impugna Animur, saltando de la proa del animal, donde estaba cogido hasta ahora— ¡No vale, no vale y no vale! ¡Yo he entrado primero en Zink!

—¡Pero ganaba el que llegaba primero al castillo! —replica Ziu, desabrochándose el duggan que lleva el cuerpo de Nakki, que sale del estado de tránsito en que se había puesto para avisar a sus amigos en Sata.

—¡Ah, no! ¿Antes no ganaba quien llegaba primero a Shapla? ¡Pues ahora es lo mismo! —insiste el tidnum.

—¡Pero antes estaba Nakki marcando la meta! ¡Esta vez se trataba de entrar en el castillo! —replica el anzud.

—¡Y unos pimientos asados! —dice Animur, levantando su hacha de doble filo— ¡Eso te lo acabas de sacar de la manga!!

—¡No sabes perder, gatazo peludo!  
—grita Ziu, desenvainando su katana negra.

Mientras los dos empiezan su tradicional danza de armas, Nakki se libera del duggan, y se reincorpora.

—¡Cullistres redomics! —reniega Sannar, mirando la escena con cierta tensión y los ojos desorbitados.

—Uhm... —dice Galam, viendo de nuevo su alterador troceado, mientras va recogiendo los trozos— ¿Alguien me puede decir cómo ha podido llegar hasta un quinto piso, un kushu?

—Huy, mejor no preguntes... —murmura Nakki, quitando el polvo de la túnica con las manos.

—¡Acepta tu derrota de una vez, pajarraco del diablo, antes de que te corte a rodajas! —dice Animur, cargando con el hacha.

—¿¡A rodajas!? ¡Ya veremos quien corta a rodajas a quien, perdedor bigotudo! —replica Ziu, contraatacando rápidamente.

El ingeniero, cargado de paciencia, coloca todas las piezas en una mesa auxiliar y vuelve a sumergirse en la reconstrucción del alterador, pasando de todo lo que está sucediendo en la sala.

—Bien, señores... Es suficiente por hoy. Tenemos trabajo —dice Nakki—. Debemos hacer una Busca Masiva inmediatamente, para localizar al rey

Lugal. Iba a hacerla en Shapla, pero el rey Kuzu, aunque mejora día a día, no estaba en condiciones de afrontarla.

—¡Oskia tupa! —dice Sannar—  
¡Tienes razón! Así podremos localizarlo, sea dónde sea que haya ido a meter sus narices.

—¡Eh! ¡Vosotros dos! ¡Dejad de hacer el payaso! —grita Nakki viendo que no han hecho ni caso de sus palabras — ¡Dejáis las armas inmediatamente y vamos a hacer la Busca Masiva! ¡A la voz de ya!

—¡Sólo cinco minutos más, Nakki! —dice Ziu, practicando unas estocadas rápidas— ¡Es todo lo que necesito para hacerle bajar los humos a este gritón!

Nakki, sin responder, saca una caja de glimps de su túnica.

—¿Cinco minutos? ¡¡Ja!! —grita Animur, bloqueando los ataques— ¡Yo sólo necesito cuatro!

Nakki escoge una glimp, la saca con cuidado de la caja, vuelve a cerrarla y la guarda.

—¡Pues va a ser en tres! —reduce el anzud. Galam y Sannar, salen disparados del comedor, seguidos por Nakki.

—¿Si, eh? ¡Pues yo tardaré dos!

—Os espero en la Sala de Juntas dentro de un minuto —dice Nakki, cerrando la puerta antes de salir y lanzando la glimp al interior.

—¿¡Un minuto!?! ¡Exacto! El que

necesito yo, para...

Entonces los dos contendientes ven de reojo como un ligero chispazo, como de electricidad estática, se brilla a su lado, en la zona dónde ha caído el pequeño objeto, y acto seguido... agua. Centenares de litros de agua brotan del punto dónde estaba la cápsula. Y, como si se hubiera reventado una gran cañería, el comedor empieza a llenarse a gran velocidad, y a vaciarse al mismo ritmo, por los grandes ventanales, echando por la fachada del castillo a los dos kiitas, junto con muebles, tapices y un kushu mediano. Todo ello conformando una vistosa y curiosa catarata llena de vida.

Cinco minutos más tarde, Nakki,



Sannar, Ziu y Animur, los dos últimos mojados como patos, se disponen a iniciar la Busca Masiva en la Sala de Juntas. Galam les observa desde detrás de una mesa, reparando por enésima vez su alterador portátil, que cada vez está más trinchado.

La Busca Masiva consiste en comunicarse a gran escala con casi todo el planeta. No sólo con los habitantes de Ki, sino con todos los organismos existentes. Plantas, árboles, animales... Todo aquello que pueda aportar alguna información útil. Pero es necesario ir con mucho cuidado, pues la señal emitida es muy fácil de detectar y se puede interceptar todo lo que se

transmita, ya sea por parte de aliados o de enemigos.

El funcionamiento es como una transmisión telepática usual, en la cual se busca una esencia, pero la capacidad se ve multiplicada en función del número de kiitas que la realizan. Uno de ellos actúa de base, estableciendo la busca, y los demás sólo deben ampliar su capacidad sensorial y mental, actuando como amplificadores de frecuencia y potencia.

—Bien, yo haré de base... —dice Nakki, cerrando los ojos y concentrándose— Centraos en mi esencia, y yo buscaré al rey Lugal.

Los cuatro entran en estado de

tránsito. Ziu, Animur y Sannar conectan con Nakki.

—*Te veo* —transmite la Gran Consejera.

—*Recibo* —responde Nakki.

—*Te veo* —transmite a la vez que habla en voz alta, el rey de los tidnums.

—*Recibo* —responde Nakki.

—*Te veo* —transmite Ziu, el gran explorador.

—*Recibo* —responde Nakki.

—*Te veo* —transmite el rey Lugal.

—*Y yo también* —añade Nirgal.

—*Reci...*

Los cuatro salen pitando del estado de tránsito, rompiendo todas las conexiones y, sin decir nada, vuelven la

cabeza en dirección a la entrada de la sala.

—¡Lugal! —gritan todos al unísono, pero cada uno con un matiz especial en su tono: el de Animur y Ziu es alegre, pero el de Nakki y Sannar tiene una cierta connotación de abucheo.

—¡Cómo que «Buscaré al rey Lugal»! —se queja Nirgal— «Buscaré al rey Lugal»... ¿Y yo qué? ¿Soy una doña nadie? ¡Que voy a ser la nueva reina!

Todos se levantan mientras los dos recién llegados se acercan al grupo. Animur se les echa encima rugiendo, los alza en un santiamén y empieza a hacerles dar vueltas y más vueltas.

—¡Ja, ja, ja! —ríe Nirgal— ¡Eso está mucho mejor! ¡Esta sí que es forma de tratar a una reina!

—¡Lugal! ¡Nirgal! ¿Dónde os habíais metido? ¡Ja, ja, ja! —pregunta el rey tidnum, manteniéndolos todavía a tres palmos del suelo.

—Nada, nada... Hemos estado de acampada y entrenando un rato —dice el rey.

—Eso mismo. ¡Papá me ha enseñado a quemar nubes de azúcar! ¡Oh! ¡Todo un arte!

—¡Ah, sí! —dice Animur, emocionado, dejándolos ir y agachándose ante Nirgal— Debes conseguir que se deshaga, pero sólo un

poquito, ¿verdad? Demasiado quedaría todo deshecho y demasiado poco queda seco. ¡Un poco deshecho es perfecto! ¡Un poquito sólo!

—¡Oh, Animur! —dice la princesa, dándole un golpe con el codo— ¡Tú sí que sabes de qué va esto! Se nota que somos de la realeza...

—¿O sea que vos sois la princesa Nirgal? Os presento mis respetos —dice Ziu, con una reverencia.

—¡Uooooooooo! Y tú ¿quien eres? —dice Nirgal, que nunca había visto un anzud negro— Negro como el carbón... ¡Como molas!

—¡Ja, ja, ja! —ríe el anzud— Muchas gracias, Nirgal... soy Ziu, gran

explorador de los anzuds.

—¡Bah! —exclama Animur— Es un notas... ¡eso es lo que es!

—¿Un notas, yo? —dice el anzud, cogiendo el mango de su katana.

—¿Qué pasa? ¿Te vas a poner chulo ahora ante la chica? —contesta el rey de los tidnums, cogiendo su hacha.

Un choque de armas responde a la pregunta y, una vez más, saltando encima de la mesa, el tidnum y el anzud inician una enconada lucha ante la relativa indiferencia del resto de gente de la sala.

—Caramba, parece que se llevan a matar, esos dos... —dice ella, mirándolos con curiosidad.

—¡Ah, que collistres! —responde Sannar— Son los mejores amigos de Ki... ¡Ostiks repollins! ¡Claro que sí!

—Majestad, ¿donde estabais? —pregunta Nakki— Apenas nos quedan unos días para las pruebas del Oráculo y debemos entrenar todavía a...

Nakki interrumpe de pronto su parlamento al echar una ojeado más atenta a Nirgal.

—Oh, vaya. ¿Los veintiuno ya? —dice el tutor, analizando el aura y la esencia de la princesa— Ahora lo entiendo... No habéis perdido el tiempo, ¿verdad?

—¡Uooooooooo! ¡Caramba! ¿Lo has adivinado sólo con mirarme? —pregunta



ella, sorprendida— ¿Se me nota tanto?  
¿Estoy más guapa, quizás?

—Cuando desapareciste, me llevé a Nirgal a Oklum, para iniciar el entrenamiento y no perder tiempo — replica el rey Lugal.

—Claro, claro, majestad... tuve un pequeño problema técnico... —dice Nakki, mirando a Galam, que se hace el sordo, mientras trata de reparar su alterador.

—Sí, ya lo vimos, ya... sobre todo por el trozo de corredor que falta... Bien, el caso es que en principio tenía pensado sólo llevarla para una semana... pero entonces vi como Mul se encendió. Aquello significaba que se

ponía en marcha el Protocolo 108/3 y comprendí que ya tendrías suficiente faena. O sea que decidí terminar yo mismo la fase de entrenamiento.

—O sea que estabais en Oklum — medita Nakki— Entonces es no es nada raro que estuvierais ilocalizables.

—Por el camino he podido hablar con el rey Kuzu... —dice Lugal— Al salir del área de influencia de Oklum he recibido una transmisión telepática suya. Me ha estado buscando desde que os habéis ido de Shapla. Le he dicho que descansara, que estaba de camino hacia aquí. Una lástima, eso de Murku... pero su sacrificio será recordado por siempre jamás en la memoria del pueblo kuzubi.

—Sí, claro que sí... —dice Nakki—

El rey ha decidido adoptar a su hijo Zuk y educarlo para ser su Consejero.

—¡Ah! Tiene una curiosa forma de hacer las cosas, este Kuzu... —suspira Lugal— ¡¡Por cierto!! Nakki, ¡té hemos traído un regalito! Nirgal, ¿no tienes nada por aquí, para tu futuro consejero?

—¡Ah, sí! —dice ella, rebuscando en uno de los grandes bolsillos de sus pantalones— Todavía no puedo creer que me la hicieras ir a buscar al fondo de aquel lago lleno de suams hasta los topes... ¡estoy viva de milagro! ¡Aquí tienes, Nakki!

Nirgal lanza al aire una piedra roja que su tutor recoge con agilidad.

—Una piedra de melam... Un momento... ¡Es mi piedra de melam! — dice Nakki, sorprendido— ¿Y me la dais así? ¿Como quien lanza una limosna? ¿No se requiere una ceremonia, para hacer oficial la entrega?

—¡Va! Déjate de ceremonias, Nakki —dice el rey— Té la damos y punto. Que no está el horno para bollos. Ya lo celebraremos en la fiesta de la proclamación. Además, la piedra no se activará hasta que Nirgal pase las pruebas del Oráculo y ella obtenga la suya... O sea que, por el momento, de poco te va a servir.

—Esperamos que pueda superarlas sin problemas —dice Nakki.

—¡Ah! ¡Claro que sí! ¡Es una Sata!

—¡Venga, venga! —se oye gritar de fondo a Nirgal, animando el combate entre Ziu y Animur, emocionada— ¡Más fuerza, más rápido! ¡Sois tremendos! ¡Ohh!

—Sí... Esto es precisamente lo que me preocupa... que es una Sata —confiesa el tutor.

Sintiendo como una presencia se acerca a ellos desde el exterior del castillo, todos se vuelven a mirar por una de las ventanas.

—¿Kasdal? —murmura extrañado, el rey Lugal. Un instante después, el musen aterriza en el empedrado de la ventana. Trae un sobre en el pico. Es

negro con un sello rojo y el escudo del Castillo de Zapp.

—¿Traes noticias? Uhm, que extraño...

El rey se acerca al musen y extiende la mano bajo el sobre. El animal mensajero, reconociendo al rey como destinatario, deja finalmente su presa.

—¡Merdonies! —reniega Sannar—  
¿Noticias de Zapp, otra vez?

—Me temo muy que sí... —dice el rey, leyendo la carta— Mi informador dentro del castillo me indica que los espías de Kanasul han localizado al pueblo sutum y que preparan un ataque inminente para eliminarlos a todos.

—¡Oh, collondres asquerosos!

Siempre igual, ¡vaya mierda! ¡Todas las desgracias y malas noticias vienen juntas! ¿Debe pasar todo la misma jodida semana?

—Bien, no pasa nada... —dice el rey— Ahora estamos todos juntos... no debemos preocuparnos. Sannar, tú y yo iremos a solucionar este pequeño problema... Nakki... Nirgal y tu vais hacia Múrguba. Asegurate que esté lista para superar las pruebas. ¡Ziu! ¡Animur! ¿Queréis acompañarlos, por favor? Doy por seguro que el encantador Kanasul debe tener alguna sorpresa preparada para celebrar que Nirgal habrá superado las pruebas...

—¡Ningún problema! ¡Será

divertido! —dicen los dos, sin dejar de luchar.

—¿Quieres decir que algún informador le habrá filtrado que Nirgal debe presentarse a las pruebas?

—¿Eh? No, no... Se lo dije yo mismo. Le mandé una invitación al castillo de Zapp.

—¡Papa! —grita Nirgal, dejando de prestar atención a la lucha— ¿Vas invitar a nuestro archienemigo a mi proclamación? ¿Estás de la olla o qué?

—¡Ah! ¡A más gente invitada, más regalos, hija! ¡Ja, ja, ja!

—Madre mía, ¡vaya padre que me ha tocado en suerte! —dice la princesa, tapándose la cara con las manos.



—¡Tu padre es más listo del que parece, Nirgal! —dice Ziu, mientras detiene un golpe mortal de su rival tidnum.

—Claro que sí... Eso es estrategia... Si le dices a tu enemigo claramente lo que piensas hacer, sabes perfectamente como reaccionará ¡y estarás preparado para contraatacar! —corroborra el felino, sin dejar de luchar.

—Exacto... Es la mejor forma de asegurarse que Kanasul sabe cuando debes presentarte a las pruebas... De otra forma no sabríamos seguro si lo sabe... ¡pero así sí lo estamos y nos podemos preparar! —culmina el anzud, esquivando una vez más, ágilmente, el

envite del hacha.

—Caramba, caramba... ¡Quien lo hubiera dicho! —confiesa Nirgal— Debo aprender un montón de estrategia, ¿verdad?

—¡Ah, recollins! —le dice Sannar en voz queda— No te preocupes por eso... tu futuro Gran Consejero es el mejor estratega de Ki... Créeme... Estás en buenas manos, con este refotudo Nakki.

—¡Nirgal! ¡Animur! ¡Ziu! —exclama el tutor, ajeno a estos comentarios— ¡Venga, manos a la obra! ¡Vamos hacia Múrguba! Iremos con Zidusa, el kushu de Animur. Ziu irá sobrevolando la zona por delante nuestro y nos advertirá de

posibles presencias no deseadas.  
¡Vamos, venga! ¡No me obligáis a volver  
a usar una glimp!

—Aun cuando a veces sea algo  
rancio... —añade Sannar, con una  
sonrisa.

—Rey Lugal, con todos los  
respetos... —dice Nakki—

Exactamente, ¿como pensáis frenar los  
planes de Kanasul? Los sutums están al  
otro lado del planeta y es totalmente  
imposible movilizar un ejército hasta  
allí en tan poco tiempo... Y aunque  
fuera así, ¿quien va a declararle la  
guerra ahora, con todo lo que esto  
representa?

—No, Nakki, no... A veces se

requiere mucha mano izquierda, para solucionar estas cosas... Tengo un plan alternativo.

—¿Un plan alternativo? ¿Cual es, si puede saberse?

Una vez más, los cachitos de alterador que Galam tiene desperdigados por toda la mesa empiezan a hacer un sospechoso ruido en forma de zumbido que va aumentando, como si empezara a acumular energía.


—¡Ajá! —exclama contento el joven ingeniero, mirando la chatarra que tiene sobre la mesa— ¡ya vuelve a funcionar!

—Aquí tienes tu respuesta —dice Lugal, sonriendo.



# 31

## Message



a noche, poco iluminada en este rincón de Girintak, no es muy calurosa en comparación con cualquier otra región de Ereshkigal.

Los cuatro sutums están sentados en una mesa de madera al aire libre, no muy lejos de la cabaña del delegado de los sutums, que acaba de cenar tranquilamente con su consejero, después de un duro día de trabajo.

—Delegado Message, ¡si estas noticias son ciertas, nos podemos dar

por muertos! —dice el pequeño Sisir, en pie encima de su asiento.

—¿Estáis seguros de lo que decís?  
—pregunta Messag a los dos ganaderos.

—Segurísimos, señor —responde uno de ellos—. Estuve viviendo en Kigaz durante muchos años, y sé diferenciar perfectamente un sutum de un musdagur... por mucho que esa gente tratara de hacerse pasar por sutum.

—Muy bien, de acuerdo... Muchas gracias por la información... Podéis volver a casa —dice el delegado, que ha perdido el apetito con la noticia.

Los dos ganaderos asienten con la cabeza y regresan a su hogar, dejando a Messag y a Sisir en un amargo silencio

compartido.

—Bien... Todos sabíamos que este día llegaría... —acepta el líder de los sutums— Kanasul nos ha descubierto.

Messag es un sutum joven todavía, hijo del anterior líder de los sutums, también elegido democráticamente. Como su padre, es muy apreciado por su pueblo a causa de su buen corazón y a la inteligencia con la que los dirige. Aunque sea el delegado escogido por mayoría, trabaja como todos, ayudando a su familia a cultivar los difíciles terrenos de Ambor.

Hasta el momento sus decisiones han tenido un cariz más bien técnico, refiriéndose a temas derivados de la



agricultura y la ganadería, así como a los suministros de agua y comida y a su racionamiento. Nunca se ha visto involucrado en un asunto de guerra.

—Señor... ¡Debemos huir! —dice su consejero Sisir, que es quien ha traído a los dos ganaderos— ¡Es preciso evacuar inmediatamente Uslum, Kuus y Kidurus y escondernos entre los pantanos! Si nos adentramos en Amudur y los cruzamos completamente, podemos volver a los antiguos refugios de las Hursag, a poca distancia del hemisferio Norte.

Sisir es dos tercios más pequeño que Messag. Es un turtur, una variante de los sutums que no sobrepasa los cincuenta

centímetros de altura, pero que tiene una fuerza y unas características físicas inversamente proporcionales a su talla. Los turturs son tres veces más fuertes, ágiles y rápidos que el resto de sutums.

—Lo sé, Sisir... lo sé... —acepta tristemente Messag— Pero esto va a ser muy duro para todos...

Después de ochenta y cinco años, ahora que parecía que podíamos empezar a levantar cabeza... y nos toca huir una vez más... ¿Quizás sea éste, nuestro destino eterno? ¿Jamás podremos crecer como pueblo?

—Mucho me temo que sea así, señor... Aunque, si queremos seguir creciendo, más vale que

desaparezcamos de aquí.

—Deberemos dejar todo esto atrás... —dice, observando con tristeza las extensiones de tierra cultivada— Con todo el esfuerzo que hemos dedicado a esta tierra...

—Señor, mientras Kanasul siga en el poder y nosotros seamos tan insignificantes, no tenemos ninguna posibilidad. Nunca nos dejará crecer.

—Quizás ya va siendo hora de rendirse a la evidencia... —dice el líder de los sutums, desanimado— Quizás va siendo hora que sigamos el camino de aquellos que abandonaron Kibala, y que se han ido desperdigando por Ki... aunque esto suponga la muerte de

nuestro pueblo como tal... Al menos no morirán los individuos.

—¡Oh, vamos, señor! ¡Anítese! ¡Observe todo lo que hemos podido hacer, partiendo de la nada! Llegamos aquí y, ¿qué encontramos? ¡Terrenos yermos y pantanos insalubres! Y ¿qué tenemos ahora? ¡Terrenos cultivables y acuíferos con agua potable! ¡Hemos descubierto y revitalizado las plantas autóctonas e incluso tenemos frutos! ¡En sólo cinco o seis años más, estos terrenos habrían sido mucho más fértiles, habríamos podido doblar la producción!

—Exacto... Y ahora volvemos a perderlo todo...

Estoy hablando en serio, Sisir... Quizás deberemos cruzar las Hursag y que cada cual se busque la vida...

Por separado al menos vivirán. Tras la muerte de Kiply y del cruel ataque musdagur, muchos de los nuestros se fueron... Kigal es una región muy interracial... como también parte de Zag y algunos pueblos de las Hursag.

—Es comprensible que ahora lo veáis así, señor... porque ha sido un golpe muy fuerte... pero todavía no le digamos nada a nuestro pueblo, ¿de acuerdo? De momento os propongo evacuar los tres núcleos y atravesar Amudur, ¡cuanto antes mejor! Podemos utilizar las grutas que nos fueron tan

propicias en el pasado para ocultarnos. Una vez allí decidiremos qué debemos hacer a continuación.

—Quizás tengas razón, Sisir... En fin, no tenemos demasiado tiempo, y decidamos lo que decidamos, debemos actuar rápido. O sea que habla con los responsables de cada sección y que ellos comuniquen nuestra decisión a los ciudadanos... Mañana nos iremos.

—Si señor... —dice Sisir, saltando de la silla— Y, señor... no se preocupe... ¡saldremos de ésta!

Messag ve como el pequeño consejero se aleja con rapidez. Observa la mesa dónde tiene la cena prácticamente intacta, pero su estómago

está lleno de rabia, tristeza y nervios. Enfadado, coge un plato de potaje y lo arroja hacia adelante.

Hacia dónde está volando el plato aparece un rayo de luz eléctrica de la nada, el aire y el espacio parecen desgarrarse y se abre un agujero interdimensional. El rey Lugal se agacha con agilidad y el plato se estrella directamente contra la cara de Galam, provocando la caída de la bandeja dónde lleva un montón de cachitos de alta tecnología ziti unidos entre sí por cables, hilos de pescar y cinta adhesiva.

Al caer al suelo, algunas piezas emiten un sospechoso y quebradizo ruido y un par de chispazos indican la

existencia de varios corto circuitos.

—¡Oh, nooo! ¡Otra vez, nooo! ¡Por favor! —se queja, indignado, viendo como el destino parece ser el principal enemigo de su alterador.

—Oh, vaya... —murmura Lugal, mirando el estropicio— Uhm... ¿podrás arreglarlo?

—Bueno... Esta vez tengo herramientas... —dice Galam, tocando la mochila que lleva— Sólo necesito una mesa y tiempo.

—Es que, Galam... ¡recotrapolis! —dice Sannar, a su espalda— ¿Tú crees que puedes ir así por el mundo? ¿Qué clase de máquina es esta? Pegada con cinta adhesiva y cables por todas



partes... ¡encima de la bandeja del té!  
Por favor... ¿no podrías darle una forma  
algo más compacta y resistente? ¡Ósmia  
tuka!

—Pero si antes era así... —dice el  
ingeniero, recogiendo los cachitos—  
Tenía su pantallita y su pequeño  
altavoz... ¡Oh! Mira... se ha roto el  
control de flujo.

—No sufras, Galam... —dice el rey,  
positivo, empezando a andar— Tú  
arréglalo y listos... Mira, por aquí  
tienes mesas.

El delegado Messag todavía no  
puede entender que ha pasado. Se ha  
abierto un agujero ante él y han  
aparecido tres zitis de su interior... Y,

para rematar la sorpresa, uno de ellos tiene pinta de rey.

—Mucho gusto... ¡Messag, supongo!  
—dice el rey, alargándole la mano.

El delegado se queda como traspuesto.

—Ehem... —insiste el rey, con la mano extendida.

—Eh... Uhm... Sí, sí... perdone...  
—reacciona finalmente el sutum, encajando— Mucho gusto, señor...

—Lugal, rey Lugal. Mucho gusto — dice el ziti, mirando a su alrededor—. ¡Oh, caramba! Veo que ha hecho un trabajo excepcional, aquí. Caramba, caramba... quien habría dicho que se podría cultivar algo, en estas tierras...

¡Me iría de perlas un jardinero como usted, en Zink! ¡Allí haría maravillas!

—Uhm... Perdone... pero, corríjame si me equivoco... acaban de salir de un agujero... Uhm... ¿de un agujero del aire?

—Bueno, técnicamente es un poco más complicado, pero qué diablos, sí... podríamos darlo por válido... Después de todo, no somos científicos, ni usted ni yo, ¿verdad?

El rey se sienta donde había estado antes Sisir y observa la mesa, llena de comida.

—¡Oh! Veo que estaba cenando... ¿Me permite picar algo? —pregunta, señalando la mesa.

—Eh... sí... sí, claro está...  
adelante, señor rey Lugal.

—¡Oh, muchas gracias! —dice con una sonrisa de oreja a oreja, cogiendo una rebanada de pan y un trozo de queso — Como dice aquel antiguo proverbio... ¡Come si tienes hambre y no comas si estás lleno!

Sannar y Galam se han sentado en otra mesa cercana y tratan de arreglar el alterador. Él a base de paciencia y ella a base de palabrotas.

—Perdone, señor rey Lugal... pero... no estoy muy habituado a que aparezcan personas de la nada... aunque sea a través de un agujero en el aire... ¿Debo suponer que se trata de algún tipo

de tecnología ziti?

—Sí, podríamos decir que sí. ¡Uhm! ¡Que bueno está! ¿Es típico de aquí? ¡Está buenísimo! Parece mentira que pueda haber comida tan sabrosa tan cerca de los pantanos...

—Bien, sí, de hecho el ganado lo tenemos en...

¡Un momento! ¡Un momento! ¡No me cambie de tema! A ver... y perdone la brusquedad... ¿Como es que han venido hasta aquí?

—Bueno, ante todo debo decirle que sigo los movimientos de su pueblo desde hace tiempo... estoy enterado de su actividad desde los tiempos de Kiply...

Sé qué pasó exactamente en la guerra de los reptiles y de como se perpetró aquel increíble engaño de Kigaz. Y ustedes, los sutums, disfrutan de toda mi simpatía. Siempre he reconocido a su pueblo como trabajador y luchador.

—¡Ah! Muy bien... —dice Messag, más relajado— Entonces... ¿a que debo su visita?

—Uhm... Veamos... Como se lo diría... —dice sirviéndose un trozo de migir asado— Veamos... No sé si está enterado de que Kanasul ha descubierto al fin su existencia...

—Sí, sí... acabo de enterarme de ello hace poco. Precisamente mañana

evacuaremos los tres núcleos de población y...

—Anule la evacuación —dice el rey Lugal degustando el migir—. ¡Uhm, eso está exquisito!

—¿Que anule la evacuación? ¡Pero qué dice! ¡Está loco! ¿Como quiere que la anule? ¡Si nos quedamos aquí, nos arriesgamos a que Kanasul nos ataque cualquier día de estos!

—Mañana, a la salida de Utu —dice él, poniéndose agua.

—Y si cree que... ¿Que qué? ¿Mañana a la salida de Utu? ¿Mañana a la salida de Utu, qué?

—Kanasul. Kanasul os atacará mañana cuando Utu esté saliendo...

Dentro de unas horas, para ser exactos... no tiene ningún sentido tratar de huir. No podréis movilizar a vuestro pueblo tan rápidamente. Además, queríais huir hacia Amudur, seguramente. Él ya debe tener alguna unidad por allí. Acabaría siendo una masacre.

—¿Lo dice de veras? ¿Kanasul está viniendo hacia aquí? ¿Y por qué no lo hemos detectado?

—¡Ah!, amigo mío... hay tantas formas de pasar inadvertido desde los inhibidores de esencia, a técnicas de nivel 7 mental para ocultarse, pasando por las zonas oscuras... en fin... ¡poco importa ahora! Lo cierto es que viene



hacia aquí y que una evacuación como la que tiene en mente sólo hará que la población se ponga nerviosa y termine haciéndose daño.

—O sea... ¿qué propone usted exactamente? ¡No podemos quedarnos de brazos cruzados esperando a ese monstruo!

—Ah, no... eso sería propio de estúpidos. Cuando llegue Kanasul, no creo que se ande de rositas... cargará y tratará de llevárselo todo por delante.

—Entonces... ¿qué debemos hacer?

—Evidentemente largarse de aquí... pero no de la forma tradicional, andando, sino aprovechando un pequeño atajo... tecnológico. ¿Sabe el agujero a

través del que hemos venido? Pues en realidad se denomina portal interdimensional. Es una forma de viajar segura y fiable al cien por cien. Nuestros científicos son profesionales hasta la médula.

Un chispazo salta cuando Galam, muy cerca de ellos, está conectando dos cables, y prende una llama que le quema las cejas. Rápido de reflejos, el científico trata de apagar el fuego con el contenido de una jarra que tiene al lado, pero contiene licor de Kilmet y se enciende todo en una gran llamarada que lo echa atrás, haciéndole saltar de la silla y caer de cabeza. Sannar actúa rápidamente y renegando como una

posea, se saca la capa, tapa el fuego y termina extinguiéndolo.

—¿Todo bien, Galam? —pregunta Lugal al ingeniero.

—Perfecto... dadme sólo un poco de tiempo y lo tendré todo a punto.

—Bien... —dice el rey Lugal a Messag— Ya le ha oído... Como ve, están ustedes en buenas manos, esto va a ser un como un paseo.

—O sea... Debo entender que abrirán ese portal... interdimensional... ¿y que a través de él va a escapar toda la población sutum?

—Exacto... —murmura Lugal, mientras degusta un trozo de udusar con reducción de kilmet— Esa es la idea.

—Pero esto es una ida de olla completamente...

¿Como espera que le cuente todo esto a mi pueblo? ¡Ni tan solo saben que debemos evacuar los emplazamientos! ¡Hace unos instantes Sisir ha ido a comunicárselo!

—Magnífico. Ningún problema... Que se lo comunique... Dentro de poco tiempo, cuando todos los sutums estén preparados para ir hacia Amudur, nos dirigiremos hacia el portal.

—¿Hacia el portal? —pregunta Messag, tratando de digerir toda aquella información— ¿Y dónde está el portal?

—Bueno... Todavía no lo sabemos... los portales van apareciendo

y desapareciendo... Pero bueno... buscaremos uno que esté bien e iremos todos hacia allá.

—De acuerdo... y... exactamente... ¿a dónde vamos a ir a parar?

El rey Lugal suspira mientras termina de tragar un nuevo bocado de migir.

—Bien... Amigo Messag... ¿ha oído usted alguna vez hablar de... del planeta Tierra?

# Hacia Múrguba



alaaaaaaa!! —grita Nirgal, con los cabellos absolutamente fuera de control— ¡Esto es una pasada! ¡¡Mucho mejor que ir en kushu!!

—Oh, ¡claro que es mucho mejor que ir en kushu! —responde Ziu, sonriente— Y ahora verás...

¡Agárrate fuerte!

El anzud cambia su rumbo, pliega sus alas y se deja caer en picado, acelerando en extremo su velocidad.

Nirgal ni siquiera se atreve a gritar, temiendo que si abre la boca con aquella velocidad no la pueda volver a cerrar. La sensación es la misma que la de estar en caída libre, aunque esté cogida al murlal del anzud.

El murlal es un tipo de arnés, que consta de un cinturón y de varias correas que suben por la espalda y los hombros del anzud que lo lleva y bajan por el pecho y el abdomen, dónde vuelven a atarse al cinturón. La función de este invento es poder llevar un pasajero a la espalda, que se arrodilla con las piernas semiabiertas, colocando los pies en unas correas, a la altura del cinturón, y pone sus manos a la altura de los hombros,

como si fuera a caballito.

Es menos aparatoso que el duggan, pero el pasajero debe estar constantemente cogido al anzud para evitar caerse, a diferencia del saco, dónde incluso puede dormir si quiere.

A la princesa se le secan los ojos con la velocidad adquirida, ve como el suelo se va acercando con rapidez y el viento silba en sus orejas. Es incapaz de oír nada más. Y al llegar a pocos metros del árido suelo del Paso de los kushus, el anzud abre sus alas y, con un salvaje impulso, remonta el vuelo, en una parábola cóncava que la sacude de arriba abajo, haciéndole soltar los pies de las correas que le hacen de estribos.



Por suerte sigue cogida por las manos, que cierra con fuerza mientras el anzud sube trazando un ángulo casi recto.

—¡Uoooooooo! ¡Ha sido fantástico! ¡Fantástico! — grita riendo Nirgal, colgada de las correas— ¡No me he caído de milagro! ¿Repetimos?

—No sé qué le encuentra Nirgal a eso de volar en anzud... —dice Animur, viendo desde su kushu Zidusa la exhibición aérea del anzud.

—Ah, Animur... Esas son cosas propias de juventud... —responde Nakki— Yo creo que no hay nada como ir andando por la tierra firme.

—¿Verdad que sí? —confirma el rey de los tidnums, apuntando a Nakki con

un muslo de migir— Estoy totalmente de acuerdo contigo.

Los dos están sentados en el gran sofá del interior de la tienda. Animur, por su envergadura, ocupa dos terceras partes del mismo. Nakki tiene más que suficiente con el espacio restante.

—Animur, por cierto... —dice el tutor de Nirgal mirando al felino— Me he fijado en que no llevas nunca tu cetro, aunque seas el rey de los tidnums... No es que quiera meterme dónde no me llaman pero, ¿no crees que sería interesante e incluso útil, llevarlo contigo?

—¿El cetro? —dice Animur, poniendo la mano que le queda libre

hacia su hombro— No lo dejo ni para dormir, ¡siempre lo llevo conmigo!

Diciendo esto, saca la doble hacha, la levanta en alto y la acerca a Nakki. El ziti la mira, sorprendido. A la primera ojeada no nota nada extraño, aparte de constatar que está muy sucia. Un hacha de doble hoja típica, con un mango de madera no muy largo.

En las hojas afiladas se ven inscripciones kiitas por todas partes y está mellada por diversos lugares, fruto de las múltiples luchas que ha protagonizado. En pleno centro, una piedra de melam que sobresale ligeramente por ambos lados, adorna el arma.

—¿¡Una piedra de melam!?! —se sorprende— Pero esta piedra es la de... Un momento... No me digas que... Oh, no... ¿No me digas que eso es tu cetro?

—¡Ajá! —dice el tidnum, lanzándolo al aire, dónde da varias vueltas, y cogiéndolo al vuelo— Hace tiempos cortamos un trozo de cetro y lo utilizamos de mango para esta arma. La piedra se puede sacar y así el cetro pasa de rey a rey, como es debido.

—Oh... Tidnums habíais de ser... ¡Cargarse un cetro para convertirlo en un mango!

—Uf, es que esto del cetro era muy incómodo... siempre lo olvidaba por todas partes... —dice Animur, bebiendo

de una garrafa de licor de Kilmet.

—Sí, no hace falta que digas nada... el rey Lugal se lo deja constantemente por doquier... A ver si Nirgal consigue ser algo más serio que su padre.

—¡Uooooooooooooaa! ¡Jahaaaaaaaaa!  
—grita la susodicha descontroladamente, pasando en vuelo rasante por dónde están, entrando por una de las paredes de tela de la tienda, y saliendo por la otra, desgarrando la tela de la tienda para conseguirlo.

—Bueno... No he dicho nada... — dice Nakki poniendo los ojos en blanco.

—Ziu, Ziu... —pregunta la futura reina de Kigal— ¿Hasta dónde puedes llegar a volar? De altura, quiero decir.

—Tan alto cómo quiera, Nirgal. Aunque no puedo traspasar la cúpula, claro está... el campo de fuerza es extremadamente poderoso... ¿Quieres comprobarlo tu misma?

El anzud bate con fuerza sus alas, ganando una altura considerable con rapidez. Las corrientes de aire caliente le ayudan a incrementar más todavía su aceleración. A medida que va acercándose al límite del cielo y atraviesa varias capas de nubes, respirar se hace más y más difícil.

—Nirgal, notarás que te cuesta respirar, pero tranquila, que no te quedarás sin aire. ¡Ja, ja, ja! Trata de ir haciendo respiraciones breves y sin

pausa. La princesa asiente, levantando el dedo pulgar.

—Mira, ¿lo ves? ¡Aquí empieza todo! —dice el anzud, señalando al cielo.

En el firmamento se puede ver como una capa casi transparente va ganando cuerpo y densidad a medida que se separa del planeta.

—Calculo que debe tener un grueso de unos treinta kilómetros, ocupa toda la mesosfera... Cada vez es más y más densa, y cuesta más atravesarla. Yo lo he intentado varias veces, pero nunca he podido... Entre que no hay aire y que el campo de fuerza es tan denso, siempre he debido darme por vencido.

—¿Has tratado de atravesar la cúpula del planeta? —dice Nirgal, intrigada— Y ¿por qué? ¿A dónde querías ir, tan arriba?

—¡A Mul! —dice él, señalando el satélite— A ver cómo es nuestra luna de más cerca. Nuestro rey Viskal también está interesado en ello. ¡Pero no he podido ir todavía! Es la única misión que me ha encargado que no he podido cumplir...

—¡... todavía! —dicen los dos a la vez.

—Un viaje a Mul, ¿eh? —dice Nirgal— Suena bien... suena muy bien... Es un objetivo excelente para una nueva aventura... ¡Quizás un día



vayamos, tú y yo... a Mul!

—¡Oh, no lo descartes, princesa Nirgal! —dice el explorador, cambiando el rumbo y bajando de nuevo a toda velocidad— Más pronto o más tarde lo haremos, ¡¡tiembla Mul!!

Dejando otra vez las nubes atrás, Nirgal vuelve a ver y a reconocer la variada geografía kiita. Las montañas circulares Hursag, la gran región del Paso de los kushus, el río Narugal, y la inmensa y espléndida Múrguba, que descansa como siempre, cerca de la Cueva del Oráculo.

—¡Empiezo a estar nerviosa! —dice la princesa— ¡Ya no falta mucho para el momento de afrontar las pruebas! ¡Tengo

ganas de hacerlo muy bien! ¡Y de ser una buena reina!

—¡Ah, claro que sí, Nirgal! —corrobora el anzud— Serás mejor que Lugal e incluso que tu abuela Iagal... ella siempre tan comprensiva, tranquila y serena.

—Ay, sí... ¡me pregunto qué debe de estar haciendo, ahora!

\* \* \*

A doce mil trescientos dos kilómetros de aquel punto, la cuatro veces centenaria y legendaria Iagal Kala, oye un ligero pitido en su oreja derecha, en el mismo instante en que lanza tres magnitudes de

energía roja contra Gasam, que las esquivaba con una técnica interdimensional. Sonriente, piensa en su nieta Nirgal, mientras esquivaba a su vez un ataque de luz de fuego.

\* \* \*

—¡Mira, mira, Ziu! —dice Nirgal, dándole golpes en la cabeza y señalando a Múrguba— Estamos llegando, ¿verdad? ¡Oh, qué nervios, qué nervios!

—*¿Queréis hacer el favor de volar más bajo?* — transmite Nakki— *¡No hace falta ir tan arriba para detectar posibles enemigos, Ziu! Quiero ver dónde estáis todo el rato... No subas*

*más arriba de las nubes... ¡aunque Nirgal todavía no sea reina ni yo sea su consejero, sigo siendo su tutor!*

—Ah, Nakki... Cosas de juventud...  
—dice Animur.

—Bien, ya no queda mucho tiempo... —dice el tutor, calculando la hora en función de la altura y del ángulo de Mul— Podemos pasar la noche en el refugio, tal y como habíamos planeado.

—¿Qué diablos... —murmura Animur, oliendo el aire y saliendo de la tienda— es esto?

Nakki, temiendo haber caído en una emboscada de Kanasul, sale rápidamente, siguiendo al rey de los tidnums que parece haber detectado

algo.

—¿Qué pasa? ¿Qué notas? —dice el ziti, preocupado.

El rey de los tidnums sólo levanta la mano, señalando lo que en un principio parece una duna más del desértico terreno. Nakki afina la vista y descubre que se trata de una pandilla de anzuds agrupados, o al menos, de lo que queda de ellos, ya que el trozo más grande de la pila no supera la medida de una manzana.

Los restos de casi un centenar están medio carbonizados, entre plumas, ropa y armas, también troceadas.

—¿Dónde estamos? —pregunta Nakki, repasando los mapas de los

archivos akásicos— Esto parece ser la circunvalación de Idiri... se trata de un pueblo bastante tranquilo, dedicado básicamente a la agricultura...

¿Qué debe de haber pasado?

—Uhm... ni se sabe... —dice el tidnum, entrando de nuevo en la tienda y volviendo a recostarse en el sofá— Alguien debe de haber saldado alguna cuenta pendiente con unos cuántos anzuds... ¡Vete tú a saber! ¡Pasan tantas cosas, en este planeta tan grande!

—Sabes, Nirgal... —dice Ziu, mirando fijamente los restos de los sunaguls— En esta vida todos tenemos una misión... y debemos darlo todo para conseguir llevarla a cabo. Y la tuya es

reinar en Kigal... Si tienes eso claro... triunfarás.

—Ostras, Ziu... tío... Ojalá lo tuviera tan claro como tú... ¡Me has animado mucho! ¡Ja, ja, ja! ¡Si tú lo dices es que será verdad! ¡Me fío de ti!


—Bien, no creas... —dice él, recordando tiempos más oscuros— Me he equivocado muchas veces, a lo largo de mi vida... Muchas personas a las que quería con locura ya no están vivas... por errores que he cometido... No sé hasta qué punto puedes confiar en mí.

—¿Ah, sí? —dice Nirgal, poniendo sus pies en la espalda del anzud, quedándose medio sentada— ¡Pues será cuestión de comprobarlo!

Y diciendo esto, se levanta, impulsándose como un muelle desde la espalda del anzud y lanzándose al vacío, con las piernas juntas y los brazos estirados, como si se lanzara de cabeza a una piscina. Él, totalmente fuera de juego ante esta extraña reacción, gira en redondo y se apresura a trazar un rumbo para tratar de interceptarla.



## Lugal versus Kanasul



La situación no deja de ser peculiar. De buena mañana, el pueblo sutum al completo, unos cien mil habitantes más o menos, ha salido fuera de sus casas, cargado con hatillos, mochilas, carros e incluso algunos animales de carga, esperando entre silencioso y curioso, que le digan cuando debe iniciar el nuevo éxodo.

Como si se tratara de una manifestación multitudinaria, silenciosa e inmóvil esta vez, la larga alfombra

sutum empieza en el centro de Kuus y se extiende en dirección Norte hasta las afueras del campamento.

Encabezándola, allí está su delegado, Messag, su consejero, Sisir, el rey Lugal, y, delante de todos ellos un chico ziti con cara de despistado y gafas de culo de vaso que, con una mano, sostiene una bolsa de plástico del Kaprawo llena de componentes electrónicos, fusibles, cinta adhesiva, cordeles y otros elementos tecnológicos de la misma magnitud, y con la otra una especie de antena de radio rota, de la que cuelga un hilo que entra a la bolsita.

El científico va moviendo la antena de derecha a izquierda y de la bolsa no

sale nada más que un extraño ruido de interferencias. De vez en cuando, da un paso a la derecha u otro a la izquierda con la manifestación siguiéndole... paso a paso.

—Uhm... —dice Sisir— Esto... señor... no es que dude de la capacidad tecnológica de lo que este hombre debe llevar dentro de la bolsa de plástico, pero... Uhm... usted ya sabe que los pantanos están al otro lado de dónde parece que nos estemos dirigiendo...

—Shhht... —le hace callar Messag  
— No me lo desconcentres, ahora... Además, no vamos a Amudur...

Estamos buscando un portal interdimensional aleatombe.

—Aleatorio —corrige Lugal— Es un portal interdimensional aleatorio. Pero, bien, ya nos entendemos, entre nosotros, ¿verdad?

—Eso, eso... —dice el delegado— Y con su invento de la bolsa de plástico, abrirá un portal de esos que nos llevará a la Tierra.

—¡Ah, vaya! Claro, claro... y... exactamente ¿porque lo lleva todo dentro de esa bolsita de plástico? ¿Es especial?

—¡No, no! —dice el delegado— Es una bolsa de supermercado, normal. Lo que sucede es que le lancé el potaje por encima y se le rompió la bandeja que llevaba.

—¡Ah! ¿Antes lo llevaba en una bandeja? Claro, claro... una bolsita es mucho mejor... Así si se le cae no se desperdiga...

—¿Queréis hacer el favor de callaros? Os estoy oyendo —grita Galam, volviéndose hacia ellos— Ya sé que esta no es la forma más adecuada de llevar un alterador interdimensional —dice levantando la bolsita—, ¡pero desde el día en que lo inventé, ha pasado por unos cuántos accidentes! Y ahora estoy tratando de encontrar un portal con una antena de radio —dice sacudiéndola—. Para poder hacer cruzar a más de cien mil personas... Estoy un poco tenso, ¿sabéis?

Los rostros de la masa de sutums transmite pánico. Se les ve preocupados y atemorizados. Incluso el rey Lugal y Sannar asisten a la escena con un cierto aire de seriedad.

—Bueno, bueno... No pasa nada... No es preciso que os pongáis nerviosos tampoco... —dice Galam— Pero si estáis calladitos, podré escuchar con más tranquilidad, y...

Mientras habla, Lugal se le acerca y, pasando de largo, observa el horizonte.

—Es él —dice el rey de los zitis—. Es Kanasul... y creo que viene acompañado de un par de unidades.

—¡Mecagüen los tropiles de merdu! —se queja Sannar— ¡Y nosotros sin

encontrar el portal!

—¿Eh? —dice Galam, que apenas empieza a entender lo que pasa— A ver, el portal si que lo tenemos. Ya hace horas que lo detecto... ¡lo que pasa, es que debemos encontrar el punto de fricción!

—Y ¿en qué área puede estar, exactamente, señor? —pregunta Sisir.

—Bueno, pues... desde esa duna de allí, hasta esas ruinas que hay al otro lado —dice Galam, señalando el área con la antena, haciendo rugir de pronto el maltratado altavoz de la bolsita.

—¡Ep! —dice todo el mundo, de pronto.

Galam vuelve a pasar la antena por

el mismo recorrido y otra vez, señalando hacia una zona bastante lejana, dónde hay unas grandes rocas, el altavoz vuelve a sonar.

—Hey... ¡Lo tengo, lo tengo! — dice, contento.

—¡Lo tiene, lo tiene! —repiten Lugal y Sannar.

—¡Lo tiene, lo tiene! —repiten Messag y Sisir.

—¡Lo tiene, lo tiene, lo tiene! —van repitiendo más de cien mil sutums, sin saber muy bien de qué están hablando.

—¡Está un poco lejos, allí en esas rocas! —añade.

—¡A las rocas! —repiten Lugal y Sannar.



—¡A las rocas! —repiten Messag y Sisir.

—¡A las rocas, a las rocas, a las rocas! —repite, en cadena, el pueblo sutum.

—¡Joley, joley! —ríe contento Galam.

—¡Joley, joley! —repiten Lugal y Sannar.

—¡Joley, joley! —repiten Messag y Sisir.

—¡Joley, joley! ¡Joley, joley! — exclama el pueblo sutum.

—Uhm... —dice Sisir— a este paso no podremos llegar a las rocas antes de que Kanasul llegue... Sus kushus se acercan muy rápidamente...

—¡Ningún problema! —dice Lugal, tranquilo— Galam, tú lleva al pueblo sutum hacia el punto de fricción dónde se abrirá el portal. Sannar y yo nos quedamos aquí, y entretendremos a Kanasul.

—¡Mierda! —se queja Sannar— Una misión mortal, a dos días de jubilarme. ¡Cagüen las flopes salidas! ¡Jodok!

—¿Estáis seguro de ello, rey Lugal? —dice Galam, aguantando la bolsita y la antena— ¿No va a ser peligroso?

—Ah, tranquilo... ¡no sufras por mí, Galam!

—No, no... si por usted no sufro. Digo que si no va a ser peligroso para

mí ir por estos terrenos sin protección...  
¿y si me pasa algo?

—¡Ah, no se preocupe! —dice Sisir  
— ¡Yo lo protegeré!

Galam observa con cara de circunstancias al pequeño sutum que le llega a la altura de las rodillas.

—Uhm... Claro... Ahora me quedo mucho más tranquilo —dice volviéndose y empezando a andar.

A medida que Galam se aleja, apuntando al horizonte con la antena de radio rota, la multitud lo sigue lentamente, como si se tratara de una procesión. Sólo dos zitis van en distinta dirección, quedándose en el terreno situado entre el pueblo sutum y el

ejército musdagur.

—Bien, Sannar, ¿preparada para tu última gran batalla, antes de retirarte de una vez por todas a la relajante isla de Akum? —pregunta el rey, andando tranquilamente en dirección a los kushus del ejército de Kanasul.

—¡Cagüen las glopitas de los bonks!  
—reniega de nuevo, la Gran Consejera  
— Claro que sí, rey Lugal...

Vaya mierda de despedida, si no fuera así, ¿verdad?

—¡Ja, ja, ja! Exacto, amiga mía...  
¡exacto! Bueno... Veamos... ¿Qué hacemos? ¿Qué te parece? ¿Repetimos lo de la Batalla de Jum? ¿O quizás mejor lo que hicimos en Gara? ¡Ja, ja,

ja! Estaría bien, ¿no te parece?

—Uhm... ¡Recollins, Lugal! Ambas opciones son interesantes... ¿y si repetimos aquello de los ataques de Ganzer? O quizás el III Combate de Kurgal...

—¡Aquello sí que fue total! —dicen los dos a la vez.

Avanzando con una tranquilidad pasmosa, un rey y una Gran Consejera, dos amigos que han pasado por mil y una batallas y que se entienden sin necesidad de palabras, se acercan al ejército musdagur mientras las piedras de melam de sus cetros empiezan a brillar, primero ligeramente y ganando intensidad.

Dos unidades del ejercito y el kushu real, conducido por el propio Kanasul, se acercan a toda velocidad.

Cada unidad viaja sobre una plataforma arrastrada por un kushu gigante. La primera, es una unidad de Tierra. Van vestidos con armaduras ligeras, lanzas, espadas cortas y alguna que otra barra de hierro cogida de sus mesillas de noche. La segunda unidad es la de carga. Musdagurs vestidos con armaduras, casco con visor y armados con lanzas, espadas, arcos y fusiles.

En el tercer kushu, viaja Kanasul. A su derecha, se sienta su heredero Usungal, aunque nadie todavía conoce ni su nombre ni su identidad. Detrás de

ellos, el Consejo de Musdagurs, encapuchados y vistiendo túnicas, colocados en cuatro filas. En la primera sólo uno, Muduru. En la segunda, dos, en la tercera, tres y en la última cuatro. Y reforzando las dos unidades, una bandada de musens, que sobrevuelan las plataformas. Controlan el aire y guían a las tropas gracias a las cámaras que llevan en un pequeño casco, que retransmiten continuamente su elevado punto de vista a las pequeñas pantallas incorporadas en los cascos de parte del ejército de tierra.

—¡Señor! —transmite Raknud—  
Parece ser que los musens han establecido contacto visual con el

enemigo.

—¿Enemigo? ¡Ja! Querrás decir las víctimas...

Muy bien, muy bien —dice el Señor de Zapp—. Describe la situación, capitán.

—Parece ser que el pueblo sutum trata de escapar, señor... Detecto un éxodo multitudinario que se aleja lentamente de Uslum, Kidurus y Kuus, en dirección al oeste.

—Vaya, vaya... ¿no será que alguien ha filtrado información, Muduru? —dice Kanasul a su Consejero— Bien, ya hablaremos de este tema... Ahora limitémonos a eliminarlos a todos.

—¡Señor! —informa Raknud



señalando una duna que, moviéndose lentamente, expulsa a un kushu que se ocultaba en su interior— ¡La unidad de Zukum!

—*Oh, perfecto... perfecto... —* piensa Kanasul— *He aquí a los que morirán a mis manos, para poder culpar a los zitis... Mi plan cuadra a la perfección.*

Los musdagurs de Zukum no van armados, ni llevan ningún tipo de armadura, ya que estaban en misión secreta, ocultos y mezclados con el pueblo sutum de incógnito, desde semanas atrás.

—Bien, bien, Raknud. Ordénales que su kushu se coloque inmediatamente

detrás de mi. Quiero tenerlos cerca.

—Sí, señor.

Las maniobras se efectúan con rapidez y el cuarto kushu se añade a los tres del ejército de Kanasul. El cuarteto se dirige rápidamente hacia la multitud sutum, que sigue avanzando lentamente.

—Pero, ¿se puede saber hacia dónde diantre van, estos inútiles? —pregunta Kanasul— Si querían esconderse debían haberse dirigido a Amudur... ¿Qué diablos hacen, atravesando Kur? ¿Hacia dónde se dirigen?

—Señor, parece ser que hay ziti guiando a la multitud —dice Raknud, comprobando las imágenes que los musens le transmiten por los visores.

—¿Un ziti? —dice, alterado por primera vez, el jefe de los musdagurs—  
¿Y qué hace un ziti por aquí? ¡Esto es territorio de musdagurs y sutums desde siempre! ¿Cuando se ha visto que un ziti esté guiando al pueblo sutum? A dónde vamos a ir a parar... ¡Raknud! ¿Puedes reconocer al ziti tú que estuviste de espía en el castillo de Sata?

—¡Sí, señor! —dice el capitán—  
Me parece que es Galam, el Ingeniero oficial.

—Oh, vaya... Uhm... ¿Que es lo que debe estar haciendo el ingeniero de los Sata, aquí? —murmura Kanasul— Uhm, ¿a dónde debe llevar a todos estos sutums? Y ¿como diablos sabían que

existían? Debo estar alerta... Si el maldito Lugal está implicado en esto no será nada extraño que nos lo encontremos por aquí. Debemos actuar rápido.

—Señor, ¿cuales son vuestras órdenes?

—Atacad inmediatamente con las dos unidades. Por tierra y por aire con los musens. No quiero que quede ni un solo sutum vivo. Matadlos a todos. ¡A todo el mundo! Menos al ziti. ¡A ese lo quiero vivo! ¡Quiero interrogarlo y que me diga qué está haciendo aquí!

—¡Recibido, señor! —dice Raknud, comunicando las órdenes a las dos unidades y a la bandada de musens.

Los kushus, mucho más rápidos que el pueblo sutum, que avanza poco a poco, a pie, recortan distancias rápidamente. En sólo un par de minutos llegarán a su posición. El kushu de Kanasul, sin embargo, se mantiene a una distancia prudencial de seguridad respecto a los dos kushus atacantes, por si hay algún tipo de trampa oculta por el camino. Pero estos siguen avanzando sin problemas y parece que no es así.

—Muduru, ¿se puede saber qué hacen, aquí, los zitis? —pregunta Kanasul a su consejero— ¿Como pueden haber sabido que existía este pueblo sutum? ¿Y... como sabían que nosotros íbamos a atacar hoy?

—Señor, me parece que deberemos hacer una revisión exhaustiva en todo el palacio, para buscar un posible traidor.

—¡Si éz que eze traidor no rezulta que erez tú, Muduru! —dice Usumgal, con ojos feroces.

—¡Como osas acusarme! —grita enfadado el Consejero, temiendo por su vida.

—¡No sería tan extraño! —masculla Kanasul— Tú eres de los pocos que estaba enterado de todo...

—Señor, si yo fuera un traidor, nunca daría al enemigo información que tan sólo yo supiera, ¡porque precisamente esto me delataría! —se defiende rápidamente Muduru— ¡Debe

ser algún espía, micrófonos, o algún musdagur traidor que nos vigila!  
¡Seguro!

—Bien, hablaremos de esto cuando volvamos A Zapp... No debemos olvidar nuestras prioridades...

Parece que no hay ninguna trampa... y que el pueblo sutum está viviendo sus últimos segundos de vida.  
¡Machacadlos!!


Efectivamente, los dos kushus llegan sin incidencias hasta dónde se encuentra la multitud y, aprovechando la inclinación de unas dunas próximas, éstos se impulsan con fuerza y sobrevuelan la distancia final que los separa de los sutums, encabezados por

el ziti, y aterrizan encima de la cabecera de la multitud, donde se encuentra Galam, aplastándolos a casi todos.



# 34

## Las pruebas del oráculo

 Nírgal está en el porche del refugio de Múrguba, apoyada en la barandilla, mirando al cielo mientras piensa en las pruebas. En sólo unas horas, deberá tratar de superarlas y de su resultado depende el futuro de una raza.

—¿Nerviosa ante las pruebas? —le dice una voz tranquila y agradable.

Ella se vuelve y ve a su lado un desconocido apoyado en su misma

posición, mirando también las estrellas. Viste de forma extraña, con ropa de muchos colores, capa y turbante. Sin saber por qué, Nirgal no se sorprende ante su presencia.

—Uhm... tú debes ser Gizzalkamma, ¿verdad? Un honor, poder hablar contigo, al fin... ¿Nervios? Uhm... No... no estoy nerviosa. Creo que puedo superarlas sin problemas. Ya empiezo a conocer a Gasam y sus bromitas pesadas.

—¡Ja, ja, ja! —se ríe él sin poderlo evitar— Nirgal, eres muy diferente que cualquiera de los demás líderes zitis que ha habido hasta ahora, ¿lo sabes, verdad? Normalmente todos están de los

nervios cuando se encuentran aquí, en la barandilla...

—Quizás tengas razón —dice ella, tomando asiento en una silla del porche—. Pero, chico... ¿que sea lo que debe ser!

—Si me lo permites, chiquilla, te daré un consejo —dice Gizzalkamma, dando un pequeño salto y sentándose en la barandilla— El tiempo no existe.

—¿Qué quieres decir con esto? —dice Nirgal, perpleja, mirando al cielo.

No recibe respuesta. Mira a la barandilla pero allí no hay nadie. ¿Dónde está el extraño sujeto? ¿Ha estado realmente alguien, allí, en el porche? ¿Como era? ¿Como se llamaba?

¿Han estado hablando?

—¡Nirgal! —grita Nakki desde el interior de la cabaña— ¡Nirgal! ¿Dónde estás?

—¡Aquí, aquí! —dice la princesa.

—¡Gracias a los Dioses!! —exclama Nakki, poniéndose las manos en la cabeza— ¡Empezaba a pensar que habías saltado por un precipicio! Oye, ¿se puede saber dónde has dormido? ¡Tu cama está sin deshacer!

—¿Dormido? —pregunta ella, que no entiende nada— ¿Como que dormido? Pero si todavía no...

De pronto se da cuenta de que el sol le calienta la nuca y de que la claridad envuelve el refugio. Se vuelve

rápidamente y descubre, sorprendida, que, efectivamente, ha pasado el tiempo y están a media mañana.

—Nirgal, se supone que la noche de antes de las pruebas debe dedicarse a dormir y descansar. ¡Dormir y descansar! —dice su tutor, repasando cada sílaba— ¡Y no a hacer *bivac* aquí, en el porche! ¡Por favor! ¡Dónde vamos a ir a parar!

—Pero yo no... Uf... no lo entiendo... Estaba aquí y de pronto... Uhm... Ahora no recuerdo...

Ziu y Animur salen del refugio, discutiendo.

—¡Yo solo eliminé a trescientos musens que me atacaron por sorpresa un

día que sobrevolaba las Hursag! —  
proclama Ziu.

—¡Vamos, hombre! ¡Esto no hay  
quien se lo crea! Yo sí, que maté con mis  
propias manos a un murgal,  
estrangulándolo hasta partirlo.

—¿Un murgal? ¡Ja! ¡Yo los parto por  
la mitad, a los murgals! ¡Y a dos urlus  
gigantes, que me atacaron en Urkel! ¡Los  
convertí en daditos asados! —explica el  
anzud.

—¡Si, hombre! ¡Dos urlus! ¡Eso no  
te lo crees ni tú!

—¡Hola, chicos! ¡Buenos días! —  
dice Nirgal— Veo que os habéis  
levantado con energía.

—¡Claro que sí, princesa Nirgal! —

dice Ziu, con una reverencia.

—¡Yepah, Nirgal! ¿Preparada para superar las pruebas? —pregunta el tidnum.

—¡Claro que sí! ¡No sabes lo impaciente que estoy! Y me han dicho que si lo hago bien me darán una piedra de regalo.

—Bueno, pues no nos entretengamos. Vamos, súbete al kushu y nos vamos pitando hacia la Cueva del Oráculo.

—Hey, ¡que yo todavía no he desayunado! —se queja ella—  
¡Necesito alimentarme o me va a coger una lipotimia en medio de las pruebas!  
¡Y entonces sí que las cosas pueden ir a

peor!

—Desayunarás de camino, en la tienda del Zidusa... Animur lleva comida para un regimiento, allí dentro —dice Nakki— Así te tengo controlada, no sea que se te pase por la cabeza volver a saltar de Ziu.

—¡Ja, ja, ja! —ríe el anzud— ¡Pero si la cogí sin ningún problema!

—¡Ja, ja, ja! —ríe también Nirgal— ¡Claro que sí! ¡Fue muy divertido!

—No —niega su tutor— No lo fue en absoluto. Y ahora, venga, apresurémonos. Todos a la cueva del Oráculo.

—¡Pues yo me partía de la risa! — replica ella, siguiendo a su tutor—



¿Dejarás que vuelva a probarlo, después? ¡Sólo una vez!

—¡No!

—¡Vaaa, por favor, Nakkito! ¡Porfa, porfa!

—¿Nakkito? ¿Qué caramba quiere decir esto de Nakkito? ¡Mi nombre es Nakki!

—¡Va, por favor, Nakkito! Dejaré de llamarte así si me dejas volver a probarlo —negocia ella, subiendo al kushu.

—Uhm... Escucha, Animur... —  
vuelve a empezar Ziu.

—¿Qué caramba quieres, tú, ahora?

—¿Cuanto debe faltar para la cueva?

—¿Para la Cueva del Oráculo,

dices? Uhm...

Desde aquí... Medio día de camino, quizás...

—Ajá... Medio día, ¿eh? —dice el anzud sonriente, haciendo estiramientos de manos y pies y desplegando las alas.

—Oh, no... ¿Otra vez? Piensa que la última vez...

—¿Tienes miedo a perder o qué? —lo reta, directamente.

—¿Perder yo? —responde el tidnum, saltando del porche encima del kushu— ¡Repítemelo cuando llegues a la Cueva del Oráculo! ¡Allá te estaré esperando!

Ziu salta encima de la barandilla e, impulsándose con las piernas, abre las

alas y despega rápidamente, como si la fuerza de gravedad funcionara a la inversa para él. Sin perder un instante, el rey de los tidnums se instala en su asiento particular del kushu y le dice las palabras mágicas.

—¡Manos a la obra, Zidusa! ¡A toda máquina!

Y el kushu, que no se toma estas palabras en broma, clava las aletas en el suelo y con el impulso se lleva por delante un grupo de arbustos y tres árboles, sin que esto lo frene. En el interior de la pequeña tienda de su caparazón, Nirgal y Nakki saltan por los aires, en un precioso ejercicio de gimnasia desincronizada y aterrizan al

fondo.

—Ajá... o sea que debo ir en kushu porque ir en anzud puede ser peligroso... —se queja la princesa, reincorporándose.

—Podríamos decir que, tratándose de estos dos tarambanas, las dos formas de viajar son altamente peligrosas —reconoce su tutor, comprobando el estado de sus huesos.

—¡A ver qué hay para comer! —dice ella, abriendo el baúl— ¡Argh! ¡Qué asco! ¡Pero si todo esto es crudo! Nakki, ¿como quieres que me lo coma? Yo quería unas tostaditas con aceite y jamón...

—¡No te quejes! ¡Haberte dado

cuenta antes de que tenía hambre y habrías desayunado con todos!

—¡Qué morro! Pero si ni he dormido... ¿Y ahora qué? ¡Aquí sólo hay pan seco!

—¡Pues tienes pan seco para desayunar!

—Si, hombre, ¡que te lo crees, tú, eso! ¡Debo alimentarme, o me cogerá un yuyu, haciendo las pruebas!

La discusión entre la princesa y su tutor se puede oír desde fuera de la tienda y este va a ser el hilo musical que acompañará a Animur toda la tarde, sin que suceda nada remarcable, a no ser la gran velocidad a que circulan, debido a la carrera entre el tidnum y el anzud, que

van alejándose de Múrguba.

Pese a que todo el mundo habla de ella como si fuera una montaña, Múrguba es en realidad un kushu, el más grande de todos. El kushu primigenio. Es tan grande que parece un cerro gigantesco. Debajo de ella nace el río Narugal y se desparrama por sus bordes. Su caparazón es tan inmenso que incluso han llegado a instalarse encima algunas villas pequeñas y segundas residencias de zitis y de kuzubis.

Unas horas más tarde Nakki da los últimos consejos a Nirgal, que ha conseguido llenarse con el pan seco, para las pruebas que deberá tratar de superar.

—Óyeme bien, Nirgal... No se sabe casi nada de las pruebas, pero hay algunos factores que siempre suelen repetirse... —dice el consejero.

—Ah, caramba... ¿y esto porque no lo dicen los archivos akásicos? — replica ella— ¡Qué morro! Alguien podría ponerlo. ¿¡Eh!? ¿Eh, eh, eh?

—¡No dice nada sobre las pruebas, porque es información clasificada! ¡Y ahora escuchame! —la corta su tutor— Las tres pruebas siempre son distintas. Cada uno de los herederos se encuentra en situaciones límite que debe resolver mediante sus habilidades. Una de ellas será para poner a prueba tu capacidad conceptual. Una especie de examen.

—Vaya, qué emoción... —dice, poniéndose cómoda en el sofá— ¿Y después qué? ¿Un trabajo de veinte páginas sobre la fauna del planeta?

—La segunda... —sigue el tutor, ignorando los comentarios de Nirgal— será sensorial. Deberás utilizar este eje para resolver la situación que se te plantee. La tercera pondrá a prueba tu nivel mental. Lo más importante es que conserves la sangre fría y la tranquilidad en todo momento. Nosotros te esperaremos fuera, y cuándo...

De pronto, se produce una explosión en el exterior, y los dos salen disparados de la tienda, no por prisa, sino por las leyes de la física y de la inercia. El



kushu se ha detenido en seco, y ellos, que no están pegados al sofá, han seguido a tal velocidad, que no sólo han salido disparados, sino que se han llevado a Animur por el camino.

—¡He ganado! —dice Ziu, saliendo del agujero que ha hecho en el suelo a causa de su aterrizaje, que ha sido también el que ha provocado el fuerte ruido que los ha puesto en alerta.

—¡Sí, hombre! ¡Y qué más!! —dice Animur, levantándose del suelo— ¡Yo he llegado antes al Valle del Oráculo, y esa era la meta!

—¡Y un cuerno! ¿Quién ha dicho que lo fuera? ¡La meta estaba aquí! ¡Justo en este punto! —dice el anzud, señalando

el suelo que está pisando.

—¡Ja, ja, ja! ¡Claro que sí! ¿Porque lo dices tú, no? ¡Gana quien llega primero a la Cueva! —dice Animur, corriendo hacia la entrada, carrera a la que se añade el anzud, volando a ras de suelo.

La entrada es un gran agujero en forma de arco, pero no se puede ver qué hay dentro. Sólo se percibe una luz intensa.

—¡Animur, no entres! —grita el anzud.

—¡Ja! ¿Crees que voy a hacerte caso? ¡Para que luego digas que has ganado!

—¡No, no! ¡Que tú no puedes! Que

sólo puede entrar...

Pero el tidnum entra sin escuchar a Ziu. Y acto seguido, vuelve a salir. Pero no sale como ha entrado, sino expulsado a gran velocidad, como si hubiera sido catapultado. En su corto vuelo se lleva al anzud por delante y ambos se estrellan contra una de las paredes del valle.

—Bueno... —dice Nakki, sacándose el polvo de encima— ¡Parece que ya hemos llegado!

—¡Ostras! —dice Nirgal, corriendo hacia la entrada— ¡Al fin! ¡La Cueva del Oráculo! ¡Ole, ole y ole!

La princesa se detiene a un palmo de la entrada y mira hacia su interior, como

desafiándola. Sabe que entra como princesa, y que saldrá como reina, si es que sale. Es un antes y un después muy importante en su vida. En un ataque de lucidez, ve que debe decir unas palabras en un momentos de tal trascendencia. Y se vuelve hacia sus amigos.

—¡Chicos! ¡Id preparando la fiesta, que salgo enseguida!

Dicho esto, se vuelve otra vez hacia la cueva y salta al interior de la luz, que se la traga sin problemas. Los tres compañeros de viaje se quedan patitiesos observando la entrada de la cueva.

—Bueno, chicos, parece que ahora toca esperar —dice Animur, sentándose

apoyado en el caparazón de su kushu.

—Sí, eso parece... —dice el anzud, haciendo lo mismo.

—Madre mía... Qué vida de Gran Consejero me espera... —dice Nakki, poniéndose una mano en la cabeza.

La primera sensación de Nirgal tras atravesar la luz es extraña. Esperaba encontrarse una especie de Gruta de Gasam, parecida a las de Kizuru pero, ante su sorpresa, se encuentra en la bodega de un barco, que se mueve bruscamente de derecha a izquierda, desplazando barriles, cajas y balas de cañón sin ningún orden ni concierto.

—Bien, muy bien... Parece que Gasam se lo ha currado mucho esta vez

—dice, saltando obstáculos mientras se dirige a las escaleras que llevan a cubierta.

En el exterior las cosas no van demasiado mejor que en la bodega. Una tripulación kuzubi, va corriendo en desbandada, de forma descontrolada, luchando contra piratas que han abordado el barco. A su alrededor, tres barcos piratas kuzubis, fabricados ilegalmente con caparazones de kushu, apuntan al que ocupa Nirgal.

A su derecha, el capitán Mudaabba, con el Kasma, barco de guerra que apunta con veintidós cañones su quilla. A la izquierda, el capitán Lukur, tripulando el Kasulla, un barco

explorador, el más grande de los tres, con tres arpones gigantes apuntando a su cubierta. Y delante, la capitana Elakua, gobernando el Kako, un barco interceptador, que apunta al mástil con un cañón doble, de bolas unidas por candado.

—¡Cuando dé la señal, abris fuego!  
—grita Mudaabba, levantando su espada  
— Tres... dos...

—Oh, vaya... —dice Nirgal.

# La batalla de Girintak

**S**a, ja, ja! ¡Vais a morir todos!!  
—grita Kanasul, viendo como  
los kushus aplastan a los sutums  
— ¡Así aprenderéis a no resistiros al  
poder de los musdagurs! ¡Ja, ja, ja!

—*Uhm... ¿señor?* —transmite  
tímidamente Raknud.

—*¡Adelante, Raknud! ¡Dime!*

—*Uhm... señor... los sutums... No  
están... Bueno... uhm... Podríamos  
decir que han desaparecido, señor* —



dice tímidamente.

—¿Que han desaparecido? ¿Qué quiere decir, que han desaparecido? — pregunta, nervioso, el señor de Zapp.

—Bueno, pues que... cuando los kushus les han caído encima... Bueno... Han... esto... desaparecido.

—¡Mierda! ¡Eran una ilusión óptica! —deduce finalmente Kanasul— Pero, entonces... ¿Dónde diablos están?

—Señor, ¡ya los hemos localizado! ¡Están al oeste, a unos veinte kilómetros! —dice Raknud— Los que hemos atacado eran una especie de espejismo que duplicaba lo que estaba sucediendo al otro lado... ¡Ahora

*mismo ponemos rumbo a ellos!*

—¿Cómo has podido caer ante una táctica tan simple? —dice Lugal, detrás de él— ¡Creía que lo detectarías mucho antes! ¡Se veía de lejos que era un espejismo creado por Sannar! ¡Ja, ja, ja!

Kanasul, rabioso, echa un rayo de luz amarilla con su cetro, atravesando al rey Lugal... y se carga a tres de sus consejeros y hace caer heridos a dos más.

—¡Ups! —dice la imagen del rey ziti — ¡Has vuelto a caer! ¡Hoy no es tu día, compañero!

Kanasul se levanta del trono y avanza, concentrándose.

—¡Dónde estás, Lugal! ¡Da la cara!

¿¡Dónde estás!? —grita, con ira— ¡Mis soldados están atacando a los sutums! ¡Ven si no quieres que los mate a todos!

—¡Huy, si pierdes los nervios tan rápidamente, no ganarás nunca ningún combate cuerpo a cuerpo, hombre! —le dice el falso rey— ¡Oh! Tú debes ser su heredero...

Al decir esto mira a Usumgal, que lo observa todo, escondido detrás del trono. Kanasul le ignora y sigue gritando.

—¡Da la cara te digo! Ven aquí, si te atreves.

Un golpe de cetro en la cabeza casi deja fuera de combate al musdagur, que se vuelve tan dolorido como

sorprendido, para darse cuenta que la proyección astral ya no era tal, sino que ahora se trataba de verdad de Lugal.

—¡Argh! ¿Quieres dejar de jugar conmigo? —dice, enfadado, lanzando un nuevo ataque con el cetro, que lo toca de pleno, matándolo al instante.

La imagen del rey recobra su verdadera forma, es decir, la de otro de los consejeros de Kanasul, que estaba siendo víctima de una Ocupación Corporal, a la vez que la imagen astral del rey Lugal se había superpuesto a ella, formando así una imagen astral que ha podido golpear a Kanasul. Viendo el panorama, los demás consejeros deciden saltar del kushu por voluntad propia,

antes de que su rabioso y torpe Señor se los termine cargando a todos.

Mientras tanto, a unos veinte kilómetros de ese punto, el alterador instalado en la bolsa de plástico de Galam, deja de hacer ruidos de interferencias, para ponerse a pitar.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! —dice Galam—  
¡Hemos llegado! ¡Y no va a tardar demasiado en abrirse!

—¿Hemos llegado? —dice Sisir—  
¿Aquí va a abrirse un portal? Caramba, qué cosas... Quien lo habría dicho... Y... ¿qué quieres decir con esto de que «no va a tardar demasiado»?

—Sí, sí... ¿qué quieres decir? —  
pregunta Messag— Tenemos a dos

kushus viniendo hacia aquí... cargados de soldados...

—Bueno... unos diez minutos como mucho...

Pero es difícil de saber, sólo por el sonido del pito...

Normalmente hay una pantalla de cristal líquido que lo indica —dice él mirando con tristeza dentro de la bolsa—. Pero creo que se rompió cuando lo del huracán... o en la persecución por Miami... no estoy muy seguro...

—¿Diez minutos? —dice Sisir—  
Pues estamos listos, porque los kushus no van a tardar más de dos en llegar...

—Ah, yo no me preocuparía... —dice Galam, mirando dentro de la bolsa

y moviendo la antena— El rey Lugal y Sannar nos cubren.

Pero las dos unidades del ejército, ajenas a este hecho, siguen dirigiéndose a toda pastilla contra los sutums, atravesando dunas de arena. Y es al saltar sobre una de ellas, que, en lugar de aterrizar encima del seco suelo, los dos kushus se hunden con un gran ¡chap!

—Madre mía, son unos zopencos de campeonato... —dice Sannar, eliminando el efecto óptico que simulaba una capa de tierra, para descubrir las aguas pantanosas que había debajo, que se están tragando a los kushus que, con toda tranquilidad y serenidad, empiezan a rodearlas para

salir por otro lado.

Los que no están tan tranquilos son los soldados que al no tener estas fantásticas habilidades de los kushus, tratan de salir como pueden de las peligrosas arenas movedizas. Cuando está todo más emocionante, el característico ruido del alterador de Galam empieza a sonar dentro de la bolsita. El silbido se acelera tanto en frecuencia como en volumen y anuncia que algo está a punto de suceder.

No tarda mucho en llegar el momento. El bolso se ilumina y de la antena de radio sale un rayo de luz, que avanza unos diez metros, se detiene de pronto en un punto aleatorio y crece,



formando una burbuja en el aire. Entonces el espacio parece desgarrarse, el sonido desaparece y el tiempo se detiene. Y ante todos, se abre el gran portal. Más bien pequeño.

—¿Esto es el portal? —dice Sisir—  
¡Pero si aquí sólo podemos ir pasando de dos en dos!

—¡¡No me venga con cuentos, ahora!! —grita Galam— ¡Vamos, vamos! ¡Entrad! ¡Entrad! ¡Y no os paréis al salir! ¡Venga, venga! ¡Todos!

Y así es como todo el pueblo sutum va pasando al planeta Tierra, en filas de a dos. Por suerte, los sutums son unos reptiles rápidos, ágiles y organizados y empiezan a cruzar rápidamente sin

problemas. Si hubieran sido zitis o tidnums los que hubieran debido cruzar todo habría sido mucho más caótico.

—¡Será posible! —grita Kanasul, dirigiendo su kushu hacia dónde son los sutums— ¡Raknud! ¡Da órdenes a los musens! ¡¡Que ataquen!!

El capitán da las órdenes mientras escapa como puede de las arenas movedizas y los musens inician un rápido vuelo contra el pueblo sutum, que se va reduciendo a medida que pasa el tiempo.

—Veamos, veamos... ¿qué tenemos aquí? —dice Sannar revolviendo en su caja de glimps— Ajá... aquí hay una... y aquí está la otra. Muy bien, muy

bien...

Esto va a ser la rehóstika.

Con mucha cuidado, la Gran consejera arranca uno de sus largos cabellos rubios y ata dos glimps, una con otra, a la punta de una flecha. Acto seguido coloca la flecha en una ballesta y apunta a la bandada de musens.

—Bien, mi puntería no es demasiado buena, pero supongo que alguno caerá...  
—dice mientras dispara.

La flecha traza su recorrido y atraviesa el ala de uno de los musens. Pero antes de que este ni siquiera se de cuenta de qué está pasando, un par de pequeños chispazos azules, como de electricidad estática, surgen de la punta

de flecha, y los dos a la vez, explotan. Un inmenso huracán de fuego aparece de la nada, absorbiendo por completo a la bandada. La mezcla de viento salvaje, con el intenso fuego provocado por las dos glimp, reducen a cenizas en un instante a toda la unidad aérea musdagur. Poco después el fuego, que ha consumido ya el aire del huracán, lo hace desaparecer y este, al quedarse sin combustible ni nada que quemar, también se desvanece.

—¡Ooooh, recollins! ¡Hacía años que me moría de ganas de hacer esto! ¡Kóstia tuka! ¡Me ha encantado! Me pregunto si debe quedar algún musen vivo... —dice mirando hacia el cielo

con la ilusión de encontrar algún otro enemigo.

Los sutums, mientras tanto, van desapareciendo de dos en dos a gran velocidad, mientras Kanasul se acerca rápidamente con su kushu, seguido por el otro kushu, el que lleva a los musdagurs del campamento de Zukum.

—*Kanasul... Vamos, hombre, no seas cazurro...* —le transmite Lugal mentalmente— *¿Porque no lo dejas correr? Tú has perdido, y el pueblo sutum se salva... ¿Dónde está el problema? Acepta tus derrotas, hombre... No lo hagas más difícil de lo que es... no me obligues a detenerte en persona.*

Pero el señor de Zapp en lugar de entrar en razón, acelera la velocidad, dirigiéndose contra los sutums con su kushu.

—¡Pienso acabar con todos estos sutums, aunque sea la última cosa que haga en este mundo! —grita, totalmente fuera de control.

El rey Lugal, saliendo de detrás de unas rocas, se dirige sereno y tranquilo al kushu, saliendo a su encuentro.

—Ostiks... ¿Necesitas ayuda, Lugal? —dice Sannar, con la que se cruza por el camino.

—Ah, no, amiga mía... no hace falta, ya me encargo yo, de esto... —dice pasando de largo— Además, tú ya has

tenido tu ración de diversión...

La fotografía del momento es de portada. Un hombre, pequeño y rechoncho, andando tranquilamente, se enfrenta a un kushu real, que se dirige contra él, a toda velocidad conducido por el señor de los musdagurs, completamente fuera de sí. El rey Lugal se detiene y su rostro abandona por primera vez en muchos años su expresión contenta y de bonhomía.

Un rey Lugal serio levanta el cetro apuntando en dirección al kushu y se concentra profundamente, haciendo brillar con intensidad la piedra de melam roja que lo corona. La arena que tiene a sus pies, se aleja de él formando

olas concéntricas que lo rodean. Kanasul, encima del kushu, también levanta su cetro, y un amarillo intenso ilumina su punta.

Pero antes de que pueda hacer algo, una onda expansiva procedente del cetro del rey Lugal, llevándose por delante todo lo que encuentra, impacta contra el kushu real, haciéndolo levantar completamente en vertical, dar una vuelta entera, cayendo de espaldas y aplastando al señor de Zapp y a su heredero.

—¡Estabas avisado! —dice el rey, recuperando su cara amable y simpática — ¡Ay señor, esta juventud, que no escucha!



La recta final de sutums llega hasta el portal, cuando el rey y Sannar se reúnen con Galam.

—Bueno, parece que al final está funcionando, ¿verdad? —dice Lugal, señalando la bolsita de plástico.

—Sí, no puedo quejarme... considerando que el pobre alterador está hecho cisco...

—Oye, que no tenemos todo el día... no van a tardar demasiado en recuperarse y volver a atacar esos musdagurs... —dice el rey, señalando al ejército que se está recomponiendo poco a poco— Y Kanasul y su heredero están vivitos y coleando, rabiosos... saliendo de debajo del kushu... o sea que mejor

que nosotros también entremos en el portal y nos larguemos de aquí.

—Además, estoy percibiendo veinte unidades más que vienen hacia aquí, ostiks... —añade Sannar— Seguramente han pedido refuerzos en algún momento, estos bastardos de merka...

—¡Ningún problema, ningún problema! —dice Galam— Están pasando los últimos sutums... ahora podremos pasar nosotros.

—Por cierto, ¿a dónde lleva este portal, exactamente? —pregunta Lugal— ¿A qué lugar de la Tierra?

—Ah, tranquilos... no es preciso preocuparse... es un lugar desierto y tranquilo... Una isla del Pacífico dónde

los hombres no hay puesto los pies todavía.

—¡Collondres! ¡Pinta bien, osti! ¡Bueno, pues yo no me lo pierdo! —dice Sannar, entrando de un salto dentro del portal.

—Venga, vamos... ¡debemos apresurarnos, nos queda trabajo por hacer todavía! Sin ir más lejos, ¡hacer que vuelvan todos estos sutums a Ki!! —dice el rey de los zitis, saltando él también al interior.

Los últimos dos sutums, seguidos por Galam, atraviesan el portal y éste empieza a cerrarse lentamente. Antes de desaparecer, cuando ya sólo es del tamaño de un puño, parece oírse un

sonido que podría ser perfectamente el de una bolsita que contiene un alterador, cayendo al suelo, y siendo pisada por accidente.

Unos instantes después, Kanasul consigue salir de debajo del kushu y mira a su alrededor. Los sutums han huido, sus dos unidades del ejército están desperdigadas por la zona y los musdagurs espías itinerantes de Zukum son los únicos que siguen de pie.

—Bueno, pues... —dice el señor de Zapp con los ojos llenos de odio—... vamos a arreglar el día.

La última imagen que quedará grabada en las retinas de los ojos de los musdagurs del campamento itinerante de

Zukum, antes de morir, será la de su propio señor, Kanasul, dirigiéndose hacia ellos con el cetro iluminado por un amarillo intenso.

Él mismo dará, con una falsa cara de pena y de rabia, la noticia, unas horas más tarde, del genocidio del campamento itinerante de Zukum. Los zitis, dirá, los han eliminado a traición. Es preciso juzgar a su responsable inmediatamente.

# 36

## La batalla de los siete piratas



EEEHHHHH!! —grita Nirgal, con toda la fuerza de sus pulmones.

Los tres capitanes pirata miran extrañados a aquella ziti desconocida. Nirgal se ha situado al instante. Se trata de la épica Batalla de los Siete Piratas. Mudaabba y otros seis piratas se habían aliado para destronar a la reina Sabar, conquistar Shapla y dominar Zag. Pero aquello sucedió hace más de cien años.

Aunque Nirgal, con su potente grito ha logrado su principal objetivo, que era detener la cuenta atrás de Mudaabba y ha conseguido también captar la atención de los tres capitanes, no sabe muy bien como seguir.

—Si ya me lo dice siempre Nakki...  
—murmura entre dientes— Lo primero es establecer el plan de acción.

Se apresura a buscar en los archivos akásicos información sobre esta famosa batalla. Lo único que sabe de ella es que acabó bien, aunque hubo bajas considerables. Si averigua qué pasó exactamente, como se desarrolló la batalla para vencerlos, tan sólo deberá hacer el que dice la historia, y todo irá

como la seda.

Pero ante su sorpresa descubre que no tiene acceso a los archivos. Y no sólo eso. Todo su plan conceptual está descoyuntado. Y el sensorial. Y el mental. No funciona ninguna de sus habilidades.

—Cagüen Gasam.

En esos momentos se da cuenta de que acapara la atención de todo el mundo; ya no sólo los capitanes, sino el resto de los piratas, están mirándola con extrañeza. La tripulación entera de los tres barcos enemigos, así como la del que la lleva a bordo y los piratas que lo han abordado, la observan, cada vez más inquietos.



¿Quién es aquella ziti vestida de forma tan extraña? Sus próximas palabras serán las que decidan el futuro de la acción. Todo parece depender de ella. Cada segundo que pasa, es un paso hacia la derrota. Debe actuar, aunque no disponga de ninguna habilidad extraordinaria.

Por unos instantes, Nirgal se ve completamente perdida, su rostro no refleja ninguna emoción. Pero entonces, esboza un pequeña sonrisa y sus ojos vuelven a brillar. Da unos largos y extraños pasos por la cubierta y, con una voz forzada y rota, casi inhumana, grita.

—¡FIMBO FEEZ!

Todo el mundo permanece en

silencio, sin entender nada. Los capitanes pirata están como hipnotizados, sus ojos no pueden dejar de seguir los movimientos de aquella extraña ziti. Parece que quiere volver a hablar. Antes de hacerlo respira hondo.

—¡BUNGO BUNI! —vuelve a gritar, poniendo tanta fuerza en su voz, que el mismo esfuerzo hace que se levante de puntillas— ¡BUNGO BUNI, DAFU DUNI, YUBEE LUNI!

Mientras lanza estos gritos estentóreos, se mueve por la cubierta del barco braceando exageradamente, dando pequeños saltitos, señalando y mirando a los ojos de todos los espectadores, como si estuviera haciendo una clase de

ritual satánico. La siguiente parrafada de la princesa es tan rápida como las balas de una ametralladora.

—¡ZOONK-ZOONK-ZOONK-ZOONK-ZOONK-ZOONK! —dice, muy enfadada, levantando las manos y asustando de paso a algún pirata supersticioso, convencido de que es una bruja que los acababa de maldecir a todos.

Entonces, mirando fijamente al capitán Mudaabba con un odio muy bien fingido, sube hasta la segunda cubierta de proa, más elevada, acercándose al pirata kuzubi, sin dejar de hablar, ahora de forma más lenta y suave. Sus palabras, sin embargo, suenan amenazadoras en todas y cada una de sus

sílabas.

—¡Kirasuku malibuku, weebee wize un yubee kuku! ¡Alipenda kakamenda, pantz forldun ifno suspenda!

La cubierta de proa está casi totalmente desballestada. Con la madera rota y maltrecha, está llena a rebosar de heridos tirados por todas partes, armas clavadas al suelo y un trozo de la vela arrancado. Las cuerdas que se han utilizado para el abordaje están todavía en la barandilla del barco, y es allí a dónde se dirige Nirgal, sin dejar de hacer su numerito.

—¡Fuikika kanderika, weebe stronga yubee weeka!

Dicho esto, aprovechando la

confusión y los ataques de pánico que están empezando a sufrir algunos piratas, coge una de las cuerdas y, pegando un salto, se impulsa hasta el barco de la capitana Elakua. Algunos de los piratas que están en cubierta dan un paso atrás. Consciente de que aquella comedia no puede durar demasiado, tras su lento discurso la princesa hace una pausa dramática unos segundos.

Vuelve a respirar hondo y, gritando salvajemente, escupe:

—¡KITIMBIBI ZOONK! ¡FUMBOLEEZI ZOONK! ¡GUGUMIZA ZOONK! ¡FUMIKAKA ZOONK! ¡ANAPOLALA ZOONK ZOONK ZOONK!!

Mientras grita no deja de hacer

saltos laterales, moviéndose cómo si de un mono se tratara, y así recorre parte de la cubierta por la barandilla del barco interceptador. Los marineros de las cuatro tripulaciones la siguen con los ojos fuera de las órbitas. Por allí dónde pasa, los kuzubis se apartan, dando unos pasos atrás, por pura precaución.

Y de pronto, tan rápidamente como aquella clase de posesión infernal ha llegado, Nirgal vuelve a ser ella misma. Su expresión vuelve a ser divertida, su cuerpo se relaja, y una sonrisa como por haber conseguido conseguido su propósito aparece en su rostro.

—Chicos... —dice moviendo la cabeza en señal de desaprobación—

¡Llegáis a ser merluzos!

Coge impulso y salta al interior del barco, rozando el doble cañón de bolas encadenadas. Al aterrizar en cubierta, hace un rápido giro y haciéndolo girar sobre su eje, apunta al mástil del Lukur, el gran barco del capitán Kasulla, y abre fuego.

La cadena de hechos que se suceden llega incluso a sorprender a la propia Nirgal, que aunque pensaba que las cosas terminarían bien, tampoco se imaginaba que todo llegaría a cuadrar tanto.

Las dos bolas salen disparadas de la boca del cañón con la cadena que las une y empiezan a girar salvajemente,

impactando contra el inmenso mástil, que se rompe en dos con una facilidad extraordinaria. Como si se tratara de un árbol que han talado, cae por su propio peso, golpeando al caer los tres arpones gigantes por la parte posterior. Éstos, con el golpe, se levantan verticalmente y se disparan mientras el mástil golpea en su caída el Kasma, el barco del capitán Mudaabba, al que revienta la cubierta y parte de la bodega, dónde están los cañones y las municiones, que empiezan a explotar debido al impacto.

Mientras en el interior del Kasma se sucede una cadena de explosiones, como si se tratara de una gran traca, los tres arpones gigantes, a los que todo el



mundo parecía haber olvidado, llegan a su punto más alto y, trazando una parábola en el aire, cambian su rumbo y caen de nuevo por efecto de la gravedad.

Uno de ellos se clava a la misma cubierta del Kasma, atravesando primero un barril lleno de manzanas, que revienta completamente. El otro vuelve a su propia cubierta, atravesándola por completo hasta llegar a la bodega. Y el tercero alcanza la cubierta del Kako, no muy lejos del cañón con el que Nirgal ha abierto fuego, iniciando esta cadena de sucesos.

Mientras todos los piratas del Kasma se apresuran a saltar por la

borda, para no morir en alguna de las explosiones que se van sucediendo sin tregua, el barco empieza a hundirse rápidamente, arrastrando con él al Lukur, al que está unido por el candado del arpón gigante, y éste empieza a escorarse de lado, a la vez que arrastra al Kako por el mismo motivo.

Así pues, mientras Nirgal salta de nuevo a la cubierta del barco kuzubi, los tres barcos pirata van siendo evacuados rápidamente, mientras el aparatoso hilo musical de las explosiones del Kasma ameniza la escena. En el barco de defensa kuzubi, los marineros, animados y con energía renovada por la vuelta que ha dado la situación, atacan con fuerza a

los piratas que los habían abordado, acción a la cual se suma Nirgal, desclavando una espada de la cubierta y cargando ella también contra ellos.

—Ya ves tú, ¡esas clases de esgrima con el kuabba contra mi padre, van a serme ahora de utilidad! —dice, recordando la lucha encima de la mesa del comedor.

La cubierta es escenario de luchas cuerpo a cuerpo, en las que cada uno de los contendientes trata de salvar la propia piel. El ruido metálico del choque entre espadas es una constante.

—¿Dónde está vuestra capitana? —pregunta Nirgal, que la busca para hablar con ella y establecer un plan de

acción.

—¡En su cabina! —responde uno de los marineros— ¡Está gravemente herida! ¡No sabemos si se podrá salvar!

—Sí, la capitana Murku ha sido la primera que ha caído. La han disparado a traición con una arma de precisión — cuenta otro— Por esto no hemos podido reaccionar a tiempo, ¡nos han tendido una emboscada!

—¿La capitana Murku? —dice Nirgal, cuadrando conceptos y fechas históricas— ¡Ja, ja, ja! El mundo es un pañuelo... No... Tranquilos que no le toca morir... todavía.

Nirgal, se dirige hacia la cabina de la capitana, cruzando su espada con un

par de piratas que se le cruzan. Cuando llega a su destino abre la puerta, entra dentro y la cierra con rapidez.

Y no se extraña en absoluto cuando ve que ante ella se levanta un árido castillo que reconoce como el de Zapp.

—Uhm... —dice Nirgal, sin dejarse apabullar— Bueno, supongo que esto quiere decir que he pasado la primera prueba.

Una terrible explosión se produce en la terraza de la torre más alta y una luz amarilla cubre el cielo por unos instantes.

—¡Vaya, supongo que esto es para mí! —dice Nirgal y echa a correr hacia el interior del castillo.

La puerta de acceso al mismoo está reventada y hay cadáveres de musdagurs por todas partes. En la lejanía oye disparos, explosiones, y gritos. Parece que se encuentra en plena contienda, pero no reconoce de cuál se trata. El castillo de Zapp está siendo atacado, pero no puede ubicar el momento histórico de este ataque.

Intenta otra vez acceder a los archivos akásicos pero tampoco puede. Trata de captar la esencia de los enemigos, pero su factor sensorial sigue anulado, así como el mental.

—Muy bien, Gasam... —masculla mientras sube las escaleras que traen a la terraza— ¡Ahora dime tu porqué

diablos es tan necesario llegar a las Pruebas de la cueva del Oráculo con un mínimo de quince niveles de habilidad, si después no se puede usar ni uno!

Pasos y voces se acercan desde el piso superior. Un grupo de tres o cuatro personas. Nirgal retrocede, baja un piso y sale de las escaleras, escondiéndose en el corredor que da a las habitaciones.

—Espero que no les dé por entrar en este piso... —piensa la princesa.

—Pero ¡¡no podemos abandonarla así!! —grita Nimur— ¡¡Va a matarlos, a ella y a su hijo!!

—¡Quieres hacer el favor de callar, tigre patético! —replica Golik, enfadado — ¡Te lo he dicho y repetido mil veces!

¡Nirgal me dijo que llegaría este momento! ¡Me describió la situación con toda exactitud! ¡Debemos seguir sus instrucciones! ¡Dejarlos a los tres e ir a abrir el portal inmediatamente!

—¡Pero la matará! —grita, desesperado, Nimur.

—Nimur, debes tratar de entenderlo... —dice Emesid, cogiéndolo del brazo— ¿Tú crees que Nirgal dejaría que le pasara algo?

Las tres voces siguen bajando las escaleras, alejándose de Nirgal, hasta que ya no puede oírlos. Reuniendo energías vuelve a iniciar el ascenso. ¿Quiénes debían ser, aquellos? ¿Un tidnum, un musdagur y una sutum



trabajando en equipo? Y ¿de qué hablaban? ¿Quién estaba a punto de morir? ¿Y quien era esa Nirgal de la que hablaban?

Un montón de preguntas se acumula en su mente, preguntas que piden respuesta, pero ahora su corazón le dice que no es tiempo ahora de pensar, que debe llegar a la terraza de esa torre. Mientras sube, con el corazón acelerado sin saber muy bien por qué, las explosiones de la terraza se van sucediendo. A veces es la torre entera la que se tambalea, haciéndole perder el equilibrio.

A medio camino, se cruza con una pequeña bolita doble y peluda, que baja

las escaleras pegando saltitos, decidida. Es de color amarillo rojizo y debe medir unos diez centímetros.

—¡Xirribitiku! ¡Xirribitiku! — exclama, convencido al cruzarse con ella.

Su rostro pequeño y redondo, en la bola peluda superior, expresa que tiene una misión que debe cumplir y que se toma su deber muy a pecho. Sin ni siquiera ver a Nirgal, pasa de largo y sigue botando rápidamente, escaleras abajo.

Tras subir seis pisos más ha llegado ya a la cumbre de la torre. La puerta de acceso al exterior está totalmente destruida, como gran parte de la terraza.

Rápidamente, corre a esconderse detrás de un montón de piedras y saca la cabeza, pero no ve a nadie. Discretamente se va desplazando siempre atenta a su alrededor para no ser vista, acercándose al origen de las explosiones.

Y llega al fin a su objetivo.

—¡Ja, ja, ja! —ríe Usumgal— ¡He aquí el final de la reina de los zitis! ¡Ja, ja, ja! ¡Patético!

El musdagur, de pie, tiene una mano levantada y, con sus zarpas afiladas, aguanta a un niño de unos cinco años, herido e inconsciente. La otra empuña su cetro que brilla intensamente.

—¡Deberíais haberme matado

cuando tuvisteis oportunidad! —sigue diciendo— ¡Pero no lo hicisteis! Preferisteis encerrarme en aquel ridículo cuerpo, durante todos estos años... y ahora vais a morir los dos, ¡por haber sido demasiados compasivos!

—Usumgal, ¿de verdad crees que tienes la más remota posibilidad de ganarme, pedazo de lagarto capado? —grita Ishtar desafiándolo, sin el menor asomo de miedo en su voz.

Gravemente herida, la rival de Usumgal tiene muy mal aspecto. Su ropa está prácticamente destrozada, sangra por todas partes y su brazo izquierdo cuelga inerte de hombro, roto. Lo

aguanta con su mano derecha tratando de controlar el dolor.

Un rayo de luz atraviesa la terraza e impacta contra una de sus rodillas, haciéndola caer. Lentamente se reincorpora, dolorida.

—¡Ja, ja, ja! —ríe él una vez más—  
¡Ah! No vas a cambiar jamás, Ishtar...  
¿qué piensas hacer? ¿Atacarme? ¿Tú?  
No te atreves... sabes que si mueves un solo músculo, voy a aplastar la cabeza de tu hijo... ¡la del heredero de los zitis!  
—dice, sacudiendo al niño— ¿Todavía no sabes ver cuando has perdido? Ishtar Sata... eres exactamente igual que tu abuela Nirgal.

Nirgal oye un ligero silbido en su

oreja derecha y todo cuadra en su cabeza. No reconoce la escena porque no se encuentra en ningún momento del pasado. Se encuentra en el futuro.

# El tiempo no existe

**O**yeme bien, pedazo de reptil sinvergüenza — dice Ishtar, amenazadora— ¡Aunque recurras a técnicas tan detestables y despreciables como la de secuestrar a mi hijo y mantenerlo como rehén, no vas a salirte con la tuya! Tenlo por seguro... ¡JAMÁS ME GANARÁS PORQUE ERES GENTUZA!

El musdagur, rabioso, lanza un nuevo ataque, que cruza la terraza y toca de lleno a Ishtar, que salta por los aires y

cae de espaldas. Nirgal observa entre las ruinas a su futura nieta. A pesar de su estado lamentable, se puede apreciar que es una chica muy guapa. Debe tener unos treinta años y lleva el cabello liso y largo, negro como el carbón, recogido en una cola.

—¿Sabes? —dice el musdagur, mientras Ishtar se reincorpora a duras penas— Pensaba matarte aquí y ahora y matar luego a tu heredero... pero he decidido no hacerlo así.

El musdagur respira profundamente y observa a su rival. La mirada de Ishtar empieza a nublarse y las imágenes le llegan desenfocadas. Bastante tiene con mantenerse de pie y no perder el



conocimiento.

—He decidido que primero lo mataré a él y después a ti. ¡Así verás como muere tu hijo antes de morir tu misma! ¡Ja, ja, ja! Cruel, ¿no te parece? ¡Ah, sí... como la misma vida!

De pronto percibe una esencia que le es familiar. Durante unos instantes duda, pero no hay error posible. Atemorizado, vuelve la cabeza en dirección a las piedras y ve como Nirgal sale a su encuentro, lentamente, serena. El musdagur se sorprende por la aparición de Nirgal pero todavía más al ver su aspecto. Interponiéndose entre él y su nieta, se va acercando, paso a paso.

—¿Tú? —dice él, señalándola, con

un dedo tembloroso— ¿Tú? Pero...  
¿cómo? ¿Cómo puede ser?

Nirgal no tiene ningún poder, ninguna habilidad. Ni siquiera es capaz de ver el aura de Usumgal.

—Supongo que mi padre estaba destinado a luchar con el tuyo... —dice ella, acercándose— La eterna lucha de Lugal contra Kanasul...

Ishtar, que sigue de pie de milagro, ve como una silueta que le da la espalda se ha interpuesto entre Usumgal y ella.

—Al fin... —murmura, sacando una pequeña glimp de un bolsillo y tragándosela, perdiendo el conocimiento de forma instantánea.

—... de la misma forma, supongo

que tú y yo estamos destinados a ser rivales eternos, ¿verdad, Usumgal? — dice Nirgal— Porque este es tu nombre, claro. ¡Ah! El heredero sin nombre de Kanasul, finalmente revelado...

—¡Basta! —grita él, lanzando un rayo a Nirgal.

—Ah, no... —dice ella, sin dejar de avanzar— No creas que te va a ser tan fácil...

Un nuevo rayo impacta sobre Nirgal que, aunque dolorida, no cesa en su avance.

—Hay algunas cosas que son intocables y tú lo sabes —dice acercándose cada vez más a su enemigo — Y una de esas cosas es la familia...

Usumgal sigue lanzando rayos con su cetro, pero aún así, ella no se detiene. El musdagur ve como su aura, casi transparente y totalmente esférica, triplica su tamaño. Unos pasos más, la sitúan delante del musdagur, que dispara un nuevo rayo contra ella. Nirgal se tambalea, pero no cae.

—Nunca amenaces a los nietos de una abuela. Estabas avisado.

Tras estas palabras, impulsándose con todo el cuerpo, le pega un puñetazo con todas sus fuerzas, el primero de toda su vida. El musdagur, al que ha cogido totalmente desprevenido, siente la rotura de algún hueso en su interior y un regusto a sangre llega a su boca. Se

tambalea con el impacto y el cetro y su rehén caen de sus manos.

Nirgal, con las escasas fuerzas y reflejos que le quedan, coge al niño en brazos y lo aleja de Usumgal, que empieza a recuperarse. Mientras este se incorpora, ella cruza la terraza y cae de rodillas junto a Ishtar, perdiendo el conocimiento al mismo tiempo que su nieta despierta, totalmente curada de sus heridas y con renovada energía.

—Uhm... estas glimps son fantásticas... lástima de los cinco minutos que se precisan para recuperarse... si no serían prácticas para recuperar fuerzas en pleno combate...

Ve a su hijo al lado, durmiendo tranquilamente, ya fuera de peligro. Frente a ella, en la otra punta de la terraza, Usumgal recupera el cetro y se reincorpora.

—Bueno, abuela... todo ha sucedido tal y como me contaste... No sé como pudiste saberlo, ni quien me ha salvado, pero todo va bien si acaba bien... Y ahora... vamos a terminar la faena — dice cogiendo su propio cetro entre las piedras y acercándose a Usumgal con una sonrisa de oreja a oreja.

Nirgal vuelve en sí. Todo está oscuro a su alrededor. No, en realidad es sólo penumbra. Pero sus ojos deben acostumbrarse a la oscuridad. Y lo

hacen despacio. Está dentro de una habitación heptagonal. La observa con curiosidad. Siete paredes totalmente idénticas y una puerta en una de ellas. Y en medio de la estancia un pedestal con una piedra de melam roja.

¿Una piedra de melam? Nirgal no entiende nada. ¿Le dan ya la piedra? ¿No falta una prueba todavía? Se reincorpora, todavía dolorida por la trifulca que ha tenido con Usumgal y rodea lentamente el pedestal observándolo de arriba a abajo. No ve nada extraño en él. Parece sólo el pedestal con la joya que necesita para su cetro. Da una segunda vuelta volviendo a repasarlo todo. Las paredes, el

pedestal, el suelo, el techo... sigue sin ver nada extraño.

Al fin, se acerca a la piedra y la observa atentamente. Es de un color rojo oscuro. Le gusta que sea del mismo color que la de su padre. Tiene siete lados idénticos, todos ellos en forma de pentágono. Al cabo de un rato avanza su mano para cogerla. Con sólo frotarla con la punta de los dedos, todo lo que está en la sala, menos ella, desaparece. Y, como si fuera una película a cámara rápida, Nirgal se ve a ella misma cogiendo la piedra. La imagen se funde. Ahora puede ver el balcón del castillo de Sata. Ella está levantando el cetro de Zink delante de toda la población que la



aclama. Vuelve a desaparecer todo. Y, de pronto, una rápida sucesión de imágenes se sucede ante sus ojos.

Muertes, guerras, hambre, dolor, decisiones difíciles, batallas, heridos, más muertes... Una vida entera de sacrificio por el pueblo de los zitis. De pronto vuelve a estar en la sala heptagonal. A punto ya de coger la piedra, retira su mano con rapidez. Acaba de ver el futuro. Al tocar la piedra, ha podido ver una proyección que muestra lo que pasará si ella escoge heredar el legado.

El precio de escoger sacrificar toda su vida por su pueblo, con todo el padecimiento, los nervios, la angustia y

los malos momentos que esto supone. Es la tercera prueba.

—Uhhmm... —dice Nirgal, integrando las fuertes sensaciones que han atravesado con crudeza su mente durante unos instantes— ¡Qué caramba! ¡Será divertido!

Y coge la piedra. Y al hacerlo, Mul se enciende. Brilla como no lo ha hecho en treinta cinco años. Su luz roja ilumina el cielo de Ishtar por completo. Parece que vuelve a ser de día en el hemisferio.

—¡Ajáááá! —ruge Animur, viendo el cielo rojo— ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Ja, ja, ja! ¡Sabía que lo conseguiría!

—¡Ja! —exclama Ziu— ¿Que crees? ¿Que yo lo había dudado en algún

momento? ¡Lo sabía mucho antes que tú!

—Será posible... ¡Calla, calla, que tú no sabes ni como te llamas, pajarraco!

Mientras los dos discuten, Nakki mira al cielo, esbozando una sonrisa, aunque sabe que le esperan unos años muy difíciles, con esa reina que le ha tocado.

—¡Qué caramba! ¡Será divertido! — se sorprende diciéndose a si mismo.

—¡Nirgaaaaal! —gritan al unísono el anzud y el tidnum, corriendo hacia la entrada de la cueva, por dónde acaba de aparecer la nueva reina, totalmente hecha polvo, con la piedra de melam en sus manos.

—Hola, chicos... —dice sin ánimo, levantando su trofeo— Mirad que me han regalado. Una piedra...

Espero que sea buena...

—Felicidades, reina Nirgal —dice Nakki, con una cordial reverencia.

—Felicidades, Gran Consejero — replica ella con una sonrisa, guiñándole el ojo.

—¡Ja, ja, ja! —ríe Animur— Cuenta, cuenta...

¿Cómo te ha ido? De la forma en que ha brillado Mul, debes haberlo pero que muy bien. ¿Has pateado el culo a unos cuántos urgugs? ¿En mis pruebas, reventé más de una y de dos cabezas! ¡Ja, ja, ja!

—Huy, mejor no te lo cuento... —  
dice ella, cansada— Ha sido todo tan  
surrealista, que mejor que no hablemos  
de ello...

—¡Claro que sí! —dice Ziu—  
Animur, la reina tiene razón. ¿No ves  
que está cansada? ¡Deja de agobiarla  
con tus preguntas estúpidas!

—¿Preguntas estúpidas? ¡Ja! Tú sí  
que...

De pronto, los dos grandes amigos  
vuelven su cabeza en la misma  
dirección, preocupados.

—¡Mierda! —dicen los dos.

—¡Enemigos! —resume Animur.

—Y muchos... diez, quince...

Uhm... ¡veinte! ¡Veinte unidades del

ejército musdagur! —afina Ziu.

—Y diez unidades de musens —  
completa Nakki.

—Ah, caramba... —dice Nirgal,  
echando mano de las pocas fuerzas que  
le quedan— ¿Sabéis si están muy lejos?


Respondiendo a su pregunta, veinte  
kushus, desde cada vertiente del Valle  
del Oráculo, hacen su aparatosa  
aparición, y el cielo se oscurece al estar  
casi cubierto al cien por cien de musens.  
Cada kushu arrastra una plataforma con  
una unidad de quinientos musdagurs con  
armaduras ligeras, lanzas, espadas  
cortas, barras de hierro, cascos con  
visor, arcos y fusiles.

Un total de diez mil soldados,

reforzados por diez bandadas de ciento cincuenta musens cada uno, que se suman a los efectivos, rodeando en una multitudinaria emboscada a los cuatro kiitas.

—Uhm... —dice Nirgal, viendo el panorama— No tendréis por aquí una glimp de esas que te hace recuperar las fuerzas, ¿verdad?

## Emboscada en el valle del oráculo

akki vuelve en sí. Ha estado un momento en trance. Y en sólo unos segundos ha podido analizar la situación.

—El análisis es el siguiente... — dice Nakki, en su primera misión como Gran consejero— Tienen inhibidores de transmisiones telepáticas, por lo que no podemos pedir refuerzos... O sea que sólo podemos contar con nosotros cuatro. Tres, si tenemos en cuenta que



Nirgal está agotada después de haber superado las Pruebas del Oráculo. Si al menos contáramos con nuestros cetros, podríamos mejorar nuestra posición ahora que las piedras de melam ya se han activado, pero, desgraciadamente, no tenemos ni idea de dónde están Lugal y Sannar, para poder hacer el relevo.

—O sea... que parece que lo tenemos algo jodido —dice Animur, resumiendo.

—Efectivamente. Pasamos al segundo punto...

¡Diagnóstico! Nuestros puntos fuertes son mi capacidad táctica, la velocidad de Ziu y la fuerza de Animur. Ellos en cambio, son más bien

estúpidos, pero son muy numerosos.

—O sea... ¿que hacemos pues? — pregunta Animur, viendo como se van acercando las tropas.

—Tercer punto... ¡Estrategia! — sigue Nakki, implacable, con su protocolo— Necesitamos una estrategia para no hacerles frente con la fuerza bruta, sino tratando de esquivar la situación.

—O sea... ¿que hacemos pues? — repite Animur.

—Muy bien, propongo el siguiente plan de acción... Escuchadme atentamente, sólo voy a decirlo una vez...

En la otra punta del valle,

acercándose a gran velocidad, el ejército musdagur, guiado por Muduru, ve como su presa se dirige rápidamente hacia ellos. Un kushu, que transporta al tidnum y a los dos zitis, se acerca como una exhalación.

El anzud los sigue de cerca, sobrevolando la zona.

—Rápido, nos lo están poniendo muy fácil... ¡Atacad al kushu y capturad a la reina! —ordena Muduru a sus soldados.

Cuando Zidusa está a punto de impactar contra el primero de los kushus de los musdagurs, el rey tidnum hace una rápida maniobra esquivándolo y lo aborda, saltando encima. Una vez en el

kushu enemigo, corre hasta las correas que sujetan la gran plataforma con la unidad de musdagurs, y las corta con un fuerte golpe de hacha.

Como resultado, el kushu se ve liberado de su carga y Animur toma el control. Ziu por su parte, atraviesa las bandadas de musens sin que estos lo rocen siquiera y, ganando altura rápidamente, se eleva en vertical, perseguido por todas las unidades del aire. Por otra parte, Zidusa, ahora controlado de forma salvaje y descontrolada por Nakki, aplasta un par de plataformas de musdagurs antes de estrellarse contra una tercera unidad. Y los dos ocupantes del kushu

desaparecen.

—¡Era una trampa! —grita Kurgo, que se da cuenta del fraude— ¡Sólo eran proyecciones astrales! Los dos zitis no deben estar muy lejos. ¡Buscadlos!

Ziu, ejecutando un ejercicio parecido a la de los saltadores de trampolín, efectúa su famosa caída en picado, cambiando su rumbo ciento ochenta grados. Los musens, no tan hábiles, chocan entre ellos, perdiendo estabilidad y cayendo en algún caso debido al encontronazo. Los más ágiles, que han podido seguir al anzud negro, recortan distancia con este, que sigue acelerando a su vez, dirigiéndose hacia el suelo.

Una inmensa bandada negra sigue al anzud. Mientras tanto, Muduru, que ha estado concentrándose para captar la esencia de los dos zitis escondidos, percibe la del anzud negro, que, en realidad, no se corresponde a su localización visual.

—¡Nooo! —grita el musdagur— ¡Es una trampa, no lo sigáis! No lo...

Pero los musens no reaccionan a tiempo. Y cuando están a punto de cazar al anzud, su cuerpo astral se hunde en la tierra, desapareciendo por completo. Una lluvia de musens cae pesadamente en la zona en la que ha desaparecido su presa, los primeros aplastados sin remedio por la inercia y velocidad que

traían, y los que los seguían, empujados por los de atrás, que no veían el peligro.

Y de esta forma, como un accidente múltiple en hora punta, dos terceras partes de los musens disponibles quedan fuera de combate, mezclados en una montaña de membranas y picos.

—¡Rápido, unidades de la uno a la quince, marchad inmediatamente en dirección Norte, Noroeste! —indica rápidamente Muduru— El anzud y los dos zitis se alejan en esa dirección. Las demás, ¡seguidlos tan pronto como hayáis eliminado al tidnum!

El tidnum sin embargo parece más bien imparable. Debido a que lleva muchos días luchando sólo con Ziu,

parece que ahora puede descargar completamente sus ánimos y los musdagurs vuelan por doquier. Su técnica más usual es dejar inconsciente al musdagur que tenga más cerca y utilizarlo de escudo humano mientras lo va desarmando a medida que lanza todo su equipamiento bélico contra los demás.

Así pues, cuanto más armados estén estos, mejor para él, pues dispone de más munición. Los otros musdagurs y los pocos musens que han conseguido sobrevivir, siguen persiguiendo a Ziu. En circunstancias normales, habría sido imposible atrapar a un anzud como él, pero el hecho que este esté cargando a la



reina ziti y a su consejero, reduce muchísimo su velocidad.

—¡Ya casi los tenemos aquí! —dice el anzud— ¡Al paso que van no creo que tarden demasiado en atraparnos!

—Lo harán exactamente dentro de seis minutos y treinta y dos segundos —puntualiza Nakki.

—Nakki, ¿como diablos puedes hacer estos cálculos tan precisos? —pregunta Nirgal— ¿No será que te lo inventas todo para quedar bien? Como nunca llegamos a comprobarlo...

—Ziu, aterriza —dice el Gran Consejero, sin prestar mucha atención, aparentemente, a las palabras de Nirgal—. Ha llegado el momento de pasar a la

segunda parte del plan de acción, antes de que lleguen a nosotros.

—¡Manos a la obra pues! —dice el anzud, iniciando la maniobra de aterrizaje.

Los musens detectan la maniobra y alertan a los musdagurs gracias a los visores; éstos distribuyen los kushus en formación de letra U, rodeando la zona. Cuando consiguen contacto visual, los tres todavía están en tierra.

—Confiamos en ti, Ziu... —dice Nakki— Todo está en tus manos... mejor dicho, en tus alas.

—Lo sé, Nakki... —dice el anzud— ¡Podéis confiar en mí!

—¡Oh, no hace falta que lo jures! —

dice Nirgal— Pero esta vez no deberé saltar al vacío para comprobarlo, ¿verdad?

—¡Ja, ja, ja! ¡Claro que no! —ríe el anzud, desplegando las alas y emprendiendo el vuelo de nuevo, atrayendo la atención de los musens que, sólo con verle inician de nuevo la persecución.

Los kushus han empezado ya a cerrar la formación y ahora rodean completamente a los dos zitis.

—Bien, parece que, llegados a este punto, toca entregarnos a esta gente... — murmura Nakki, espalda con espalda con Nirgal, levantando las manos.

—Espero que sepas lo que estás

haciendo, Nakkito —dice ella, situada en posición simétrica.

—¿En qué habíamos quedado con lo de Nakkito?

—Ah, no, no... Esto sólo era así si hubiera podido saltar desde Ziu otra vez.

Muduru, utilizando su nivel mental, se asegura de que no sean cuerpos astrales y corrobora que son de carne y hueso.

—Ajá, perfecto... ¡ya los tenemos!  
—dice satisfecho.

A continuación comprueba el anzud, que está siendo perseguido una vez más por lo que queda de la bandada de musens. Éste, sin embargo, no parece tan

real como los dos zitis.

—Oh, vaya... —murmura— El anzud vuelve a ser una proyección astral, ¡debo avisar a los musens! ¡Rápido, rápido! ¡Cancelad la persecución del anzud! ¡Repito! ¡Cancelad la persecución de!...

Pero antes de que pueda repetir la orden, el cuerpo astral de Ziu atraviesa la plataforma de una de las unidades y todos los musens, que una vez fijado su objetivo en rara ocasión dejan de perseguirlo, se estrellan contra la misma, reduciendo un poquito más el ejército de musdagurs.

—¡Je, je! —se ríe Nirgal— Son un poco cortos de entendederas, estos

animalitos... ¿Cuántas veces pueden caer en la misma trampa?

—Es por eso por lo que en el ejército ziti jamás los hemos usado... — contesta Nakki— Son mucho más útiles como pájaros mensajeros. En todo caso, con los musens fuera de combate, y el tiempo que hemos ganado, en estos momentos Ziu debe estar ya lejos.

—Sí... y espero que encuentre refuerzos rápidamente... ¡porque sino estamos arreglados! —dice ella viendo a los kushus que les rodean, con todos los musdagurs apuntándolos y preparados para abrir fuego. Desde uno de los kushus se dispara con un cañón una gran red metálica, que cae encima

de los dos zitis, asegurándose su captura.

—Lo que faltaba —masculla Nakki—  
— Una red de abzuzza. ¿De dónde diablos deben haberla sacado?

—¿Abzuzza? —pregunta Nirgal— No me gusta este nombre... ¡suena a animal salvaje chungo! ¿Qué es?

—Majestad, deberíais saberlo... — la alecciona Nakki— La abzuzza es un mineral que anula los factores de habilidad kiita en los tres ejes. Hace exactamente lo contrario que el melam. Solía utilizarse para fabricar jaulas, prisiones, esposas y otros sistemas de captura y retención de criminales. Es la mejor forma de anular los posibles

factores de habilidad de los mismos y de evitar que los utilicen para fugarse.

—Caramba... ¿y por que no tenemos kriptonita de esta, nosotros?

—Majestad... os acabo de decir que se llama abzuzá, no kriptonita —corrige futilmente Nakki—. Y no la utilizamos porque se prohibió hace mucho tiempo. Un exceso de exposición a este mineral, no tan sólo absorbe las habilidades, sino también la esencia y, consecuentemente, la vida. En épocas antiguas se había utilizado para fabricar armas y munición... el resultado era tan terrible, que el Consejo Internacional Kiita la prohibió, así como su explotación minera. Desde entonces sólo quedan



unas pocas armas que se encuentran en el mercado negro, sobre todo entre el comercio pirata del mar Ksir.

—Uf... no me hables de piratas que estoy harta de ellos... Escucha, por cierto... toda esta parrafada, ¿de dónde diablos la has sacado, si ahora mismo estás privado de tus habilidades en los ejes mental y conceptual y, por lo tanto, no tienes acceso a los archivos akásicos? —pregunta Nirgal.

—Me lo sé de memoria —replica el consejero.

—Nakki, eres la toshia.

—¡Nirgal Sata y Nakki Woodruff! —grita Muduru, desde uno de los kushus— ¡Estáis arrestados!

—¿Arrestados? —dicen los dos zitis, a la vez.

—¡Se os acusa de un delito de genocidio contra el pueblo musdagur y seréis llevados a la Estaca del Juicio, para ser juzgados y sentenciados según ordena la Ley Bélica!

—¿De qué diablos habla ahora, esta cabra loca? —pregunta Nirgal—  
¿Genocidio contra el pueblo musdagur?

—Uhm... no sé exactamente qué está tramando, este liante de Kanasul... —murmura Nakki— Pero sea lo que sea, no debe de ser nada bueno.

—Nakki, creo que la kriptonita esta me empieza a hacer efecto... —dice la reina— O es esto, o mi cuerpo está a

punto de hacer la siesta después de tantos esfuerzos.


—Me temo, majestad, que vuestra valoración es correcta... —dice Nakki, cerrando los ojos— Yo también me noto débil... y recordad que no es kriptonita, sino...

Poco después de que los dos zitis caigan inconscientes, un grupo de musdagurs carga la red de abzuza con sus dos presas en una de las plataformas que arrastran los kushus e inician su camino hacia Zapp. En aquel instante, el último musdagur que seguía en pie batallando con el rey tidnum, cae al suelo alcanzado por el impacto de una barra de hierro lanzada con gran fuerza.

—Ah... ¿ya no queda ninguno? —  
dice Animur, suspirando encima del  
pequeño y verde cerro de musdagurs  
caídos en combate que se ha ido  
formando a sus pies— Oh... vaya.

# 39

## Al cabo de tres semanas

 sí pues, ¿que podemos deducir de toda esta historia? —pregunta Nakki, rodeado por las llamas.

—Uhm... ¿que siempre hay tiempo para una buena historia al amor de la lumbre? —pregunta Nirgal, sudando como nunca lo había hecho en su vida.

—No, no por aquí no vamos bien —contesta el Gran Consejero.

—Uhm... ¿que todo es culpa tuya?

—vuelve a probar ella, sintiendo como sus huesos empiezan a quemar por dentro.

—¿Culpa mía? —se sorprende Nakki— ¿Mía? Y ¿a que se debe, esta valoración tan subjetiva y más que discutible?

—¡Óyeme, guapo! —salta la reina— ¿No has sido tú el que ha querido entregarseh? ¡Era ese tu plan de acción!

—Bueno... Y ¿quien confiaba plenamente en que Ziu nos traería refuerzos antes de morir quemados?

—¡Ja! ¿Y de dónde se supone que debe traerlos, si nadie le ha dicho que estamos aquí?

Las llamas empiezan a quemar la

ropa de los dos zitis y el humo de la hoguera entra en sus pulmones, haciéndoles toser e interrumpiendo su discusión. Y en ese preciso instante un rayo de luz aparece como una centella, surgida de la nada, el aire y el espacio parecen desgarrarse y el tiempo se detiene.

Sobre la Estaca del Juicio, acaba de abrirse un portal interdimensional. Nirgal y Nakki miran hacia arriba y ven lo que sale de su interior.

—Oh, mieceerd... —llegan a decir los dos zitis, antes de que les caiga encima un especie de diluvio universal concentrado.

Igual que una cañería inmensa, el

portal empieza a dejar caer miles de millones de litros de agua, como si una gran cascada gigantesca hubiera aparecido de la nada. La colosal tromba de agua llega a ocultar la torre de madera dónde está la Estaca del Juicio, apagando el fuego completamente y provocando una humareda que se extiende a toda la plaza.

Gritos, golpes, disparos y gente corriendo por todas partes llenan de alegría el triste ambiente existente hasta el momento. Nirgal y Nakki, que han estado a punto de morir quemados, ahora están a punto de hacerlo por falta de aire ya que, sumergidos en el interior de este río surgido de la nada, no pueden



respirar.

Ella está en un tris de perder el conocimiento, cuando nota un golpe y desaparece la presión que las esposas de abzuza ejercían en sus muñecas. Sin pensar en absoluto, empieza a correr y, con un gran impulso, salta fuera de la cascada de agua y de la torre de madera.

Se siente aligerada porque puede respirar profundamente y aprovecha para llenar sus pulmones de aire, pero pasa inmediatamente a preocuparse por su integridad física porque se da cuenta de que está cayendo desde más de diez metros de altura.

Inconscientemente cierra los ojos con fuerza y, como si se lanzase a una

piscina haciendo la bomba, se tuerce en el aire, poniendo la cabeza entre las rodillas y abrazándose a las piernas. La caída es corta y el aterrizaje blando, muy blando. Demasiado blando. Casi como un colchón. De plumas.

—¡Ajá! ¡Muy buena técnica, ésta! — ironiza Ziu, con la reina a su espalda— O sea que la forma más práctica de escapar de la cima de una alta torre, si no tienes alas, es saltar sin pensar en nada y hacerte una bolita en el aire. Muy bien, muy bien... Y, dime... ¿qué representa que te soluciona, esto? ¿Rebotas en el suelo?

—Esto le pasa por no haber pensado en un plan de acción —no puede dejar

de decir Nakki, al que el anzud tiene cogido con las zarpas, por el cinturón.

—¡Ziu! —grita Nirgal, abrazándolo con fuerza— ¡Sabía que vendrías! ¿Lo ves, Nakki? ¿Ves como no nos ha abandonado?

La cara de Nakki expresa un terrible malestar.

—Majestad, ¡yo nunca he dudado del gran explorador de los anzuds! ¡Lo conozco de mucho antes de vuestro nacimiento! —se defiende el Gran Consejero.

Los gritos, los disparos y las carreras, así como la caída de agua, no han cesado desde la apertura del portal. Los soldados musdagur tratan de seguir

las órdenes de sus comandantes pero, cegados por el humo, no saben muy bien hacia dónde deben disparar.

Además, el agua ha empezado a llenar la Plaza de Kanasul como si se tratara de una piscina y les es muy difícil moverse con el agua hasta el cuello. El anzud vuela hacia una terraza próxima dónde aterriza. Debido a la humareda, Nirgal no sabe exactamente dónde se encuentra, aunque deduce que no deben estar demasiado lejos del kushu real.

—Bueno, bueno, bueno... —dice una silueta tras el humo que empieza ya a disiparse— ¿Apenas acabas de estrenarte como reina y ya debo acudir a

salvarte? ¿Y como crees que puedo jubilarme tranquilamente, ahora?

—¡Papaaaa! —grita Nirgal, saltando encima de su padre, abrazándolo— ¡Ya soy reina! ¡Uoooooooo! ¿Viste como brillaba Mul? ¿Lo viste? ¡Hay quien dice brilló tanto, que algunos kiitas han quedado ciegos!

—¡Ja, ja, ja! Claro, claro... ¡ni hablar del peluquín! —contesta su padre — ¡En mi caso brilló tres veces más! ¡Ja, ja, ja!

La visibilidad en la zona se está recuperando poco a poco y el paisaje vuelve a ser el habitual, si no se tiene en cuenta el peculiar salto de agua y la recientemente estrenada piscina de

Kanasul, llena de troncos de madera salidos de lo que antes era la torre y de la que todos los musdagurs intentan salir, nadando cómo pueden.

—Papa, pero ¿cuántos litros tenía esta glimp que habéis lanzado? ¿Por que no cesa de manar del portal?

—Nirgal, dudo que esto se trate de ninguna de nuestras glimps... —apunta Nakki— ¿No te has fijado en el gusto del agua?

Aunque Nirgal sí lo había notado, no había prestado atención al hecho hasta el momento.

—¡Es salada! —grita, iluminada.

—¡Me cagüen todo! —dice Sannar, completamente empapada, de pies a

cabeza— ¡En toda la kodida Tierra, no había otro rematado portal que uno bajo el mar! ¡Oskia tupa!

—¿Un portal bajo el mar? —dice la reina, mirando la cascada interminable — Quieres decir que... ¿que estamos vaciando un mar de la Tierra, por aquí?

—Sí... el Mediterráneo... — confiesa Lugal— Pero tranquila... Tiene unos dos millones quinientos mil kilómetros cuadrados. Supongo que no lo vamos a dejar seco...

—¡Ajá! Y ahora que hablamos del tema... ¡¡os recuerdo que debemos volver a cruzar todos rápidamente!! — dice Ziu— Galam ha dicho que el alterador no podría aguantar demasiado.

—¿Galam nos espera al otro lado?

—dice Nirgal, emocionada— ¡Ohh, que bien! ¡Venga, venga, vamos!

—¡NIRGAL SATA! —grita una voz profunda y rota. Todos se vuelven en dirección a la piscina. Está llena a rebosar de troncos, cascotes que flotan, musdagurs nadando y, en medio, la parte superior del caparazón del kushu real, que duerme tranquilamente bajo el agua. Y encima del mismo, Kanasul con su heredero, escondido detrás del trono. El cetro del rey de los musdagurs brilla con intensidad y sus ojos de reptil, fríos y vidriosos, miran con odio a su rival.

—¡NIRGAL SATA! ¡Si crees que podrás salir de ésta de rositas, es que



todavía no conoces todo el poder del ejército musdagur! Ahora estás en mis dominios, Nirgal... ¡y no pienso dejarte escapar!

Nirgal sonríe, mientras revuelve en su bolsillo, y saca la piedra de melam que ha conseguido al superar las pruebas. Lanza una mirada cómplice a su padre y a éste le basta con ello. Levanta su cetro con una mano, y coge la piedra que lo ha estado coronando durante veinticinco años con la otra.

—¡La hora del relevo, querida! — dice sacando su joya de melam, que emite por última vez un fuerte brillo, intensamente rojo.

Acerca el cetro a Nirgal y la nueva

reina lo coge con fuerza. Mientras tanto, un extraño cosquilleo le recorre la mano y la sensación de que aquel cetro ha sido siempre suyo pasa por su mente. Con un rápido movimiento, encaja las dos piezas y el cosquilleo se convierte en una vibración que, desde su mano, se expande con rapidez por todo el cuerpo.

Empieza a sentirse llena de energía, de poder y de confianza. Se siente, al fin, reina de los zitis.

—¡Uau! —exclama.

—Sí... Uau, ¿verdad? —confirma su padre, con una sonrisa.

—Aunque supongo que no es ni el lugar, ni el momento, ni mucho menos la forma de hacer la Ceremonia de Relevo

de Cetros, supongo que las circunstancias justifican que nos saltemos el protocolo... —dice Nakki, mirando a Sannar— Gran Consejera Sannar... ¿me permitís?

—Todo tuyo, ¡cagüen el cetro y el gnoolie que lo cortó! —dice arrancando la piedra del cetro, que brilla por última vez con un color púrpura intenso— ¡Todo tuyo, chaval!

Nakki coge el cetro ancestral y, con un ágil movimiento, saca de la túnica su piedra de melam y la encaja en el lugar correspondiente. La misma vibración, energía y poder que ha notado la nueva reina recorren su cuerpo, de pies a cabeza.

—Uhm... Bueno... Si se me permite... y que no sirva de precedente... ¡Uau! —acepta el Gran Consejero.

—Bien, Nakkito... —dice Nirgal, dirigiéndose al final de la terraza, observando a Kanasul— ¿Preparado para realizar nuestra primera misión oficial?

—Me moría de ganas —confiesa él.

—¡Manos a la obra pues! —dice ella saltando hacia la gran piscina.

—¡Oh!, ya estamos otra vez... —masculla el Gran Consejero— ¡Siempre improvisando!

Con un salto digno de un atleta olímpico, Nakki ejecuta un doble

tirabuzón acabado en carpa y se zambulle también dentro del agua.

—Bueno, nosotros ya no pintamos nada, aquí... —dice Lugal— Hemos hecho todo lo que debíamos hacer... Ziu, ¿podrías llevarnos?

—¡Ningún problema, Lugal! ¡Será un placer!

—¿Realmente creéis que os dejaré ir así como así? —grita Kanasul, levantando su cetro y apuntando a Lugal.

Pero entonces, el kushu real empieza a rotar sobre su propio eje, al principio poco a poco, pero ganando velocidad a medida que va girando.

—Pero, ¿qué diablos? —dice Kanasul, mientras todo el paisaje gira a

su alrededor, tratando de situarse, para apuntar correctamente.

Pero el kushu no se detiene. Al contrario, cada vez gira más y más rápido. Y con él, toda el agua de la piscina es la que gira en un pequeño remolino que se va tragando maderas, musdagurs, troncos, lanzas y, en definitiva, todo lo que flotaba en aquel improvisado parque acuático, mientras el nivel del agua baja por momentos.

Las últimas imágenes borrosas que puede ver el señor de Zapp en su visión espiralada, son las de Ziu atravesando de nuevo el portal, cargando con Lugal y Sannar.

—¡¡Noooooooooooo!! —grita sin dejar

de rotar ni un instante, mareado como una sopa por las vueltas que está dando el kushu.

Finalmente, la tortuga toca fondo y, con una sacudida, queda atrapada en el barro que ha quedado por todo el suelo de la plaza. Kanasul y su heredero, pierden el equilibrio, mareados cómo están, y caen caparazón abajo, aterrizando aparatosamente encima del del blando y embarrado suelo.

—¡Me sabe mal por el agujero! — dice Nirgal, señalando una de las paredes de la plaza con el cetro— Pero es la única forma viable que teníamos de vaciar la piscinita esta de las narices.

El orificio que ocupa casi toda la

pared, deja ver el exterior del castillo, de dónde surge un inesperado río de agua salada que se extiende, descontrolado, por las calles de Zapp.

—¡Esto no va a quedar así, Nirgal!  
—dice Kanasul, disparando un rayo que traspasa el cuerpo astral de la reina.

La verdadera Nirgal pega un golpe de cetro al señor de Zapp con tal fuerza que lo hace volar por los aires, desarmándolo, a la vez que Nakki lanza la red de abzuzza que lo captura.

—Papá tenía razón, Nakki... Siempre cae en el mismo truco de la proyección. Después de tantos años, parece mentira... ¿Como es posible?

—¡Malditos! —grita Kanasul.



—Y eso que esta vez la proyección era particularmente pésima, considerando que estaba seca, cuando deberías haberla hecho empapada de pies a cabeza.

—¡Os reventaré todos los huesos! — sigue gritando el musdagur, atrapado a la red.

—Oh, es cierto... —dice Nirgal, divertida— ¡Ja, ja, ja! Pero, ha funcionado, ¿no es cierto?

—¡Y después haré que os desuellen lentamente ante mí! —insiste en gritar, aunque ya perdiendo fuerza.

—No siempre podremos confiar en la estupidez de nuestros enemigos, majestad.

—Y después os... os... —dice, cada vez más débil, mientras la red de abzuza sigue absorbiendo su energía— Os...

—Bueno, parece que nos quedaremos sin saber qué quería hacernos después —dice Nirgal, observándolo.

Las empapadas zarpas de Ziu aterrizan en el barro de la plaza, haciendo que quede medio enterrado en él.

—Bien, señores... ¿nos vamos? —dice el anzud— Galam dice que el alterador se está desmontando por momentos... Y creedme... puedo certificarlo. Lo he visto con mis propios ojos.

—¡Manos a la obra pues! —dice Nakki, dirigiéndose hacia el anzud— Ya percibo como se acercan los refuerzos del ejército de Zapp.

—Sí, sí... ¡sólo un segundo! —dice Nirgal, corriendo alrededor del kushu hasta uno de los agujeros por dónde mete sus aletas y metiéndose dentro.

Usungal está escondido, con la cabeza entre las piernas, acurrucado como una bola, en el fondo de la pequeña cueva.

—Y tú, escúchame atentamente, pedazo de lagarto cobarde... —le dice ella, apuntándolo con su cetro, que brilla peligrosamente— Si algún día tocas a mi nieta, sea cuando sea... Ten por

seguro que, esté dónde esté, apareceré ante ti y te clavaré tal paliza, que no podrás ni contarlo. ¿Me has oído, Usumgal?

El heredero de Zapp, al que en estos momentos por sus venas corre más miedo que sangre, queda todavía más patitioso al oír su nombre de boca de la nueva reina. Su nombre era un secreto de estado... nunca nadie lo ha escuchado, ni en Zapp ni en ninguna parte.

—¡¡Te pregunto si me has oído, maldito lagarto!! —grita ella de nuevo, enfadada.

El musdagur asiente con cabeza temblorosa y un tic en su ojo derecho.

—Muy bien. Y otra cosa, cabeza hueca... Jamás toques los nietos a una abuela. ¡Estás avisado! —oye el heredero de Zapp antes de perder el conocimiento.

Unos segundos más tarde, Nirgal sale de dentro del kushu con una sonrisa de oreja a oreja y corre hacia Ziu.

—Nirgal, ¿se puede saber qué estabas haciendo? —grita Nakki— Esto es urgente, ¿sabes?

—¡¡Estaba haciendo pipí!! No me podía aguantar y tampoco era cuestión de hacerlo aquí mismo, ¿no?

—¡¡Oh, por favor!! Sólo nos faltaría eso.

Nirgal salta rápidamente encima de

la espalda de Ziu, que con una zarpa coge a Nakki por el cinturón y la red que contiene a Kanasul con la otra, y se eleva en dirección al portal.

—¡Cogeos bien, que será movido!

Con una ágil maniobra, el anzud entra dentro en la cascada que brota del aire, atravesándola y metiéndose acto seguido en el portal. El fondo del mar es azul y el agua no es muy. Los tres se disponen a subir rápidamente a la superficie, con la carga que llevan. En el exterior el día es soleado y sin nubes.

Se encuentran en un archipiélago de islas volcánicas en el Mar Egeo, a unos doscientos kilómetros al Sudeste del territorio continental griego,

denominado Santorini. En la pequeña embarcación que les espera, están Lugal, Sannar y Galam quien, con medio cuerpo fuera del barco, aguanta una bolsita de plástico con una mano, y una antena de radio con la otra, de la que sale un rayo que entra en el agua.

—¡Galam! —grita Nakki— ¡Ya puedes cerrar el portal, acabamos de cruzar!

En ese preciso instante los componentes tecnológicos del interior de la bolsa, han llegado a un punto de calentamiento tan alto, que funden el plástico y, agujereando el culo del recipiente que las contiene, caen al agua, provocando un corto circuito instantáneo

y muriendo tras una pequeña explosión que deja como único testigo una pequeña nube de humo que se disipa rápidamente.

—Bueno, chicos... ha ido por los pelos... —dice Galam con una sonrisa de oreja a oreja, aguantando todavía la antena y la bolsa agujereada.



# La Reina de Kigal

**N**o pienso ponerme este vestido! ¡NO ME LO PIENSO PONER! —grita Nirgal mirándose al espejo.

—¡Oh, Nirgal... Eres la reina de los zitis! ¿Como te atreves a decir que no quieres ponerte el vestido oficial de la proclamación? ¡Siempre se ha hecho así! ¡Y es muy elegante! —responde Nakki, defendiendo su postura.

—¿Elegante? ¿Elegante? Pero, ¿qué tiene de elegante? ¡Si parece hecho de

trozos de kushu!

—¡Está hecho de trozos de kushu!  
Pero aún así, todas las reinas lo han  
vestido con elegancia.

—¡¡Y unos pimientos asados!! —  
salta ella— Estoy segura que la yaya  
Iagal no se puso esto ni por casualidad.

\* \* \*

A doce mil doscientos kilómetros de  
aquel lugar, la cuatro veces centenaria y  
legendaria Iagal Kala, oye un ligero  
pitido en la oreja derecha, justo en el  
momento en el que sus doscientos  
cuerpos astrales luchan entre sí, en una  
coreografía de lucha denominada

*capoeira*. Sonriente, piensa en su nieta Nirgal, mientras proyecta doscientos cuerpos más.

\* \* \*

Desnudándose rápidamente y dejando el vestido en el suelo, la reina corre a su vestidor y coge la única ropa con la que se encuentra cómoda: su uniforme de exploradora. Unos pantalones anchos verdes y un chaleco de tela a juego, piezas hechas de kampuk, un resistente tejido de lana de Limp. El chaleco está lleno de bolsillos por todas partes. Debajo lleva un jersey del mismo tejido, de color negro.

—¡Majestad! —grita Nakki, volviéndose de espaldas— ¿Queréis hacer el favor de esperar a que salga de la habitación antes de cambiaros? ¡Y cerrad la puerta! ¡Puede pasar cualquiera, por aquí!

—¡Ah! ¿Quién quieres que pase, por aquí? Además, ¡ya sé que tú sólo tienes ojos para Sannar!

—¿Cómo dices? —se defiende él.

—Ahhh, ¿me crees tonta, verdad? Oye, ¡que no nací ayer! ¡Esas miraditas que os echáis siempre! ¡Y la forma cómo os pasasteis el cetro!

—¿Miraditas? ¿El cetro? Pero... ¿qué miraditas? Nirgal, no sé de qué me hablas, pero te aseguro que...

—¡Pero no te avergüences, hombre! Sannar es guapísima, y, además ¡todos los zitis dicen que está muy buena! ¡Lo que pasa es que le tienen algo de miedo! Ah, no trates de engañarme, que lo sé todo... incluso aquello de aquel día, cuando los dos...

—¡Hola, Nirgal! —dice Galam, entrando en la habitación mientras la reina se está cambiando— ¡Mira, mira! ¡¡Ya tengo la versión 2.0 del alterador!!

Galam lleva en la mano una pequeña máquina, algo más grande que una consola portátil. De color plateado, con un montón de botones y una pantalla de cristal líquido que incorpora también un pequeño altavoz.

—¡Ostras! ¡Como mola! —dice Nirgal, mirando el curioso invento— ¿Y este es resistente a golpes y caídas?

—¡Sí, sí! De hecho... Huy, ¡hola Nakki! ¿Qué haces aquí, de espaldas y rojo como un pimiento? —dice el científico, que acaba de darse cuenta de la presencia del Gran Consejero.

—¡Galam! —grita Nakki— ¿Quieres hacer el favor de respetar la privacidad de la reina Nirgal?

—¡Ah! ¡No le hagas caso! —dice Nirgal, poniéndose el jersey— Estábamos hablando de su novia.

—¿Ah, sí? ¿Qué le pasa a Sannar? —pregunta el joven ingeniero, preocupado.

—Pero... pero... pero... ¿Tú también? —dice Nakki, volviéndose, más colorado todavía— Pero ¿se puede saber qué diablos has estado diciéndole a todo el mundo, Nirgal?

—Ah, pero... ¿Que es como un secreto? —dice inocentemente Galam, que no sabe de la misa la mitad.

—¡Va, va! ¡Vamos! —dice el Gran Consejero, llevándose al ziti— Dejamos que se cambie sola, que, total, acabará poniéndose lo que le dé la gana. Vamos a ver cómo van los preparativos.

En la plaza del Castillo está reuniéndose un gran gentío desde primera hora de la mañana. Poco a poco se ha ido llenando, y en estos momentos

no está tan sólo atestada, sino que también lo están todas las calles adyacentes. Hacía veinticinco años que no se celebraba una proclamación y todo el pueblo ziti vuelve a estar presente en el acto.

Muchos son habitantes de pueblos y villas próximos a Zink, que se han acercado con toda la familia a la capital de Kigal. Miles de personas esperan impacientes el gran momento. Una unidad móvil de Zink TV se ha desplazado también a la plaza para cubrir el acontecimiento, así como periodistas de diversos medios de prensa escrita y radio. En el balcón ya están Lugal, Sannar, Ziu y Animur



cuando llegan Nakki y Galam.

—¿Qué, todo a punto? —pregunta Nakki.

—Ya he comprobado todos los malditos preparativos... la comida, los fuegos artificiales de los pimientos, el espectáculo del Circo de Anzuds y todas estas puñetas —dice Sannar— Incluso la tontería esa de la coral telepática de kuzubis.

—Perfecto, Gran Consejera Sannar —responde Nakki, pensando todavía en las palabras de Nirgal.

—¡Oskia tupa, Nakki! ¡Ya no soy Gran Consejera, recollots! ¡Ahora deberás llamarme simplemente...

Sannar! ¡Tuteame, hombre!

La multitud, que hasta el momento ha estado haciendo un gran jaleo de voces, gritos y ruidos, empieza a callarse al ver al gran consejero de Kigal apareciendo en el balcón real. El silencio termina por imponerse. Algún grito de niños pequeños o algún ladrido se oyen todavía, pero son los últimos ruidos de ambiente. La plaza enmudece. Nakki se adelanta y empieza a hablar.

—¡Ciudadanos de Kigal! Como bien sabéis, nuestro rey Lugal ha decidido que ha llegado el momento de pasar el relevo de su noble tarea liderando el pueblo de los zitis, a su hija y heredera Nirgal, que hizo brillar Mul como nunca se había visto antes el día de su

nacimiento.

La multitud aplaude y algunos gritan contentos el nombre de la nueva reina.

—Como todos pudisteis comprobar hace dos días, Mul volvió a brillar con la misma fuerza que lo hizo el día en que el rey Lugal pasó las Pruebas del Oráculo, anunciando que Nirgal lo había conseguido también.

Una vez más, la plaza estalla en aplausos. Los sentimientos que desprende aquella multitud son tan profundos, tan sentidos, que los que están en el balcón pueden percibirlos sensorialmente sin necesidad de concentrarse.

—Acto seguido, doy paso al todavía

monarca de Zink, que os dirigirá unas palabras y procederá a la proclamación de la nueva reina... Con vosotros... ¡EL REY LUGAL!

Toda la plaza aplaude con fuerza y energía a su sabio rey, apreciado y considerado uno de los mejores líderes de la historia de Kigal. Lugal da un paso al frente y Nakki se retira y se sitúa junto a Sannar, el lugar que le otorga el rígido protocolo ziti.

—Has estado muy bien, rey —le cuchichea ella.

—Uhm... Esto... Gracias... Uhm... Sannar.

Llega Nirgal y se coloca detrás de todos, esperando a ser anunciada. Nakki

sólo cruza con ella la mirada unos instantes, suficientes para ver como la reina le está haciendo señales para que coja la mano a la exconsejera, señales que él ignora completamente.

—¡Ciudadanos de Kigal! —empieza Lugal— Parece que fue ayer, que, en este mismo balcón, fui proclamado rey por mi madre Iagal.

\* \* \*

A trescientos metros de allí, la cuatro veces centenaria y legendaria Iagal Kala, oye un ligero pitido en su oreja derecha, mientras observa desde un balcón la proclamación de su nieta,

acompañada por una pandilla de amigos, entre los que se encuentran un tal Gizzalkamma y un tal Gasam.

—Y ahora soy yo quien tiene el placer de presentaros a la nueva reina... que os prometo que va a reinar, y seguramente me quedo corto, de forma diez veces más sabia, veinte más justa, y treinta con más eficiencia respecto a como lo he hecho yo.

El rey se detiene por unos instantes y la gente de la plaza aprovecha por aplaudir con fuerza.

—Os puedo decir que le he dedicado la vida, y que no hay una persona en todo el planeta con un corazón tan puro como vuestra nueva

reina... —sigue diciendo Lugal, cuando vuelve el silencio expectante— Es mi deber, como rey de Kigal, presentaros a la hasta el momento heredera del trono y, por tanto, a partir de ahora... ¡REINA DE KIGAL! —grita una vez más, haciéndose a un lado y dejando paso a Nirgal, mientras la gente sigue gritando, aplaudiendo y saltando.

Nirgal, con el cetro de Zink en la mano, avanza despacio hasta el final del balcón y observa a la multitud. Hay tanta gente, que no llega a verse ni siquiera un trocito pequeño de suelo de la plaza. Miles de seres de varias razas tienen los ojos puestos en ella y sin haberse de esforzar, percibe que todos la aman y

que se sienten alegres al verla. Lentamente, vuelve el silencio. Todo el mundo espera sus palabras.

—Muy bien. Pues... A ver... Como os lo diría...

Mi padre, aquí presente, os quiere vender la moto diciendo que seré muy buena reina, pero la verdad es que no tengo ni idea... Total, ¡hoy es mi primer día!

Nakki cubre su cara con la mano y maldice el día en que pasó las oposiciones para ser tutor de una Sata.

—Mirad este balcón... Todos los que están aquí son mejores que yo en algo... No soy tan inteligente como Galam, aquí presente... ni mucho menos



tan rápida como Ziu.

A medida que los menciona, va señalando a todo el mundo.

—¡Animur es mucho más fuerte que yo, evidentemente! Y Nakki y Sannar me dan mil vueltas como estrategas. Por no hablar ya de mi padre, que lleva veinticinco años en el trono y que seguro que sabe reinar mucho mejor que yo. ¡Pero precisamente esto es lo que me ayudará a ser buena reina! La confianza ciega que tengo en mis amigos, ¡hasta el punto en que pondría mi vida a sus manos! Y para qué veáis a qué me refiero, debéis fijaros en mi cuerpo real, ya que este que está aquí hablando con vosotros es tan sólo una proyección

astral —dice dando dos pasos al frente y atravesando el balcón, quedando suspendida en el aire.

Un murmullo se extiende y crece en la plaza, así como en el balcón, detrás de la Nirgal virtual.

—¡Mi cuerpo real está allí! —dice señalando hacia arriba, a la torre más alta del castillo de Zink. Una Nirgal saluda desde la punta del tejado de la torre y desaparece. Baja rápidamente por el tejado, como si estuviera esquiando y, cuando llega al borde, coge impulso y salta con todas sus fuerzas. El pueblo ziti se sobrecoge todo a una. Las mujeres chillan y los hombres se ponen las manos a la cabeza. Todo el mundo

queda inmóvil y el tiempo parece detenerse. Su reina está saltando en caída libre desde el punto más alto del castillo. Y entonces, una vez más, una mancha oscura cruza el cielo y Ziu recoge a Nirgal en el aire, a unos metros del suelo y remonta el vuelo.

—¡Nirgal! —dice Ziu— ¡Por el amor de las fuentes sagradas! ¿Quieres dejar de hacer estas cosas? Un día de estos me vas a coger despistado y tendremos tortilla de reina para cenar.

Cuando el anzud llega a la plaza, los aplausos del público al ver la maniobra, todavía perduran. Ziu deja a la reina en el balcón y saluda a la audiencia, que lo corresponde, encantada. La reina saca el

micrófono de su apoyo, cogiéndolo con la mano y de un salto se sube encima de la barandilla, dónde se sienta con los pies colgando hacia fuera.

—¡Esto es confianza! ¡Saber que puedes saltar al vacío, sin cuerdas ni arnés, ni siquiera una red de protección! Poder saltar a sabiendas de que tus amigos nunca te abandonarán. Todos y cada uno de los que están en este balcón han salvado mi vida, no una sino muchas veces. A ellos les debo que ahora pueda estar aquí, aceptando el legado del trono de los zitis. Sin ellos, yo ya no existiría y, por tanto, tampoco podría ser reina. Y es gracias a ellos, que sé que nos espera un reinado de paz y prosperidad. ¡VIVA

KIGAL!

La plaza explota en aplausos enloquecidos. Algunos silban y animan a la nueva reina y los más pequeños saltan y chillan contentos al ver la felicidad que se palpa en el ambiente. Y entonces, la reina empieza a cantar el himno de la región.

—Venga, ¡seguidme todos! —dice la reina, levantándose de un salto, manteniéndose de pie en la barandilla— ¡Todo Zink, es un clamor! Somos la gente de Kigal...

Toda la plaza entona el himno con más o menos gracia, desafinando finamente en algunos casos. Entre la multitud a Nakki le parece reconocer a

una de las abuelas del autobús que lo saluda y le lanza un beso. Todos siguen entonando el himno, revestido de un espíritu que transmite que Kigal es más que un pueblo.

Cuando finaliza el cántico, todos los que se encuentran en el balcón perciben de pronto la misma sensación. Sin decirse ni una palabra, se miran unos a otros, dejando a Galam aparte, que está pensando en las musarañas y se van al trote.

La multitud animadísima y ajena al acontecimiento sigue repitiendo el estribillo. Zitis, anzuds, tidnums e incluso sutums y musdagurs celebran contentos en la plaza del Castillo la

proclamación de la nueva reina. Algunos han acudido con la bandera de Kigal y van corriendo de un lado a otro, otros se colocan en fila, cogidos por la espalda, improvisando divertidas coreografías, y algunos optan por lanzarse vestidos a la fuente del canal Etas y salpicarse mutuamente.

El circo de anzuds inicia su espectáculo de trapecistas al aire libre y la coral Kuzubis del Ksir entona su primera canción telepática de aire marinero, amenizada con acordeones, mientras los ciudadanos se atracan con el picapica popular que se ha preparado para la ocasión.

Pero en el interior del castillo se

respira un ambiente muy diferente.

—¿Como creéis que ha podido pasar? —pregunta Animur, corriendo con todo el grupo.

—¡No lo sé, pero quizás no deba sorprendernos! —apunta Ziu— ¡Era de prever que no aguantaría demasiado!

—¡Cagüen todo! ¿Qué cardoks pasa en este reino maldito, que no podemos tener ni un momento de tranquilidad? —reniega Sannar.

—¿De qué estamos hablando? ¿Por qué estamos corriendo? —pregunta Galam que, imitando a los demás, pero sin saber a qué se debe al fin y al cabo, ha terminado apuntándose a la carrera popular.



—¡Ja, ja, ja! Galam, ¡eres la oskia!  
—ríe Nirgal. Cuando, tres pisos más abajo, llegan al corredor y abren la puerta de seguridad, se confirman sus sospechas. El calabozo está reventado, los barrotes de todas las celdas están parcialmente fundidos y un agujero enorme en la muralla de piedra deja ver el exterior del castillo, la zona rural de Zink.

—¡Ha escapado! —dice Ziu—  
¡Kanasul ha escapado!

—Sí, pero esto no es lo peor de todo... —dice Nakki— Ursus tampoco está.

—¡Oskia tupa! —reniega Sannar, poniéndose las manos a la cabeza—

¿¡También se ha escapado Ursus!?  
¡Ahora sí que estamos dijodos, jodek!

—Oh, vaya... —comenta Lugal—  
Nirgal, reina... me parece que vas a  
tener faena...

... Continuará en *El heredero de Ganzer*



JOAN LLONGUERAS (Mataró, España, 1979). Es un escritor español, autor, junto con Mercè Masnou, de la saga de literatura fantástica *Kadingir*.

Se licenció en Administración y dirección de Empresas en ESADE, donde durante tres años fue editor y

director de Redacció, la revista de los alumnos. Desde entonces, siempre vinculado al mundo del cómic, ha publicado en varias publicaciones y revistas sus creaciones de humor gráfico.

Desde 2004 hasta 2007, publica diariamente artículos de humor amenizados con tiras cómicas de «Jun», su álter ego de dos dimensiones. A partir de 2007 va dejando de publicar tiras para simplemente dar noticias acerca de su web y sus libros. En la actualidad, su última publicación es del 18 de junio de 2009. En el verano de 2005 publica «Harry Potra y el Canto Rodao», una

parodia de la saga de Harry Potter que tuvo muy buena acogida durante el Salón del Manga de Barcelona, y que también presentó en el Salón del Cómic de Getxo.

Su salto a la literatura fue a través de cuentos cortos que escribe como Director de Actividades extraescolares, para publicar finalmente su primera novela de la serie Kadingir: *El Cetro de Zink*, en 2006, junto con Mercè Masnou.



MERCÈ MASNOU (Vic, España, 10 de diciembre de 1969). Nacida en Vic, se licenció en Educación Física. Una curiosa experiencia derivada de la confección de una completísima Enciclopedia de los cuatro primeros libros de Harry Potter la llevaron a escribir la única parodia legal del

primer libro de la saga Potter. A partir de ese momento no ha dejado de escribir.

Empezó con Joan Llongueras en la radio y juntos idearon en 2007 un programa de entrevistas a gente relacionada con el libro y la literatura llamado inicialmente Lectures d'estiu. Más tarde se llamó La contraportada y actualmente se emite en varias radios locales bajo el título de Galaxia Llibre, con un total de casi doscientas personas entrevistadas.

Aparte de la saga Kadingir, tiene otros tres libros publicados en catalán: *La veritable historia de Dani Ferrer i el roc que feia immortal* (la parodia del

primer libro de Harry Potter), *Han segrestat les bessones* y *L'entrenador de serps*.